

CUENTOS FLUMINENSES

MISS DOLLAR

CAPITULO I

EL RELATO exigiría que el lector permaneciera largo tiempo sin saber quién era *Miss Dollar*. Pero por otro lado, sin la presentación de *Miss Dollar*, el autor se vería obligado a extensas digresiones, que llenarían el papel sin hacer progresar la acción. No hay duda posible: voy a presentarles a *Miss Dollar*.

Si el lector es un muchacho y propenso a la melancolía, se imaginará que *Miss Dollar* es una inglesa pálida y delgada, escasa de carnes y de sangre, abriendo a flor de rostro dos grandes ojos azules y agitando al viento unas largas trenzas rubias. O bien presumirá que la muchacha en cuestión debe ser vaporosa e ideal como una creación de Shakespeare; debe ser la antítesis del *roastbeef* británico, con que el Reino Unido nutre su libertad. Una *Miss Dollar* así debe conocer al poeta Tennyson de memoria y leer a Lamartine en el original: si sabe portugués, debe gozar con la lectura de los sonetos de Camões ¹ o los *Cantos* de Gonçalves Dias. El té y la leche deben ser la alimentación de semejante criatura, adicionándosele algunos bocadillos y bizcochos para salir al paso de las urgencias del estómago. Su voz debe ser un murmullo de arpa eolia; su amor un desmayo, su vida una contemplación, su muerte un suspiro.

La figura es poética, pero no es la de la heroína de este relato.

Supongamos que el lector no sea dado a tales devaneos y melancolías; en ese caso, imaginará una *Miss Dollar* totalmente diferente de la otra. Esta vez será una robusta americana, con las mejillas arrebatadas por la sangre, formas redondeadas, ojos vivos y ardientes, mujer hecha, sólida y perfecta. Amiga de la buena mesa y del buen trago, esta *Miss Dollar* preferirá un cuarto de cordero a una página de Longfellow, cosa naturalísima cuando el estómago protesta, y nunca llegará a comprender la poesía del atardecer. Será una buena madre de familia según la

¹ Poeta brasileño. Nació en 1823 y falleció en 1864. (N. del T.).

doctrina de algunos clérigos-maestros de la civilización, o sea, fecunda e ignorante.

Ya no será del mismo parecer el lector que haya transpuesto la segunda juventud y vea ante sí una vejez sin recursos. Para él, la *Miss Dollar* verdaderamente digna de algunas páginas sería una inglesa de cincuenta años, dotada de unas mil libras esterlinas, y que, habiendo llegado al Brasil en busca de tema para escribir una novela, realizase un verdadero romance², casándose con el lector en cuestión. Semejante *Miss Dollar* sería incompleta si no tuviese anteojos oscuros y un gran mechón de pelo gris en cada sien. Guantes de encaje blanco y sombrero de lino en forma de calabaza, serían los toques finales de este magnífico tipo de ultramar.

Más avisado que otros, acude un lector que dice que la heroína del relato no es ni fue inglesa, sino brasileña por los cuatro costados, y que el nombre de *Miss Dollar* responde simplemente al hecho de que la muchacha es rica.

El descubrimiento sería oportunísimo si fuera exacto; desgraciadamente ni ésta ni las otras apreciaciones lo son. La *Miss Dollar* del relato no es la niña romántica ni la mujer robusta, ni la vieja literata, ni la brasileña rica. Falla esta vez la proverbial perspicacia de los lectores: *Miss Dollar* es una perrita galga.

Seguramente, la índole de la heroína determinará que algunas personas pierdan el interés por el relato. Error incxcusable. *Miss Dollar*, a pesar de no ser más que una perrita galga, tuvo el honor de ver su nombre en los diarios, antes de encontrar su lugar en este libro. El *Jornal do Comércio* y el *Corréio Mercantil* publicaron en la columna de los avisos las siguientes líneas reverberantes de promesas:

Se extravió una perrita galga, en la noche de ayer, 30. Responde al nombre de Miss Dollar. Quien la haya encontrado y quiera llevarla a la Rua de Mata-Cavalos Nº. . . , recibirá doscientos mil réis³ de recompensa. Miss Dollar tiene un collar en el cuello cerrado por un candado en el que se leen las siguientes palabras: "De tout mon coeur".

Todos los que sentían la necesidad apremiante de obtener los doscientos mil réis y tuvieron la felicidad de leer aquel anuncio recorrieron con extrema atención las calles de Río de Janeiro, tratando de ver si daban con la fugitiva *Miss Dollar*. Galgo que aparecía a lo lejos era perseguido con tenacidad hasta que se verificaba que no era el animal buscado. Pero toda esta cacería de los doscientos mil réis era completamente inútil, ya que, el día que salió el aviso, *Miss Dollar* estaba alojada en la casa de un individuo que vivía en *Cajueiros* y que se dedicaba a coleccionar perros.

² Aquí Machado de Assis realiza un juego de palabras (irreproducible en español) ya que en portugués el género literario y la relación amorosa se designan con el mismo vocablo: *romance*. (N. del T.).

³ El *rei* (rey, en castellano) fue la moneda que circuló en Brasil ya en tiempos de la colonia y hasta la implantación del *cruzeiro*, que la reemplazó. (N. del T.).

CAPITULO II

Las razones que indujeron al Dr. Mendonça a coleccionar perros son algo totalmente imponderable; unos opinaban que no se trataba de otra cosa que pasión por ese símbolo de la fidelidad o del servilismo; otros creían, más bien, que sintiéndose profundamente decepcionado por los hombres, Mendonça encontró consuelo en la adoración de los perros.

Sean cuales fueran las razones, lo cierto es que nadie contaba con una colección más bonita y variada que él. Los había de todas las razas, tamaños y colores. Los cuidaba como si fuesen sus hijos; si alguno se le moría se ponía melancólico. Casi podría decirse que, en el espíritu de Mendonça el perro pesaba tanto como el amor, según una expresión célebre: sacad del mundo al perro y el mundo será un yermo.

El lector superficial concluirá de lo que decimos que nuestro Mendonça era un hombre excéntrico. No lo era. Mendonça era un hombre común; le gustaban los perros como a otros les gustan las flores. Los perros eran sus rosas y violetas; los cultivaba con similar esmero. También le gustaban las flores; pero le agradaban en tanto las viese en las plantas donde nacían: podar un jardín o enjaular un canario le parecía idéntico atentado.

Era el Dr. Mendonça hombre de treinta y cuatro años, bien parecido, de modales francos y distinguidos. Se había graduado en Medicina y se dedicó algún tiempo a la clínica; su trabajo ya había alcanzado relevancia cuando sobrevino una epidemia en la capital; el Dr. Mendonça inventó un elixir contra la enfermedad; y tan excelente era el elixir que el autor ganó un buen par de contos de réis. Ahora ejercía la medicina como aficionado. Tenía cuanto necesitaba para sí y para su familia. La familia estaba integrada por los animales arriba citados.

En la memorable noche en que se extravió *Miss Dollar*, volvía Mendonça a su casa cuando tuvo la ventura de encontrar a la fugitiva en el *Rocío*. La perrita empezó a seguirlo a él, advirtiéndole que el animal no tenía dueño visible, la llevó consigo a *Cajueiros*.

Apenas llegó a su casa, examinó a la galga cuidadosamente. *Miss Dollar* era realmente una joyita; tenía las formas estilizadas y graciosas de su hidalga raza; los ojos castaños y cálidos parecían expresar la más completa felicidad de este mundo, tan alegres y serenos eran. Mendonça la contempló y examinó cuidadosamente. Leyó el dístico del candado que cerraba el collar, y se convenció finalmente que era un animal muy querido por parte de quien quiera que fuese su dueño.

—Si no aparece el dueño me quedaré con ella—, dijo él entregando *Miss Dollar* al muchacho encargado de los perros.

El muchacho trató de darle de comer a la perrita mientras Mendonça planificaba un buen futuro para la nueva huésped, cuya raza debía perpetuarse en la casa.

El plan de Mendonça duró lo que duran los sueños: el espacio de una noche. Al día siguiente, leyendo los diarios, vio el aviso transcrito líneas arriba, prometiendo doscientos mil réis a quien entregase la perrita extraviada. Su pasión por los perros le dio la medida del dolor que debía padecer el dueño o la dueña de *Miss Dollar*, ya que llegaba a ofrecer doscientos mil réis de gratificación a quien devolviese a la galga. Consecuentemente, decidió devolverla, con enorme congoja de su corazón. Llegó a vacilar por algunos instantes; pero al final vencieron los sentimientos de probidad y compasión, que eran el rasgo distintivo de aquella alma. Y, como si le costase despedirse del animal, todavía reciente en la casa, se dispuso a entregarlo personalmente, y para tal fin se aprontó. Almorzó, y después de averiguar bien si *Miss Dollar* lo había hecho también, salieron ambos de casa en dirección a *Mata-Cavalos*.

En aquel tiempo, el Barón de Amazonas todavía no había logrado la independencia de las repúblicas platenses mediante la victoria del Riachuelo, nombre con el cual más tarde la Cámara Municipal designó a la *Rua de Mata-Cavalos*. Regia, por lo tanto, el nombre tradicional de la calle, que por lo demás no respondía a nadie específico.

La casa cuyo número aparecía indicado en el aviso tenía agradable aspecto e indicaba cierta opulencia por parte de quien en ella vivía. Ya antes de que Mendonça golpease las manos en el corredor, *Miss Dollar*, reconociendo el lugar, empezó a saltar de alegría y a proferir unos sonidos alegres y guturales que, si hubiese entre los perros literatura, debían conformar un himno de acción de gracias.

Se acercó un muchachito a ver quién era; Mendonça dijo que venía a restituir la perrita perdida. Se iluminó el rostro del jovencito, que corrió a anunciar la buena nueva. *Miss Dollar* aprovechando un descuido, se precipitó escaleras arriba. Se disponía Mendonça a partir, cumplida como estaba su misión, cuando el muchachito regresó para decirle que subiese y aguardase en el salón.

En el salón no había nadie. Hay quienes, contando en sus residencias con salas elegantemente dispuestas, suelen dar a sus visitas tiempo suficiente como para que las puedan admirar, antes de ingresar en ellas para saludarlas. Es bien posible que esa fuese la costumbre de los dueños de aquella casa, pero en esa oportunidad de muy otro modo ocurrieron las cosas, ya que apenas el médico traspuso la puerta del corredor, se recostó contra el marco de otra, interior, una anciana con *Miss Dollar* en los brazos y la alegría estampada en el rostro.

—Tenga usted a bien sentarse—, dijo ella señalándole una silla a Mendonça.

—Me demoré lo menos que pude— dijo el médico sentándose—. Vine a traer la perrita que está conmigo desde ayer...

—No puede imaginarse lo afligidos que estábamos aquí en casa debido a la ausencia de *Miss Dollar*...

—Le aseguro que puedo imaginarlo perfectamente, señora; yo también amo a los perros, si uno de los míos me faltase lo sentiría profundamente. . .

—¡Perdón!— interrumpió la anciana—; *Miss Dollar* no es mía, es de mi sobrina.

—¡Ah! . . .

—Aquí está ella.

Mendonça se incorporó en el preciso instante en que entraba a la sala la sobrina en cuestión. Era una muchacha que aparentaba unos veintiocho años, en la plenitud de su belleza; una de esas mujeres que permitían prever una vejez tardía e imponente. El vestido de seda oscura confería singular realce al color inmensamente blanco de su piel. Era juvenil el vestido, lo cual aumentaba la majestad del porte y de la estatura. El corpiño descendía hasta su falda pero se adivinaba por debajo de la seda un hermoso tronco de mármol modelado por un escultor divino. Los cabellos castaños y naturalmente ondulados estaban peinados con esa simplicidad casera, que es la mejor de todas las modas conocidas; ornaban graciosamente su frente como una corona donada por la naturaleza. La extrema blancura de la piel no presentaba el menor matiz sonrosado que armonizara o contrastara con él. La boca era pequeña, y tenía una cierta expresión imperativa. Pero el rasgo distintivo por excelencia de aquel rostro, lo que más atrapaba la mirada de quien lo contemplase, eran los ojos; imagínense dos esmeraldas nadando en leche.

Mendonça nunca había visto ojos verdes en toda su vida; dijéronle que existían ojos verdes, y él sabía de memoria, a propósito de ellos, unos versos célebres de Gonçalves Dias; pero hasta entonces tales ojos seguían siendo para él lo mismo que el ave fénix de los antiguos. Un día conversando en ronda de amigos a propósito de esto, afirmaba que si alguna vez encontrase un par de ojos verdes huiría de ellos con terror.

—¿Por qué— le preguntó sorprendido uno de sus interlocutores.

—El verde es el color del mar,— respondió Mendonça—; evito las tempestades de uno; evitaré también las tempestades de los otros.

Yo dejo a criterio del lector todo pronunciamiento acerca de esta peculiaridad de Mendonça que por lo demás es *preciosa* en el sentido de Molière ⁴.

CAPITULO III

Mendonça saludó respetuosamente a la recién llegada, y ésta con un gesto, lo invitó a sentarse otra vez.

⁴ Se refiere Machado de Assis al sentido que la palabra tiene en *Les précieuses ridicules*, la obra de Molière de 1659, donde queda asociada a lo excéntrico y lo absurdo. (N. del T.).

—Le agradezco infinitamente que me haya restituido este pobre animal, por el que siento gran estima—, dijo Margarita acomodándose en una silla.

—Y yo doy gracias a Dios por haberlo encontrado; podría haber caído en manos que no lo devolviesen.

Margarita hizo un gesto a *Miss Dollar*, y la perrita, saltando del regazo de la anciana, fue hacia la muchacha; levantó las patas delanteras y las colocó sobre las rodillas de la joven; Margarita y *Miss Dollar* intercambiaron una larga mirada de afecto. Mientras tanto, una de las manos de la muchacha jugaba con una de las orejas de la galga, dándole así a Mendonça oportunidad de admirar sus bellísimos dedos armados con uñas agudísimas.

Pero, si por un lado Mendonça sentía sumo placer en estar allí, advirtió que su demora en partir podría resultar extraña y humillante. Parecía estar esperando la gratificación. Para escapar a esa interpretación lastimosa, sacrificó el placer de la conversación y la contemplación de Margarita; se incorporó diciendo:

—Bien, mi misión está cumplida. . .

—Pero. . . interrumpió la vieja.

Mendonça captó los riesgos que entrañaba la interrupción de la anciana.

—La alegría que restituí a esta casa, —dijo él—, es la mayor recompensa a la que yo podía aspirar. Ahora les pido sepan disculparme. . .

Las dos mujeres comprendieron la intención de Mendonça; la muchacha le pagó la cortesía con una sonrisa; y la anciana reuniendo en el pulso cuantas fuerzas le quedaban todavía en el cuerpo, estrechó *con amistad* la mano del muchacho.

Mendonça salió impresionado por la interesante Margarita. Notaba en ella, principalmente, además de la belleza, que era de verdad notable, cierta severidad triste en la mirada y en los gestos. Si así era el carácter de la muchacha los hechos coincidirían con la suposición del médico; si era, en cambio, el resultado de algún episodio de su vida, se trataba, entonces, de una página del relato que debía ser descifrada con ojos hábiles. A decir verdad, el único defecto que Mendonça le encontró fue el color de los ojos, no porque fuese feo, sino porque él tenía prevención contra los ojos verdes. La prevención, cabe aclararlo, era más literaria que de otra índole; Mendonça tenía la costumbre de apegarse a frases que alguna vez dijera, y que, en este caso, fue la citada línea arriba, la cual lo llenaba de prevención. No lo consideren tonto; Mendonça era un hombre inteligente, instruido y sensato; era, por lo demás, proclive a los sentimientos románticos; pero, pese a ello, no hay duda que su buen talón tenía nuestro Aquiles. Era hombre como los otros, otros Aquiles hay por ahí que son de pies a cabeza un inmenso talón. El punto vulnerable de Mendonça era ése; por amor a una frase

era capaz de violentar sus afectos; sacrificaba una relación a una oración bien construida.

Refiriendo a un amigo el episodio de la galga y el encuentro con Margarita, Mendonça dijo que ella podría llegar a gustarle si no tuviese los ojos verdes. El amigo rió con cierto aire de sarcasmo.

—Pero doctor —dijo él—, no comprendo esa prevención; yo me atrevería a decir que los ojos verdes son de ordinario portavoces de un alma buena. Por lo demás, el color de los ojos nada significa; lo esencial, en cambio, es su expresión. Pueden ser azules como el cielo y pérfidos como el mar.

La observación de este amigo anónimo tenía la ventaja de ser tan política como la de Mendonça. Por eso conmovió profundamente el ánimo del médico. No permaneció éste, sin embargo, como el asno de Buridan entre la cuba de agua y la ración de cebada; el asno hubiera vacilado, Mendonça no dudó. Recordó de pronto la lección del casuista Sánchez, y de los dos pareceres tomó el que le pareció *probable*.

Algún lector grave estimará pueril esta circunstancia de los ojos verdes y esta controversia sobre su probable calidad. Probará con ello que tiene poca experiencia del mundo. Los almanaques pintorescos citan hasta la saciedad mil excentricidades e increíbles pruritos de varones que la humanidad admira, ya por instruidos en las letras, ya por valientes en las armas; y no por ello dejamos de admirar a esos mismos varones. No quiera el lector abrir una excepción sólo para encasillar en ella a nuestro doctor. Lo aceptamos con sus ridiculeces; ¿quién no las tiene? El ridículo es una especie de lastre que trae el alma cuando entra al mar de la vida; algunos llevan a cabo toda la travesía sin otro tipo de carga.

Para contrarrestar esas debilidades, ya dije que Mendonça tenía cualidades nada vulgares. Adoptando la opinión que le pareció más probable, que fue la de su amigo, Mendonça se dijo a sí mismo que en las manos de Margarita estaba tal vez la clave de su futuro. Concibió, en tal sentido, un plan de felicidad; una casa en un yermo, mirando hacia el mar de cara al occidente, a fin de poder presenciar el espectáculo de la caída del sol. Margarita y él, unidos por el amor y por la Iglesia, beberían allí, gota a gota, la taza entera de la celeste felicidad. El sueño de Mendonça incluía otras particularidades que sería ocioso referir aquí. Mendonça pensó en esto varios días, llegó a pasar algunas veces por *Mata-Cavalos*; pero con tan poca fortuna que nunca vio a Margarita ni a la tía; finalmente, renunció a la empresa y volvió a los perros.

La colección de perros era una verdadera galería de hombres ilustres. El más estimado de ellos se llamaba *Diógenes*; había un galgo que respondía al nombre de *César*; un perro de agua que se llamaba *Nelson*; *Cornelia* se llamaba una perrita ratonera, y *Calígula* un enorme mastín, verdadera esfinge del gran monstruo que produjo la sociedad romana.

Cuando se encontraba entre toda esa gente, ilustre por diferentes títulos, decía Mendonça que entraba en la historia; así era cómo se olvidaba del resto del mundo.

CAPITULO IV

Se encontraba cierta vez Mendonça en la puerta del *Carceller*, donde acababa de tomar un helado en compañía de un individuo amigo suyo, cuando vio pasar un coche, y en él a dos damas que le parecían las de *Mata-Cavalos*. Mendonça hizo un movimiento de asombro que no escapó a su amigo.

—¿Qué pasa? —le preguntó éste.

—Nada; me pareció reconocer a esas señoras: ¿Alcanzaste a verlas, Andrade?

—No.

El coche había entrado por la *Rua do Ouvidor*; los dos hombres se internaron por la misma calle. Poco después de la *Rua da Quitanda*, se detuvo el coche ante la puerta de un negocio, y las damas se apearon y entraron. Mendonça no las vio salir; pero vio el coche y sospechó que era el de ellas. Apuró el paso sin decirle nada a Andrade, que hizo lo mismo, movido por esa natural curiosidad que siente un hombre cuando percibe algún secreto oculto.

Instantes después estaban ante la puerta del negocio: Mendonça verificó que, efectivamente, eran las dos damas de *Mata-Cavalos*. Entró decidido, con aire de quien va a comprar algo, y se acercó a las señoras. La primera que lo reconoció fue la tía. Mendonça las saludó respetuosamente. Ellas recibieron el saludo con afabilidad. A los pies de Margarita estaba *Miss Dollar*, que gracias a ese admirable olfato que la naturaleza concedió a los perros y a los cortesanos de la fortuna, dio dos saltos de alegría apenas vio a Mendonça, llegando a tocarle el estómago con las patas delanteras.

—Parece que *Miss Dollar* guarda un muy buen recuerdo de usted —dijo doña Antonia (que así se llamaba la tía de Margarita).

—Creo que sí —respondió Mendonça, jugando con la galga y mirando a Margarita.

Justamente en ese momento entró Andrade.

—Recién ahora las reconozco —dijo él dirigiéndose a las mujeres.

Andrade estrechó la mano de las dos señoras, o mejor, estrechó la mano de Antonia y los dedos de Margarita.

Mendonça no contaba con este encuentro, y le alegró poder ahondar las relaciones hasta allí superficiales que tenía con la familia.

—Me gustaría —dijo él a Andrade— que me presentaras a estas señoras.

—¿Pero cómo? ¿No las conoces? —preguntó Andrade estupefacto.
—Nos conocemos sin conocernos —respondió sonriendo la vieja tía—; por ahora quien lo presentó fue *Miss Dollar*.

Antonia refirió a Andrade la pérdida y la devolución de la perrita.

—Pues si es así, —respondió Andrade—, lo presento ya.

Hecha la presentación oficial, el cajero trajo a Margarita los objetos que ella había comprado, y las dos mujeres se despidieron de los muchachos pidiéndoles que fuesen a visitarlas.

No cité ninguna palabra de Margarita en el transcurso del diálogo precedente, porque, a decir verdad, la muchacha sólo dirigió tres a cada uno de los jóvenes.

—Que siga bien —les dijo ella ofreciendo las puntas de sus dedos y saliendo para entrar en el carruaje.

Una vez a solas, salieron también los dos muchachos y se encaminaron por la *Rua do Ouvidor*, ambos callados. Mendonça pensaba en Margarita; Andrade pensaba en los recursos que debía aplicar para llegar a conocer las confidencias de Mendonça. La vanidad tiene mil formas de manifestarse, como el fabuloso Proteo. La vanidad de Andrade consistía en creerse confidante de sus prójimos; así presumía él obtener por obra de la confianza lo que sólo alcanzaba mediante la indiscreción. No le resultó difícil apoderarse del secreto de Mendonça; antes de llegar a la esquina de la *Rua dos Ourives*. Andrade ya sabía todo.

—¿Comprendes ahora —dijo Mendonça—, por qué debo ir a su casa? Necesito verla; quiero ver si consigo...

Mendonça se calló:

—¡Termina lo que estaba diciendo! —dijo Andrade—; si consigues ser amado. ¿Por qué no? Pero desde ya te digo que no será fácil.

—¿Por qué?

—Margarita ya rechazó cinco propuestas de matrimonio.

—Naturalmente, no amaba a los pretendientes —dijo Mendonça con el aire de un geómetra que encuentra una solución.

—Amaba apasionadamente al primero, —respondió Andrade—, y no era indiferente al último.

—Seguramente hubo algún malentendido.

—Tampoco. ¿Te sorprende? Es lo que me ocurre. Es una muchacha extraña. Si te crees con fuerzas como para ser el Colón de aquel mundo, lánzate al mar con tu armada; pero cuidate de la rebelión de las pasiones, que suelen ser los feroces marineros de estas travesías de descubrimiento.

Entusiasmado con esta alusión, histórica bajo su forma de alegoría, Andrade miró a Mendonça, que, entregado como estaba a la evocación de la joven, no prestó atención a la frase del amigo. Andrade se contentó con su propio sufragio, y sonrió con el mismo aire de satisfacción que debe tener un poeta cuando escribe el último verso de un poema.

CAPITULO V

Días después Andrade y Mendonça fueron a la casa de Margarita, y allá pasaron media hora entregados a una conversación ceremoniosa. Las visitas se repitieron; eran empero más frecuentes por parte de Mendonça que de Andrade. Doña Antonia se mostró más desenvuelta que Margarita; sólo después de un tiempo, Margarita bajó del Olimpo del silencio en que habitualmente se encerraba.

Era difícil dejar de hacerlo. Mendonça si bien no era lo que se dice un asiduo frecuentador de tertulias, era un caballero perfectamente capaz de entretener señoras que parecían mortalmente aburridas. El médico sabía piano y lo tocaba agradablemente; su conversación era animada; sabía esas mil naderías que entretienen generalmente a las señoras cuando ellas no desean o no pueden entrar en el terreno elevado del arte, de la historia o de la filosofía. No le costó mucho al muchacho entablar una relación íntima con la familia.

Tras las primeras visitas, supo Mendonça, por vía de Andrade, que Margarita era viuda. Mendonça no reprimió un gesto de asombro.

—Pero tú me hablaste de un modo que creí que te referías a una mujer soltera, —dijo él al amigo.

—Es cierto que no me expliqué bien; las ofertas de casamiento que ella rechazó fueron formuladas después que enviudó.

—¿Hace cuánto perdió al marido?

—Hace tres años.

—Todo se explica, —dijo Mendonça después de un silencio—; quiere mantenerse fiel a la sepultura; es una Artemisa del siglo.

Andrade era escéptico con respecto a las Artemisas; sonrió ante la observación del amigo, y, como éste insistiese, replicó:

—Pero si yo ya te dije que ella amaba apasionadamente al primer pretendiente y que no era indiferente al último.

—Entonces, no entiendo.

—Yo tampoco.

A partir de ese momento, Mendonça trató de cortejar asiduamente a la viuda; Margarita recibió las primeras miradas de Mendonça con un aire de tan supremo desdén, que el muchacho estuvo a punto de abandonar la empresa; pero, la viuda, al mismo tiempo que parecía rechazar al amor, no le negaba estima, y lo trataba con la mayor ternura del mundo siempre que él la miraba normalmente.

Amor desairado es amor multiplicado. Cada negativa de Margarita acrecentaba la pasión de Mendonça. Ya ni prestaba atención al feroz *Calígula* ni al elegante *Julio César*. Los dos esclavos de Mendonça empezaron a percibir la profunda diferencia que había entre sus hábitos de hoy y los de otro tiempo. Dedujeron enseguida que algo lo preocupaba. Se convencieron de ello cuando Mendonça, habiendo traspuesto

el umbral de acceso a su casa, le propinó un puntazo con su botín al hocico de *Cornelia*, en un momento en que esta graciosa perrita, madre de dos *gracos* ratoneros, celebraba la llegada del doctor.

Andrade no fue insensible al sufrimiento del amigo y se empeñó en consolarlo. Todo consuelo en estos casos es tan deseable como inútil; Mendonça escuchaba las palabras de Andrade y le confiaba todas sus penas. Andrade recordó a Mendonça un excelente medio para eliminar la pasión: era el de alejarse de su casa. A esto respondió Mendonça citando a Rochefoucauld:

“La ausencia atenúa las pasiones mediocres y desarrolla las grandes como el viento apaga las velas y aviva las hogueras”.

La cita tuvo el mérito de cerrar la boca de Andrade, que creía tanto en la constancia como en las Artemisas, pero que no quería contrariar la autoridad del moralista, ni la resolución de Mendonça.

CAPITULO VI

Así transcurrieron seis meses. El tenaz cortejo de Mendonça no lograba avanzar un solo paso; pero la viuda en ningún momento dejó de ser amable con él. Ese y no otro era el motivo principal por el cual el médico seguía a los pies de la insensible viuda; no lo abandonaba la esperanza de vencerla.

Algún lector conspicuo estimará tal vez que más le hubiera valido a Mendonça no ser tan asiduo frecuentador de la casa de una señora expuesta a las calumnias del mundo. Pensó en eso el médico y consoló a su conciencia con la presencia de un individuo, hasta aquí no mencionado en virtud de su insignificancia, y que era nada menos que el hijo de doña Antonia y la niña de sus ojos. Se llamaba Jorge ese muchacho, que gastaba doscientos mil réis por mes, sin ganarlos, gracias a la magnanimidad de la madre. Frecuentaba las peluquerías en las que consumía más tiempo que una romana de la decadencia en manos de sus siervas latinas. No había representación de importancia en el *Alcázar*⁵ a la que no concurriese; montaba caballos de calidad, y enriquecía con gastos extraordinarios los bolsillos de algunas damas célebres y de varios parásitos oscuros. Usaba guantes de la letra E y botas número 36, dos cualidades de las que se jactaba ante todos sus amigos, que no bajaban del número 40 y de la letra H. La presencia de ese gentil pimpollo salvaba, a juicio de Mendonça, la situación. Mendonça quería dar esta satisfacción al mundo, o sea, a la opinión de los ociosos de la ciudad. ¿Pero bastaría eso para tappar la boca de los ociosos?

⁵ El *Alcázar* fue, durante la segunda mitad del siglo pasado, uno de los *show-clubs* más importantes y afamados de Río de Janeiro. En él se daban citas los hombres más adinerados de la ciudad, artistas, extravagantes, políticos y literatos. (N. del T.).

Margarita parecía indiferente a las interpretaciones de la sociedad como a la asiduidad del muchacho. ¿Sería ella indiferente a todo lo demás en este mundo? No; amaba a su madre, adoraba a *Miss Dollar*, le gustaba la buena música, y leía novelas. Se vestía bien, sin ser estricta en cuestiones de moda; no era aficionada a los valsos; a lo sumo bailaba alguna cuadrilla en los saraos a los que era invitada. No hablaba mucho, pero se expresaba bien. Sus modos eran graciosos y vivaces, pero sin imposición ni picardía.

Cuando Mendonça aparecía por allí, Margarita lo recibía con visible satisfacción. El médico se ilusionaba siempre, a pesar de estar acostumbrado a semejantes manifestaciones. De hecho, a Margarita le encantaba la presencia del muchacho, pero no parecía concederle importancia suficiente como para contentar su corazón. Le complacía verlo como complace ver un lindo día, sin morir de amores por el sol.

No era posible soportar demasiado tiempo la situación en la que se encontraba el médico. Cierta noche, mediante un esfuerzo del que hasta aquel momento no se hubiera considerado capaz, Mendonça dirigió a Margarita esta pregunta indiscreta:

—¿Fue feliz con su marido?

Margarita frunció el ceño con asombro y clavó sus ojos en los del médico, que parecían prolongar tácitamente la pregunta.

—Sí —dijo ella al cabo de algunos instantes.

Mendonça no dijo nada; no contaba con aquella respuesta. Confiaba demasiado en la intimidad que reinaba entre ambos; y quería descubrir por algún medio la causa de la insensibilidad de la viuda. Falló al cálculo; Margarita permaneció seria durante algún tiempo; la llegada de doña Antonia le evitó a Mendonça una situación incómoda. Poco después Margarita estaba recompuesta y la conversación volvió a ser animada e íntima como siempre. La llegada de Jorge amplió aún más la animación de la charla; doña Antonia, con ojos y oídos de madre, creía que su hijo era el muchacho más encantador del mundo; pero lo cierto es que no había en la cristiandad espíritu más frívolo. La madre se reía de todo cuanto el hijo decía; el hijo colmaba, él solo, el espacio de toda la conversación, refiriendo anécdotas y repitiendo dichos y hechos del *Alcázar*. Mendonça veía todos estos aspectos del muchacho, y lo soportaba con resignación evangélica.

La entrada de Jorge, al animar la charla, aceleró el transcurso de las horas; a la diez se retiró el médico, acompañado por el hijo de doña Antonia, que salía a cenar. Mendonça rechazó la invitación que le hizo, y se despidió de él en la *Rua do Conde*, esquina de la *do Lavradio*.

Esa misma noche resolvió Mendonça dar un golpe decisivo; resolvió escribirle una carta a Margarita. Si ya era una iniciativa temeraria para quien conociese el carácter de la viuda, con los precedentes mencionados, era lisa y llanamente una locura. Sin embargo, el médico no vaciló

en recurrir al papel, confiando en que allí diría las cosas de mejor manera que hablando. La carta fue escrita con febril impaciencia; al día siguiente, apenas terminado el almuerzo, Mendonça guardó la carta dentro de un volumen de George Sand, y lo envió con un mensajero a Margarita.

La viuda rompió el envoltorio de papel que cubría el volumen, y puso el libro sobre la mesa de la sala; media hora después volvió y tomó el libro para leerlo. Apenas lo abrió, la carta cayó a sus pies. La abrió y leyó lo siguiente:

Sea cual fuere la causa de su comportamiento esquivo, lo respeto, no me rebelo contra él. Pero si no me es dado rebelarme, ¿tampoco me será permitido quejarme? Habrá Ud. comprendido mi amor, del mismo modo que yo he comprendido su indiferencia; pero por mayor que sea esa indiferencia, está lejos de poder cotejarse con el amor profundo e imperioso que se apoderó de mi corazón cuando ya más lejos me creía de estas pasiones de los primeros años. Nada le diré de los desvelos y las lágrimas, las esperanzas y los desencantos, páginas tristes de este libro que el destino pone en las manos del hombre para que dos almas lo lean. Todo ello le es indiferente.

No me atrevo a interrogarla sobre los motivos de su conducta evasiva en relación a mí; ¿pero por qué motivos se extiende esa conducta esquivada a tantos más que a mí? En la edad de las pasiones fervientes, ornada por el cielo con una belleza rara ¿por qué motivo quiere esconderse del mundo y negar a la naturaleza y el corazón sus incontestables derechos? Perdóneme el atrevimiento de la pregunta; me encuentro frente a un enigma que mi corazón desearía descifrar. Pienso a veces que un gran deber la atormenta, y quisiera ser el médico de su corazón; ambicionaba, confieso, restaurarle alguna ilusión perdida. Quiero creer que nada hay de ofensivo en esta ambición.

Sí, empero, esa conducta evasiva denota tan sólo un sentimiento de orgullo legítimo, permíteme haber osado escribirle cuando sus ojos expresamente me lo prohibieron. Deshágase de esta carta que nada puede valerle como recuerdo ni mucho menos servirle como arma.

El tono de la misiva era decididamente reflexivo; la frase fría y medida no expresaba el fuego del sentimiento. Sin embargo, no habrá escapado al lector la sinceridad y la simplicidad con que Mendonça pedía una explicación que Margarita probablemente no podía dar.

Cuando Mendonça dijo a Andrade que le había escrito a Margarita, el amigo del médico se largó a reír a carcajadas.

—¿Hice mal? —preguntó Mendonça.

—Echaste todo a perder. Los otros pretendientes empezaron también con cartas; fue justamente el certificado de defunción de sus aspiraciones amorosas.

—Paciencia, dijo Mendonça encogiendo los hombros con aparente resignación—; por lo demás, me agradaría que dejaras de compararme a sus pretendientes; yo no soy un pretendiente en el sentido que lo son ellos.

—¿No querías casarte con ella?

—Sin duda, si fuese posible —respondió Mendonça.

—Pues eso era lo que los otros querían; si pudieras te casarías y entrarías en la tranquila posesión de lo que cupiese en herencia y que asciende a más de cien *contos*⁶. Si me refiero a los pretendientes, mi querido, no es para ofenderte, ya que uno de los cuatro pretendientes rechazados fui yo.

—¿Tú?

—Así es; pero no te preocupes, no fui el primero, ni siquiera el último.

—¿Le escribiste?

—Igual que los demás; y como ellos, no obtuve respuesta; o sea, obtuve una: que me devolviera la carta. Por lo tanto, ya que le escribiste, espera el resto; verás si lo que te digo es o no exacto. Estás perdido, Mendonça; hiciste muy mal.

Andrade tenía esta costumbre de no omitir ninguno de los colores sombríos de una situación, con el pretexto de que a los amigos se les debe siempre la verdad. Pintado el cuadro, se despidió de Mendonça y se alejó.

Mendonça regresó a su casa, donde pasó la noche desvelado.

CAPITULO VII

Se equivocó Andrade; la viuda respondió a la carta del médico. La carta de ella se limitó a esto:

Le perdono todo; no le perdonaré si me vuelve a escribir. Mi esquiz vez no tiene ninguna causa; es una cuestión de temperamento.

El sentido de la carta era todavía más lacónico que la expresión. Mendonça la leyó muchas veces, tratando de completarla; pero fue un esfuerzo inútil.

Algo, sin embargo, no tardó él en inferir; algún conflicto oculto era el motivo por el cual Margarita se negaba al casamiento; después infirió otra cosa, y era que Margarita le perdonaría una segunda carta si él se la escribiese.

La vez siguiente que Mendonça fue a *Mata-Cavalos* se sintió incómodo pensando de qué modo debía dirigirse a Margarita; la viuda dispuso su molestia, tratándolo como si nada hubiese ocurrido. Mendonça no tuvo ocasión de aludir a las cartas debido a la presencia de doña An-

⁶ Cada *conto* equivalía a diez mil *réis*. (N. del T.).

tonia; de todos modos no supo qué diría en el caso de que los dos se encontraran a solas.

Días después, Mendonça le escribió una segunda carta a la viuda y la hizo llegar por la misma vía que la primera. La carta le fue devuelta sin respuesta. Mendonça se arrepintió de haber desobedecido la orden de la muchacha, y resolvió de una vez por todas, no volver más a la casa de *Mata-Cavalos*. No se sentía con ánimos como para aparecer por allí, ni creía conveniente estar junto a una persona que amaba sin esperanza.

Al cabo de un mes, no se había disipado en él ni siquiera una partícula del sentimiento que nutría por la viuda. La amaba con idéntico ardor. La ausencia, como él había pensado, intensificó su amor, como el viento atiza un incendio. Inútilmente leía o buscaba distraerse sumergiéndose en la vida agitada de Río de Janeiro; empezó a escribir un estudio sobre la teoría del oído, pero la pluma se le escapaba en dirección al corazón, y en el escrito que resultó se mezclaron los nervios y los sentimientos. Gozaba por entonces de notable nombradía el libro de Renan sobre la obra de Jesús; Mendonça abarrotó su estudio con todos los trabajos publicados al respecto y entró a investigar profundamente el misterioso drama de Judea. Hizo cuanto pudo para absorber su espíritu en el tema y olvidar a la esquiua Margarita; le resultó imposible.

Una mañana apareció en su casa el hijo de doña Antonia; lo traían dos motivos: preguntarle por qué no había vuelto por *Mata-Cavalos* y mostrarle unos pantalones nuevos. Mendonça aprobó los pantalones, y se disculpó como pudo de su larga ausencia, diciendo que andaba sumamente atareado. Jorge no era un alma capaz de comprender la verdad oculta por debajo de una palabra convencional; viendo a Mendonça sumergido en un mar de libros y folletos, le preguntó si estaba estudiando para ser diputado. ¡Jorge era capaz de creer que para ser diputado había que estudiar!

—No, —respondió Mendonça.

—Lo cierto es que mi prima también anda todo el día entre libros, y no creo que pretenda ingresar a la Cámara.

—¿Tu prima?

—Así es. Créeme; no hace otra cosa. Se encierra en su habitación y se pasa los días leyendo.

Informado por Jorge, Mendonça supuso que Margarita era nada menos que una mujer de letras, alguna modesta poeta que olvidaba el amor de los hombres en los brazos de las musas. La suposición, sin embargo, era gratuita e hija de ese mismo espíritu enceguecido por el amor que era el de Mendonça. Hay varias razones para leer mucho sin tener comercio con las musas.

—Pero fíjate que mi prima nunca leyó tanto; ahora se le dio por hacerlo de esa manera, —dijo Jorge sacando de la cigarrera un magni-

fico habano de tres centavos, y ofreciendo otro a Mendonça—. Prueba esto, prosiguió él, fúmalo y dime si hay alguien que venda los cigarros que vende Bernardo.

Consumidos los cigarros, Jorge se despidió del médico llevándose la promesa de que éste iría a la casa de doña Antonia apenas sus ocupaciones se lo permitiesen.

Al cabo de quince días, Mendonça, volvió a *Mata-Cavalos*.

Encontró en la sala a Andrade y a doña Antonia, que lo recibieron con vivas. Mendonça parecía, en efecto, salir de una tumba; había adelgazado y empalidecido. La melancolía imprimía a su rostro una expresión de mayor abatimiento. Aludió a excesos de trabajo, y se puso a conversar alegremente como antes. Pero esa alegría, como se comprende, era forzada. Al cabo de un cuarto de hora, la tristeza se apoderó otra vez de su rostro. Durante ese lapso, Margarita no apareció en la sala; Mendonça, que hasta entonces no había preguntado por ella, no sé por qué razón, viendo que ella no aparecía, quiso saber si estaba enferma. Doña Antonia le respondió que Margarita estaba un poco indispuesta.

La indisposición de Margarita duró unos tres días; era un simple dolor de cabeza, que su primo atribuyó a su excesiva dedicación a la lectura.

Al cabo de unos días más, doña Antonia fue sorprendida por un comentario de Margarita; la viuda quería pasar una temporada en el campo.

—¿Te disgusta la ciudad? —preguntó la buena anciana.

—Un poco, —respondió Margarita—; quisiera pasar un par de meses en el campo.

Doña Antonia no podía negar nada a la sobrina; estuvo de acuerdo en ir al campo, y empezaron los preparativos. Mendonça se enteró del viaje estando en el *Rocío*, mientras por allí paseaba una noche; se lo dijo Jorge que se hallaba en camino hacia el *Alcázar*. Para el muchacho era una bienaventuranza aquel traslado, porque lo libraba de la única obligación que todavía le restaba en este mundo, que era la de ir a cenar con la madre.

A Mendonça no lo sorprendió en absoluto la resolución; cualquier decisión de Margarita empezaba a parecerle factible.

Cuando volvió a su casa encontró una nota de doña Antonia concebida en estos términos:

Nos vamos afuera unos meses; espero que venga a despedirse de nosotros antes de que partamos. Salimos el sábado; yo quisiera encargarle algo.

Mendonça bebió un té y se dispuso a dormir. No pudo. Quiso leer; no lo logró. Al rato, salió. Insensiblemente, dirigió sus pasos hacia *Mata-Cavalos*. La casa de doña Antonia estaba cerrada y silenciosa; evidentemente ya estaban durmiendo. Mendonça pasó frente a ella, y se

detuvo junto a la verja del jardín adyacente a la casa. Desde donde se encontraba podía ver la ventana de la habitación de Margarita, poco elevada, y que daba al jardín. Adentro había luz; naturalmente, Margarita estaba despierta. Mendonça dio algunos pasos más; la puerta del jardín estaba abierta. Mendonça sintió que su corazón le latía con un vigor desconocido. De pronto, en su espíritu surgió una sospecha. No hay corazón crédulo que no tenga desfallecimientos de este tipo; pero, por lo demás, ¿sería errónea su sospecha? Mendonça, sin embargo, no tenía ningún derecho a la viuda; había sido rechazado categóricamente. Si alguna obligación tenía era la de la retirada y el silencio.

Mendonça quiso mantenerse dentro de los límites que le habían sido asignados; la puerta abierta del jardín podía responder a un olvido por parte de los sirvientes. El médico puso todo su empeño en pensar que todo aquello era fortuito, y haciendo un esfuerzo se alejó del lugar. Unos metros más allá se detuvo y recapacitó; había un demonio que lo empujaba a transponer aquella puerta. Mendonça volvió y entró con precaución.

Había dado apenas unos pasos cuando se enfrentó con *Miss Dollar* que empezó a ladrar; parece que la galga había logrado salir de la casa sin ser advertida; Mendonça la acarició y la perrita pareció reconocer al médico, porque dejó de ladrar y empezó a hacerle fistas. En la pared del cuarto de Margarita se dibujó una sombra de mujer; era la viuda que se aproximaba a la ventana para ver a qué respondía el alboroto. Mendonça se fundió como pudo a unos arbustos que crecían junto a la verja; no viendo a nadie, Margarita volvió a entrar.

Transcurridos algunos minutos, Mendonça salió del lugar en que se encontraba y se dirigió hacia el lado de la ventana de la viuda. *Miss Dollar* lo acompañó. Si bien allí el jardín era más alto, ahora no podía ver el aposento de la muchacha. La perrita, apenas llegaron a ese sitio, trepó ágilmente a una escalera de piedra que comunicaba el jardín con la casa; la puerta del cuarto de Margarita quedaba justamente en el corredor en el que desembocaba la escalera; la puerta estaba abierta. El muchacho imitó a la perrita; subió los seis peldaños de piedra lentamente; cuando puso el pie en el último oyó a *Miss Dollar* que saltaba en la habitación y venía a ladrar a la puerta como avisándole a Margarita que se aproximaba un extraño.

Mendonça dio un paso más. Pero en ese momento cruzó el jardín un esclavo que acudía extrañado por los ladridos de la perrita; el esclavo examinó el jardín, y no viendo a nadie se retiró. Margarita se acercó a la ventana y preguntó qué ocurría; el esclavo se lo explicó y la tranquilizó diciéndole que no había nadie.

Justamente cuando ella salía de la ventana aparecía en la puerta la figura de Mendonça. Margarita se sintió sacudida por un estremecimiento nervioso; se puso más pálida de lo que ya era; después, concen-

trando en los ojos el monto total de indignación que puede contener un corazón, le preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué hace aquí?

Fue en ese momento, y sólo en él, que Mendonça reconoció toda la bajeza de su procedimiento, o para decirlo con más exactitud, la profunda alucinación de su espíritu. Le pareció ver en Margarita a la figura de su propia conciencia, reprobándole tamaña indignidad. El pobre muchacho no trató de disculparse; su respuesta fue sencilla y verdadera.

—Sé que cometí una acción infame, —dijo él— no tenía ningún motivo para hacerlo; estaba loco; ahora me doy cuenta de la magnitud de mi mal. No le pido que me disculpe, doña Margarita; no merezco su perdón; merezco sólo su desprecio: ¡adiós!

—Comprendo, señor, —dijo Margarita—; quiere persuadirme por la fuerza del descrédito público cuando no puede obligarme por el corazón. No es de caballeros.

—¡Oh, no!... le juro que no fue esa mi intención...

Margarita cayó en una silla; parecía llorar. Mendonça dio un paso para entrar, ya que hasta entonces no se había movido de la puerta; Margarita alzó los ojos cubiertos de lágrimas, y con un gesto imperioso le indicó que saliese.

Mendonça obedeció; ni el uno ni el otro durmieron esa noche. Ambos se curvaban bajo el peso de la vergüenza; pero, para honra de Mendonça, el suyo era mayor que el de ella, ya que el dolor de la muchacha estaba lejos de alcanzar la intensidad del remordimiento del médico.

CAPITULO VIII

Al día siguiente estaba Mendonça fumando uno tras otro, los habanos reservados para las grandes ocasiones, cuando un carruaje se detuvo ante la puerta de su casa. Minutos después se apeaba de él la madre de Jorge. La visita, al médico, le pareció de mal agüero. Pero apenas la anciana hubo entrado, su recelo se disipó.

—Creo, —dijo doña Antonia—, que mi edad me permite visitar a un hombre soltero.

Mendonça trató de responder a la broma con una sonrisa; pero no pudo. Invitó a la buena señora a sentarse, y se sentó él también esperando que ella le explicase los motivos de la visita.

—Ayer le escribí, —dijo ella—, para que fuese a verme hoy; preferí venir hasta aquí, temiendo que por algún motivo no se decidiese usted ir a *Mata-Cavalos*.

—¿Quería encargarme algo?

—En absoluto, —respondió la anciana sonriendo—; le hablaba de un encargo como podría haberlo hecho de cualquier otra cosa; lo que deseo es informarlo.

—¿Informarme?

—¿Sabe quién tuvo que guardar reposo hoy?

—¿Doña Margarita?

—Así es; amaneció un poco decaída; dijo que pasó una mala noche. Yo creo que sé cuál es la razón de ello, —agregó doña Antonia sonriendo con picardía a Mendonça.

—¿Y cuál le parece que es la razón? —preguntó el médico.

—¿Acaso no se da cuenta?

—No.

—Margarita lo ama.

Mendonça se levantó de la silla como impulsado por un resorte. La declaración de la tía de la viuda era tan inesperada que al muchacho le pareció estar soñando.

—Lo ama —repitió doña Antonia.

—No creo, —respondió Mendonça tras un silencio—; usted debe estar engañada.

—¡Engaño! dijo la anciana.

Doña Antonia le contó a Mendonça que, intrigada por las vigilias de Margarita, quiso conocer su causa y descubrió en la habitación de la muchacha un *diario de impresiones*, escrito por ella, a imitación de no sé cuántas heroínas de novelas; ahí había leído la verdad que acababa de decirle.

—¿Pero si me ama, —observó Mendonça, sintiendo que un mundo de esperanzas inundaba su alma— si me ama, por qué rechaza mi corazón?

—El *diario* lo explica; se lo aseguro. Margarita fue infeliz en su matrimonio; el marido no aspiró a otra cosa que a gozar de su riqueza; Margarita tuvo la seguridad de que nunca sería amada por lo que ella era sino por los bienes que poseía; atribuye a la codicia todo amor que despierta. ¿Se da cuenta?

Mendonça trató de poner sus reparos.

—Es inútil que insista, —dijo doña Antonia—, yo creo en la sinceridad de su afecto; hace ya mucho que lo percibí; ¿pero cómo vencer a un corazón desconfiado?

—No lo sé.

—Ni yo, —dijo la anciana—, pero para eso vine hasta aquí; le ruego que vea qué puede hacer para que mi Margarita vuelva a ser feliz, si es que en algo puede influir el amor que usted le tiene.

—Creo que es imposible. . .

Mendonça estuvo tentado de contar a doña Antonia el episodio de la víspera; pero se contuvo a tiempo.

Doña Antonia se fue poco después.

La situación de Mendonça, que por un lado se había vuelto más clara, por otro era más compleja que antes. Todavía era posible intentar algo antes del episodio de la habitación; pero tras él, Mendonça consideraba imposible lograr nada.

La indisposición de Margarita duró dos días, al final de los cuales la viuda abandonó la cama y la primera cosa que hizo fue escribir a Mendonça pidiéndole que fuese a verla.

A Mendonça la invitación le sorprendió profundamente y concurrió de inmediato a la casa de la muchacha.

—Después de lo que sucedió hace tres días, —le dijo Margarita—, comprenderá usted que no puedo permanecer expuesto a la maledicencia. . . Usted dice que me ama: pues bien, nuestro casamiento es inevitable.

¡*Inevitable!* La palabra amargó al médico, que por lo demás no podía negarse a una medida conciliatoria. Recordaba, al mismo tiempo, que era amado; y si bien esa idea iluminaba su espíritu, otra venía a disipar ese instantáneo placer, y era la desconfianza que Margarita nutría a su respecto.

—Estoy a sus órdenes, —respondió él.

Se sorprendió doña Antonia de la prontitud con que se resolvió el casamiento, cuando Margarita se lo anunció ese mismo día. Supuso que el muchacho había realizado un milagro. Tiempo después notó que los novios tenían más cara de entierro que de casamiento. Interrogó a la sobrina acerca de ello; obtuvo una respuesta evasiva.

Fue modesta y reservada la ceremonia del casamiento. Andrade ofició de padrino, doña Antonia de madrina; Jorge le habló en el *Alcázar* a un cura amigo suyo para que celebrara la ceremonia.

Doña Antonia quiso que la pareja residiera con ella. Cuando Mendonça estuvo a solas con Margarita le dijo:

—Me casé contigo para salvar tu reputación; no quiero forzar por la fatalidad de las circunstancias a un corazón que no me pertenece. Seré sólo y siempre tu amigo; hasta mañana.

Salió Mendonça después de este *speech*, dejando a Margarita vacilante entre la opinión que tenía de él y la impresión que le produjeron sus recientes palabras.

No había situación más singular que la de estos cónyuges separados por una quimera. El día más hermoso se convertía para ellos en un día de desgracia y soledad; la formalidad del casamiento fue simplemente el preludio del divorcio más completo. Menos escepticismo por parte de Margarita, más caballerosidad por parte del muchacho, hubieran evitado el desenlace sombrío de aquella comedia del corazón. Vale más imaginar que describir las torturas de aquella primera noche de casados.

Pero aquello que el espíritu del hombre no logra derrotar, ha de vencerlo el tiempo, a quien cabe la razón final. El tiempo persuadió a Margarita de que su suspicacia era gratuita; y coincidiendo con él su corazón, pudo consumarse el casamiento recientemente celebrado.

Andrade ignoró todo esto; cada vez que encontraba a Mendonça, lo llamaba Colón del amor; tenía Andrade la manía de toda persona a quien las ideas se le ocurren trimestralmente; apenas daba con alguna más o menos ingeniosa, la repetía hasta la saciedad.

Los dos esposos son todavía novios y prometen serlo hasta la muerte. Andrade se metió en la diplomacia y se perfila como uno de los luceros de nuestra representación internacional. Jorge sigue siendo un incurable farrista; doña Antonia se apronta para despedirse del mundo.

En cuanto a *Miss Dollar*, causa indirecta de todos estos sucesos, un día, al salir a la calle, fue atropellada por un carruaje; falleció poco después. Margarita no pudo retener algunas lágrimas por la noble perrita; el cuerpo fue enterrado en la quinta familiar, a la sombra de un naranjo; cubre la sepultura una lápida con esta simple inscripción:
A MISS DOLLAR.

EL SECRETO DE AUGUSTA

CAPITULO I

SON LAS ONCE de la mañana.

Doña Augusta Vasconcelos está reclinada sobre un sofá, con un libro en la mano. Adelaida, su hija, deja correr los dedos por el teclado del piano.

—¿Papá ya se despertó? —pregunta Adelaida a su madre.

—No —responde ésta, sin levantar los ojos del libro.

Adelaida se incorporó y se acercó a Augusta.

—Pero Mamá, ya es muy tarde, —dijo ella—. Son las once. Papá duerme demasiado.

Augusta dejó caer el libro sobre su regazo, y mirándola le dijo a Adelaida:

—Sucede que tu padre ayer se acostó muy tarde.

—Ya me di cuenta que nunca puedo despedirme de papá cuando me voy a acostar. Siempre está afuera.

Augusta sonrió:

—Eres una campesina, —dijo ella— duermes como las gallinas. Aquí son otras las costumbres. Tu padre tiene mucho que hacer de noche.

—¿Son cuestiones de política, mamá? —preguntó Adelaida.

—No lo sé —respondió Augusta.

Empecé diciendo que Adelaida era hija de Augusta, y esa información, necesaria para el relato, no lo era menos en la vida real en que tuvo lugar el episodio que voy a narrar, porque a primera vista nadie diría que quienes allí estaban eran madre e hija; parecían dos hermanas, tan joven era la mujer de Vasconcelos.

Tenía Augusta treinta años y Adelaida quince; pero comparativamente la madre parecía más joven que la hija. Conservaba la misma frescura de los quince años, y tenía además lo que le faltaba a Adelaida, que era la conciencia de la belleza y de la juventud; conciencia que sería loable si no tuviese como consecuencia una inmensa y pro-

funda vanidad. Su estatura era mediana pero imponente. Era muy blanca y sonrosada. Tenía los cabellos castaños, y los ojos garzos. Las manos largas y bien dibujadas, parecían criadas para las caricias del amor. Augusta, sin embargo, daba a sus manos mejor destino: las calzaba en tersa cabritilla.

Todos los encantos de Augusta estaban en Adclaida, pero en embrión. Se podía presentir que a los veinte años Adelaida iba a competir con Augusta; pero por ahora había en la niña ciertos restos de infancia que atenuaban el realce de los atributos de que la naturaleza la había dotado.

Sin embargo, era perfectamente capaz de despertar el amor de un hombre, sobre todo si él fuese poeta, y le gustasen las vírgenes de quince años, incluso porque era un poco pálida, y los poetas en todas las épocas tuvieron siempre debilidad por las criaturas de piel desvaída.

Augusta vestía con suprema elegancia; gastaba mucho, es verdad; pero aprovechaba bien los enormes egresos que realizaba, si es que a lo que hacía podía considerárselo un aprovechamiento. Debe, empero, hacerse justicia a un hecho; Augusta no regateaba jamás; pagaba el precio que le pedían por cualquier cosa. Ponia en ello su grandeza, y creía que el procedimiento contrario era ridículo, y de baja condición.

En este punto Augusta compartía los sentimientos y servía los intereses de algunos mercaderes que entienden que es una deshonra hacer cualquier tipo de rebaja en el precio de sus mercaderías.

El proveedor de telas de Augusta, cuando hablaba a este respecto, solía decirle:

—Pedir un precio y entregar la mercadería por otro menor, es confesar que se tenía la intención de estafar al cliente.

El proveedor prefería realizar la estafa sin confesarla.

Otro hecho incuestionable al que cabe hacer justicia, era que Augusta no ahorra esfuerzos en su afán de que Adelaida llegara a ser tan elegante como ella.

No era pequeño el trabajo.

Desde los cinco años, Adelaida había sido educada en el campo, en casa de unos parientes de Augusta, más dados al cultivo del café que a los menesteres de la moda. Adelaida fue criada en la práctica de tales hábitos e ideas. Por eso, cuando llegó a la Corte¹, donde se reunió con su familia, se produjo en ella una verdadera transformación. Pasaba de una civilización a otra; vivió en poco tiempo una larga serie de años. Lo que le sirvió de mucho fue tener en su madre una excelente maestra. Adelaida se transformó, y el día en que comienza este relato ya era otra; todavía, sin embargo, distaba mucho de ser como Augusta.

¹ Machado de Assis se refiere, naturalmente, a Río de Janeiro, sede de la corte de Pedro II. (N. del T.).

En el momento en que la madre respondía a la curiosa pregunta de su hija acerca de las ocupaciones de Vasconcelos, un carruaje se detuvo ante su puerta.

Adelaida corrió hacia la ventana.

—Es doña Carlota, mamá, —dijo la niña volviendo hacia adentro—. Pocos minutos después entraba en la sala de estar la referida señora. Para dar a conocer este nuevo personaje a los lectores bastará con decirles que era un calco de Augusta; hermosa como ella; elegante como ella, vanidosa como ella.

Todo esto significa que eran ellas las más afables enemigas que puede haber en este mundo.

Carlota venía a pedirle a Augusta que fuese a cantar a su casa, donde iba a realizarse un concierto, organizado en su honor para que estrenase un magnífico vestido nuevo.

Augusta, de muy buen grado, accedió al pedido.

—¿Cómo está tu marido? —preguntó ella a Carlota.

—Salió a caminar; ¿y el tuyo?

—El mío duerme.

—¿Como un justo? —preguntó Carlota sonriendo maliciosamente.

—Así parece —respondió Augusta.

En ese momento, Adelaida que a pedido de Carlota había ido a ejecutar un nocturno al piano, regresó junto a las dos mujeres.

La amiga de Augusta le preguntó:

—¿Me equivoco si pienso que ya tienes algún novio en vista?

La niña se sonrojó mucho, y balbuceó:

—No diga eso.

—¡Seguro que sí! O entonces estarás muy cerca del momento en que habrás de tener un novio, y yo ya profetizo que ha de ser buen mozo. . .

—Es muy temprano —dijo Augusta.

—¡Temprano!

—Sí; todavía es una niña; se casará cuando llegue el momento, y ese día aún está lejos. . .

—Ya sé, —dijo Carlota riendo—, quieres prepararla bien. . . Apruebo tus intenciones. Pero si es así no le quites las muñecas.

—Ya se las saqué.

—Entonces no te resultará fácil alejar a los pretendientes. Una cosa reemplaza a la otra.

Augusta sonrió, y Carlos se incorporó para salir.

—¿Ya te vas? —dijo Augusta.

Debo irme; adiós.

—Adiós.

Intercambiaron besos y Carlota partió de inmediato.

Casi en seguida llegaron dos mandaderos: uno con vestidos y el otro con una novela; eran compras hechas en la víspera. Los vestidos eran carísimos y la novela tenía este título: *Fanny*, por Ernesto Feydean.

CAPITULO II

Hacia la una de la tarde de ese mismo día se levantó Vasconcelos de la cama.

Vasconcelos era un hombre de cuarenta años, bien parecido, dotado de un maravilloso par de suizas grisáceas, que le daban un aire de diplomático, actividad de la que estaba alejado por lo menos unas buenas cien leguas. Tenía una cara risueña y una actitud extrovertida: todo él respiraba una robusta salud.

Era dueño de una considerable fortuna y no trabajaba, o sea trabajaba mucho en la destrucción de dicha fortuna, obra en la que su mujer colaboraba concienzudamente.

La observación de Adelaida era verídica; Vasconcelos se acostaba tarde; siempre se despertaba después del mediodía; y salía al anochecer para volver a la madrugada siguiente. Quiero decir que efectuaba con regularidad cortas o breves excursiones a la casa de sus familiares.

Una sola persona tenía derecho a exigir de Vasconcelos una mayor asiduidad en su casa: era Augusta; pero ella nada le decía. No por eso se llevaban mal, porque el marido, a cambio de la tolerancia de su esposa, no le negaba nada, y todos los caprichos que ella pudiera tener eran satisfechos con prontitud.

Si ocurría que Vasconcelos no podía acompañarla a todos los bailes y paseos, se encargaba de ello un hermano de Vasconcelos, comendador de dos órdenes, político de la oposición, excelente jugador de tresillo, y hombre amable en sus horas libres, que eran pocas. El hermano Lorenzo era lo que se puede llamar un hermano terrible. Obedecía a todos los deseos de la cuñada, pero no le ahorra, de vez en cuando, un sermón al hermano. Buena semilla que no germinaba.

Despertó, pues, Vasconcelos, y despertó de buen humor. La hija se alegró mucho al verlo, y él mostró una gran afabilidad hacia la mujer, que le retribuyó del mismo modo.

—¿Por qué te despiertas tan tarde? —preguntó Adelaida acariciando las suizas de Vasconcelos.

—Porque me acuesto tarde.

—¿Y por qué te acuestas tarde?

—¡Eso ya es mucho preguntar! —dijo Vasconcelos sonriendo. Y prosiguió:

—Me acuesto tarde porque así lo exigen las necesidades políticas. Tú no sabes qué es la política; es una cosa muy fea, pero muy necesaria.

—¡Yo sí sé qué es la política! —dijo Adelaida.

—¿No digas? Explicame entonces qué crees que es.

—Allá en el campo, cuando le rompieron la cabeza al juez de paz, dijeron que había sido por cuestiones políticas; a mí me pareció muy raro porque lo político hubiera sido que no le rompieran la cabeza. . .

Vasconcelos se rió mucho con la observación de la hija, y se dirigía al comedor para almorzar, cuando entró su hermano, que no pudo dejar de exclamar:

—¡A buena hora almuerzas tú!

—Ya empiezas con tus reprimendas. Yo almuerzo cuando tengo hambre. . . No trates, ahora, de esclavizarme a las horas y a las formalidades. Llámalo almuerzo, o *lunch*, lo cierto es que estoy comiendo.

Lorenzo le contestó con una mueca.

Terminado el almuerzo se anunció la llegada del Sr. Batista. Vasconcelos fue a recibirlo en la privacidad de su estudio.

Batista era un muchacho de veinticinco años; era el tipo acabado del farrista; excelente compañero en una cena integrada por personas de dudosa calaña; nulo comensal en una mesa de honesta sociedad. Tenía chispa y cierta inteligencia, pero era preciso que se sintiese en el clima adecuado para que se manifestaran tales cualidades. Por lo demás, era apuesto; tenía un lindo bigote; calzaba botines de *Campas*², y se vestía con excelente buen gusto; fumaba tanto como un soldado y tan bien como un *lord*.

—Apuesto a que recién te despiertas, —dijo Batista mientras entraba al escritorio de Vasconcelos.

—Hace tres cuartos de hora; recién termino de almorzar. Sírvete un cigarro.

Batista aceptó el cigarro, y se estiró en una silla americana, mientras Vasconcelos prendía un fósforo.

—¿Viste a Gomes? —preguntó Vasconcelos.

—Ayer lo vi. Gran novedad: rompió con la sociedad.

—¿Es cierto?

—Cuando le pregunté por qué motivo no se lo veía desde hacía un mes; me respondió que estaba pasando por una transformación, y que del Gomes que había sido no quedaba más que el recuerdo. Parece mentira, pero el muchacho hablaba con convicción.

—Lo dudo; pienso, más bien, que se trata de alguna broma que nos está preparando. ¿Qué novedades hay?

—Nada; mejor dicho, eres tú quien debiera saber algo. . .

—Yo no sé nada. . .

—¡Vamos! ¿No estuviste ayer en el jardín?

—Así es; hubo una cena. . .

² Se refiere Machado de Assis a una casa de calzado muy de moda en Río de Janeiro, hacia fines del siglo pasado. (N. del T.).

—Una reunión familiar, efectivamente. Yo fui al *Alcázar*. ¿A qué hora terminó la reunión?

—A las cuatro de la mañana . . .

Vasconcelos se extendió en una reposera, y la conversación prosiguió en ese tono, hasta que un sirviente vino a avisarle a Vasconcelos que en el salón lo aguardaba el señor Gomes.

—¡He aquí a nuestro hombre! —dijo Batista.

—Díle que suba —ordenó Vasconcelos.

El sirviente bajó para transmitir el mensaje; pero Gomes apareció recién quince minutos más tarde; se había demorado abajo conversando con Augusta y Adelaida.

—Quién está vivo siempre aparece —dijo Vasconcelos al avistar al muchacho.

—Ustedes no me buscan . . . , —dijo él.

—Perdón, pero yo estuve en tu domicilio dos veces, y me dijeron que habías salido.

—Fue pura casualidad; yo casi nunca salgo.

—¿Así que te has convertido en un perfecto ermitaño?

—Estoy hecho una crisálida; voy a reaparecer transformado en mariposa, —dijo Gomes sentándose.

—Tenemos poesía . . . Atención, Vasconcelos . . .

El nuevo personaje, este Gomes tan buscado y tan oculto, aparentaba tener unos treinta años. El, Vasconcelos y Batista eran la trinidad del placer y de la disipación, unida por una indisoluble amistad. Cuando Gomes, cerca de un mes antes, dejó de frecuentar los círculos habituales, llamó la atención de todos, pero sólo Vasconcelos y Batista lo lamentaron de verdad. Sin embargo, no se empeñaron demasiado en arrancarlo a la soledad, ya que consideraron que la actitud del muchacho bien podía responder a algún propósito determinado.

Gomes fue, por lo tanto, recibido como un hijo pródigo.

—¿Por dónde anduviste metido? ¿Qué quieres decir eso de la crisálida y la mariposa? ¿Te parece que yo soy del campo que tienes que hablarme así?

—Las cosas son tal como se las transmito, mis amigos. Me están saliendo alas.

—¡Alas! —dijo Batista sofocando una carcajada.

—A menos que sean alas de gavilán para caer sobre . . .

—No; estoy hablando en serio.

Y, en efecto, Gomes mostraba una actitud seria y convincente.

Vasconcelos y Batista se miraron.

—Pues, si es verdad lo que dices, explícanos de una vez de qué alas se trata, y sobre todo hacia dónde quieres volar.

A estas palabras de Vasconcelos, agregó Batista las siguientes:

—Sí, debes darnos una explicación, y si nosotros, que formamos tu consejo de familia, consideramos que la explicación es satisfactoria, la aprobaremos; de lo contrario quedarás sin alas y volverás, a ser lo que siempre has sido. . .

—Totalmente de acuerdo —refrendó Vasconcelos.

—Pues bien, es muy sencillo, me están saliendo alas de ángel, y quiero volar al cielo del amor.

—¡Del amor! —exclamaron los dos amigos de Gomes.

—Así es, —prosiguió Gomes—. ¿Qué fui yo hasta hoy? Un verdadero disipado, un perfecto calavera, derrochando mi fortuna y mi corazón. ¿Pero es ello suficiente para llenar una vida? Creo que no. . .

—Hasta ahí estoy de acuerdo. . . eso no basta; es preciso que haya algo más; la diferencia está en la manera de. . .

—Exactamente, —dijo Gomes—, exactamente; es natural que ustedes piensen de otra manera, pero yo creo que tengo razón en decir que sin el amor casto y puro la vida no es más que un desierto.

Batista dio un salto.

Vasconcelos clavó los ojos en Gomes.

—Apuesto a que te vas a casar —le dijo.

—No sé si me voy a casar; sé sí que amo, y espero terminar casándome con la mujer que amo.

—¡Casarte! —exclamó Batista.

Y dejó escapar una carcajada estridente.

Pero Gomes hablaba tan seriamente, insistía con tamaña gravedad en aquellos proyectos de regeneración, que los dos amigos terminaron por oírlo con igual seriedad.

Gomes hablaba un lenguaje que era extraño, y enteramente nuevo en boca de un muchacho que había sido el más loco y ruidoso en los festines de Baco y de Citera.

—¿De modo, entonces, que nos dejas? —preguntó Vasconcelos.

—¿Yo? Sí, y no; me encontrarán en los salones que hasta hoy frecuentamos; en los hoteles y las casas equívocas, nunca más.

—*De profundis*. . . —canturreó Batista.

—¿Pero al fin de cuentas, —dijo Vasconcelos—, dónde está tu Marión? ¿Se puede saber quién es ella?

—No es Marión, es Virginia. . . Pura amistad al principio, después afecto profundo, hoy pasión verdadera. Luché mientras pude; pero rendí las armas ante una fuerza mayor. Mi gran temor era no tener un alma capaz de ser ofrecida a esa gentil criatura. Pues bien, la tengo, y tan fogosa y tan virgen como cuando tenía dieciocho años. Sólo la casta mirada de una virgen podría ser capaz de descubrir en mi lodo esa perla divina. Renazco mejor de lo que era. . .

—No cabe duda, Vasconcelos, el muchacho está loco, enviémoslo a *Praia Vermelha*; y como puede tener un nuevo brote aquí mismo, yo me voy. . .

Batista tomó su sombrero.

—¿Adónde vas? —le dijo Gomes.

—Tengo que hacer; pero pronto me tendrás por tu casa; quiero ver si aún hay algo que pueda hacerse para arrancarte a ese abismo.

Y salió.

CAPITULO III

Los dos se quedaron solos.

—¿Entonces es cierto que estás enamorado?

—Completamente. Yo bien sabía que ustedes difícilmente podrían creer en ello; yo mismo no lo creo todavía, y sin embargo, es verdad. Terminó por donde tú empezaste. ¿Será peor o mejor? Yo creo que es mejor.

—¿Quieres mantener oculto el nombre de la persona?

—Lo oculto por ahora a todos, menos a ti.

—Es una prueba de confianza. . .

Gomes sonrió.

—No, —dijo él— es una condición *sine qua non*; tú, por sobre cualquier otro, debes saber quién es la elegida de mi corazón; se trata de tu hija.

—¿Adelaida? —preguntó Vasconcelos pasmado.

—Sí, tu hija.

La revelación de Gomes cayó como una bomba. Vasconcelos ni de lejos sospechaba semejante cosa.

—¿Apruebas nuestro amor? —le preguntó Gomes.

Vasconcelos reflexionaba, y tras algunos minutos de silencio, dijo:

—Mi corazón aprueba tu elección; eres mi amigo, estás enamorado, y si además ella te ama. . .

Gomes iba a decir algo, pero Vasconcelos prosiguió, sonriendo:

—¿Pero, y la sociedad?

—¿Qué sociedad?

—La sociedad que nos considera libertinos, a ti y a mí, es natural que no apruebe el respaldo que te doy.

—Ya veo que es un rechazo, —dijo Gomes entristecido.

—¡Qué rechazo ni rechazo, tonto! Es una objeción que tú podrás destruir diciendo: la sociedad es una gran calumniadora y una famosa indiscreta. Mi hija es tuya con una condición:

—¿Cuál?

—A condición de que sea un amor recíproco. ¿Ella te quiere?

—No sé, —respondió Gomes.

—Pero lo sospechas. . .

—No lo sé; sé que la amo y daría mi vida por ella, pero ignoro si soy correspondido.

—Lo serás. . . yo me encargaré de explorar el terreno. Dentro de dos días te haré conocer el resultado de mis indagaciones. ¡Quién iba a decirlo! ¡Tener que llamarte mi yerno!

La respuesta de Gomes fue caer en sus brazos. La escena ya adquiría ribetes de comedia cuando dieron las tres de la tarde. Gomes recordó que tenía un *rendez-vous* con un amigo; Vasconcelos, a su vez que tenía que escribir algunas cartas.

Gomes se retiró sin hablar con las mujeres.

A eso de las cuatro, Vasconcelos se disponía a salir, cuando le avisaron que había venido a visitarlo el Sr. José Brito.

Al oír este nombre Vasconcelos frunció el entrecejo.

Poco después entraba a su escritorio el Sr. José Brito.

El Sr. José Brito era para Vasconcelos un verdadero fantasma, un eco del abismo, una voz de la realidad; era un acreedor.

—No contaba hoy con su visita, —dijo Vasconcelos.

—Me sorprende, —le respondió el Sr. José Brito, con una placidez que desconcertaba—, porque hoy es 21.

—Creí que era 19 —balbuceó Vasconcelos.

—Antes de ayer lo fue, en efecto; pero hoy es 21. Mire, —prosiguió el acreedor tomando el *Jornal do Comércio* que estaba sobre una silla— jueves 21.

—¿Viene a buscar el dinero?

—Aquí está su letra —dijo el Sr. José Brito, sacando la billetera del bolsillo y un papel de la billetera.

—¿Por qué no vino más temprano? —preguntó Vasconcelos, tratando así de retrasar la cuestión fundamental.

—Vine a las ocho de la mañana, —respondió el acreedor—, usted estaba durmiendo; vine a las nueve, ídem; vine a las once, ídem; vine al mediodía, ídem. Quise venir a la una de la tarde, pero tenía que mandar un hombre a la cárcel y no me fue posible terminar temprano. A las tres comí algo, y a las cuatro estuve aquí.

Vasconcelos mordisqueaba el cigarro mientras trataba de ver si se le ocurría alguna buena idea que le permitiera escapar al pago con que no había contado.

No se le ocurría nada; pero el propio acreedor le ofreció una alternativa.

—Por lo demás, —dijo él—, poco importa la hora, ya que yo estaba seguro que usted me iba a pagar.

—Ah, —dijo Vasconcelos—, creo que usted se equivoca; yo no contaba con que usted viniese hoy, y no conseguí el dinero. . .

—Pero, entonces, ¿qué piensa hacer? —preguntó el acreedor con ingenuidad. Vasconcelos sintió que su alma se llenaba de esperanza.

—Nada más simple, dijo; espere hasta mañana...

—Mañana quisiera presenciar el embargo de un individuo al que hice procesar por una larga deuda; no puedo...

—Perdón, pero yo podría llevarle el dinero a su casa...

—No habría problema si los asuntos comerciales se arreglasen así. Si fuésemos dos amigos es natural que yo me contentase con su promesa, y todo terminaría mañana; pero yo soy su acreedor, y sólo me importa salvar mis intereses... Por lo tanto, creo que lo mejor será que usted me pague hoy...

Vasconcelos se pasó la mano por los cabellos.

—¡Pero ya le he dicho que no tengo!— dijo él.

—Es algo que sin duda debe resultarle muy molesto, pero que a mí no me causa la menor impresión... aunque, sin embargo, debiera inquietarme, ya que su situación actual es precaria.

—¿Mi situación?

—Así es; sus casas de la *Rua da Imperatiz* están hipotecadas; la de la *Rua de São Pedro* fue vendida, y la suma obtenida hace mucho se evaporó; sus esclavos han ido desapareciendo, uno tras otro, sin que, al parecer, usted lo haya advertido, y los gastos que hace poco tuvo usted que enfrentar para equipar la casa de una cierta dama de sociedad de reputación algo dudosa, son inmensos. Yo sé todo; sé más que usted...

Vasconcelos estaba visiblemente aterrizado.

Lo que el acreedor decía era cierto.

—Bueno, —dijo Vasconcelos—, ¿qué propone que hagamos?

—Una cosa simple; duplicamos la deuda, y usted me entrega ahora un depósito a cuenta.

—¡Duplicar la deuda! pero esto es un...

—Es una tabla de salvación; soy moderado. Vamos, dése cuenta y acepte mi propuesta. Entrégume el depósito, y destruimos la letra.

Vasconcelos aún quiso hacer alguna objeción; pero era imposible convencer al Sr. José Brito.

Firmó el depósito por dieciocho *contos*³.

Cuando el acreedor se fue, Vasconcelos se puso a pensar seriamente en su vida.

Hasta entonces había gastado tanto y tan ciegamente que no había advertido el abismo que él mismo fue cavando bajo sus pies.

Vino, sin embargo, a prevenirlo la voz de uno de sus verdugos.

Vasconcelos reflexionó, calculó, reconsideró el monto de sus gastos y obligaciones, y verificó que de la fortuna que creía poseer le quedaba en realidad menos de la cuarta parte.

³ Véase nota 6 de pág. 16.

Para vivir como hasta allí había vivido, aquello era nada menos que la miseria.

¿Qué hacer en tal situación?

Vasconcelos recogió su sombrero y salió.

Iba cayendo la noche.

Tras andar algún tiempo por las calles absorto en sus meditaciones, Vasconcelos entró en el *Alcázar*.

Era una forma de distraerse.

Allí encontraría a sus relaciones habituales.

Batista vino al encuentro de su amigo.

—¿Qué cara es esa? —le dijo.

—No es nada, me pisaron un callo —respondió Vasconcelos, que no encontraba mejor respuesta.

Pero un pedicuro que se encontraba cerca de los dos oyó sus palabras y a partir de ese momento no perdió de vista al infeliz Vasconcelos, a quien cualquier insignificancia podía molestarlo. La mirada insistente del pedicuro lo turbó tanto que Vasconcelos terminó por irse de allí.

Entró al *Hotel de Milán* para cenar. Por mayor que fuera su preocupación, sintió que no podía desatender las necesidades de su estómago.

Pues bien, en mitad de la cena se acordó de aquello que en ningún momento debió haber salido de su cabeza: el pedido de casamiento que esa tarde le había hecho Gomes. Fue un rayo de luz.

“Gomes es rico”, pensó Vasconcelos; “la forma de evitar disgustos mayores es ésta; Gomes se casa con Adelaida, y como es mi amigo no me negará nada de lo que yo necesite. Por mi parte, trataré de recuperar lo perdido... ¡Qué oportuno fue acordarme del casamiento!”.

Vasconcelos comió alegremente, volvió después al *Alcázar*, donde algunos muchachos y otras personas le hicieron olvidar completamente sus infortunios.

A las tres de la mañana, Vasconcelos entraba a su casa con la tranquilidad y regularidad habituales.

CAPITULO IV

Al día siguiente, lo primero que hizo Vasconcelos fue consultar el corazón de Adelaida. Quería, empero, hacerlo en ausencia de Augusta. Por suerte, ésta tenía que ir a la *Rua da Quitanda* a ver unas telas nuevas, y salió con su cuñado, dejándolo a Vasconcelos en total libertad de acción.

Como los lectores ya saben, Adelaida quería mucho a su padre, y era capaz de hacer cualquier cosa por él. Tenía, además, un excelente corazón. Vasconcelos contaba con esas dos fuerzas.

—Ven aquí, Adelaida, —dijo él entrando al salón de estar—; ¿sabes cuántos años tienes?

—Tengo quince.

—¿Sabes cuántos años tiene tu madre?

—¿Tiene veintisiete, verdad?

—Tiene treinta; vale decir que tu madre se casó a los quince años—.

Vasconcelos hizo un silencio, a fin de apreciar el efecto que producían sus palabras; pero fue inútil la expectativa; Adelaida no entendió nada.

El padre prosiguió:

—¿No has pensado en casarte?

La niña se sonrojó notablemente, trató de permanecer callada, pero como su padre insistiese, respondió:

—¡Pero papá! Yo no quiero casarme...

—¿Que no te quieres casar? ¡Eso sí que es bueno! ¿Y por qué?

—Porque no tengo ganas, y vivo bien aquí.

—Pero tú puedes casarte y seguir viviendo aquí...

—Es cierto, pero no tengo ganas.

—Vamos... Amas a alguien, confiésalo.

—No digas eso, papá... yo no amo a nadie.

Adelaida era sincera y Vasconcelos no lo dudó.

“Ella dice la verdad”, pensó él; “es inútil intentar por ese lado...”.

Adelaida se sentó a sus pies, y dijo:

—Te pido, papito, que no hablemos más del asunto...

—Hablemos, hija mía; hablemos; tú eres una niña, no sabes ser previsora. Imagínate que tu madre y yo desaparezcamos mañana. ¿Quién te ha de amparar? Sólo un marido.

—Pero a mí no me gusta nadie...

—Por ahora es así; pero ya habrás de enamorarte si el novio es un apuesto muchacho, de buen corazón... Yo ya elegí uno que te ama mucho, y a quien tú seguramente llegarás a amar.

Adelaida se estremeció.

—¿Yo? dijo ella. Pero... ¿quién es?

—Gomes.

—Papá, yo no lo amo...

—Eso sólo es cierto por ahora; pero no me negarás que él es digno de ser amado. Dos meses bastarán para que te enamores de él.

Adelaida no dijo una palabra. Incluyó la cabeza y empezó a retorcer entre los dedos una de sus trenzas pobladas y negras. El pecho se le contraía y dilataba con fuerza; la niña tenía los ojos clavados en la alfombra.

—¿Y? Estás de acuerdo, ¿verdad? —preguntó Vasconcelos.

—Pero papá y ¿si llegó a ser infeliz?...

—Eso es imposible, hija mía; serás muy feliz ; y amarás mucho a tu marido.

—Oh, papá, —le dijo Adelaida con los ojos bañados por el llanto—, te suplico que no me cases todavía...

—Adelaida, el primer deber de una hija es obedecer a su padre, y yo soy tu padre. Quiero que te cases con Gomes; en consecuencia, te casarás con él.

Para que estas palabras alcanzaran todo el efecto esperado, debían dar lugar a una retirada rápida. Vasconcelos lo comprendió y salió del salón dejando a Adelaida sumida en la desolación.

Adelaida no amaba a nadie. Su rechazo no se apoyaba en la defensa de ningún otro amor; tampoco era el resultado de ninguna aversión particular hacia su pretendiente.

La niña sentía, simplemente, una total indiferencia por el muchacho. En estas condiciones el casamiento no dejaba de ser una odiosa imposición.

¿Pero qué haría Adelaida? ¿A quién recurriría?

Recurrió a las lágrimas.

En cuanto a Vasconcelos, subió a su estudio y escribió las siguientes líneas a su futuro yerno:

Todo marcha bien; te autorizo a venir para hacerle la corte a la niña; puedes empezar cuando quieras y espero que dentro de dos meses la fecha de casamiento esté fijada.

Cerró la carta y la envió. Poco después regresaron de la calle Augusta y Lorenzo.

Mientras Augusta subió al cuarto de la *toilette* para cambiarse de ropa, Lorenzo fue a ver a Adelaida, que estaba en el jardín.

Advirtió que los ojos de ella estaban enrojecidos, y preguntó por la causa, pero la muchacha negó haber llorado.

Lorenzo no creyó en las palabras de la sobrina, y la instó a que le dijera la verdad acerca de lo ocurrido.

Adelaida tenía una relación extraña con su tío, debido en gran parte a esa franqueza de carácter de la que ahora mismo le daba pruebas. Al cabo de algunos minutos de resistencia, Adelaida contó a Lorenzo la charla que había tenido con su padre.

—¿Así que por eso estás llorando, querida?

—¿Y qué te parece? ¿Cómo haré para librarme del casamiento?

—No te aflijas, no te casarán; yo te prometo que ese matrimonio no se realizará. . .

La muchacha sintió un estremecimiento de alegría.

—¿Tío, me prometes que lo convencerás a papá?

—Lo convenceré o lo venceré, poco importa; tú no te casarás, puedes estar segura. Tu padre es un tonto.

Lorenzo subió al escritorio de Vasconcelos, exactamente en el momento en que éste se disponía a salir.

—¿Sales? —le preguntó Lorenzo.

—Así es.

—Debo hablarte.

Lorenzo se sentó, y Vasconcelos, que ya tenía el sombrero en la cabeza, esperó de pie que él hablase.

—Siéntate —dijo Lorenzo.

Vasconcelos se sentó.

—Hace dieciséis años. . .

—Empiezas yéndote muy lejos; trata de abreviar por lo menos media docena de años, sin lo cual no te prometo oír lo que vas a decirme.

—Hace dieciséis años, —prosiguió Lorenzo—, decías que acababas de encontrar un paraíso, el verdadero paraíso, y fuiste durante dos o tres años un marido ejemplar. Después cambiaste completamente; y el paraíso se hubiera convertido en un verdadero infierno si tu mujer no fuese tan indiferente y fría como es, evitando de ese modo terribles escenas domésticas.

—¿Pero Lorenzo, me puedes decir qué tienes tú que ver con todo eso?

—Nada; ni de eso vengo a hablarte. Lo que me interesa es que no sacrifiques a tu hija por un capricho, entregándola a uno de tus compañeros de juerga. . .

Vasconcelos se puso de pie:

—¡Estás loco! —dijo él.

—Te aseguro que estoy perfectamente cuerdo, y te doy el prudente consejo de que no sacrifiques una hija a un libertino.

—Gomes no es un libertino; tuvo una vida de muchacho, es verdad, pero gusta de Adelaida, y se ha transformado completamente. Es un buen casamiento, y por eso creo que todos debemos aceptarlo. Es mi deseo y en esta casa mando yo.

Lorenzo trató de seguir hablando, pero Vasconcelos ya se había alejado.

“¿Qué hacer?”, pensó Lorenzo.

CAPITULO V

La oposición de Lorenzo no impresionaba demasiado a Vasconcelos. El podía inculcar a su sobrina ideas de resistencia; pero Adelaida, que era un espíritu débil, cedería ante el último que hablase, y los consejos de un día serían derrotados por la imposición del día siguiente.

No obstante, era conveniente obtener el apoyo de Augusta. Vasconcelos pensó en ocuparse de eso cuanto antes.

Urgía, sin embargo, organizar sus negocios, y Vasconcelos buscó un abogado a quien entregó todos los papeles y la información necesaria, encargándole que lo orientase para enfrentar las necesidades que le imponía la situación, como por ejemplo lo atinente a los recursos legales a que podría apelar en caso de reclamo por deuda o hipoteca.

Nada de esto hacía suponer, por parte de Vasconcelos, una reforma de sus costumbres. Se preparaba apenas, para proseguir su vida anterior.

Dos días después de la conversación con el hermano, Vasconcelos fue en busca de Augusta, para hablar francamente con ella sobre el casamiento de Adelaida.

Ya en ese lapso, el futuro novio, siguiendo el consejo de Vasconcelos, empezó a cortejar a la muchacha. Era posible que si el casamiento no le hubiera sido impuesto, Adelaida terminase gustando del muchacho. Gomes era un hombre hermoso y elegante; y además, conocía todos los recursos a los que se debe apelar para impresionar a una mujer.

¿Habría Augusta advertido la asidua presencia del muchacho? Tal era la pregunta que Vasconcelos formulaba a su espíritu en el momento en que entraba al *toilette* de la mujer.

—¿Vas a salir? —preguntó él.

—No; tengo visitas.

—¡Ah! ¿Quién?

—La mujer de Seabra —dijo ella.

Vasconcelos se sentó, y buscó una forma de empezar a hablar del asunto principal que allí lo había llevado.

—¡Estás muy linda hoy!

—¿De verás? —dijo ella sonriendo—. Sin embargo, hoy estoy como siempre; me llama la atención que me lo digas hoy. . .

—No; realmente hoy estás más linda que habitualmente, a tal punto que hasta soy capaz de ponerme celoso. . .

—¡Por favor! —dijo Augusta con una sonrisa irónica.

Vasconcelos se rascó la cabeza, sacó el reloj, le dio cuerda; después empezó a acariciarse la barba, tomó una hoja de diario, leyó dos o tres avisos, arrojó la página al suelo, y por fin, al cabo de un silencio ya demasiado prolongado, Vasconcelos creyó mejor atacar la cuestión de frente.

—He estado pensando mucho en Adelaida últimamente —dijo él.

—¡Grande! —exclamó Augusta—, es una niña. . .

—¡Ajá! ¿por qué?

—Ya es grande. . .

—Ya es mayor de lo que tú eras cuando te casaste. . .

Augusta arrugó ligeramente la frente.

—Sí. . . ¿y entonces qué?

—Bueno, yo quisiera hacerla feliz y feliz a través del casamiento.

Un muchacho digno de ella en todos los órdenes, me la pidió hace días, y yo le dije que sí. Sabiendo de quién se trata, aprobarás mi elección; me refiero a Gomes. ¿Te parece bien?

—¡No! —respondió Augusta.

—¿Cómo no?

—Adelaida es una niña; no tiene ni la madurez ni la edad adecuada para casarse. . . Lo hará en su debido momento.

—¿En su debido momento? ¿Tú crees que el novio esperará ese momento impreciso?

—Si no espera, paciencia —dijo Augusta.

—¿Tienes alguna objeción que hacerle a Gomes?

—Ninguna. Es un muchacho distinguido; pero no le conviene a Adelaida.

Vasconcelos no estaba seguro si le convenía seguir insistiendo; le parecía que nada habría de lograr; pero el recuerdo de la fortuna le dio fuerzas para proseguir, y entonces él preguntó:

—¿Por qué?

—¿Estás seguro que es el hombre que le conviene a Adelaida? —inquirió Augusta, eludiendo la pregunta del marido.

—Digo que sí.

—Le convenga o no, nuestra niña no debe casarse todavía.

—¿Y si ella lo amase? . . .

—¿Qué importa? ¡Igual debería esperar!

—Sin embargo, Augusta, no podemos prescindir de este casamiento. . . Es una necesidad fatal.

—¿Fatal? No comprendo. . .

—Me explicaré. Gomes tiene una buena fortuna.

—También nosotros tenemos una. . .

—Ahí te equivocas —interrumpió Vasconcelos.

—¿Qué quieres decir?

Vasconcelos prosiguió:

—Más tarde o más temprano tenías que llegar a saberlo, y yo me alegro de que haya surgido la oportunidad de decirte toda la verdad. La verdad es que si no estamos pobres, estamos arruinados.

Augusta oyó estas palabras con los ojos desorbitados por el espanto. Cuando él terminó, dijo:

—¡No es posible!

—¡Desgraciadamente es verdad!

Hubo un momento de silencio.

“Todo está arreglado” pensó Vasconcelos.

Augusta rompió el silencio.

—Pero, —dijo ella—, si nuestra fortuna está menguada, creo que debieras estar haciendo algo más útil que conversar; debieras estar reconstruyéndola.

Vasconcelos hizo con su cabeza un movimiento de asombro, y como si ese ademán fuese una pregunta, Augusta se apuró a responder:

—No te sorprendas; creo, sinceramente, que tu deber es reconstruir nuestra fortuna.

—No es eso lo que sorprende; me sorprende que me lo recuerdes de esa manera. Se diría que la culpa es mía . . .

—¡Bien! —dijo Augusta—, ahora vas a decir que la culpable soy yo . . .

—La culpa, si es que de culpa se trata, la tenemos ambos.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Tus gastos enloquecidos contribuyeron en gran parte a llegar a donde llegamos; yo nada te negué ni nada te niego, y esa es mi culpa. Si esa es la afrenta que me echas en cara, la acepto.

Augusta se encogió de hombros con un gesto de despecho; y le dirigió a Vasconcelos una mirada de tamaño desdén que bastaría para iniciar un juicio de divorcio.

Vasconcelos percibió tanto el gesto como la mirada.

—El amor al lujo y a lo superfluo, —dijo él—, siempre producirá estas consecuencias. Son terribles, pero explicables. Para conjurarlas es necesario vivir con moderación. Nunca pensaste en eso. Al cabo de seis meses de casados, empezaste a vivir en el torbellino de la moda, y el pequeño arroyo de los gastos se convirtió en un río inmenso de desperdicios. ¿Sabes lo que me dijo una vez mi hermano? Me dijo que la idea de mandar a Adelaida al campo te fue sugerida por la necesidad de vivir sin ningún tipo de ataduras.

Augusta se había incorporado y dio algunos pasos; estaba temblorosa y pálida.

Vasconcelos proseguía con sus recriminaciones, cuando la mujer lo interrumpió diciendo:

—¿Pero por qué motivo no evitaste esos gastos que yo hacía?

—No quería perturbar la paz doméstica.

—¡No! —clamó ella—; lo que tú querías, por tu parte, era tener una vida libre e independiente; al ver que yo me entregaba a tanto derroche, imaginaste que podías comprar con tu tolerancia mi tolerancia. Ese es el verdadero motivo; tu vida no será igual a la mía, pero es peor . . . Si yo gastaba mucho en casa, tú te dedicabas a derrochar en la calle . . . Es inútil que lo niegues, porque yo lo sé todo; conozco de nombre, a todas las rivales que sucesivamente me diste, y nunca te dije una única palabra, ni ahora te censuro, porque sería inútil y tarde.

La situación había cambiado. Vasconcelos había empezado constituyéndose en juez y pasaba a la condición de reo también él. Negar era imposible; discutir era arriesgado e inútil. Optó por los sofismas.

—Si así fuera (y yo no discuto ese punto), en todo caso la culpa de ello sería mutua, y no encuentro razón para que me la arrojes en la cara. Debo reconstituir nuestra fortuna, concuerdo; hay un medio, y es éste: el casamiento de Adelaida con Gomes.

—¡No! —dijo Augusta.

—Bien; seremos pobres, llegaremos a estar peor de lo que estamos ahora; venderemos todo. . .

—Perdón, —dijo Augusta—, yo no sé por qué razón no has de ser tú, que eres fuerte, y tienes la responsabilidad mayor en el desastre, quien consagre su empeño en reconstituir la fortuna destruida.

—Es un largo trabajo; y de aquí hasta entonces la vida prosigue y se consume. El medio más adecuado, ya te lo dije, es éste; casar a Adelaida con Gomes.

—¡No quiero! —dijo Augusta—, no consiento en semejante casamiento.

Vasconcelos iba a responder, pero Augusta, tras proferir estas palabras, salió precipitadamente de la habitación.

Vasconcelos hizo lo mismo unos minutos después.

CAPITULO VI

Lorenzo no se enteró de la discusión habida entre su hermano y la cuñada, y después del empecinamiento de Vasconcelos decidió no decir nada más; mientras tanto, como quería mucho a la sobrina, y no deseaba verla entregada a un hombre de costumbres que él reprobaba, resolvió esperar que la situación tomase un carácter más definido para asumir un papel más activo.

Pero, a fin de no perder tiempo, y poder contar con algún argumento de peso, Lorenzo se dispuso a iniciar una investigación minuciosa mediante la cual pudiese recoger informaciones precisas sobre Gomes.

Este consideraba que el casamiento era algo decidido, y no perdía un solo minuto en su afán de conquista de Adelaida.

Notó, sin embargo, que Augusta se iba volviendo más fría e indiferente, sin que él fuese capaz de explicarse el motivo de semejante actitud; así fue como se adueñó de su espíritu la sospecha de que pudiera surgir de ella alguna oposición.

En lo que atañe a Vasconcelos, desalentado por la escena del *toilette*, esperó mejores días, y contó sobre todo con el imperio de la necesidad.

Un día, sin embargo, exactamente cuarenta y ocho horas después de la gran discusión con Augusta, Vasconcelos se formuló esta pregunta: "Augusta rechaza la propuesta de ofrecer la mano de nuestra hija a Gomes, ¿por qué?"

De pregunta en pregunta, de deducción en deducción, se abrió en el espíritu de Vasconcelos campo para una sospecha dolorosa.

"¿Lo amará?" se preguntó él.

Después, como si el abismo atrajese al abismo, y una sospecha se hilvanase a otra, Vasconcelos se preguntó:

"¿Habrá sido amantes durante algún tiempo?"

Por primera vez, Vasconcelos sintió que la serpiente de los celos mordía su corazón.

De los celos, digo yo, por usar un eufemismo; no sé si aquello era celos; tal vez fuera amor propio herido.

¿Serían fundadas las sospechas de Vasconcelos?

Debo decir la verdad: no lo eran. Augusta era vanidosa, pero era fiel a su infiel marido; y eso por dos motivos: uno por conciencia, otro por temperamento. Aun cuando ella no estuviese convencida de sus deberes de esposa, lo cierto es que nunca había traicionado el juramento conyugal. No estaba hecha para las pasiones, a no ser las pasiones ridículas que impone la vanidad. Ella amaba por sobre todo su propia belleza: su mejor amigo era aquel que le dijera que ella era la más hermosa de las mujeres; pero si le daba su amistad, no le entregaba, en cambio, su corazón; eso la salvaba.

La verdad es ésta ¿pero quién se la diría a Vasconcelos? Una vez que sospechó que su honor pudiese haber sido afectado, Vasconcelos empezó a recapitular toda su vida. Gomes frecuentaba su casa desde hacía seis años, y tenía en ella plena libertad. La traición era fácil. Vasconcelos empezó a recordar las palabras, gestos, las miradas, todo lo que hasta entonces le había resultado indiferente, y que en aquel momento tomaba un carácter sospechoso.

Dos días anduvo Vasconcelos entregado a estos pensamientos. No salía de su casa. Cuando Gomes llegaba, Vasconcelos observaba a su mujer con desusada persistencia, la misma frialdad con que ella recibía al muchacho era, a los del marido, una prueba del delito.

Estaba en esto, cuando en la mañana del tercer día (Vasconcelos ya se levantaba temprano) entró Lorenzo a su escritorio, siempre con el aire salvaje de costumbre.

La presencia de su hermano, despertó en Vasconcelos el deseo de contarle todo.

Lorenzo era un hombre sensato, y en caso de necesidad era un punto de apoyo.

El hermano oyó todo cuanto él le contó, y al haber terminado éste de hablar, rompió su silencio con estas palabras:

—Todo eso es una tontería; si tu mujer rechaza el casamiento será por algún otro motivo; cualquiera menos ése.

—Pero es el casamiento con Gomes a lo que ella se opone.

—Claro, porque le hablaste de Gomes; háblale de otro y ya verás que reacciona de igual modo. Debe haber otro motivo; tal vez Adelaida me lo cuente, tal vez ella le haya pedido a su madre que se opusiera, porque tu hija no ama al muchacho, y siendo así no se puede casar con él.

—No se casará.

—No sólo por eso, sino que además. . .

—¿Además qué?

—Sino que además este casamiento es una especulación de Gomes.

—¿Una especulación? preguntó Vasconcelos.

—Igual a la tuya, —dijo Lorenzo—. Tú le entregas a tu hija con los ojos puestos en su fortuna; él acepta con sus ojos puestos en la tuya. . .

—Pero él tiene. . .

—No tiene nada; está arruinado como tú. Estuve haciendo averiguaciones y supe la verdad. Quiere naturalmente proseguir con la misma vida disipada que tuvo hasta hoy, y tu fortuna es un medio. . .

—¿Estás seguro?

—¡Segurísimo!. . .

Vasconcelos se sintió aterrizado. En medio a tantas sospechas, le quedaba todavía la esperanza de ver su honor a salvo, y realizado el negocio que le daría una excelente situación.

Pero la revelación de Lorenzo lo mató.

—Si quieres una prueba, manda a llamarlo y dile que estás en la ruina, y que por eso te niegas a entregarle tu hija; obsérvalo bien, y verás el efecto que tus palabras habrán de producir en él.

No fue necesario que mandara a llamar al pretendiente. Una hora después él solo se presentó en casa de Vasconcelos.

Vasconcelos ordenó que se lo hicieran subir a su escritorio.

CAPITULO VII

Tras los primeros saludos, Vasconcelos dijo:

—Iba a hacerte avisar que vinieras.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —preguntó Gomes.

—Para que conversáramos sobre el. . . casamiento.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

—Siéntate y hablemos.

La expresión de Gomes se volvió sombría; presintió alguna dificultad grande.

Vasconcelos tomó la palabra.

—Hay circunstancias que deben quedar bien claras, para que podamos comprendernos bien. . .

—Claro, estoy de acuerdo. . .

—¿Amas a mi hija?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita?

—¿Tu amor está por sobre todas las circunstancias?

—Absolutamente, salvo aquellas que comprometan la felicidad de Adelaida.

—Debemos ser francos; además del amigo que siempre fuiste, eres ahora casi mi hijo. . . La discreción entre nosotros sería indiscreta. . .

—¡Sin duda! —respondió Gomes.

—Acabo de enterarme que mis negocios andan muy mal; los gastos que hice, alteran profundamente la economía de mi vida, de modo que no te miento diciéndote que estoy en la ruina.

Gomes reprimió una mueca.

—Adelaida —prosiguió Vasconcelos—, no tiene fortuna, ni siquiera tendrá dote; es apenas una mujer lo que te doy. Lo que te aseguro es que te llevas un ángel, y que ha de ser una excelente esposa.

Vasconcelos se calló, y su mirada clavada en el muchacho parecía querer arrancarle de las facciones las impresiones de su alma.

Gomes debía responder; pero durante algunos minutos hubo entre ambos un profundo silencio.

Por fin el pretendiente tomó la palabra.

—Aprecio, —dijo él—, tu franqueza, y con igual franqueza te hablaré.

—No pido otra cosa. . .

—No fue ciertamente el dinero quien me inspiró este amor; creo que tendrás a bien reconocer que mis propósitos y sentimientos están por sobre semejantes consideraciones. Por lo demás, el día que te pedí la mano de la querida de mi corazón, yo creía ser rico.

—¿Creías?

—Oyeme. Recién ayer mi procurador me comunicó el estado de mis negocios.

—¿Es malo?

—Ojalá no fuera más que eso: Imagínate que hace seis meses que vivo gracias a los esfuerzos inauditos que realizó mi procurador para conseguirme algún dinero, ya que no se sentía con fuerzas como para decirme la verdad. ¡Ayer supe todo!

—¡No me digas!

—¡Puedes imaginarte hasta qué punto llega la desesperación de un hombre que cree estar bien, y un buen día reconoce que no tiene un centavo!

—Me doy perfecta cuenta por lo que ha ocurrido conmigo.

—Llegué alegre aquí, porque la alegría que aún me resta proviene de esta casa; pero lo cierto es que estoy al borde de un abismo. La suerte nos castigó simultáneamente. . .

Después de este relato, que Vasconcelos oyó sin pestañear. Gomes se concentró en el punto más difícil de la cuestión.

—Agradezco tu franqueza, y acepto a tu hija sin fortuna; tampoco yo la tengo, pero aún me restan fuerzas para trabajar.

—¿La aceptas?

—Escúchame. Acepto a Adelaida con una condición; que ella quiera esperar algún tiempo, a fin de que yo rehaga mi vida. Tengo la intención de dirigirme al gobierno y solicitar algún cargo, creo que todavía

recuerdo algo de lo que aprendí en la escuela. . . Apenas esté en condiciones, vendré por ella. ¿Te parece bien?

—Si ella está de acuerdo, no tengo nada que objetar, —dijo Vasconcelos aferrándose a esa última tabla de salvación.

Gomes prosiguió:

—Bien; háblale de esto mañana y hazme saber la respuesta. ¡Ah, si yo tuviere aún mi fortuna! ¡Esta hubiera sido la circunstancia ideal para probarte mi afecto!

—Bueno, estamos de acuerdo.

—Espero tu respuesta.

Y se despidieron.

Vasconcelos se quedó sumido en esta reflexión:

“De todo lo que dijo lo único que me parece cierto es que no tiene nada. No hay nada que esperar: no hay que pedirle peras al olmo”.

Gomes por su parte, bajó la escalera diciéndose a sí mismo:

“Lo que me parece notable es que estando en la ruina me lo haya dicho así, justamente cuando mi propia fortuna está perdida. Me esperarás inútilmente: dos mitades de caballo no forman un caballo”.

Vasconcelos bajó:

Tenía intención de comunicarle a Augusta el resultado de la conversación que sostuviera con el pretendiente de su hija. Una cosa, sin embargo, se lo impedía: era el empecinamiento con que Augusta se había opuesto al casamiento de Adelaida, sin dar ninguna explicación del rechazo.

En eso estaba pensando cuando, al pasar frente a la sala de visitas, oyó voces que provenían de allí. Augusta y Carlota conversaban.

Iba a entrar cuando estas palabras llegaron a sus oídos:

—Pero Adelaida es muy niña.

Era la voz de Augusta.

—¡Qué va a ser muy niña! —exclamó Carlota.

—Exactamente, yo creo que no tiene edad para casarse.

—Yo, en tu lugar no pondría trabas al casamiento, aun cuando se lo realizase sólo dentro de unos meses, porque Gomes me parece un excelente muchacho. . .

—Puede ser; de todas maneras, no quiero que Adelaida se case.

Vasconcelos pegó el oído a la cerradura, pues no quería perderse una sola palabra del diálogo.

—Lo que no entiendo, —dijo Carlota—, es tu obstinación. Más tarde o más temprano, Adelaida terminará por casarse.

—¡Dios quiera que sea lo más tarde posible!, —dijo Augusta.

Hubo un silencio.

Vasconcelos empezó a impacientarse.

—¡Ah! —prosiguió Augusta—, si supieses el terror que me produce la idea del casamiento de Adelaida. . .

—¿Por qué? No entiendo...

—¿No te das cuenta, Carlota? tú piensas en todo menos en una cosa. ¡El terror me lo inspiran sus hijos, que serán mis nietos! La idea de ser abuela es horrible, Carlota.

Vasconcelos respiró aliviado, y abrió la puerta:

—¡Ah, eres tú! —dijo Augusta.

Vasconcelos saludó a Carlota, y apenas ésta se hubo retirado, se volvió hacia su mujer y dijo:

Escuché lo que estuviste hablando con esa señora...

—No era ningún secreto, pero ¿qué oíste?...

Vasconcelos respondió sonriendo:

—Pude enterarme de la causa de tus terrores. No me imaginé nunca que el amor a la propia belleza pudiese llevar a semejante egoísmo. El casamiento con Gomes no se realizará; pero si Adelaida llega a enamorarse de alguien, no sé cómo le negaremos nuestro consentimiento...

—Bueno... ya veremos, —respondió Augusta.

Llegados a este punto dejaron de hablar. No era mucho lo que tenían para decirse aquellos dos consortes que vivían tan distanciados; uno entregado a los placeres ruidosos de la juventud, la otra absorta en un exclusivo interés por sí misma.

Al día siguiente Gomes recibió una carta de Vasconcelos redactada en estos términos:

Querido Gomes:

Ha ocurrido algo inesperado: Adelaida no se quiere casar. Inútilmente empleé mi lógica; no pude convencerla.

Tuyo, Vasconcelos.

Gomes dobló la carta y prendió con ella un cigarro; luego se puso a fumar haciendo esta profunda reflexión:

“¿Dónde encontraré yo una heredera que me quiera por marido?”

Si alguien lo sabe, tenga a bien avisarle.

Después de lo que acabamos de contar, Vasconcelos y Gomes se encuentran a veces en la calle o en el *Alcázar*; charlan, fuman, caminan tomados del brazo, exactamente como dos amigos, cosa que nunca fueron, o como dos bellacos, cosa que sí son.

PAPELES SUELTOS

EL ALIENISTA

CAPITULO I

DE COMO ITAGUAI OBTUVO UNA CASA DE ORATES

LAS CRÓNICAS de la villa de Itaguaí dicen que en tiempos remotos había vivido allí un cierto médico, el Dr. Simón Bacamarte, hijo de la nobleza de la tierra y el más grande de los médicos del Brasil, de Portugal y de las Españas. Había estudiado en Coimbra y Padua. A los treinta y cuatro años regresó al Brasil, no pudiendo lograr el rey que permaneciera en Coimbra al frente de la Universidad, o en Lisboa, encargándose de los asuntos de la monarquía que eran de su competencia profesional.

—La ciencia, —dijo él a Su Majestad— es mi compromiso exclusivo; Itaguaí es mi universo.

Dicho esto, retornó a Itaguaí, y se entregó en cuerpo y alma al estudio de la ciencia, alternando las curas con las lecturas, y demostrando los teoremas con cataplasmas.

A los cuarenta años se casó con doña Evarista da Costa e Mascarenhas, señora de veinticinco años, viuda de un juez-de-fora,¹ ni bonita ni simpática. Uno de sus tíos, cazador de pacas ante el Eterno, y no menos franco que buen trampero, se sorprendió ante semejante elección y se lo dijo. Simón Bacamarte le explicó que doña Evarista reunía condiciones fisiológicas y anatómicas de primer orden, digería con facilidad, dormía regularmente, tenía buen pulso y excelente vista; estaba, en consecuencia apta para darle hijos robustos, sanos e inteligentes. Si además de estos atributos —unicos de preocupación por parte de un sabio—, doña Evarista era mal compuesta de facciones, eso era algo que, lejos de lastimarlo, él agradecía a Dios, porque no corría el riesgo de posponer los intereses de la ciencia en favor de la contemplación exclusiva, menuda y vulgar, de la consorte.

Doña Evarista desmintió las esperanzas del doctor Bacamarte: no le dio hijos, ni robustos ni frágiles. La índole natural de la ciencia es la

¹ *Juez-de-fora*: Antiguo cargo de la magistratura brasileña en tiempos de la colonia. (N. del T.).

longanimidad; nuestro médico esperó tres años, luego cuatro, después cinco. Al cabo de este tiempo, hizo un estudio profundo de la materia, releyó todos los escritos árabes y otros que tenía en su poder y que había traído a Itaguaí, realizó consultas con las universidades italianas y alemanas, y terminó por sugerir a su mujer un régimen alimenticio especial. La ilustre dama, nutrida exclusivamente con la tierna carne de cerdo de Itaguaí, no atendió las amonestaciones del esposo; y a su resistencia, —explicable pero incalificable—, debemos la total extinción de la dinastía de los Bacamartes.

Pero la ciencia tiene el inefable don de curar todas las penas; nuestro médico se sumergió enteramente en el estudio y en la práctica de la medicina. Fue entonces cuando uno de los rincones de ésta le llamó especialmente la atención, —el área de lo psíquico—, el examen de la patología cerebral. No había en la colonia, y ni siquiera en el reino, una sola autoridad en semejante materia, mal explorada o casi inexplorada. Simón Bacamarte comprendió que la ciencia lusitana y, particularmente, la brasileña, podía cubrirse de "laureles inmarcesibles" —expresión usada por él mismo, en un impulso favorecido por la intimidad doméstica; exteriormente era modesto, como conviene a los ilustrados.

—La salud del alma, —proclamó él—, es la ocupación más digna del médico.

—Del verdadero médico, —agregó Crispín Soares, boticario de la villa, y uno de sus amigos y comensales.

Entre otros pecados de los que fue acusado el Ayuntamiento de Itaguaí por los cronistas, figura el de ser indiferente a los dementes. Así es que cuando aparecía algún loco furioso se lo encerraba en una habitación de su casa y, ni atendido ni desatendido, allí se lo dejaba hasta que la muerte lo venía a defraudar del beneficio de la vida; los mansos en cambio andaban sueltos por la calle. Simón Bacamarte se propuso desde un comienzo reformar tan mala costumbre; pidió autorización al Ayuntamiento para dar abrigo y brindar cuidados, en el edificio que iba a construir, a todos los dementes de Itaguaí y de las demás villas y ciudades, mediante una paga que el Ayuntamiento le daría cuando la familia del enfermo no lo pudiese hacer. La propuesta excitó la curiosidad de toda la villa, y encontró gran resistencia, tan cierto es que difícilmente se desarraigan los hábitos absurdos o aun malos. La idea de meter a todos los locos en la misma casa, viviendo en común, pareció en sí misma un síntoma de demencia, y no faltó quien se lo insinuara a la propia mujer del médico.

—Mire, doña Evarista, —le dijo el padre Lopes, vicario del lugar—, yo creo que a su marido le convendría hacerse un pasco hasta Río de Janciro. Eso de estar estudiando un día tras otro sin pausa, no es nada bueno; terminará por enloquecerlo.

Doña Evarista se sintió aterrorizada, fue a hablar con su marido, le dijo que tenía "algunos deseos", uno principalmente, el de ir a Río de Janeiro y comer todo lo que a él le pareciese adecuado al logro de cierto fin. Pero aquel hombre, con la rara sagacidad que lo distinguía, comprendió la intención de la esposa y le respondió sonriendo que no tuviese miedo. De allí se dirigió al Ayuntamiento, donde los concejales debatían la propuesta, y la defendió con tanta elocuencia, que la mayoría resolvió autorizarlo a realizar lo que propusiera, votando al mismo tiempo un impuesto destinado a subsidiar el tratamiento, alojamiento y manutención de los locos pobres. No fue fácil determinar sobre qué recaería el impuesto; ya no quedaba nada en Itaguaí que no fuese pasible de tributo. Después de largos estudios, se decidió permitir el uso de dos penachos en los caballos de los entierros. Quien descase emplumar los caballos de una carroza funeraria pagaría dos tostões² al Ayuntamiento, repitiéndose tantas veces esa cantidad cuantas fuesen las horas transcurridas entre la del fallecimiento y la de la última bendición en la sepultura. El notario se perdió en los cálculos aritméticos del rendimiento pasible de la nueva tasa; y uno de los concejales que no creía en la empresa del médico, pidió que se relevase al notario de un trabajo inútil.

—Los cálculos no son precisos, —dijo él—, porque el doctor Bacamarte no propone nada concreto. Por lo demás ¿dónde se ha visto meter a todos los locos en la misma casa?

Se engañaba el digno magistrado; el médico demostró saber muy bien lo que quería. Una vez en poder de la licencia, inició de inmediato la construcción de la casa. Esta se alzaría en la Rua Nova, la calle más hermosa de Itaguaí en aquellos tiempos; tendría cincuenta ventanas de cada lado, un patio central y numerosas habitaciones para los internados. Como gran arabista que era, recordó que en el Corán, Mahoma consideraba venerables a los locos, por el hecho de que Alá les había arrebatado el juicio a fin de que no pecaran. La idea le pareció bonita y profunda, y él la hizo grabar en el frontispicio de la casa; pero como le temía al vicario, y por extensión al obispo, atribuyó el pensamiento a Benedicto VIII, mercediéndose por este fraude, por lo demás piadoso, que el padre Lopes le contara, durante el almuerzo, la vida de aquel pontífice eminente.

Casa Verde fue el nombre dado al asilo, por alusión al color de las ventanas, que eran las primeras en ese tono que aparecían en Itaguaí. Se inauguró con inmensa pompa; de todas las villas y poblados vecinos, y hasta distantes, incluso de la mismísima ciudad de Río de Janeiro, acudió gente para asistir a las ceremonias, que duraron siete días. Mu-

² El tostão, o testón en castellano, fue una moneda brasileña que circuló en tiempos de la colonia, es decir hasta la segunda década del siglo XIX aproximadamente. El testón era de plata y equivalía a 10 centavos de réi que era la unidad monetaria de la época. (N. del T.).

chos dementes ya estaban internados; y los parientes tuvieron oportunidad de ver el cariño paternal y la caridad cristiana con que se los iba a tratar. Doña Evarista contentísima con la gloria alcanzada por su marido, se vistió lujosamente, cubriéndose de joyas, flores y sedas. Ella fue una verdadera reina en aquellos días memorables; nadie dejó de ir a visitarla dos o tres veces, a pesar de las costumbres caseras y recatadas del siglo, y no sólo la alababan, sino que también la enaltecían; ello porque, —y el hecho es un testimonio altamente honroso para la sociedad de la época—, porque veían en ella a la feliz esposa de un alto espíritu, de un varón ilustre, y, si le tenían envidia, era la santa y noble envidia de los admiradores.

Al cabo de siete días espiraron las fiestas públicas; Itaguaí tenía finalmente una casa de Orates.

CAPITULO II

TORRENTE DE LOCOS

Tres días después, en una charla franca con el boticario Crispín Soares, le abrió el alienista el misterio de su corazón.

—La caridad, señor Soares, entra por cierto en mi procedimiento, pero entra como la salsa, como la sal de las cosas, que es así como interpreto el dicho de San Pablo a los Corintios: "Si yo conozco cuanto se puede saber, y no tengo caridad, no soy nada". Lo principal en esta obra mía de la Casa Verde, es estudiar profundamente la locura, sus grados diversos, clasificar sus casos, descubrir en fin la causa del fenómeno y el remedio universal. Este es el misterio de mi corazón. Creo que con esto presto un buen servicio a la humanidad.

--Un excelente servicio —agregó el boticario.

—Sin este asilo, —prosiguió el alienista—, poco podría hacer; es él quien le da mucho mayor campo a mis estudios.

—Sin duda —enfaticó el otro.

Y tenía razón. De todas las villas y aldeas vecinas afluían locos a la Casa Verde. Eran furiosos, eran mansos, eran monomaniacos, eran toda la familia de los desheredados del espíritu. Al cabo de cuatro meses, la Casa Verde era una población. No bastaron las primeras habitaciones; se mandó a anexar una galería de treinta y siete más. El padre Lopes confesó que nunca hubiera creído que había tantos locos en el mundo, y menos aún que fueran hondamente inexplicables ciertos casos. Por ejemplo ese del muchacho burdo y rústico, que todos los días después del almuerzo, pronunciaba regularmente un discurso académico, ornado de tropos, de antítesis, de apóstrofes, con sus recamos de griego y latín, y sus borlas de Cicerón, Apuleyo y Tertuliano. El vicario no podía ter-

minar de creerlo. Pero ¡cómo era posible! Aquél era un muchacho a quien él había visto, tres meses atrás, jugando al boliche en la calle.

—No digo que no, —le respondía el alienista—; pero la verdad es lo que Vuestra Eminencia puede ver aquí. Esto ocurre todos los días.

—En lo que a mí respecta, —prosiguió el vicario—, esto que aquí vemos sólo se puede explicar por la confusión de lenguas que tuvo lugar durante la construcción de la Torre de Babel, según narra la Escritura; probablemente confundidas las lenguas en la antigüedad, es fácil intercambiarlas ahora, desde que la razón no trabaje. . .

—Esa puede ser, efectivamente, la explicación divina del fenómeno, —dijo el alienista, después de reflexionar un instante—, pero no es imposible que haya también alguna razón humana, y puramente científica; eso es justamente lo que trato de averiguar. . .

—Me parece bien, me parece bien. ¡Y ojalá llegue Vuestra Merced adonde se propone!

Los locos de amor eran tres o cuatro, pero sólo les resultaban asombrosos por la curiosa índole de su delirio.

Uno de ellos, un tal Falcão, muchacho de veinticinco años, suponía ser la estrella del alma, abría los brazos y las piernas para darles cierto aspecto de rayos, y se quedaba así horas preguntando si el sol ya había nacido, de forma que él pudiera retirarse. El otro anda siempre, siempre, de sala en sala y dando vueltas por el patio, a lo largo de los corredores, en busca del fin del mundo. Era un desgraciado, a quien su mujer había abandonado para seguir a un perdulario. Apenas descubrió la fuga, se armó de un trabuco, y salió tras sus huellas; los encontró dos horas después, a orillas de una laguna, y los mató a ambos con tal despliegue de crueldad que su crimen fue memorable.

Los celos se vieron aplacados, pero el vengado se volvió loco. Y entonces empezó a devorarlo aquella ansiedad de ir al fin del mundo en pos de los fugitivos.

La manía de grandeza contaba con exponentes notables. El más curioso era un pobre diablo, hijo de un ropavejero, que narraba a las paredes (porque jamás miraba a una persona) toda su genealogía, que era ésta:

—Dios engendró un huevo, el huevo engendró la espada, la espada engendró a David, David engendró la púrpura, la púrpura engendró al duque, el duque engendró al marqués, el marqués engendró al conde, que soy yo.

Se daba una fuerte palmada en la frente, hacía estallar los dedos, y repetía cinco o seis veces seguidas:

—Dios engendró un huevo, el huevo, etcétera.

Otro de su misma especie era un notario que se hacía pasar por mayordomo del rey; también había un boyero de Minas, cuya manía era distribuir ganado entre todos los que lo rodeaban, le daba a uno

treinta cabezas, seiscientas a otro, mil doscientas a otro, y no terminaba nunca.

No hablo de los casos de monomanía religiosa; apenas me referiré a un individuo que, llamándose Juan de Dios, decía ahora ser el dios Juan, y prometía el reino de los cielos a quien lo adorase, y las penas del infierno a los restantes; y además de éste, el licenciado García, que no decía nada, porque imaginaba que el día que llegase a proferir una sola palabra, todas las estrellas se desprenderían del cielo y abrasarían la tierra, tal era el poder que había recibido de Dios.

Así lo escribió él en el papel que el alienista mandó entregarle, menos por caridad que por interés científico.

Lo cierto es que la paciencia del alienista era aún más notable que todas las manías alojadas en la Casa Verde y tan asombrosa como ellas. Simón Bacamarte empezó por organizar al personal de administración; y aceptando esa sugerencia del boticario Crispín Soares, le aceptó también dos sobrinos, a quienes incumbió de la ejecución de un régimen, aprobado por el Ayuntamiento, de la distribución de la comida y de la ropa. Era lo mejor que podía hacer, para no tener sino que ocuparse de lo que específicamente le interesaba.

—La Casa Verde, dijo él al vicario, es ahora una especie de mundo, en el que hay un gobierno temporal y un gobierno *espiritual*. Y el padre Lopes se reía de esta broma inconsciente —y agregaba—, con el único fin de decir también algo gracioso: —Ya verá usted; lo haré denunciar ante el Papa.

Una vez liberado de los problemas administrativos, el alienista procedió a una vasta clasificación de sus enfermos. Los dividió primeramente en dos clases principales: los furiosos y los mansos; de allí pasó a las subclases, monomanías, delirios, alucinaciones diversas. Hecho esto, dio inicio a un estudio tenaz y constante; analizaba los hábitos de cada loco, las horas en que se producían las alucinaciones, las aversiones, proclividades, las palabras, los gestos, las tendencias; indagaba la vida de los enfermos, profesión, costumbres, circunstancias de la revelación mórbida, traumas infantiles y juveniles, enfermedades de otra especie, antecedentes familiares; una pesquisa, en suma, que no la realizaría el más compuesto corregidor. Y cada día efectuaba una observación nueva, un descubrimiento interesante, un fenómeno extraordinario. Al mismo tiempo estudiaba el mejor régimen, las substancias medicamentosas, los medios curativos y los recursos paliativos, no sólo los que provenían de sus amados árabes, como los que él mismo había descubierto, a fuerza de sagacidad y paciencia. Pues bien todo este trabajo le insumía lo mejor y la mayor parte de su tiempo. Dormía poco y apenas se alimentaba; y aun cuando comía era como si trabajase, porque o bien interrogaba un texto antiguo, o rumiaba una cuestión, e iba

muchas veces de un cabo a otro de la cena sin intercambiar una sola palabra con doña Evarista.

CAPITULO III

¡DIOS SABE LO QUE HACE!

La ilustre dama al cabo de dos meses, se sintió la más desgraciada de las mujeres; cayó en profunda melancolía, se puso amarilla, adelgazó, comía poco y suspiraba constantemente. No osaba dirigirle ninguna queja o reproche, porque respetaba en él a su marido y señor, pero padecía callada, y se consumía a ojos vistos. Un día, durante la cena, habiéndose preguntado el marido qué le ocurría, respondió tristemente que nada; después se atrevió un poco, y fue al punto de decir que se consideraba tan viuda como antes. Y agregó:

—Quién iba a decir que media docena de lunáticos. . .

No terminó la frase; o mejor, la terminó alzando los ojos al techo, —los ojos que eran su rasgo más insinuante— negros, grandes, lavados por una luz húmeda, como los de la aurora. En cuanto al gesto, era el mismo que había empleado el día en que Simón Bacamarte la pidió en casamiento. No dicen las crónicas si doña Evarista blandió aquel arma con el perverso intuito de degollar de una vez a la ciencia, o, por lo menos desceparle las manos; pero la conjetura es verosímil. En todo caso el alienista no le atribuyó otra intención. Y no se irritó el gran hombre, no quedó ni siquiera consternado. El metal de sus ojos no dejó de ser el mismo metal, duro, liso, eterno, ni la menor arruga vino a alterar la superficie de la frente, quieta como el agua de Botafogo. Quizás una sonrisa le abrió los labios, por entre los cuales se filtró esta palabra suave como el aceite del Cántico:

—Estoy de acuerdo con que vayas a pasear un tiempo a Río de Janeiro.

Doña Evarista sintió que le faltaba el piso debajo de los pies. Jamás de los jamases había visto Río de Janeiro, que si bien no era ni una pálida sombra de lo que es hoy, ya era sin duda algo más que Itaguaí. Ver Río de Janeiro, para ella, equivalía al sueño del judío cautivo.

Sobre todo ahora que el marido se había asentado en aquella villa del interior, ahora que ella había perdido las últimas esperanzas de respirar los aires de nuestra buena ciudad; justamente ahora se la invitaba a realizar sus deseos de niña y muchacha. Doña Evarista no pudo disimular el placer que le produjo semejante propuesta. Simón Bacamarte la tomó de una mano y sonrió, —una sonrisa algo filosófica, además de conyugal—, en la que parecía traducirse este pensamiento:

"No hay un remedio cabal para los dolores del alma; esta señora se consume porque le parece que no la amo; le ofrezco un viaje a Río de Janeiro y se consuela".

Y siendo, como era, hombre estudioso tomó nota de la observación.

Pero un dardo atravesó el corazón de doña Evarista. Se contuvo sin embargo; limitándose a decirle al marido, que si él no iba, ella tampoco lo haría, porque no estaba dispuesta a arriesgarse sola por los caminos.

—Irás con tu tía —contestó el alienista.

Nótese que doña Evarista había pensado en eso mismo; pero no quería pedírselo ni insinuárselo, en primer lugar porque sería imponerle grandes gastos al marido, y en segundo lugar porque era mejor, más nítido y racional que la propuesta viniera de él.

—¡Oh, pero habrá que gastar tanto dinero! —suspiró doña Evarista sin convicción.

—¿Qué importa? Hemos ganado mucho, —dijo el marido—. Justamente ayer el contador me presentó cuentas. ¿Quieres ver?

Y la llevó hasta donde estaban los libros. Doña Evarista se sintió deslumbrada. Era una vía láctea de algoritmos. Y después la condujo hasta las arcas, donde estaba el dinero.

¡Dios! eran pilas de oro, eran mil cruzados sobre mil cruzados, doblones sobre doblones; era la opulencia.

Mientras ella devoraba el oro con sus ojos negros, el alienista la contemplaba, y le decía al oído con la más pérfida de las intenciones:

—Quién diría que media docena de lunáticos. . .

Doña Evarista comprendió, sonrió y respondió con mucha resignación:

—¡Dios sabe lo que hace!

Tres meses después tenía lugar la partida. Doña Evarista, la tía, la mujer del boticario, un sobrino de éste, un cura que el alienista había conocido en Lisboa, y que se encontraba casualmente en Itaguaí, cinco pajes, cuatro mucamas, tal fue la comitiva que la población vio salir de allí cierta mañana del mes de mayo. Las despedidas fueron tristes para todos menos para el alienista. Si bien las lágrimas de doña Evarista fueron abundantes y sinceras, no llegaron a conmoverlo. Hombre de ciencia y sólo de ciencia, nada lo consternaba fuera de la ciencia; y si algo lo preocupaba en aquella oportunidad, mientras él dejaba correr sobre la multitud una mirada inquieta y policíaca, no era otra cosa que la idea de que algún demente podría encontrarse allí, confundido con la gente de buen juicio.

—¡Adiós! —sollozaron finalmente las damas y el boticario. Y partió la comitiva. Crispín Soares, al volver a su casa, traía la mirada perdida entre las dos orejas del ruano en que venía montado; Simón Bacamarte dejaba vagar los suyos por el horizonte lejano incumbiéndole al caballo la responsabilidad del regreso. ¡Imagen viva del genio y del vulgo! Uno

mira el presente, con todas sus lágrimas y nostalgias, otro indaga el futuro con todas las auroras.

CAPITULO IV

UNA NUEVA TEORIA

Mientras doña Evarista, bañada en lágrimas, iba en busca de Río de Janeiro, Simón Bacamarte estudiaba minuciosamente una idea atrevida y nueva, adecuada, al parecer para ensanchar las fronteras de la psicología. Todo el tiempo libre que le dejaban los cuidados exigidos por la Casa Verde, era un poco para recorrer las calles o andar de casa en casa conversando con la gente, sobre treinta mil asuntos, y subrayando las palabras con una mirada que metía miedo a los más firmes.

Una mañana —tres semanas más tarde— estando Crispín Soares ocupado en la preparación de un medicamento, vinieron a decirle que el alienista lo mandaba a llamar.

—Se trata de un asunto importante, según me dijo—, agregó el mensajero.

Crispín empalideció. ¿Qué asunto importante podía ser sino alguna triste noticia de la comitiva y especialmente de la mujer? Porque este tópico debe quedar claramente definido, ya que en él insisten los cronistas: Crispín amaba a su mujer, y en los treinta años que llevaban casados no se habían separado un solo día. Así se explican los monólogos en que andaba ahora y que sus sirvientes oían muchas veces: “¡Pues ahora aguántatela! ¿Quién te mandó consentir en el viaje de Cesaria? ¡Adulador, torpe adulador! Lo hiciste todo nada más que para adular al doctor Bacamarte. Pues ahora aguántatela; sí, tendrás que aguantártela, alma de lacayo, cobardón, vil, miserable. ¿Dices *amén* a todo, verdad? ¡Ahí tienes el resultado, belitre!”. Y muchos otros nombres feos, que uno no debe decir a otros, y mucho menos a sí mismo. De aquí a imaginar el efecto del mensaje no hay más que un paso. Apenas él lo recibió dejó a un lado las drogas y voló a la Casa Verde.

Simón Bacamarte lo recibió con la alegría propia de un sabio, una alegría almidonada en circunspección hasta el cuello.

—Estoy muy contento —dijo él.

—¿Noticias de nuestra gente? —preguntó el boticario con voz temblorosa.

El alienista hizo un gesto grandilocuente, y respondió:

—Se trata de cosa más alta, se trata de una experiencia científica. Digo experiencia, porque no me atrevo a asegurar desde ya mi idea; ni la ciencia es otra cosa, señor Soares, que una investigación constante. Se trata pues, de una experiencia, pero de una experiencia que va a

transformar la faz de la tierra. La locura, objeto de mis estudios, era hasta ahora una isla perdida en el océano de la razón; empiezo a sospechar que es un continente.

Dijo esto y se calló para saborear el asombro del boticario. Después explicó detalladamente su idea. En su concepto, la enajenación mental abarcaba una amplia superficie de cerebros; y desarrolló esto con gran cantidad de razonamientos, de citas, de ejemplos. A los ejemplos los encontró en la historia y en Itaguaí; pero siendo como era un espíritu poco vulgar, reconoció el peligro de citar todos los casos de Itaguaí, y se refugió en la historia. De tal modo, señaló algunos personajes célebres, Sócrates, que decía tener un demonio familiar; Pascal, que veía un abismo a su izquierda; Mahoma, Caracala, Domiciano, Calígula, etc., un alud de casos y personas con las que se entremezclaban entidades odiosas, y entidades ridículas. Y dado que el boticario se mostró desconcertado ante semejante promiscuidad, el alienista dijo que todo era lo mismo, y agregó sentenciosamente:

—La ferocidad, señor Soares, es lo verdaderamente grotesco.

—¡Gracioso, muy gracioso! —exclamó Crispín alzando las manos al cielo.

En cuanto a la idea de ampliar el territorio de la locura, el boticario la encontró extravagante; pero la modestia, principal atributo de su espíritu, no le permitió confesar otra cosa más allá de un noble entusiasmo; la declaró sublime y verdadera y agregó que era una nueva "digna de matraca". Esta expresión no tiene equivalente en el estilo moderno. En aquellos tiempos, Itaguaí, que como las demás villas y aldeas y poblados de la colonia, no disponía de imprenta, tenía dos modos de divulgar una noticia: o mediante carteles manuscritos y clavados en las puertas del Ayuntamiento y de la matriz; o por medio de la matraca.

He aquí en que consiste el segundo recurso. Se contrataba a un hombre, por uno o más días, para que recorriera las calles del lugar, con una matraca en la mano.

De rato en rato tocaba la matraca, se reunía la gente, y él anunciaba lo que les incumbía —un remedio para las fiebres, la existencia de tierras aptas para el cultivo, un soneto, un donativo eclesiástico, la mejor tijera de la villa, el más bello discurso del año, etcétera. El sistema perturbaba en parte el sosiego público; pero era conservado por la gran fuerza de divulgación que poseía. Por ejemplo, uno de los concejales —aquel, justamente, que más se había opuesto a la creación de la Casa Verde—, gozaba de la reputación de perfecto educador de cobras y monos. siendo que, en verdad, una única vez él había domesticado uno de esos animales, pero tenía el cuidado de hacer trabajar la matraca todos los meses. Y dicen las crónicas que algunas personas afirmaban haber visto cascabeles bailando en el pecho del concejal; afirmación perfectamente falsa, pero sólo debida a la absoluta confianza en el sistema que

la propalaba. Así es, así es; no todas las instituciones del antiguo régimen merecen el desprecio de nuestro siglo.

—Hay algo mejor que anunciar mi idea: ponerla en práctica, —respondió el alienista a la insinuación del boticario.

Y el boticario que no divergía sensiblemente con este parecer, le dijo que sí, que lo mejor era comenzar por su ejecución.

—Siempre habrá tiempo de darle a la matraca —concluyó él.

Simón Bacamarte, reflexionó todavía un instante más y dijo:

—Suponiendo que el espíritu humano fuese una vasta concha, mi propósito, señor Soares, es ver si puedo extraer la perla, que es la razón; en otros términos, demarquemos definitivamente los límites entre la razón y la locura. La razón es el perfecto equilibrio de todas las facultades; fuera de ella, todo es insania, insania, y nada más que insania.

El vicario Lopes, a quien él confió la nueva teoría, confesó llanamente, que no llegaba a entenderla, que era una obra absurda y, si no era absurda, era de tal modo colosal que no valía la pena comenzarla.

Con la definición actual, que es la de todos los tiempos, agregó, la locura y la razón están perfectamente discernidas. Se sabe dónde termina una y dónde empieza la otra. ¿Para qué trasponer la cerca?

Sobre el labio fino y discreto del alienista sobrevoló la vaga sombra de una intención de sonrisa, en la que el desdén iba unido a la conmiseración; pero ninguna palabra brotó de sus egregias entrañas.

La ciencia se contentó con extender la mano a la teología, con tal seriedad, que la teología no supo finalmente, si debía creer en sí misma o en la otra. Itaguaí y el universo se ubicaban así al borde de una revolución.

CAPITULO V

EL TERROR

Cuatro días después, la población de Itaguaí oyó consternada la noticia de que un cierto Costa había sido recluido en la Casa Verde.

—¡Imposible!

—¡Qué imposible ni imposible! Les digo que esta mañana lo recluyeron.

—¿Pero por qué? El no se lo merecía. . . ¡Además es un hombre que ha hecho tanto! . . .

Costa era uno de los ciudadanos más estimados en Itaguaí. Había heredado cuatro mil cruzados en buena moneda del rey Don Juan V, dinero cuya renta bastaba, según le declaró el tío en el testamento, para vivir sin preocupaciones "hasta el fin del mundo".

Apenas tuvo la herencia en sus manos comenzó a dividirla en préstamos sin usura, mil cruzados a uno, dos mil a otro, trescientos a éstos, ochocientos a aquél, a tal punto, que al cabo de cinco años no le quedaba un centavo. Si la miseria hubiese llegado de golpe, el asombro de Itaguaí habría sido enorme; pero llegó despacio, fue pasando de la opulencia a la sobreabundancia, de la sobreabundancia al medio término, del medio término a la pobreza, de la pobreza a la miseria, gradualmente. Al cabo de aquellos cinco años, todos los que hasta entonces se habían quitado el sombrero al verlo pasar, apenas él aparecía, sobre el final de la calle, ahora le palmeaban el hombro sin ninguna discreción, le hacían morisquetas, bromas de mal gusto. Y Costa siempre tranquilo, risueño. Ni se le ocurría pensar que los menos corteses eran justamente los que aún mantenían deudas con él; al contrario, era a esos a quienes parecía saludar con mayor placer, y más sublime resignación. Un día, como uno de esos incurables deudores le hiciese una burla pesada, y él mismo se riase de ella, observó un tercero con cierta perfidia: —Tú soportas a este tipo para ver si te paga—. Costa no vaciló un instante. Fue a lo del deudor y le perdonó la deuda. —No tiene nada de sorprendente —respondió el otro—; Costa dejó escapar una estrella que está en el cielo—. Costa era perpicaz, él entendió que negaba todo valor a su acto, atribuyéndole la intención de desprenderse de lo que nunca había de llegar a su bolsillo. Era también pundonoroso e imaginativo: dos horas más tarde encontró un medio de probar que no le cabía semejante mancha; tomó algunos doblones, y se los envió en préstamo al deudor.

“Ahora espero que...” pensó él sin concluir la frase.

Este último gesto de Costa persuadió a crédulos e incrédulos; nadie más puso en duda los sentimientos caballerescos de aquel digno ciudadano. Las necesidades más ocultas salieron a la calle, fueron a golpear su puerta, con sus chinelas viejas y sus capas remendadas. Un gusano mientras tanto roía el alma de Costa: era el concepto del desagradecimiento. Pero eso mismo terminó; tres meses más tarde vino su antiguo deudor a pedirle unos ciento veinte cruzados con la promesa de restituirselos de allí a dos días; poco más o menos, era el residuo de la gran herencia, pero era también un noble remate: Costa le prestó el dinero de inmediato y sin intereses. Desgraciadamente, no tuvo tiempo de que le pagaran; cinco meses después era recluido en la Casa Verde.

No es difícil imaginarse la consternación de Itaguaí, cuando se enteró de lo ocurrido. No se habló de otra cosa, se decía que Costa había enloquecido durante el almuerzo; otros que de madrugada; y se narraban los accesos, que eran furiosos, sombríos, terribles —o mansos, y hasta graciosos según las versiones. Mucha gente corrió a la Casa Verde, y encontró al pobre Costa tranquilo, un poco asombrado, hablando con mucha claridad y preguntando por qué motivos le habían llevado allí.

Algunos fueron a ver al alienista. Bacamarte aprobaba tales sentimientos de estima y compasión, pero agregaba que la ciencia era la ciencia, y que él no podía dejar en la calle a un mentecato. La última persona que intercedió por él (porque después de lo que voy a contar nadie más se atrevió a recurrir al terrible médico) fue una pobre señora, prima de Costa. El alienista le dijo que aquel digno hombre no estaba en sus cabales, para lo cual bastaba ver el modo cómo había disipado los bienes que . . .

—¡Eso no! ¡Eso no! —interrumpió la buena señora con energía—. Si él gastó tan rápidamente lo que recibió, la culpa no fue suya.

—¿Ah, no?

—No, señor. Yo le diré a usted que es lo que ocurrió. Mi difunto tío no era un mal hombre; pero cuando estaba furioso era capaz de no sacarse el sombrero ni ante el Santísimo. Pues bien, un día, poco tiempo antes de morir, descubrió que un esclavo le había robado un buey; imagínese cómo se puso. Su cara parecía un pimentón; temblaba de pies a cabeza, echaba espuma por la boca, me acuerdo como si fuese hoy. Entonces un hombre feo, melencudo, en mangas de camisa, se acercó a él y le pidió agua. Mi tío (¡Dios lo tenga en la gloria!) le respondió que fuese a beber al río o al infierno. El hombre lo miró, abrió la mano en un gesto de amenaza, y le lanzó esta maldición:

—¡Todo su dinero no habrá de durarle más de siete años y un día, tan cierto como que ésta es la estrella de Salomón!"³. Y mostró la estrella de Salomón que tenía tatuada en el brazo. ¡Fue eso, señor, lo que desencadenó todo! ¡Fue la plaga de aquel maldito!

Bacamarte clavó en la pobre señora un par de ojos agudos como puñales. Cuando ella terminó, le extendió la mano educadamente como si lo hiciese a la mismísima esposa del virrey y la invitó a ir a hablar con el primo. La miserable le creyó; él la llevó a la Casa Verde y la encerró en la galería de los alucinados.

La noticia de esta alevosía del ilustre Bacamarte llenó de terror el alma de la población. Nadie podía terminar de creer que, sin motivos, sin enemistad, el alienista enclaustrase en la Casa Verde a una señora perfectamente equilibrada, que no había cometido otro crimen que el de interceder por un infeliz. Se comentaba el episodio en todas las esquinas, en las barberías; se hizo circular un supuesto romance, algunas atenciones apasionadas que el alienista otrora había tenido con la prima de Costa, la indignación de Costa y el desprecio de la prima. De allí la venganza. Era claro. Pero la austeridad del alienista, la vida consagrada al estudio que llevaba, parecían desmentir semejantes hipótesis.

³ La estrella de Salomón era una especie de talismán o amuleto, a veces un tatuaje como en este caso, constituido por dos triángulos entrelazados, formando la estrella de seis puntas que tradicionalmente se conoce con el nombre de "Estrella del rey David". (N. del T.).

¡Puras habladurías! Todo esto, sin embargo, era según otros, la piel de oveja que encubría al lobo. Y uno de los más crédulos llegó a insinuar que estaba al tanto de otras cosas pero que no iba a decirlas, por no tener total seguridad sobre ellas, pero que las conocía y que casi podía jurar que eran ciertas.

—Tú que eres íntimo suyo, deberías decirnos qué es lo que ocurre, qué sucedió, cuáles fueron los motivos...

Crispín Soares se derretía de vanidad. Ese interrogatorio de la gente inquieta y curiosa, de los amigos atónitos, era para él una consagración pública. No había duda: toda la población sabía por fin que el hombre de confianza del alienista era él, Crispín, el boticario, el colaborador del gran hombre y de las grandes empresas, por eso la corrida de la gente a la botica. Todo eso se reflejaba en la carota jocunda y en la risa discreta del boticario, en la risa y en el silencio, porque él no decía nada; uno, dos, tres monosílabos, cuando mucho, sueltos, secos, encubiertos por la fiel sonrisa, constante e insinuada más que abierta, llena de misterios científicos, que él no podía, sin descrédito ni peligro, confesar a ningún ser humano.

“Algo hay”, pensaban los más desconfiados.

Uno de ellos, se limitó a pensarlo, se encogió de hombros y se fue. Tenía cuestiones personales que resolver. Acababa de construir una casa suntuosa. La casa por sí sola era motivo suficiente para congregarse a la gente; pero había algo más —el mobiliario, que él había mandado a traer de Hungría y de Holanda, según contaba, y que se podía ver desde la calle, porque las ventanas vivían abiertas—, y el jardín que era una obra prima de arte y de buen gusto. Este hombre que se había enriquecido con la fabricación de albardas, había nutrido siempre el sueño de una casa magnífica, jardín pomposo, mobiliario exquisito. No abandonó el negocio de las albardas, pero descansaba de él en la contemplación de la casa nueva, la primera de Itaguaí, más imponente que la Casa Verde, más noble que la del Ayuntamiento. Entre la gente ilustre de la villa había protestas y gestos de indignación, cuando se pensaba, se hablaba o se elogiaba la casa del albartero, ¡un simple albartero, Dios del cielo!

“Ahí está él, boquiabierto”, comentaban los transeúntes, por la mañana.

Mateo tenía, efectivamente, la costumbre de echarse de bruces en el jardín, con los ojos extasiados en la contemplación de su casa, enamorado, durante una larga hora, hasta que venían a llamarlo para almorzar. Los vecinos, si bien lo saludaban con cierto respeto, se reían de él a sus espaldas que era un contento. Uno de ellos llegó a decir que Mateo sería mucho más económico y rico, si fabricase las albardas para sí mismo; epigrama ininteligible, pero que hacía reír a todos a carcajadas.

—Ya está allí Mateo, siendo contemplado, —decían por la tarde. La razón de esta otra expresión era que, por la tarde, cuando las familias salían a pasear (cenaban temprano), Mateo solía apostarse en la ven-

tana, bien a la vista de todos, sobre un fondo oscuro vestido de blanco, en actitud señorial, y así que se quedaba dos o tres horas hasta que anochecía completamente.

Puede creerse que la intención de Mateo era ser admirado y envidiado, aunque él no la confesase a nadie ni siquiera al boticario, ni al padre Lopes, sus grandes amigos. Y sin embargo, no fue otra la argumentación del boticario, cuando el alienista le dijo que quizás el albardero padeciese del amor de las piedras, manía que él, Bacamarte, había descubierto y que estudiaba hacía algún tiempo. Eso de contemplar la casa. . .

—No, señor —intercedió vivamente Crispín Soares.

—¿No?

—Perdóneme usted, pero tal vez no sepa que él de mañana examina la obra, no la admira; de tarde son los otros quienes los admiran a él y a la obra. Y contó las costumbres del albardero, todas las tardes, desde temprano hasta el anochecer.

Una voluptuosidad científica iluminó los ojos de Simón Bacamarte. O él no conocía todas las costumbres del albardero, o interrogando a Crispín, quiso nada más que confirmar alguna información incierta o una sospecha vaga. La explicación lo satisfizo; pero como tenía las alegrías propias de un sabio, concentradas, nada vio el boticario que hiciese sospechar una intención siniestra. Al contrario, era de tarde, y el alienista le pidió el brazo para ir de paseo. ¡Dios! era la primera vez que Simón Bacamarte le daba a su confidente tamaño honor; Crispín se sintió estremecer, atarantado, y dijo que sí, que estaba listo. En ese momento llegaron dos o tres personas de la calle, Crispín los mandó mentalmente al infierno; no sólo retrasaban el paseo, como podía llegar a ocurrir que Bacamarte eligiese a alguna de ellas para acompañarlo, y prescindiese de él. ¡Qué impaciencia! ¡Qué angustia! Por fin, salieron. El alienista sugirió ir hacia el lado de la casa del albardero, lo vio en la ventana, pasó cinco, seis veces frente a él, despacio, deteniéndose, estudiando las actitudes, la expresión del rostro. El pobre Mateo, apenas advirtió que era objeto de la curiosidad o admiración de la primera figura de Itaguaí, enfatizó su actitud, dio otro relieve a la expresión. . . ¡Lamentable! ¡Lamentable! No hizo más que condenarse; al día siguiente fue recluido en la Casa Verde.

—La Casa Verde no es más que una cárcel privada, —dijo un médico clínico.

Nunca una opinión repercutió y se propaló tan rápidamente. Cárcel privada; eso era lo que se repetía de Norte a Sur y de Este a Oeste en Itaguaí, con miedo, es verdad, porque durante la semana que siguió a la captura del pobre Mateo, veintitantas personas, —dos o tres de consideración—, fueron encerradas en la Casa Verde. El alienista decía que sólo eran admitidos los casos patológicos, pero muy pocos lo

creían. Se acumulaban las versiones populares. Venganza, ambición económica, castigo de Dios, monomanía del propio médico, plan secreto de las autoridades de Río de Janeiro con el propósito de destruir en Itaguaí cualquier germen de prosperidad que pudiese brotar, desarrollarse, florecer, en desmedro y mengua de aquella ciudad, mil otras explicaciones, que no explicaban nada, tal era el producto diario de la imaginación pública.

En eso estaban las cosas cuando regresó de Río de Janeiro la esposa del alienista, la tía, la mujer de Crispín Soares, y todo el resto de la comitiva —o casi toda— que algunas semanas antes había partido de Itaguaí. El alienista fue a recibirla con el boticario, el padre Lopes, los concejales y algunos otros magistrados. El instante en que doña Evarista puso los ojos en la persona de su marido es considerado por los cronistas de la época como uno de los más sublimes de la historia moral de la humanidad, y ello en virtud del contraste entre las dos naturalezas, ambas extremas, ambas egregias. Doña Evarista dejó escapar un grito, balbuceó unas palabras, y se arrojó sobre su consorte, con un gesto que no puede ser mejor definido que comparándolo con una mezcla de pantera y tórtola. No así el ilustre Bacamarte, frío como un diagnóstico, sin desgonzar por un instante la rigidez científica, extendió los brazos a su señora, que cayó en ellos y se desmayó. Corto incidente; al cabo de dos minutos, doña Evarista recibió los saludos de los amigos, y la comitiva se puso en marcha.

Doña Evarista era la esperanza de Itaguaí; se contaba con ella para atenuar el flagelo de la Casa Verde. De allí las exclamaciones públicas, la enorme multitud que colmaba las calles, los banderines, las flores y damascos en las ventanas. Con el brazo apoyado en el del padre Lucas, —porque el eminente Bacamarte había confiado su mujer al vicario, y los acompañaba con paso meditativo—, doña Evarista volvía la cabeza hacia un lado y hacia otro, curiosa, inquieta, halagada. El vicario la interrogaba sobre Río de Janeiro, ciudad adonde él no había vuelto desde el virreinato anterior; y doña Evarista respondía, con entusiasmo, que era la cosa más hermosa que podía haber en la tierra. El Paseo Público estaba terminado, un paraíso, adonde ella había ido muchas veces, y la Rua das Belas Noites, el Chafariz de las Ocas. . . ¡Ah!, ¡el Chafariz de las Ocas! Realmente, eran ocas, estaban hechas en metal y echaban agua por los picos. Algo realmente elegantísimo. El vicario decía que sí, que Río de Janeiro debía estar ahora mucho más lindo. ¡Si ya lo era en otro tiempo! Lo cierto es que no había de qué sorprenderse, más grande que Itaguaí, y además sede del gobierno. . . Pero no se puede decir que Itaguaí fuese feo; tenía hermosas residencias, la de Mateo, el edificio de la Casa Verde. . .

—A propósito de la Casa Verde —dijo el padre Lopes deslizándose hábilmente hacia el tema en cuestión—, usted va a encontrarla repleta de internados.

—¿No me diga?

—Así es. Uno de los que está allí es Mateo. . .

—¿El albardero?

—El albardero, doña Evarista; y además, Costa, la prima de Costa, y Fulano, y Zutano, y. . .

—¿Todos locos?

—O casi locos, —asintió el vicario.

—¿Pero qué pasó

El vicario torció las comisuras de la boca, a la manera de quien no sabe nada, o no quiere decir todo lo que sabe. A doña Evarista la sorprendió muchísimo que toda esa gente perdiera el juicio; uno u otro, vaya y pase, ¡pero todos! Por otra parte le costaba ponerlo en duda; su marido era un sabio, no iba a encerrar a nadie en la Casa Verde sin pruebas evidentes de su locura.

—Sin duda. . . sin duda. . . —repetía el vicario.

Tres horas después, cerca de cincuenta comensales se sentaban en torno a la mesa de Simón Bacamarte; era la cena de bienvenida. Doña Evarista fue el motivo obligado de todos los brindis, discursos, versos de ocasión, metáforas, alusiones, apologías. Ella era la esposa del nuevo Hipócrates, la musa de la ciencia, ángel, ser divino, aurora, caridad, vida, consuelo; traía en los ojos dos luceros según la versión modesta de Crispín Soares, y dos soles, en el concepto de un concejal. El alienista oía todas esas declaraciones con cierta incomodidad, —pero sin dejar transparentar ninguna impaciencia. Cuando mucho decía al oído de su mujer, que sólo la retórica podía permitir semejantes tiradas sin ninguna significación. Doña Evarista hacía esfuerzos por adherirse a esa opinión del marido; pero aun descontando tres cuartas partes de las lisonjas, quedaba mucho para llenarle el alma. Uno de los oradores, por ejemplo, Martín Brito, muchacho de veinticinco años, petimetre acabado, curtido de noviazgos y aventuras, pronunció un discurso en el que el nacimiento de doña Evarista era explicado del modo más singular que pueda imaginarse. “Dios, dijo él, después de dar al universo el hombre y la mujer, ese diamante y esa perla de la corona divina (y el orador arrastraba triunfalmente esta frase de una punta a otra de la mesa), Dios quiso vencer a Dios, y creó a doña Evarista”.

Doña Evarista bajó los ojos con ejemplar modestia. Dos señoras que encontraron el galanteo excesivo y audaz, interrogaron los ojos del dueño de casa; y en verdad, el gesto del alienista les pareció ensombrecido por la desconfianza, las amenazas, y posiblemente, la sangre. El atrevimiento fue grande, pensaron las dos damas. Y una y otra pedían a Dios que evitase cualquier desenlace trágico, o que por lo menos lo

postergase hasta el día siguiente. Sí, que lo postergase. Una de ellas, la más piadosa, llegó a admitir para sus adentros, que doña Evarista no podía ser objeto de ninguna sospecha, tan lejos estaba de ser atrayente o bonita. No era más que agua tibia. Verdad es que, en cuestión de gustos no hay nada escrito. Esta idea la hizo temblar nuevamente, aunque menos; menos porque el alienista sonreía ahora a Martín Brito, y mientras todos se incorporaban, se aproximó a él y le habló del discurso. No le negó que era una improvisación brillante llena de matices magníficos. ¿Realmente era suya la idea relativa al nacimiento de doña Evarista, o la habrá encontrado en algún autor que...? No, señor; era efectivamente de él; la encontró en aquella oportunidad y le había parecido apropiada para una alocución de circunstancia como aquella. Por lo demás, sus ideas, eran siempre más atrevidas que tiernas o jocosas. Tenía facilidad para lo épico. Una vez, por ejemplo, compuso una oda a la caída del marqués de Pombal,⁴ en que decía que ese ministro era "el dragón aspérrimo de la Nada", aplastado por las "garras vengadoras del Todo"; y así otras, más o menos fuera de lo común; le gustaban las ideas sublimes y raras, las imágenes grandes y nobles... ¡"Pobre muchacho"! pensó el alienista y prosiguió diciéndose: "Se trata, es evidente, de un caso de lesión cerebral; fenómeno que no reviste gravedad pero que sí es digno de estudio...".

Doña Evarista quedó estupefacta cuando supo, tres días después, que Martín Brito había sido internado en la Casa Verde. ¡Un muchacho que tenía ideas tan encantadoras! Las dos señoras atribuyeron la decisión de Bacamarte a sus celos. No podía ser otra cosa; realmente, el pronunciamiento del muchacho había sido demasiado audaz.

¿Celos? ¿Cómo explicarse, entonces, que poco después fuesen encerrados José Borges do Couto Leme, hombre bien visto, Chico⁵ das Cambraias, holgazán emérito, el escribano Fabricio, y algunos otros? El terror se acentuó. No se sabía ya quién estaba sano y quién demente. Las mujeres, cuando sus maridos salían, mandaban encender una vela a Nuestra Señora; y no todos los maridos se sentían seguros; algunos no se animaban a salir sin uno o dos guardaespaldas. Decididamente, aquello era el terror. Quien podía emigraba. Uno de esos fugitivos llegó a ser detenido a doscientos pasos de la villa. Era un muchacho de treinta años, amable, conversador, educado, tanto que era incapaz de saludar a nadie sin llevar su sombrero hasta los pies; en la calle, era frecuente verlo recorrer una distancia de diez a veinte brazas para ir a estrechar la mano de un hombre grave, una señora, o a veces un niño, como había sucedido con el hijo del juez-de-fora. Su pasión

⁴ El marqués de Pombal fue la figura política fundamental de Portugal durante el reinado de José I. Vivió entre los años 1699 y 1782 y se desempeñó como primer ministro durante varias décadas. Fue partidario del despotismo ilustrado. (N. del T.).

⁵ Chico: diminutivo portugués de Francisco. Equivale a nuestro Paco. (N. del T.).

eran las gentilezas. Por lo demás debía su buen nombre en la sociedad, no sólo a sus dotes personales, que eran realmente excepcionales, como a la noble tenacidad que le permitía perseverar ante uno, dos, cuatro, seis rechazos, caras feas, etcétera. Lo que sucedía era que cada vez que entraba a una casa, no la dejaba más, ni los de la casa lo dejaban a él, tan encantador era Gil Bernardes. Pues bien, pese a saberse tan estimado, Gil Bernardes tuvo miedo cuando le dijeron un día, que el alienista lo tenía entre ojos; a la mañana siguiente huyó de la villa, pero lo apresaron de inmediato y lo recluyeron en la Casa Verde.

—¡Debemos terminar con esto!

—¡Esto no puede seguir así!

—¡Abajo la tiranía!

—¡Déspota! ¡Violento! ¡Golías!

No eran gritos callejeros, eran susurros de entrecasa, pero la hora de los gritos no estaba lejana. El terror crecía; se avecinaba la rebelión. La idea de una petición al gobierno para que Simón Bacamarte fuese capturado y deportado, anduvo por algunas cabezas, antes que el barbero Porfirio la hiciese pública en su local, con grandes gestos de indignación. Adviértase, —y esta es una de las páginas más puras de esta sombría historia—, adviértase que Porfirio, desde que la Casa Verde empezó a poblarse tan extraordinariamente, vio crecer sus beneficios a raíz de la aplicación constante de sanguijuelas que de allí le pedían; pero el interés particular, decía él, debe ceder al interés público. Y agregaba: —¡Hay que derrocar al tirano!—. Adviértase, por lo demás, que él emitió este grito justamente el día que Simón Bacamarte había hecho recluir en la Casa Verde a un hombre que portaba con él una demanda, el señor Coelho.

—¡No me van a decir que Coelho es loco! —vociferó Porfirio.

Y nadie le contestaba; todos repetían que era un hombre perfectamente normal. El barbero conocía esa demanda. Versaba acerca de unos plebeyos de la villa y era hija de la oscuridad de una cédula real, y no de la codicia o del odio. Una excelente persona, Coelho.

Los únicos enemigos que tenía, si así puede decirse, eran algunas personas que, diciéndose descreídas, o alegando estar con prisa, apenas lo veían de lejos doblaban en la primera esquina, entraban a algún negocio, etcétera. En verdad, a él le encantaba la buena charla demorada, realizada entre tragos, y así es que nunca estaba solo, prefiriendo a los que sabían decir dos palabras, pero sin desdeñar jamás a los otros. El padre Lopes, que frecuentaba a Dante, y era uno de los enemigos de Coelho, no había vez en que lo viese separarse de alguien que no declamase y repitiese este fragmento:

*La bocca sollevò dal fiero pasto
Quel "peccatore" . . .⁶*

pero quienes lo escuchaban, o bien conocían el resentimiento del cura, o bien pensaban que se trataba de una oración en latín.

CAPITULO VI

LA REBELION

Cerca de treinta personas se unieron al barbero, redactaron y presentaron una moción ante el Ayuntamiento.

El Ayuntamiento se negó a aceptarla, declarando que la Casa Verde era una institución pública, y que la ciencia no podía ser enmendada por votación administrativa, menos aún por protestas callejeras.

—Volved al trabajo, —concluyó el presidente—, es el consejo que os damos.

La irritación de los disconformes fue enorme. El barbero declaró que de allí en más izarían la bandera de la rebelión, y destruirían la Casa Verde; que Itaguaí no podía seguir sirviendo de cadáver para los estudios y experiencias de un déspota; que muchas personas estimables, algunas incluso distinguidas, otras humildes pero dignas de aprecio, yacían en los cubículos de la Casa Verde; que el despotismo científico del alienista se entremezclaba con el afán de lucro material, visto que los locos, o los así llamados, no eran tratados gratuitamente; las familias, y cuando éstas no podían, el Ayuntamiento, pagaban al alienista . . .

—Es falso —interrumpió el presidente.

—¿Falso?

—Hará unas dos semanas recibimos un oficio del ilustre médico, en el que nos declara que, tratando de efectuar experiencias de alto valor psicológico, renuncia al estipendio que con ese fin le entregó por votación el Ayuntamiento, así como tampoco recibirá nada más de los familiares de los enfermos.

La noticia de este acto tan noble, tan puro, apaciguó en parte el alma de los rebeldes. Seguramente el alienista podía estar equivocado, pero ningún interés ajeno a la ciencia lo instigaba; y para demostrar el error era preciso algo más que tumulto y clamores. Eso fue lo que dijo el presidente con aplauso de todo el Ayuntamiento. El barbero, tras algunos instantes de meditación, declaró que estaba investido de un mandato público, y no restituiría la paz a Itaguaí antes de ver por

⁶ Machado de Assis pone aquí, en boca del padre Lopes, parte de los dos primeros versos del Canto XXXIII del *Inferno*, de la *Divina Commedia*. (N. del T.).

tierra la Casa Verde, —“esa Bastilla de la razón humana—, expresión que oyera a un poeta local, y que él repitió con mucho énfasis. Así dijo y a una señal suya todos salieron tras él.

Imagínese el lector la situación de los concejales; urgía impedir la reunión, la rebelión, la lucha, el derramamiento de sangre. Para colmo de males, uno de los concejales, que había apoyado al presidente, oyendo ahora la denominación dada por el barbero a la Casa Verde “Bastilla de la razón humana”, la encontró tan elegante que cambió de parecer. Dijo que consideraba de buen tino decretar alguna medida que redujese la Casa Verde; y cuando el presidente, indignado, manifestó en términos enérgicos su desconcierto ante semejante pedido, el concejal hizo la siguiente reflexión:

—Nada tengo que ver yo con la ciencia; pero si tantos hombres a quienes suponemos razonables son recluidos por demencia, ¿quién puede asegurarnos que el alienado no sea el alienista?

Sebastián Freitas, el concejal disidente, tenía el don de la palabra y habló unos minutos más, con prudencia pero firmemente. Sus colegas estaban atónitos; el presidente le pidió que por lo menos, diese el ejemplo del orden y de respeto a la ley no ventilando sus ideas en la calle, para no dar cuerpo y alma a la rebelión, que era, por el momento, un torbellino de átomos dispersos. Esta figura corrigió un poco el efecto de la otra: Sebastián Freitas prometió eludir cualquier acción, reservándose el derecho de solicitar por los medios legales la reducción de los atributos de la Casa Verde. Y se repetía a sí mismo encantado: “Bastilla de la razón humana”.

Mientras tanto, el alboroto crecía. Ya no eran treinta sino trescientas las personas que secundaban al barbero, cuyo apodo familiar debe ser mencionado porque dio nombre a la revuelta; lo llamaban el *Canjica*⁷, y el movimiento se hizo célebre con el nombre de rebelión de los *Canjicas*. Su acción podía ser restringida, ya que muchos, por temor a pruritos de educación, no salían a la calle con espíritu de protesta; pero el sentimiento era unánime, o casi unánime, y los trescientos que marchaban hacia la Casa Verde, —dada la diferencia existente entre París e Itaguaí—, podían ser comparados a los que tomaron la Bastilla.

Doña Evarista tuvo noticias de la rebelión antes de que llegase a las puertas de la Casa Verde; vino a traérselas una de sus *crías*⁸. Ella se estaba probando, en ese momento, un vestido de seda —uno de los

⁷ La canjica es un revuelto de maíz molido, loco o puré de maíz, al que se le agrega azúcar, leche de coco y canela. Se trata de un plato muy popular en Brasil, y seguramente a esa misma popularidad debe el barbero Porfirio su apodo. (N. del T.).

⁸ *Crías* se llamaba, en el Brasil del siglo XIX, a las personas pobres o de origen muy humilde, que eran criadas en casa de otra de mayores recursos, y sobre las que ésta ejercía un tutelaje muchas veces despótico. (N. del T.).

treinta y siete que se había traído de Río de Janeiro— y no quiso creer lo que le decían.

—Ha de ser alguna broma, —dijo ella mientras cambiaba de lugar un alfiler—. Benedicta, fijate si el dobladillo está bien hecho...

—Sí, señora —respondió la esclava arrodillada en el suelo—. A ver... si la señora pudiera darse vuelta un poquito... Así. Está muy bien, señora.

—No es ninguna broma, señora; ellos vienen hacia aquí gritando: ¡Muera el doctor Bacamarte! ¡Muera el tirano! —decía el muchachito asustado.

—¡Cállate la boca estúpido! ¡Benedicta, fijate allí, del lado izquierdo; me parece que la costura está un poco torcida. La raya azul no sigue hasta abajo; así queda muy feo; hay que descoserlo para que quede parejito, y... .

—¡Muera el doctor Bacamarte! ¡Muera el tirano!, —vociferaban afuera trescientas voces. Era la rebelión en la *Rua Nova*.

A doña Evarista se le congeló la sangre. En un primer momento no pudo dar un solo paso, hacer un único gesto; el terror la petrificó. La esclava corrió instintivamente hacia la puerta del fondo. En cuanto al muchachito, a quien doña Evarista no diera crédito, tuvo un instante de triunfo, un cierto movimiento súbito, imperceptible, entrañable, de satisfacción moral, al ver que la realidad venía a refrendar sus palabras.

—¡Muera el alienista! —vociferaban los más cercanos.

Doña Evarista si bien no resistía fácilmente las conmociones acarreadas por el placer, sabía afrontar los momentos de peligro. No se desmayó; corrió a la habitación interior donde su marido estudiaba. Cuando allí entró precipitada, el ilustre médico escrutaba un texto de Averroes; sus ojos, empañados por la meditación, ascendían del libro al techo, y descendían del techo al libro, ciegos a la realidad exterior, sólo atentos a los profundos trabajos mentales. Doña Evarista llamó al marido dos veces, sin lograr que éste le prestase atención; la tercera fue oída y él le preguntó qué ocurría, si se sentía enferma.

—¿No oyes esos gritos? exclamó la digna esposa bañada por las lágrimas.

Entonces el alienista prestó atención; los gritos se escuchaban cada vez más cercanos, terribles, amenazadores; él comprendió todo. Se levantó de la silla con respaldo, cerró el libro y, a paso firme y tranquilo, fue a depositarlo en el estante. Como la introducción del volumen desordenase un poco la línea de disposición de dos tomos contiguos, Simón Bacamarte trató de corregir ese defecto mínimo y, por demás, revelador. Después le dijo a su mujer que permaneciera en su cuarto y que pasara lo que pasara no se moviera de allí.

—No, no, —imploraba la digna señora—, quiero morir a tu lado...

Simón Bacamarte se negó terminantemente a que su esposa lo acompañara, diciéndole que era descabellado creer que estaban ante un riesgo de muerte; y aun cuando así fuera, la intimaba, en nombre de la vida, a que permaneciera donde él le había ordenado. La infeliz dama inclinó la cabeza obediente y llorosa.

—¡Abajo la Casa Verde! —gritaban los *Canjicas*.

El alienista se encaminó hacia el balcón delantero, y salió a él en el momento en que la muchedumbre llegaba y se detenía ante la casa; con sus trescientas cabezas rutilantes de civismo y sombrías de desesperación.

—¡Muera, muera!— vociferaban desde todos los lados apenas el alienista se asomó al balcón. Simón Bacamarte hizo un gesto pidiendo silencio; los revoltosos respondieron con gritos de indignación. Entonces el barbero, agitando el sombrero, a fin de imponer silencio a la turba, consiguió aquietar a sus compañeros y le dijo al alienista que podía hablar, pero agregó que no abusase de la paciencia del pueblo como lo había hecho hasta entonces.

—Seré breve, y aún más que breve. Deseo saber primero qué pedís.

—No pedimos nada, —replicó enardecido el barbero—; ordenamos que la Casa Verde sea demolida, o por lo menos liberados los infelices que allí están.

—No entiendo.

—Entendéis bien, tirano; queremos la libertad para las víctimas de vuestro odio, arbitrariedad, y sed de lucro. . .

El alienista sonrió, pero la sonrisa de ese gran hombre no fue cosa visible a los ojos de la multitud; era una concentración leve de dos o tres músculos, nada más. Sonrió y respondió:

—Señores míos, la ciencia es cosa seria y merece ser tratada con seriedad. No doy razón de mis actos de alienista ante nadie, excepción hecha de los maestros y de Dios. Si queréis enmendar la administración de la Casa Verde, estoy dispuesto a oírlos; pero si exigís que me niegue a mí mismo, no ganaréis nada. Podría invitar algunos de vosotros, en representación de los restantes, a venir conmigo para ver a los dementes recluidos; pero no lo hago porque sería daros la razón de mi sistema, lo que no haré ante legos ni rebeldes.

Dijo esto el alienista, y la multitud quedó atónita; era evidente que no esperaba tanta energía y menos aún tamaña serenidad. Pero el asombro creció más aún cuando el alienista, haciendo ante la multitud una reverencia con suma gravedad, le dio la espalda y desapareció en el interior de la casa. El barbero se repuso de inmediato y, agitando el sombrero, invitó a sus compañeros a demoler la Casa Verde; pocas y débiles voces le respondieron. Fue en ese momento decisivo cuando el barbero sintió despertar en sí la ambición de poder; le pareció entonces que demoliendo la Casa Verde, y neutralizando la influencia del alienista, llegaría a apoderarse del Ayuntamiento, dominaría las restantes

autoridades y se constituiría en el señor de Itaguaí. Hacía ya algunos años que él se empeñaba en ver su nombre incluido en las listas de candidatos a concejal, pero era rechazado por no tener una posición compatible con tan digno cargo. La oportunidad era ahora o nunca. Por lo demás, ya había llevado tan lejos el tumulto, que la derrota equivaldría a prisión, o quizás la horca o el destierro. Desgraciadamente, la respuesta del alicnista había amenguado el furor de sus seguidores. El barbero ni bien se dio cuenta de ello, sintió que lo ganaba la indignación, y quiso gritarles: —¡Canallas! ¡Cobardes!— pero se contuvo, y habló de este modo:

—¡Compañeros, luchemos hasta el fin! La salvación de Itaguaí está en vuestras manos dignas y heroicas. Destruyamos la cárcel de vuestros hijos y padres, de vuestras madres y hermanas, de vuestros parientes y amigos, y de vosotros mismos. ¡O moriréis a pan y agua, tal vez a latigazos, en las mazmorras de este miserable!

La multitud se agitó, un murmullo la recorrió a lo largo y a lo ancho, vociferó, amenazó, cerró filas alrededor del barbero. Era la rebelión que volvía a crecer, tras el ligero síncope, y amenaza arrasarse la Casa Verde.

—¡Vamos! —bramó Porfirio agitando el sombrero.

—¡Vamos! —repitieron todos.

Un incidente, empero, los detuvo: era el cuerpo de dragones que, al trote de sus caballos, entraba en la *Rua Nova*.

CAPITULO VII

LO INESPERADO

Cuando los dragones se detuvieron ante los *Canjicas*, hubo un instante de estupefacción: los *Canjicas* no querían creer que se hubiese mandado contra ellos a la fuerza pública; pero el barbero comprendió todo y esperó. Los dragones se detuvieron, el capitán intimó a la multitud a dispersarse; pero si bien una parte de ella estaba dispuesta a hacerlo, la otra apoyó firmemente al barbero, cuya respuesta fue formulada en estos términos rotundos:

—No nos dispersaremos. Si queréis nuestros cadáveres, podéis tomarlos; pero sólo los cadáveres; no tendréis nuestro honor, nuestros principios, nuestros derechos, y con ellos la salvación de Itaguaí.

Nada más imprudente que esta respuesta del barbero; y nada más natural. Era el vértigo de las grandes crisis. Tal vez fuese también un exceso de confianza en la abstención de uso de las armas por parte de los dragones; confianza que el capitán se encargó de disipar en seguida, ordenando cargar sobre los *Canjicas*. El momento fue indescriptible. La multitud bramó enfurecida, algunos, trepándose a las ventanas de la

casa, o corriendo hacia las calles laterales, lograron escapar; pero la mayoría permaneció donde estaba, vociferando de cólera, indignada, alentada por el barbero. La derrota de los *Canjicas* era inminente, cuando un tercio de los dragones —haya sido cual fuere el motivo, ya que las crónicas no lo aclaran— pasó súbitamente a engrosar las filas de la rebelión. Este inesperado refuerzo reanimó a los *Canjicas*, al mismo tiempo que desalentó a las tropas legales.

Los soldados fieles no tuvieron coraje de atacar a sus propios compañeros y, uno tras otro, fueron uniéndose a ellos, de modo que, al cabo de algunos minutos las cosas habían tomado un curso totalmente distinto. El capitán estaba de un lado, con algunos hombres, contra una masa compacta que lo amenazaba de muerte. No tuvo más remedio que declararse vencido, y entregó su espada al barbero.

La revolución triunfante no perdió ni un solo minuto; alojó a los heridos en casas vecinas, y se dirigió hacia el Ayuntamiento. Pueblo y tropa confraternizaban, daban vivas al rey, al virrey, a Itaguaí, al "ilustre Porfirio". Este encabezaba la marcha, empuñando tan diestramente la espada, como si ella no fuese más que una navaja un poco más larga que las habituales. La victoria circundaba su frente con una aureola misteriosa. La dignidad del gobierno empezaba a enhestarle el porte.

Los concejales, asomados a las ventanas, viendo la multitud y la tropa, creyeron que ésta había capturado a los rebeldes, y sin más conmiseración, volvieron a entrar y votaron una petición al virrey para que ordenase dar un mes de sueldo extra a los dragones, "cuyo denuedo salvó a Itaguaí del abismo al que lo había lanzado una cáfila de rebeldes". Esta frase fue propuesta por Sebastián Freitas, el concejal disidente, cuya defensa de los *Canjicas* tanto había escandalizado a sus colegas. Pero la ilusión no tardó en desvanecerse. Los vivas al barbero, los muera a los concejales y al alienista vinieron a traerles las nuevas de la triste realidad. El presidente no se desesperó: "cualquiera sea nuestra suerte", dijo él, "recordemos que estamos al servicio de su Majestad y del pueblo". Sebastián Freitas insinuó que mejor se podía servir a la corona y a la villa saliendo por los fondos y yendo a conferenciar con el *juez-de-forea*, pero el Ayuntamiento rechazó en pleno esta propuesta.

Inmediatamente, el barbero acompañado por algunos de sus tenientes, entraba al salón de la Concejalía, e intimaba a sus integrantes a dimitir. El Ayuntamiento no se resistió, sus integrantes se entregaron y fueron trasladados a la prisión. Entonces los amigos del barbero le propusieron que asumiese el gobierno de la villa en nombre de Su Majestad. Porfirio aceptó el cargo, aunque no desconocía, aclaró, las espinas que el ofrecimiento traía consigo; agregó que no podía dispensar el concurso de los amigos allí presentes; quienes de inmediato le ofrecieron su colaboración. El barbero se acercó a la ventana, y comunicó al pueblo esas resoluciones que el pueblo ratificó aclamando al barbero, quien

pasó a ser llamado "Protector de la Villa en nombre de Su Majestad y del pueblo". Se expidieron de inmediato varios edictos importantes, comunicaciones oficiales del nuevo gobierno, una exposición minuciosa al virrey, con muchas expresiones de acatamiento a las órdenes de Su Majestad; finalmente, una proclama al pueblo, corta pero enérgica:

¡ITAGUAYENSES!

Un Ayuntamiento corrupto y violento conspiraba contra los intereses de su Majestad y del pueblo. La opinión pública lo había condenado; un puñado de ciudadanos, fuertemente apoyados por los bravos Dragones de su Majestad, acaba de disolverlo ignominiosamente, y por unánime consenso de la villa, me fue confiado el mando supremo, hasta que su Majestad se sirva ordenar lo que le pareciere mejor a su Real Servicio. ¡Itaguayenses! No os pido sino que me rodeéis de confianza, que me ayudéis a restaurar la paz y la Hacienda Pública, tan dilapidada por el Ayuntamiento que acaba de ser disuelto por vuestras manos. Contad con mi sacrificio, y estad seguros de que la Corona estará con nosotros.

El Protector de la Villa, en nombre de Su Majestad y del pueblo.

Porfirio Caetano Das Neves

Todo el mundo advirtió el absoluto silencio de esta proclama con respecto de la Casa Verde; y, según algunos, no podía haber más vivo indicio de los proyectos tenebrosos del barbero. El peligro era tanto mayor cuanto que, en medio de estos graves sucesos, el alienista había encerrado en la Casa Verde unas siete u ocho personas, entre ellas dos señoras, y un hombre que estaba emparentado con el Protector. No era un reto, un acto intencional; pero todos lo interpretaron de esa manera, y la villa respiró con la esperanza de ver, en veinticuatro horas a lo sumo, al alienista entre rejas, y a la terrible cárcel derruida.

El día terminó alegremente. Mientras el heraldo de la matraca iba recitando de esquina en esquina la proclama, el pueblo se volcaba a las calles y juraba morir en defensa del ilustre Porfirio. Y fueron pocos los gritos contra la Casa Verde, prueba de confianza en la acción de gobierno. El barbero hizo expedir una proclama declarando feriado aquel día, y entabló negociaciones con el vicario para la celebración de un *Te Deum*, tan conveniente resultaba a sus ojos la conjugación del poder temporal con el espiritual; pero el padre Lopes se negó abiertamente a prestar apoyo a tal fin.

—Supongo que Su Eminencia no se alistará entre los enemigos del gobierno, —le dijo al barbero dando a su expresión un aspecto tenebroso.

A lo que el padre respondió sin responder:

—¿Cómo alistarme, si el nuevo gobierno no tiene enemigos?

El barbero sonrió, era la pura verdad. Salvo el capitán, los concejales y los principales de la villa, toda la gente lo aclamaba. Incluso los principales, si bien no lo aclamaban era igualmente cierto que no se habían pronunciado en contra de él. No hubo un único almotacén que no se presentara para recibir sus órdenes. Por lo general, las familias bendecían el nombre de aquel, que por fin, iba a liberar Itaguaí de la Casa Verde y del terrible Simón Bacamarte.

CAPITULO VIII

LAS ANGUSTIAS DEL BOTICARIO

Veinticuatro horas después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, el barbero dejó el palacio de gobierno —tal la denominación dada al recinto del Ayuntamiento— en compañía de dos auxiliares, y se dirigió a la residencia de Simón Bacamarte. No ignoraba Porfirio que era más decoroso para el gobierno mandar a llamarlo; el recelo, empero, de que el alienista no obedeciese, lo obligó a aparecer tolerante y moderado.

No describo el terror del boticario cuando oyó decir que el barbero iba a la casa del alienista. “Va a detenerlo”, pensó él. Y sus angustias se multiplicaron. En efecto, la tortura moral del boticario en aquellos días de revolución excede toda descripción posible. Nunca un hombre se encontró en circunstancias más apremiantes: las funciones desempeñadas junto al alienista lo obligaron a permanecer a su lado, la victoria del barbero por su parte lo atraía hacia su causa. Ya la simple noticia de la sublevación había producido una fuerte conmoción en su alma, porque él estaba al tanto de lo unánime que era el odio de todos hacia el alienista; pero la victoria final fue también el golpe final. La esposa de Crispín Soares, señora de fuerte temperamento, amiga personal de doña Evarista, le decía que su lugar estaba junto a Simón Bacamarte; su corazón, sin embargo, le gritaba que no, que la causa del alienista estaba perdida, y que nadie, por propia voluntad hace alianza con un cadáver. “Lo hizo Catón, es cierto, *Sed victa Catoni*”, pensaba él, recordando algunas de las frecuentes prédicas del padre Lopes; “pero Catón no se ató a una causa vencida; era él su propia causa vencida, la causa de la república; su acto por lo tanto, fue el de un egoísta, el de un mísero egoísta: mi situación es otra”. Insistiendo, empero, la mujer, no encontró Crispín Soares otra salida, en semejante crisis, que enfermarse; se declaró enfermo y se metió en la cama.

—En este momento, Porfirio se dirige a la casa del doctor Bacamarte, —le dijo la mujer al día siguiente, acercándose a su lecho— lo acompaña un grupo.

“Lo van a detener”, pensó el boticario.

Una idea trae la otra; el boticario imaginó que, una vez encarcelado el alienista, vendrían de inmediato a buscarlo a él, en calidad de cómplice. Esta idea fue el mejor de los reconstituyentes. Crispín Soares se incorporó, dijo que ya se sentía bien, que iba a salir; y pese a todos los esfuerzos y protestas de su consorte, se vistió y salió. Los cronistas de ese entonces son unánimes en decir que la certeza de que el marido iba a unirse noblemente al alienista, consoló a la esposa del boticario; y anotan, con muchas perspicacia, el inmenso poder moral que puede llegar a tener una ilusión; y dicen ilusión porque el boticario se encaminó resueltamente hacia el palacio de gobierno y no hacia la casa del alienista. Una vez allí, se mostró sorprendido de no encontrar al barbero, a quien deseaba expresar sus respetuosos saludos y testimoniarle su adhesión; y le dieron a Crispín Soares muestras de esmerada atención; le aseguraron que el barbero no tardaría; Su Señoría había ido a la Casa Verde, por asuntos de gobierno, pero no se demoraría. Le ofrecieron una silla, lo invitaron con refrescos, le dispensaron elogios; le dijeron que la causa del ilustre Porfirio era la de todos los patriotas; a lo que el boticario repetía que así era, efectivamente, que nunca había pensado otra cosa y que así pensaba declararlo ante Su Majestad.

CAPITULO IX

DOS LINDOS SINTOMAS

No debió aguardar mucho el barbero para que lo recibiese el alienista; quien le declaró que no tenía medios para oponérsele, y que por lo tanto estaba listo para obedecerle. Sólo una cosa le pedía, y era que no lo obligase a asistir personalmente a la destrucción de la Casa Verde.

—Se engaña Vuestra Merced, —dijo el barbero tras una pausa—, se engaña al atribuir al gobierno intenciones vandálicas. Con razón o sin ella, la opinión general entiende que la mayor parte de los locos allí recluidos están en su más sano juicio, pero el gobierno reconoce que la cuestión es puramente científica, y no pretende resolver con medidas drásticas asuntos que sólo son competencia de la ciencia. Por lo demás la Casa Verde es una institución pública; así la aceptamos de manos del Ayuntamiento ahora disuelto. Hay, empero, necesariamente debe hacerlo, un criterio capaz de restituir el sosiego al espíritu público.

El alienista apenas podía disimular su asombro; confesó que esperaba otra cosa, la demolición del hospicio, su prisión, el destierro, todo, menos. . .

—El desconcierto de Vuestra Merced —lo interrumpió gravemente el barbero—, se funda en el desconocimiento de la grave responsabilidad del gobierno. El pueblo, dominado por una ciega piedad, que le provoca en tal caso legítima indignación, puede exigir del gobierno cierta prioridad en sus actos; pero éste, con la responsabilidad que le incumbe, no los debe practicar, al menos integralmente, y tal es nuestra situación. La generosa revolución que ayer destituyó un Ayuntamiento vilipendiado y corrupto, pidió con altas voces la demolición de la Casa Verde; ¿pero puede entrar en el ánimo del gobierno eliminar la locura? No. ¿Y si el gobierno no la puede eliminar, está al menos apto para discriminarla y reconocerla? Tampoco. Ello es materia de la ciencia. Por lo tanto en asunto tan melindroso, el gobierno no puede, no debe, no quiere dispensar el concurso de Vuestra Merced. Lo que le pide es que arbitremos un medio para contentar al pueblo. Unámonos, y el pueblo sabrá obedecer. Uno de los recursos posibles, a menos que Vuestra Merced, proponga otro, sería el de hacer retirar de la Casa Verde a aquellos enfermos que estuvieren casi curados, así como los maníacos de poca monta, etc. De tal modo, sin gran peligro, mostraremos alguna tolerancia y benignidad.

—¿Cuántos muertos y heridos hubo ayer en la refriega? —preguntó Simón Bacamarte al cabo de tres minutos.

Al barbero lo sorprendió la pregunta, pero respondió de inmediato que once muertos y veinticinco heridos.

—¡Once muertos y veinticinco heridos! —repetió dos o tres veces el alienista.

Y luego expresó que el recurso propuesto no le parecía bueno, pero que ya iba él a arbitrar algún otro, y que en los próximos días le daría una respuesta. Y le hizo varias preguntas sobre los sucesos de la víspera, ataque, defensa, adhesión de los dragones, resistencia del Ayuntamiento, etcétera, a lo que el barbero iba respondiendo con gran abundancia de información, insistiendo especialmente en el descrédito en que el referido Ayuntamiento había caído. El barbero confesó que el nuevo gobierno no contaba aún con el voto de los principales de la villa, y que el alienista podía hacer mucho en lo referente a este punto. El gobierno, concluyó el barbero, se alegraría si pudiera contar no ya con la simpatía, sino con la benevolencia del más alto espíritu de Itaguaí, y seguramente del reino. Pero nada de eso alteraba la noble y austera fisonomía de aquel gran hombre que oía callado, sin desvanecimiento, ni modestia, impasible como un dios de piedra.

—Once muertos y veinticinco heridos, —repetió el alienista, después de acompañar al barbero hasta la puerta—. He aquí dos lindos síntomas

de enfermedad mental. La dualidad y descaro de este barbero lo son positivamente. En cuanto a la necesidad de quienes lo aclamaron no es necesario otra prueba que los once muertos y los veinticinco heridos.

—¡Dos lindos síntomas!

—Viva el ilustre Porfirio, —exclamaban unas treinta personas que aguardaban al barbero en la puerta.

El alienista espío por la ventana, y alcanzó a oír este fragmento de la arenga que dirigió el barbero a las treinta personas que lo aclamaban:

— . . . porque yo velo, podéis estar seguros, por el cumplimiento de la voluntad popular. Confiad en mí; y todo se hará de la mejor manera. Sólo os recomiendo orden. El orden, mis amigos, es la base del gobierno.

—¡Viva el ilustre Porfirio! —clamaron las treinta voces, agitando los sombreros.

—¡Dos lindos síntomas! —murmuró el alienista.

CAPITULO X

LA RESTAURACION

Cinco días después, el alienista encerró en la Casa Verde cerca de cincuenta aclamadores del nuevo gobierno. El pueblo se indignó. El gobierno, aturdido, no sabía cómo reaccionar. Juan Pina, otro barbero, decía arbitrariamente en las calles, que Porfirio estaba “vendido al oro de Simón Bacamarte”, afirmación que congregó a su alrededor a la gente más decidida de la villa.

Porfirio, viendo a su antiguo rival de la navaja al frente de la insurrección, comprendió que estaba irremediablemente perdido, a menos que diese un gran golpe; expidió entonces dos decretos, uno aboliendo la Casa Verde, otro desterrando al alienista. Juan Pina mostró claramente, con grandes frases, que las medidas de Porfirio no eran otra cosa que demagogia, un cebo que el pueblo no debía morder. Dos horas después, Porfirio caía ignominiosamente, y Juan Pina asumía la difícil tarea de gobernar. Como encontrase en los archivos las minutas de proclamación, de la exposición al virrey y de otros actos inaugurales del gobierno anterior, se dio prisa en hacerlos copiar y expedir; agregan los cronistas, cosa que por lo demás se subentiende, que él les cambió los nombres, y donde el otro barbero había hablado de un Ayuntamiento corrupto, se refirió éste a “un intruso influido por las malas doctrinas francesas, y contrario a los sacrosantos intereses de Su Majestad”, etc.

En eso estaban las cosas cuando entró a la villa una fuerza comandada por el Virrey, y restableció el orden. El alienista exigió, de inmediato, que le entregaran al barbero Porfirio, así como a unos cincuenta y tantos individuos, a quienes declaró mentecatos; y no sólo le entrega-

ron a todos los que solicitó, sino que además prometieron poner a su disposición diecinueve secuaces más del barbero, que convalecían de las heridas recibidas en la primera rebelión.

Este punto en el desarrollo de la crisis de Itaguaí marca también el grado máximo de influencia alcanzado por Simón Bacamarte. Todo cuanto quiso, le fue facilitado; y una de las más vivas pruebas del poder del ilustre médico la encontramos en la prontitud con que los concejales, restituidos a sus funciones, consintieron en que Sebastián Freitas también fuese recluido en el hospicio. El alienista, al par de la extraordinaria inconsistencia de las opiniones de ese concejal, entendió que era un caso patológico, y pidió que se lo entregaran. Lo mismo ocurrió con el boticario. El alienista, una vez enterado de la momentánea adhesión de Crispín Soares a la rebelión de los *Canjicas*, la cotejó con el apoyo que siempre había recibido de él, aún en la víspera del levantamiento y ordenó finalmente que lo capturaran. Crispín Soares no negó el hecho, pero lo explicó diciendo que había cedido a un movimiento de terror, al ver la rebelión triunfante, y dio como prueba la ausencia de cualquier otro acto suyo en ese mismo sentido, agregando que de inmediato, tras la visita que efectuara al Ayuntamiento, había vuelto a la cama, enfermo. Simón Bacamarte no lo contrarió; dijo, empero, a quienes en esa ocasión se hallaban allí presentes, que el terror también es padre de la locura, y que el caso de Crispín Soares le parecía de los más característicos.

Pero la prueba más evidente de la influencia de Simón Bacamarte fue la docilidad con que el Ayuntamiento le entregó a su propio presidente. Este digno magistrado había declarado, en plena sesión, que no se contentaba, para lavar la afrenta que le habían causado los *Canjicas*, con menos de treinta almudes de sangre; palabras que llegaron a los oídos del alienista por boca del secretario del Ayuntamiento, entusiasmado con la energía de la que daba pruebas el presidente. Simón Bacamarte, empezó por encerrar al secretario en la Casa Verde, y de allí se fue a la sede del Gobierno ante la cual declaró que el presidente padecía de "demencia taurina", un género que él pretendía estudiar, con gran beneficio para los pueblos. El Ayuntamiento al principio vaciló, pero luego terminó cediendo.

De allí en más, fue una secuencia desenfrenada de reclusiones. Un hombre no podía dar origen o curso a la mentira más simple del mundo, incluso a una de esas que ironizan al propio inventor o divulgador, que ya lo metían en la Casa Verde. Todo era locura. Los cultores de adivinanzas, los inventores de charadas, de anagramas, los maldicientes, los que curioseaban en la vida ajena, los que dicen necedades, uno u otro almotacén presuntuoso, nadie escapaba a los emisarios del alienista. El respetaba a las muchachas enamoradas pero no a las seductoras que mariposeaban yendo de una relación a otra, diciendo que las

primeras cedían a un impulso natural, y las segundas a un vicio. Si un hombre era avaro o pródigo terminaba de igual modo en la Casa Verde; de allí se infería que no había regla que pudiese establecer la completa sanidad mental.

Algunos cronistas creen que Simón Bacamarte, no siempre procedía con lisura, y citan en abono de la afirmación (que no sé si puede ser aceptada) el hecho de haber logrado que el Ayuntamiento aprobase una petición autorizando el uso de un anillo de plata en el dedo pulgar de la mano izquierda, por parte de toda persona que, sin otra prueba documental o tradicional, declarase tener en las venas dos o tres onzas de sangre goda. Dicen que el fin secreto del consentimiento de los concejales fue enriquecer a un platero, amigo y compadre del alienista; pero, si bien es cierto que el platero vio prosperar su negocio después de la nueva ordenanza municipal, no lo es menos que esa petición una vez aprobada, dio a la Casa Verde una multitud de inquilinos; por lo cual no se puede definir, sin que sea una temeridad, la auténtica finalidad del ilustre médico. Cuanto a la razón determinante de la captura y reclusión en la Casa Verde de todos los que usaron el anillo, es uno de los puntos más oscuros de la historia de Itaguaí; la opinión más verosímil es que todos ellos fueron encerrados por andar gesticulando como tontos, en las calles, en las casas, en la iglesia. Nadie ignora que los locos gesticulan mucho. En todo caso es una simple conjetura; de positivo no hay nada.

—¿Adónde irá a parar este hombre? —decían los principales de la tierra—. ¡Ah, si hubiésemos ayudado a los *Canjicas*. . .!

Un día de mañana —día en que el Ayuntamiento debía ofrecer un gran baile— la villa entera fue conmovida por la noticia de que la propia esposa del alienista había sido encerrada en la Casa Verde. Nadie lo creyó; debía de ser algún invento de algún tunante. Pero no era la pura verdad. Doña Evarista había sido recluida a las dos de la mañana. El padre Lopes corrió a lo del alienista y lo interrogó discretamente acerca de lo ocurrido.

—Ya hace algún tiempo yo tenía mis sospechas, —dijo gravemente el marido—. La modestia con que ella había vivido en ambos matrimonios era inconciliable con el furioso interés por las sedas, los terciopelos, tejidos y piedras de que dio sobradas pruebas a su regreso de Río de Janeiro. Desde entonces empecé a observarla. Todas sus conversaciones giraban en torno a esos objetos; si yo le hablaba de antiguas cortes, preguntaba en seguida por la forma de los vestidos de las damas; si la visitaba alguna señora, en mi ausencia, antes de decirme cual había sido el objeto de la visita, me describía su atuendo, aprobando unas prendas y criticando otras. Un día, y creo que Vuestra Reverendísima ha de recordarlo, me propuso hacer anualmente un vestido para la imagen de Nuestra Señora de la Matriz. Todos estos símbolos eran graves;

esa noche, empero, irrumpió la demencia total. Había elegido, preparado y adornado el atuendo que llevaría al baile del Ayuntamiento Municipal; sólo vacilaba entre un collar de granate y otro de zafiros. Anteayer me preguntó cuál me parecía a mí que debía llevar; le respondí que ambos le quedaban muy bien. Ayer, durante el almuerzo, me repitió la pregunta; poco después de la cena la encontré callada y meditativa. —¿Qué te ocurre?, —le pregunté. —¡Pensaba ponerme el collar de granates pero el de zafiro me parece tan lindo! —Pues entonces ponte el de zafiros. —Sí, pero entonces tendré que dejar el de granates—. Pues bien, entre esas ideas y vueltas pasó el resto de la tarde. Hacia el atardecer comimos algo liviano y después nos acostamos. En plena noche, a eso de la una y media, me despertó y no la veo; me incorporo, voy al cuarto de vestir, y la encuentro ante los dos collares, probándoselos alternativamente ante el espejo, primero uno, después el otro. Era evidente su demencia, la encerré de inmediato.

El Padre Lopes no se satisfizo con la respuesta, pero no objetó nada. El alienista, empero, percibió su disconformidad y le explicó que el caso de doña Evarista se inscribía dentro de la llamada "manía suntuaria", no incurable, y en todo caso digna de estudio.

—Espero tenerla recuperada en seis semanas—, concluyó él.

La abnegación del ilustre médico abonó en favor suyo. Conjeturas, inventos, suspicacias, todo cayó por tierra, desde que él no dudó en internar en la Casa Verde a su propia mujer, a quien amaba con todas las fuerzas de su alma. Nadie más tenía el derecho de oponérsele, menos aún el de atribuirle intenciones ajenas a la ciencia.

Era un gran hombre austero, Hipócrates recubierto por los ropajes de un Catón.

CAPITULO XI

EL ASOMBRO DE ITAGUAI

Y ahora prepárese el lector para sentir el mismo asombro que se apoderó de Itaguaí al enterarse un día que todos los locos de la Casa Verde iban a ser puestos en libertad.

—¿Todos?

—Todos.

—Es imposible, algunos puede ser; pero todos. . .

—Todos. Así lo dijo él en el comunicado que envió esta mañana al Ayuntamiento.

De hecho, el alienista había informado a las autoridades que:

1º) Habiendo verificado que las estadísticas de la villa y de la Casa Verde evidenciaban que cuatro quintas partes de la población estaban

alojadas en aquel establecimiento; 2º) que este disloque de la población lo había inducido a examinar los fundamentos de su teoría sobre las molestias cerebrales; teoría que excluía de los dominios de la razón todos los casos en los que el equilibrio de las facultades no fuese perfecto y absoluto; 3º) que de ese examen y del hecho estadístico había resultado la convicción de que la verdadera doctrina no era aquella sino la opuesta y que por lo tanto se debía admitir como normal y ejemplar el desequilibrio de las facultades, y como hipótesis patológicas todos los casos en que aquel desequilibrio fuese interrupto; 4º) que teniendo en cuenta todo lo dicho, declaraba al Ayuntamiento que iba a poner en libertad a todos los reclusos de la Casa Verde y a proceder a acoger a las personas que se encontraban en las condiciones ahora expuestas; 5º) que tratando de descubrir la verdad científica, no ahorraría esfuerzos de ninguna naturaleza, esperando de las autoridades igual dedicación; 6º) que restituía al Ayuntamiento y a los particulares la suma total del importe recibido para el alojamiento de los supuestos locos, descontada la parte efectivamente invertida en alimentación, vestimenta, etc.; inversiones cuyo monto las autoridades podrían verificar en los libros y arcas de la Casa Verde.

El asombro de Itaguaí fue grande; no fue menor la alegría de los parientes y amigos de los reclusos. Cenas, bailes, fuegos artificiales, canciones; de todo hubo para celebrar tan fausto acontecimiento. No describo los festejos porque no interesan a nuestro propósito; pero fueron espléndidos, conmovedores y prolongados.

¡Así son las cosas humanas! En medio del regocijo producido por el comunicado de Simón Bacamarte, nadie advirtió en la línea final de la cuarta cláusula, una frase que dejaba entrever cuáles serían los sucesos futuros.

CAPITULO XII

EL FINAL DE LA CUARTA CLAUSULA

Se apagaron los fuegos de artificio, se reconstituyeron las familias, todo parecía recolocado sobre sus antiguos carriles. Reinaba el orden, el Ayuntamiento ejercía otra vez el gobierno, sin ninguna presión externa; hasta el mismo presidente y el concejal Freitas volvieron a sus puestos. El barbero Porfirio, aleccionado por los acontecimientos, habiéndolo "probado todo", como el poeta dijo de Napoleón, y algo más todavía, porque Napoleón no probó la Casa Verde, el barbero, digo, creyó preferible la gloria oscura de la navaja y de la tijera a las calamidades brillantes del poder; fue, es cierto, procesado; pero la población de la villa imploró la clemencia de Su Majestad; y el perdón fue concedido. Juan Pina fue

absuelto, atendiéndose al hecho de que él había derrocado a un rebelde. Los cronistas piensan que de este hecho nació nuestro proverbio: Ladrón que roba a un ladrón, tiene cien años de perdón; proverbio inmoral, es cierto, pero enormemente útil.

No sólo cesaron las quejas contra el alienista, sino que ni la menor sombra de resentimiento empañó el alma de nadie a raíz de los actos por él cometidos; agréguese a esto que los reclusos de la Casa Verde, desde que él los declarara en uso pleno de razón, se sintieron ganados por un profundo reconocimiento y ferviente gratitud. Muchos entendieron que el alienista merecía una demostración especial, y le organizaron un baile, al que siguieron otros bailes y cenas. Dicen las crónicas que doña Evarista había tenido en un comienzo la idea de separarse de su consorte, pero el dolor de perder la compañía de tan gran hombre pudo más que cualquier resentimiento de amor propio, y la pareja pasó a ser, incluso, más feliz que antes.

No menos íntima terminó siendo la amistad entre el alienista y el boticario. Este concluyó, tras conocer el comunicado de Simón Bacamarte, que la prudencia es la primera de las virtudes en tiempo de revolución, y apreció mucho la magnanimidad del alienista que, al darle libertad, le extendió su mano de viejo amigo.

—Es un gran hombre, —le dijo él a su mujer—, refiriéndole aquella circunstancia.

No es preciso hablar del albartero, de Costa, de Coelho, de Martín Brito y de los otros, especialmente nombrados en este escrito; basta decir que pudieron ejercer libremente sus hábitos anteriores. El propio Martín Brito, recluso por un discurso en el cual había elogiado enfáticamente a doña Evarista, hizo ahora otro en honor del insigne médico —“cuyo altísimo genio, elevando sus alas mucho más allá del sol, dejó debajo de sí a los restantes espíritus de la tierra”.

—Le agradezco sus palabras, —le respondió el médico—, y si de algo no me arrepiento es de haberle restituido la libertad.

Mientras tanto, el Ayuntamiento que había contestado el comunicado de Simón Bacamarte, con la salvedad de que oportunamente se pronunciaría con respecto al final de la cuarta cláusula, trató, finalmente, de legislar sobre ella. Fue sancionada, sin debate, una ordenanza autorizando al alienista a acoger en la Casa Verde a las personas que se encontraban en goce del perfecto equilibrio de sus facultades mentales. Y porque la experiencia del Ayuntamiento había sido hasta allí penosa en tales menesteres, estableció él una cláusula que especificaba que la autorización era provisoria, válida por un solo año, a fin de que pudiera ser experimentada la nueva teoría psicológica, pudiendo el Ayuntamiento, antes de cumplido el referido plazo, mandar a cerrar la Casa Verde, si a eso fuese inducido por motivo de orden público. El concejal Freitas propuso también que se decretase que en ningún caso fuesen los conce-

jales encerrados en el asilo de alienados: cláusula que fue aceptada, votada e incluida en la ordenanza, pese a las protestas del Concejal Galvão. El principal argumento de este magistrado era que el Ayuntamiento, legislando sobre una experiencia científica, no podía excluir a las personas de sus miembros de las consecuencias de la ley; la excepción, dijo, era odiosa y ridícula. Apenas había proferido estas duras palabras, comenzaron los concejales a vociferar contra la audacia y la insensatez del colega; éste empero, los oyó sin inmutarse y se limitó a decir que votaba contra la excepción.

—La concejalía, —concluyó él—, no nos da ningún poder especial ni nos excluye de la naturaleza humana.

Simón Bacamarte aceptó el decreto con todas las restricciones. Cuanto a la exclusión de los concejales, declaró que se sentiría profundamente dolido si se viese obligado a recluirlos en la Casa Verde; la cláusula empero, era la mejor prueba de que ellos no padecían del perfecto equilibrio de sus facultades mentales. No sucedía lo mismo con el concejal Galvão, cuyo acierto en la objeción formulada, y cuya moderación en la respuesta dada a las invectivas de los colegas mostraba, de su parte, un cerebro bien organizado; por lo que rogaba a la Cámara que se lo entregase. La Cámara, sintiéndose aún agravada por el proceder del concejal Galvão, puso a consideración el pedido del alienista y votó unánimemente por la entrega.

Se comprende que, de acuerdo a la nueva teoría, no bastaba un hecho o un dicho, para recluir a alguien en la Casa Verde; era preciso un largo examen, una minuciosa indagación del pasado y del presente. El padre Lopes, por ejemplo, sólo fue detenido y encerrado treinta días después del decreto, y la mujer del boticario recién a los cuarenta días. El encierro de esta señora llenó a su consorte de indignación. Crispín Soares salió de su casa rojo de cólera, y diciendo a todos los que con él se cruzaban que iba a arrancarle las orejas al tirano. Un hombre, adversario del alienista, oyendo en la calle esa amenaza, olvidó los motivos de disidencia que tenía con el médico, y corrió a la casa de Simón Bacamarte para informarlo del peligro que corría. Simón Bacamarte supo mostrarse reconocido al viejo adversario por su gesto, y pocos minutos le bastaron para reconocer la rectitud de sus sentimientos, su buena fe, su sensibilidad hacia el prójimo, la generosidad; le estrechó calurosamente ambas manos y lo encerró en la Casa Verde.

—Un caso de estos es raro, —dijo él a su mujer, que lo miraba pasmada—. Ahora esperemos a nuestro Crispín.

Crispín Soares entró. El dolor había vencido a la rabia y el boticario no le arrancó las orejas al alienista. Este consoló a su auxiliar, asegurándole que no era un caso perdido; tal vez la mujer tuviese alguna lesión cerebral; iba a examinarla con mucha atención; pero antes de hacerlo no podía dejarla en libertad. Y parciéndole ventajoso reunirlos,

porque la astucia y bellaquería del marido podrían de cierto modo curar la belleza moral que él había descubierto en la esposa, dijo Simón Bacamarte:

—Usted trabajará durante el día en la botica, pero comerá y cenará con su mujer, y aquí pasará las noches, los domingos y días santos.

La propuesta colocó al pobre boticario en la situación del asno de Buridán. Quería vivir con la mujer, pero temía volver a la Casa Verde; y en esa lucha estuvo algún tiempo, hasta que doña Evarista lo sacó del atolladero, prometiéndole que se encargaría de ver a la amiga y oficiar de mensajera entre ellos. Crispín Soares le besó las manos agradecido. Este último rasgo de egoísmo pusilánime le pareció sublime al alienista.

Al cabo de cinco meses estaban recluidas unas dieciocho personas; pero Simón Bacamarte no aflojaba; iba de calle en calle, de casa en casa, acechando, interrogando, estudiando; y cuando atrapaba un enfermo, se lo llevaba con la misma alegría con que otrora los arrebañaba a docenas. Esa misma desproporción confirmaba la teoría nueva; había encontrado por fin la verdadera patología cerebral. Un día logró encerrar en la Casa Verde al *juez de fora*; pero procedía con tanto escrúpulo, que no lo hizo sino después de estudiar minuciosamente todos sus actos, e interrogar a los principales de la villa. Más de una vez estuvo a punto de recluir personas perfectamente desequilibradas; fue lo que ocurrió con un abogado, en quien reconoció un haz tan rico de cualidades morales y mentales, que era peligroso dejarlo en libertad. Ordenó detenerlo; pero el agente, desconfiado, le pidió autorización para hacer una prueba; fue a ver a un compadre, demandado por un testamento falso, y le dio como consejo que recurriese a los servicios del abogado Salustiano, que así se llamaba la persona en cuestión.

—¿Pero te parece? . . .

—Sin duda: anda a verlo, confíesale todo, toda la verdad, sea cual fuere, y confíale la causa.

El hombre fue a ver al abogado, le confesó haber falsificado el testamento, y terminó pidiéndole que se hiciese cargo de la causa. No se negó el abogado, estudió la documentación, reflexionó largamente, y probó a todas luces que el testamento era más que verdadero. La inocencia del reo fue solemnemente proclamada por el juez, y la herencia pasó a sus manos. El distinguido jurisconsulto debió a esta experiencia su libertad. Pero nada escapa a un espíritu original y penetrante. Simón Bacamarte, que desde hacía un tiempo notaba el celo, la sagacidad, la paciencia, la moderación de aquel agente, reconoció la habilidad y el tino con que él había llevado a cabo una experiencia tan delicada y compleja, y determinó que se lo encerrara inmediatamente en la Casa Verde; ofreciéndole, empero, una de las mejores habitaciones.

Los alienados fueron alojados por clases. Se instauró una galería de modestos, o sea de locos en los que predominaba esta cualidad moral; otra de tolerantes, otra de sinceros, otra de sencillos, otra de leales, otra de magnánimos, otra de sagaces, otra de rectos, etc. Naturalmente, las familias y los amigos de los reclusos protestaban fervientemente contra la teoría; y algunos intentaron presionar sobre el Ayuntamiento para inhabilitar la licencia. Las autoridades, empero, no habían olvidado las palabras del concejal Galvão, y si se dejaba sin efecto la licencia, le darían la libertad y habría que restituirle el cargo, razón por la cual se negaron a prestar oídos a los disconformes. Simón Bacamarte efectuó entonces una ponencia ante los concejales, no agradeciendo, sino felicitándoles por ese acto de venganza personal.

Desengañados de la legalidad, algunos de los principales de la villa recurrieron secretamente al barbero Porfirio y le garantizaron todo el apoyo en términos de gente, dinero e influencia en la Corte, si él se pusiese a la cabeza de otro movimiento contra el Ayuntamiento y el alienista. El barbero les respondió que no; que la ambición lo había llevado, ya una vez a transgredir las leyes y que él ahora había aprendido la lección, reconociendo su error y la poca consistencia de la opinión de sus propios secuaces; que el Ayuntamiento había entendido que debía autorizar la experiencia del alienista, por un año; cabía pues esperar el agotamiento de plazo, o en su defecto requerir del Virrey el empleo de un recurso que él vio fallar en sus manos, y eso a cambio de muertos y de heridos que serían su remordimiento eterno.

—¡No me diga! —exclamó el alienista cuando un agente secreto le contó la conversación del barbero con los principales de la villa.

Dos días después, el barbero era recluso en la Casa Verde.

—¡Si no te encarcelan por tener perro te encarcelan por no tenerlo! —gimió el infeliz.

Llegó a su fin el plazo, la Cámara autorizó una prolongación suplementaria de seis meses para aplicación de medios terapéuticos. El desenlace de este episodio de la crónica itaguayense es de tal orden, y tan inesperado que merecería por lo menos diez capítulos de exposición; pero me contento con uno, que será el remate de la narrativa, y uno de los más bellos ejemplos de convicción científica y abnegación humana.

CAPITULO XIII

¡PLUS ULTRA!

Había llegado el momento de poner a prueba la terapéutica. Simón Bacamarte, activo y sagaz para descubrir enfermos, se empeñó aún más en la diligencia y penetración con que empezó a tratarlos. En este punto

todos los cronistas están de acuerdo: el ilustre alienista logró efectuar curas sorprendentes, que provocaron la más viva admiración en Itaguaí.

Efectivamente, era difícil imaginar sistema terapéutico más racional. Al estar los locos divididos por clases, según la virtud moral que en cada uno de ellos excedía a las demás, Simón Bacamarte se empeñó en atacar de frente la cualidad predominante. Tomemos por caso un modesto. El le aplicaba la medicación que pudiese infundirle el sentimiento opuesto; y no aplicaba de inmediato las dosis máximas, —las graduaba, de acuerdo al estado, la edad, el temperamento, la posición social del paciente. A veces bastaba una casaca, una cinta, una peluca, un bastón, para restituirle la razón al alienado; en otros casos la modestia era más rebelde; recurría entonces, a los anillos de brillantes, a las distinciones honoríficas, etcétera. Hubo un enfermo, poeta, que resistió a todo, Simón Bacamarte empezaba a desesperar de la cura, cuando tuvo la idea de mandar a propalar por medio de la matraca, que él era un auténtico rival de Garçao y de Píndaro.

—Fue un santo remedio, —contaba la madre del infeliz a una comadre—; fue un santo remedio.

Otro enfermo, también modesto, opuso la misma resistencia a la medicación; pero no siendo escritor (apenas si había firmar), no se le podía aplicar el remedio de la matraca. A Simón Bacamarte se le ocurrió entonces solicitar para él el cargo de secretario de la *Academia dos encoberto* ⁹ establecida en Itaguaí. Los cargos de presidente y secretarios eran conferidos directamente por el rey, una gracia especial establecida por el finado rey Don Juan V, e implicaban el tratamiento de *Excelencia* y el uso de una placa de oro en el sombrero. El gobierno de Lisboa negó la concesión del diploma; pero teniendo en cuenta que el alienista no lo pedía como premio honorífico o distinción legítima, sino solamente como un medio terapéutico para un caso sumamente difícil, el gobierno cedió excepcionalmente a la súplica; y aun así no lo hizo sin un extraordinario esfuerzo del ministro de marina y ultramar, quien venía a ser primo del alienado. Fue otro santo remedio.

—¡Realmente es admirable! —se decía en las calles, al ver la expresión sana y ensorbecida de los dos ex dementes.

Tal era el sistema. Imagínese el lector el resto. Cada rasgo de belleza moral o mental era atacado en el punto en que la perfección parecía más sólida; y el efecto era acertado. No siempre, sin embargo, lo era. Hubo casos en que la cualidad predominante resistía a todo; entonces el alienista atacaba otra parte, trasladando a la terapéutica el método de la

⁹ Siguiendo una costumbre muy difundida en Portugal, los poetas y escritores bucólicos del Brasil —es decir los que preludiaron el romanticismo del siglo XIX— se agrupaban en academias, sociedades que más que de diferencias o especificidades estéticas, resultaban de la afinidad personal de sus integrantes. (N. del T.).

estrategia militar, que toma la fortaleza por asalto desde un punto, si por otro no lo puede lograr.

Al cabo de cinco meses y medio la Casa Verde estaba vacía; ¡todos curados! El concejal Galvão, tan cruelmente torturado por la moderación y la equidad, tuvo la felicidad de perder un tío; digo felicidad, porque el tío dejó un testamento ambiguo, y él obtuvo los abultados beneficios de una interpretación textual que para erigirse en verdadera no vaciló en corromper a los jueces, y estafar a los otros herederos. La sinceridad del alienista se manifestó en esa ocasión; confesó ingenuamente que no tuvo parte en la cura; todo fue obra de la simple *vis medicatrix* de la naturaleza. No sucedió lo mismo con el padre Lopes. Sabiendo el alienista que él ignoraba olímpicamente el hebreo y el griego, le incumbió realizar un análisis crítico de la versión de los *Setenta*; el cura aceptó el encargo, y en buena hora lo hizo; al cabo de dos meses tenía escrito un libro y obtenida la libertad. Cuanto a la señora del boticario, no permaneció mucho tiempo en la habitación que le fue asignada, y donde, por lo demás, no le faltaron atenciones y cuidados.

—¿Por qué Crispín no viene a visitarme? —decía ella todos los días.

Le respondían ya una cosa, ya otra; finalmente le dijeron la verdad entera. La digna matrona no pudo contener la indignación y vergüenza. En las explosiones de cólera se le escaparon expresiones como estas:

—¡Explotador!... ¡bellaco!... ¡ingrato!... Un tunante que ha construido casas a costa de ungüentos falsificados y malolientes... ¡Ah! ¡explotador!

Simón Bacamarte advirtió que aun cuando no fuese verdadera la acusación contenidas en esas palabras, bastaban ellas para mostrar que a la excelente señora se le había por fin restituido el perfecto desequilibrio de las facultades; y prontamente se le dio de alta.

Ahora bien, si imagináis que el alienista estaba radiante al ver salir al último huésped de la Casa Verde, mostráis con eso que aún no conocéis a nuestro hombre. *Plus Ultra* era su divisa. No le bastaba haber descubierto la verdadera teoría de la locura; no lo contentaba haber establecido en Itaguai el reinado de la razón. ¡*Plus Ultra!* No se le veía alegre, sino preocupado, cabizbajo; algo le decía que la nueva teoría guardaba, en sí, otra y novísima teoría.

“Veamos”, —pensaba él— “veamos si llego por fin, a la verdad postrera”.

Decía esto paseándose a lo largo de la amplia sala, donde fulguraba la biblioteca más rica de los dominios ultramarinos de Su Majestad. Una amplia bata de damasco, sujeta a la cintura por un cordón de seda, con borlas de oro (obsequio de una universidad) envolvía el cuerpo majestuoso y austero del ilustre alienista. La peluca le cubría una ancha y noble calva adquirida en las meditaciones cotidianas. Los pies, que no eran ni delgados y femeninos ni grandes y toscos sino proporcionales al

resto del cuerpo, aparecían resguardados por un par de zapatos cuyas hebillas no eran sino de modesto y simple latón. Ved la diferencia: Sólo denotaba lujo en él lo que era de origen científico; lo que provenía de su persona en sentido estricto, traía el color de la moderación y la simplicidad, virtudes por demás adecuadas a la persona de un sabio.

Así era como él iba, el gran alienista, de una punta a la otra de la vasta biblioteca, ensimismado, ajeno a todo lo que no fuese el tenebroso problema de la patología cerebral. De pronto se detuvo. De pie, ante una ventana, con el codo izquierdo apoyado en la mano derecha, abierta, y el montón en la mano izquierda, cerrada, se preguntó a sí mismo:

—Pero ¿realmente habrán estado locos todos ellos, y fueron restablecidos por mí, o lo que pareció cura no fue más que el descubrimiento del perfecto desequilibrio del cerebro?

E indagando más y más, he aquí el resultado al que llegó: los cerebros bien organizados que él acababa de curar eran tan desequilibrados, como los otros. Sí, se decía a sí mismo; yo no puedo tener la pretensión de haberles infundido un sentimiento o una facultad nueva; una y otra cosa existían en estado latente, pero existían.

Habiendo alcanzado esta conclusión, el ilustre alienista tuvo dos sensaciones antagónicas, una de placer, otra de abatimiento. La de placer fue por haber visto que al cabo de largas y pacientes meditaciones, constantes trabajos, lucha ingente con el pueblo, podía afirmar esta verdad: no había locos en Itaguaí; Itaguaí no contaba con un solo mentecato. Pero tan pronto como esta idea apaciguó su alma, otra apareció, que neutralizó el primer efecto; fue la idea de la duda. ¿Pero entonces qué? ¿No había en Itaguaí un solo cerebro reconstruido? Esta conclusión tan absoluta, ¿no sería, precisamente por eso, errónea, y no venía por lo tanto, a destruir el amplio y majestuoso edificio de la nueva doctrina psicológica?

La angustia del egregio Simón Bacamarte es definida por los cronistas itaguayenses como una de las más tremendas tempestades morales que se hayan abatido sobre hombre alguno. Pero las tempestades sólo aterrorizan a los débiles; los fuertes saben hacerles frente y mirar cara a cara al trueno. Veinte minutos después se iluminó la fisonomía del alienista con una suave claridad.

“Sí, no puede ser otra cosa”, pensó él.

Tal cual. Simón Bacamarte encontró en sí mismo las características del perfecto desequilibrio mental y moral; le pareció que poseía la sagacidad, la paciencia, la perseverancia, la tolerancia, la veracidad, el vigor moral, la lealtad, todas las cualidades, en suma, que pueden constituir a un mentecato. Dudó en seguida, es cierto y llegó incluso a la conclusión de que era una ilusión; pero siendo hombre prudente, resolvió convocar un consejo de amigos, al cual interrogó con franqueza. La opinión fue afirmativa.

—¿Ningún defecto?

—Ninguno —dijo a coro la asamblea.

—¿Ningún vicio?

—Nada.

—¿Perfecto en todo?

—Absolutamente en todo.

—¡No, imposible! —exclamó el alienista—. Digo que no siento en mí esa superioridad que acabo de ver definida con tanta magnanimidad. La simpatía es la que os hace hablar de esa manera. Me estudio y nada encuentro que justifique los excesos de vuestra bondad.

La asamblea insistió; el alienista se resistió; finalmente el padre Lopes explicó todo con este concepto digno de un observador.

—Os diré cuál es la razón por la que no veis las elevadas cualidades que todos nosotros admiramos en vos. Ello es así porque tenéis una cualidad que realza las restantes: la modestia.

Fue algo terminante. Simón Bacamarte inclinó la cabeza, simultáneamente triste y feliz, y aun más feliz que triste. Acto seguido se internó en la Casa Verde. En vano la mujer y los amigos le dijeron que no lo hiciera, que estaba perfectamente sano y equilibrado: ni ruego ni sugerencias ni lágrimas lo detuvieron un solo instante.

—La cuestión es científica, —decía él—; se trataba de una doctrina nueva, cuyo primer ejemplo soy yo. Reúno en mí mismo la teoría y la práctica.

—¡Simón!, ¡Simón!, ¡Mi amor! —le decía la esposa con el rostro arrasado por las lágrimas.

Pero el ilustre médico, con ojos encendidos de convicción científica, no prestó oídos a la desesperación de la mujer, y blandamente la rechazó. Cerrados los portones de la Casa Verde, se entregó al estudio y a la cura de sí mismo. Dicen los cronistas, que murió diecisiete meses más tarde, en el mismo estado en que entró, sin haber podido avanzar en sus investigaciones un solo paso más. Algunos llegan al extremo de insinuar que en Itaguaí el único loco que hubo fue él; pero esta opinión, fundada en un rumor que circuló desde que el alienista expiró, no apoya su presunta validez en otra cosa que ese rumor; y rumor discutible, pues se lo atribuyen al padre Lopes, que con tanto énfasis realzara las cualidades del gran hombre. Sea como fuere, se efectuó el entierro con mucha pompa e infrecuente solemnidad.

TEORIA DEL FIGURON

(Diálogo)

—¿TIENES SUEÑO?

—No, señor.

—Ni yo; conversemos un poco. Abre la ventana. ¿Qué horas son?

—Las once.

—Ya se fue el último invitado a nuestra modesta casa. Así que has llegado, mi querido muchacho, a tus veintiún años. Hace veintiún años, el día 5 de agosto de 1854, tú veías la luz, un chiquillo insignificante, y ahora ya eres un hombre, largos bigotes, varios enredos amorosos. . .

—Papá. . .

—No nos pongamos formales y hablemos como dos amigos. Cierra esa puerta; voy a decirte cosas importantes. Siéntate y conversemos. Veintiún años, algunas pólizas, un título, puedes ingresar al parlamento, a la magistratura, al periodismo; iniciarte en la agricultura, en la industria, el comercio, las letras o las artes. Tienes ante ti incontables carreras. Veintiún años, mi muchacho, forman apenas la primera sílaba de nuestro destino. Ni siquiera los Pitt y los Napoleón, aun cuando precoces, lo fueron todo a los veintiún años. Pero sea cual fuese la profesión que elijas, mi deseo es que llegues a ser grande e ilustre, o por lo menos notable, que rebases el oscuro nivel de la medianía. La vida, querido, es una gran lotería; los premiados son pocos, los malogrados incontables, y con los suspiros de una generación se amasan las esperanzas de otra. Así es la vida; no hay plegarias ni maldiciones que valgan, sólo cabe aceptar las cosas tal como son, con sus cargas y tropiezos, glorias y descréditos, y seguir adelante.

—Sí, señor.

—Sin embargo, así como es de buen tino guardar un pan para la vejez, así también es de buena práctica social conocer más de un oficio ante la eventualidad de que aquel que elijamos no resulte, o no com-

pense suficientemente los anhelos de nuestra ambición. Es esto lo que te aconsejo hoy, día de tu mayoría de edad.

—Se lo agradezco, créamelo, pero ¿podría usted decirme cuál es ese oficio eventual?

—Ninguno me parece más útil y adecuado que el de figurón. Ser figurón fue el sueño de mis años mozos; me faltó, empero, la sabia orientación de un padre, y terminé en esto que ves, sin más consuelo y estímulo moral que el de depositar en ti mis esperanzas. Oyeme bien, mi querido hijo, óyeme y entiendo. Eres joven, tienes, naturalmente, el ardor, la exhuberancia, los impulsos inherentes a tu edad; no los rechaces pero modéralos, de modo que a los cuarenta y cinco años puedas entrar francamente en el régimen de la circunspección y la mesura. El sabio que dijo: "la gravedad es un misterio del cuerpo", definió el temple que debe caracterizar al figurón. No confundas esa gravedad con aquella otra que, aunque resida en el aspecto, es un puro reflejo o emanación del espíritu; ésta es del cuerpo, tan sólo del cuerpo, una señal de la naturaleza o una expresión de la vida. En cuanto a la edad de cuarenta y cinco años. . .

—Es verdad, ¿por qué cuarenta y cinco años?

—No es, como puedes suponerlo, un límite arbitrario, hijo del puro capricho; es la edad en que normalmente se produce el fenómeno. Generalmente, el auténtico figurón comienza a manifestarse entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años, aun cuando haya algunos ejemplos entre los cincuenta y cinco y los sesenta; pero son excepciones. Los hay también de cuarenta años, y otros más precoces, de treinta y cinco y de treinta; no son, sin embargo comunes. Ni que hablar ya de los veinticinco años: semejante madrugara es privilegio del genio.

—Entiendo.

—Vayamos a lo principal. Una vez ingresado en la carrera, debes poner todo tu cuidado en las ideas que habrás de nutrir tanto para uso ajeno como propio. Lo mejor será no tenerlas absolutamente; cosa que entenderás del modo debido, imaginando, por ejemplo, a un actor imposibilitado de usar uno de sus brazos. El puede, mediante un artificio milagroso, disimular su defecto a los ojos de la platea; pero no cabe duda que lo mejor sería disponer de los dos. Lo mismo ocurre con las ideas; se puede, con violencia, ahogarlas, esconderlas hasta la muerte; pero ni esa habilidad es tan común, ni un esfuerzo tan constante con vendría al ejercicio de la vida.

—Pero quién le dice a usted que yo. . .

—Tú, hijo mío, si no me engaño, pareces dotado de la perfecta inopia mental, que exige el buen desarrollo de este noble oficio. No me refiero tanto a la fidelidad con que repites en una reunión las opiniones oídas en una esquina, y viceversa, porque ese hecho, aun cuando atestigüe cierta carencia de ideas, bien puede pasar de una mera trai-

ción de la memoria. No; me refiero al gesto correcto y perfilado con que estilas ofrendar francamente tus simpatías o antipatías acerca del corte de un chaleco, las dimensiones de un sombrero, el crujió o el suave deslizar de las botas nuevas. He ahí un síntoma elocuente, he ahí una esperanza. Sin embargo, pudiendo ocurrir que, con los años, lleguen a agobiarte algunas ideas propias, urge equipar debidamente el espíritu. Las ideas, por su naturaleza, son espontáneas y súbitas; por más que las sufrimos, ellas irrumpen y se precipitan. De allí la precisión con que el vulgo, cuyo olfato es extremadamente delicado, distingue al figurón cabal de aquel que no lo es.

—Presumo que así sea; pero un obstáculo de tal índole es invencible.

—No lo es; hay un medio; consiste en recurrir a un régimen debilitante; leer compendios de retórica, oír ciertos discursos, etcétera. El tresillo, el dominó, y el *whist* son remedios aprobados. El *whist* tiene incluso la rara ventaja de habituar al silencio, que es la forma extrema de la circunspección. No digo lo mismo de la natación, de la equitación y de la gimnasia, si bien ellas estimulan el reposo del cerebro; pero, por lo mismo que favorecen su descanso, le restituyen las fuerzas y el dinamismo perdidos. El billar, en cambio, es excelente.

—¿Cómo puede ser? ¿Acaso no es también un ejercicio corporal?

—No digo que no, pero hay cosas en que la observación desmiente a la teoría. Si te recomiendo excepcionalmente el billar es porque las estadísticas más escrupulosas muestran que las tres cuartas partes de los frecuentadores del taco comparten en todo los mismos pareceres. El paseo por las calles, especialmente por aquellas que estimulan la distracción e inducen a detenerse de tramo en tramo, es utilísimo, siempre y cuando no las recorras solo, porque la soledad es fábrica de ideas, y el espíritu abandonado a sí mismo, aun en medio de la multitud, puede sentirse proclive a semejante actividad.

—¿Pero y si yo no encuentro el amigo adecuado y dispuesto a salir conmigo?

—No importa; te queda el valeroso recurso de frecuentar a los vagos, junto a los cuales todo el polvo de la soledad se disipa. Las librerías, sea a causa de la atmósfera del lugar o por cualquier otra razón que se me escapa, no son propicias a nuestro fin; es, no obstante, conveniente entrar de vez en cuando a ellas, no digo disimuladamente sino en forma abierta. Puedes resolver la dificultad de un modo simple: ve allí a hablar del rumor del día, del chiste de la semana, de un contrabando, de una calumnia, de un cometa, de cualquier cosa, siempre que no prefieras interrogar directamente a los lectores de las bellas crónicas de Mazade; 75 por ciento de esos estimables caballeros te repetirán las mismas opiniones y semejante monotonía es enormemente saludable. Con este régimen, durante ocho, diez, dieciocho meses —supongamos dos años— reduces el intelecto, por más pródigo que sea, a la sobriedad, a

la disciplina, al equilibrio común. Nada digo del vocabulario, ya que todo lo que a él atañe está subentendido en el uso de las ideas; ha de ser naturalmente simple, tibio, apocado, sin notas fulgurantes, sin colores estridentes. . .

— ¡Vaya limitación! No poder adornar el estilo, de vez en cuando. . .

— Puedes hacerlo; puedes emplear unas cuantas figuras expresivas, la hidra de Lerna, por ejemplo, la cabeza de Medusa, el tonel de las Danaides, las alas de Icaro, y otras, que románticos, clásicos y realistas emplean con donaire, cuando las necesitan. Sentencias latinas, dichos históricos, versos célebres, expresiones jurídicas, máximas, es de buen tono esgrimirlos en los discursos de sobremesa, de felicitación o de agradecimiento. *Caveant, consules* es un excelente cierre para un artículo político; diré lo mismo del *Sivis pacem para bellum*. Algunos suelen renovar el sabor de una cita intercalándola en una frase inédita, original y bella, pero no te recomiendo ese artificio; sería desnaturalizar su gracia arcana. Mejor que todo eso, empero, que al fin de cuentas no pasa de mero adorno, son las frases hechas, las locuciones convencionales, las fórmulas consagradas por los años, incrustadas en la memoria individual y colectiva. Esas fórmulas tienen la ventaja de no obligar a los otros a un esfuerzo inútil. No las enumero ahora, pero lo haré por escrito. Por lo demás, el mismo oficio te irá enseñando a reconocer los elementos de ese difícil arte de pensar lo pensado. En cuanto a la utilidad de un sistema semejante, basta figurarse una hipótesis. Se promulga una ley, se la ejecuta, no produce efecto, subsiste el mal. He ahí una cuestión que puede acicatear las curiosidades desocupadas, motivar una investigación pedante, inducir a un acopio fastidioso de documentos y observaciones, análisis de causas probables, causas ciertas, causas posibles, un estudio infinito de las aptitudes del sujeto reformado, de la naturaleza del mal, de la manipulación del remedio, de las circunstancias de la aplicación; materia, en fin, para todo un andamiaje de palabras, conceptos y desvaríos. Tú puedes ahorrar a tus semejantes todo ese inmenso caudal, diciendo simplemente: ¡Antes de las leyes, reformemos las costumbres! Y esta frase sintética, transparente, límpida, tomada al patrimonio común, resuelve más rápido el problema, penetra en los espíritus como un chorro súbito de sol.

— Creo percibir, padre, que usted condena toda y cualquier aplicación de procesos modernos.

— Entendámonos. Condono la aplicación, celebro la nomenclatura. Lo mismo digo de toda la reciente terminología científica: debes memorizarla. Teniendo en cuenta que el rasgo peculiar del figurón debe ser una cierta actitud propia del dios Término, y que las ciencias son obra del movimiento humano, conviene, ya que tendrás que ser un figurón en el futuro, que tomes las armas de tu tiempo. Y una de dos: o ellas serán usadas y divulgadas dentro de treinta años, o se conservarán nue-

vas: en el primer caso, te pertenecen por derecho propio; en el segundo, puedes presumir esgrimiéndolas, para mostrar que también son tuyos los atributos del pintor. De a poco, con el tiempo, irás sabiendo a qué leyes, casos y fenómenos responde toda esa terminología; porque el método de interrogar a los propios maestros y portavoces de la ciencia, en sus libros, estudios y memorias, además de tedioso y cansador, acarrea el peligro de la inoculación de ideas nuevas, y es radicalmente falso. Agrega a esto que el día en que vengas a ensoñearte del espíritu de aquellas leyes y fórmulas, serás probablemente llevado a emplearlas con tamaña medida, como la costurera —vivaz y muy de moda—, que, según un poeta clásico,

*Cuanto más paño tiene, retacea más el corte
y menor es el montón en que alardean los retazos;*

y este fenómeno, tratándose de un figurón, no tendría nada de científico. La publicidad es una dama coqueta y distinguida, que tú debes seducir mediante pequeñas atenciones, golosinas, cojines, cosas menudas, que más que atrevimiento y ambición, expresan la constancia del afecto. Que Don Quijote solicite sus favores mediante acciones heroicas o costosas es una fatalidad propia de ese ilustre lunático. El verdadero figurón adopta otra política. Lejos de inventar un *Tratado Científico de la Crianza de los Corderos*, compra un cordero y se lo ofrece a sus amigos en forma de una cena, cuya realización no puede pasar desapercibida a sus conciudadanos. Una noticia trae la otra; cinco, diez, veinte veces ponen tu nombre ante los ojos del mundo. Comisiones o diputaciones para felicitar a un agraciado, a un benemérito, a un visitante extranjero, suelen dar lugar a singulares distinciones, de igual modo los agasajos ofrecidos a hermandades y asociaciones diversas, sean mitológicas, cinegéticas o coreográficas. Los sucesos de cierto orden, aunque de poca monta, pueden merecer destacarse siempre que pongan de relieve tu persona. Me explico. Si te caes de un coche, sin otro daño que el susto, es útil divulgarlo a los cuatro vientos, no por el hecho en sí, que es insignificante, sino para lograr que se recuerde un nombre que goza de consenso general. ¿Te das cuenta?

—Perfectamente.

—Se trata de una publicidad constante, barata, fácil, cotidiana; pero hay otra. Sea cual fuere la teoría de las artes, es indudable que el sentimiento de la familia, la amistad personal y la estima pública incitan a la reproducción de los rasgos de un hombre amado o benemérito. Nada obsta que seas objeto de una distinción semejante, principalmente si la sagacidad de los amigos no encuentra rechazo de tu parte. En tal caso, no sólo las reglas de la más vulgar educación aconsejan aceptar el retrato o el busto, como sería inapropiado impedir que los amigos lo

expusiesen en recinto público. De esta manera, el nombre queda vinculado a la persona; quienes hayan leído tu reciente discurso (supongamos) en la sesión inaugural de la Unión de Peluqueros, reconocerán en la compostura de las facciones al autor de esa obra grave, en quien la "palanca del progreso" y el "sudor del trabajo" vencen a los "colmillos hambrientos" de la miseria. En el caso de que una comisión lleve a tu casa el retrato, debes recibir el obsequio con un discurso lleno de gratitud y un vaso de agua: es de buen uso, razonable y honesto. Invitarás entonces a los mejores amigos, a los parientes y, si fuera posible, una o dos personas representativas. Más aún. Si ese día es un día de gloria o regocijo, no veo cómo podrás, decentemente, negar un lugar en tu mesa a los *reporters* de los periódicos. En todo caso, si las obligaciones de esos ciudadanos les impiden concurrir, puedes ayudarlos de cierta manera, redactando tú mismo la noticia de la fiesta; y, si llevado por tal o cual escrúpulo, por lo demás comprensible, no quieres con tu propia mano anexar tu nombre a los calificativos dignos de él, encarga la redacción de la noticia a algún amigo o pariente.

—Le aseguro que lo que usted me enseña no es nada fácil.

—Ni yo digo que lo sea. Es difícil, demanda tiempo, mucho tiempo, insume años, paciencia, trabajo ¡y felices de quienes logran entrar en la tierra prometida! A aquellos que allí no llegan, los devora la oscuridad. ¡Pero están los que triunfan! Y tú triunfarás, créeme. Verás caer las murallas de Jericó al son de las trompetas sagradas. Sólo entonces podrás decir que has alcanzado tu meta. Comienza hoy mismo tu etapa de ornamento indispensable, de figura obligada, de rótulo. Basta ya de vivir a la espera de las ocasiones propicias, de comisiones, de cofradías; ellas vendrán por ti con su aire pesado y crudo de sustantivos desadjetivados, y tú serás el adjetivo de esas oraciones opacas, el *odorífero* de las flores, el *añilado* de los cielos, el *solicito* de los ciudadanos, el *novedoso* y *suculento* de los relatos. Y ser eso es lo principal, porque el adjetivo es el alma del idioma, su porción idealista y metafísica. El sustantivo es la realidad desnuda y cruda, es el naturalismo del vocabulario.

—¿Y cree usted que ese arduo oficio es suficiente para todo?

—Ciertamente; no quedan excluido de él los atributos de ninguna otra actividad.

—¿Ni siquiera los de la política?

—Ni siquiera los de la política. Todo el secreto está en no infringir las reglas y obligaciones capitales. Puedes pertenecer a cualquier partido, liberal o conservador, republicano o ultramontano, con el único requisito de que no atribuyas ningún contenido especial a esos vocablos, y les reconozcas únicamente la utilidad del Scibboleth bíblico.

—Si llevo al parlamento ¿puedo ocupar la tribuna?

—Puedes y debes hacerlo; es una manera de convocar la atención pública. En cuanto al contenido de los discursos, puedes elegir: o los

negocios menudos, o la metafísica política; opta, sin embargo, por la metafísica. Los negocios menudos, cabe confesarlo, no contradicen aquella chatura de buen tono propia de un figurón consumado; pero, si puedes, elige la metafísica: es más fácil y atractiva. Supongamos que se trata de saber por qué motivo la 7ª compañía de infantería fue trasladada de Uruguayana a Canguçu; te escuchará únicamente el Ministro de Guerra, quien se explicará en diez minutos las razones de ese acto. No ocurrirá lo mismo con la metafísica. Un discurso de metafísica política apasiona naturalmente a los partidos y al público, incita a los apartes y a las respuestas. Y además no obliga a pensar y descubrir. En esta área de los acontecimientos humanos ya está todo resuelto, formulado, rotulado, encajonado; no cabe otra cosa que proveer las alforjas de la memoria. En ningún caso, sea cual fuera la orientación que tomes, debes trascender los límites de una envidiable vulgaridad.

—Haré lo que pueda. ¿Nada de imaginación, verdad?

—Ninguna; más bien haz circular el parecer de que semejante don es insignificante.

—¿Ninguna filosofía?

—Entendámonos: en el papel y en la retórica, algo; en la realidad, nada. "Filosofía de la historia", por ejemplo, es una locución que debes emplear con frecuencia, pero te prohíbo que llegues a otras conclusiones que no sean las ya encontradas por otros. Escápale a todo lo que pueda oler a reflexión, originalidad, etcétera, etcétera.

—¿También a la risa?

—¿Cómo a la risa?

—Sí, quiero decir: conviene quedarse serio, muy serio...

—No exageremos. Tienes un genio chispeante, placentero, no deberás refrenarlo ni eliminarlo; puedes jugar y reír de vez en cuando. Figurón no significa melancólico. Un ser grave puede tener sus momentos de expansión alegre. Sólo que éste es un punto delicado...

—Dígame.

—Sólo que no debes recurrir a la ironía, ese rictus hacia el costado de la boca, lleno de misterios, inventado por algún griego de la decadencia, contraído por Luciano, transmitido a Swift y Voltaire, mueca propia de los escépticos y descarada. No. Más vale recurrir a la burla, a nuestra buena burla amiga, regordeta, franca, sin rebujos ni velos, que se mete en la cara de los otros, estalla como una palmada, hace saltar la sangre en las venas, y reventar de risa los tiradores. Usa la burla. ¿Qué es esto?

—Media noche.

—¿Media noche? Entrás a tus veintidós años, mi muchacho; ya eres definitivamente mayor de edad. Vamos a dormir, que es tarde. Rumia bien lo que te dije, hijo mío. Guardando las proporciones, la charla de esta noche bien vale lo que *El Príncipe* de Maquiavelo. Vamos a dormir.

LA CHINELA TURCA

VED AL licenciado Duarte. Acaba de armar el más tieso y correcto nudo de corbata aparecido en aquel año de 1850, cuando le anuncian la visita del Mayor Lopo Alves. Tened en cuenta que es de noche, y las nueve ya pasadas. Duarte se estremeció, y tuvo dos razones para ello. La primera era que el mayor, sea en la ocasión que fuere, resultaba ser uno de los tipos más molestos de aquel tiempo. La segunda es que él se preparaba para ver, en un baile, los más finos cabellos rubios y los más pensativos ojos azules que este clima nuestro, tan avaro en ellos, haya jamás producido. Aquel noviazgo tenía una semana. Su corazón, dejándose atrapar entre dos vales, confió a los ojos, que eran castaños, una declaración en regla, que ellos, puntualmente, transmitieron a la joven diez minutos antes de la cena, recibiendo respuesta favorable poco después del chocolate. Tres días más tarde, estaba en camino la primera carta, y por la forma en que las cosas ocurrían no era nada sorprendente que, antes de fin de año, estuviesen ambos en camino hacia la iglesia. En estas circunstancias, la llegada de Lopo Alves era una verdadera calamidad. Viejo amigo de la familia, compañero de su finado padre en el ejército, el Mayor se había hecho acreedor a todos los respetos. Imposible despedirlo o tratarlo con frialdad. Había felizmente una circunstancia atenuante; el mayor estaba emparentado con Cecilia, la joven de los ojos azules; en caso de necesidad, era un seguro voto a favor.

Duarte vistió un saco y se dirigió al salón, donde Lopo Alves, con un rollo debajo del brazo y con la mirada perdida en el aire, parecía totalmente ajeno a la llegada del licenciado.

—¿Qué buenos vientos lo han traído a Catumbi a estas horas? —preguntó Duarte, dándole a su voz una expresión de placer, aconsejada no menos por el interés que por los buenos modales.

—No sé si los vientos que me han traído son buenos o malos, —respondió el Mayor sonriendo por debajo del espeso bigote agrisado—; sé que fueron vientos fuertes. ¿Está de salida?

—Voy a *Río Comprido*.

—Ya sé; va a casa de la viuda Meneses. Mi mujer y mis hijas ya deben estar allá: yo iré más tarde, si puedo. Creo que es temprano ¿no?

Lopo Alves sacó el reloj y vio que eran las nueve y media. Se alisó el bigote, se levantó, dio algunos pasos por el salón, volvió a sentarse y dijo:

—Quiero darle una noticia que seguramente lo sorprenderá. Escribí . . . escribí un drama.

—¡Un drama! —exclamó el licenciado.

—¿Y qué quiere? Padezco desde niño estos achaques literarios. El servicio militar no fue un remedio capaz de curarme, fue un paliativo. La enfermedad retornó con la fuerza de los primeros años. Ahora ya no hay más remedio que dejarla, e ir simplemente ayudando a la naturaleza.

Duarte recordó que, efectivamente, el mayor había hablado en otros tiempos de algunos discursos inaugurales, dos o tres elegías y una buena suma de artículos que había escrito sobre las campañas del Río de la Plata. Pero ya hacía muchos años que Lopo Alves había dejado en paz a los generales platenses y a los difuntos; nada hacía suponer que la molestia volvería, sobre todo bajo la forma de un drama. El licenciado se hubiera podido explicar esta circunstancia de haber sabido que, algunas semanas antes, Lopo Alves había asistido a la representación de una pieza del género ultrarromántico, obra que le agradó mucho y le sugirió la idea de enfrentar las luces del tablado. No entró el Mayor en estas minucias necesarias, y el licenciado no llegó a conocer el motivo de la explosión dramática del militar. No lo supo ni se preocupó por saberlo. Alabó mucho las facultades mentales del Mayor, expresó calurosamente el deseo que nutría de verlo salir triunfante en aquel estreno, prometió que lo recomendaría a algunos amigos que tenía en el *Correio Mercantil*, y sólo se paralizó y empalideció cuando vio que el mayor, trémulo de bienaventuranza, desplegó el rollo que traía consigo.

—Le agradezco sus buenas intenciones, —dijo Lopo Alves—, y acepto el obsequio que me promete; pero antes, deseo otro. Sé que es usted un hombre inteligente y leído; me dirá francamente qué piensa de este trabajo. No le pido elogios, le exijo franqueza y franqueza ruda. Si le parece que no es bueno, dígamelo sin vueltas.

Duarte trató de desviar aquel cáliz de amargura; pero era difícil soltarlo e imposible lograrlo. Consultó melancólicamente el reloj que marcaba las diez menos cinco, mientras el Mayor hojeaba paternalmente las ciento ochenta páginas del manuscrito.

—Esto se lee en un santiamén, —dijo Lopo Alves—; yo sé lo que es la muchachada y lo que son los bailes. No se preocupe que todavía

hoy bailará dos o tres valsos con *ella*, si la tiene, o con ella. ¿No le parece mejor pasar a su escritorio?

Le resultaba indiferente, al licenciado, el lugar elegido para el suplicio; accedió al deseo de su huésped. Este, con la libertad que le daban las relaciones, dijo al sirviente que no dejara entrar a nadie. El verdugo no quería testigos. La puerta del escritorio se cerró; Lopo Alves se ubicó junto a la mesa, frente a él estaba el licenciado, que hundió el cuerpo y la desesperación en un amplio sillón de tafilete, resuelto a no decir palabra para llegar más rápido a término.

El drama se dividía en siete cuadros. Esta indicación produjo un escalofrío en el oyente. Nada había de nuevo en aquellas ciento ochenta páginas, a no ser la letra del autor. En su mayoría eran, tanto las escenas, como los caracteres, las *ficelles* y hasta el estilo, del tipo más acabado del romanticismo desgrefinado. Lopo Alves se empeñaba en presentar como fruto de su invención, lo que no pasaba de ser mero aderezo de sus reminiscencias. En otra ocasión la obra hubiera sido un buen pasatiempo. Había ya en el primer cuadro, que era una especie de prólogo, un niño robado a su familia, un envenenamiento, dos encapuchados, la punta de un puñal y cantidad de adjetivos no menos afilados que el puñal. En el segundo cuadro se describía la muerte de uno de los encapuchados, que habría de resucitar en el tercero, para ser detenido en el quinto, y matar al tirano en el séptimo. Además de la muerte aparente del encapuchado, se producía en el segundo cuadro el rapto de la niña, ya entonces una muchacha de diecisiete años, un monólogo que parecía durar igual plazo, y el robo de un testamento.

Eran casi las once cuando terminó la lectura de este segundo cuadro. Duarte apenas podía contener la cólera; ya era imposible ir a *Río Comprido*. No es descabellado imaginar que, si en aquel momento, el Mayor expirase, Duarte agradecería la muerte como un beneficio de la Providencia. Los sentimientos del licenciado no inducían a creerlo capaz de tamaña ferocidad; pero la lectura de un mal libro es capaz de producir fenómenos aún más asombrosos. Agréguese que mientras ante los ojos carnales del licenciado aparecía en toda su espesura la melena de Lopo Alves, resplandecían ante los de su espíritu los hilos de oro que ornaban la hermosa cabeza de Cecilia; la veía con los ojos azules, la tez blanca y rosada, el gesto delicado y gracioso, destacándose entre todas las demás damas que debían estar en el salón de la viuda Meneses. Veía todo aquello y oía mentalmente la música, la charla, el sonido de los pasos, y el *frou-frou* de las sedas; mientras la voz gangosa y desabrida de Lopo Alves iba desgranando los cuadros y los diálogos, con la impasibilidad de una gran convicción.

Volaba el tiempo, y el oyente ya había perdido la cuenta de los cuadros. La medianoche ya había sonado hacía mucho; el baile estaba perdido. De pronto, vio Duarte que el Mayor volvía a enrollar el manus-

crito, se incorporaba, se enderezaba, elevaba en él unos ojos odiosos y malos, y salía arrebatadamente del escritorio. Duarte quiso llamarlo pero el pismo le había arrebatado la voz y los movimientos. Cuando pudo dominarse, oyó el taconeo rígido y colérico del dramaturgo en el empedrado de la calle.

Fue hasta la ventana; nada vio ni oyó; autor y drama habían desaparecido.

—¿Por qué no se le habrá ocurrido hacerlo antes? —dijo el muchacho suspirando.

Apenas el suspiro pudo abrir sus alas y salir por la ventana, en busca de *Río Comprido*, cuando el sirviente del licenciado vino a anunciarle la visita de un hombre bajo y gordo.

—¡A esta hora! —exclamó Duarte.

—A esta hora, —repitió el hombre bajo y gordo, entrando al salón—. A esta o a cualquier otra hora, puede la policía entrar en casa de un ciudadano, siempre que se trate de un delito grave.

—¿Un delito?

—Creo que me conoce...

—No tengo ese honor.

—Soy funcionario de la policía.

—¿Y yo qué tengo que ver con usted? ¿De qué delito se trata?

—Poca cosa: un robo. A usted se lo acusa de haber sustraído una chinela turca. Aparentemente esa chinela no vale nada o vale muy poco. Pero hay chinelas y chinelas. Todo depende de las circunstancias.

El hombre dijo eso con una risa sarcástica, y clavando en el licenciado unos ojos de inquisidor. Duarte no sabía ni siquiera que existiese el objeto robado. Concluyó que se había equivocado de nombre, y no se enojó con la injuria irrogada a su persona, y de algún modo a su clase, al atribuírsele la ratería. Fue esto mismo lo que le dijo al funcionario de la policía, agregando que, de todas maneras, no se justificaba que lo hubiesen molestado a esa hora.

—Perdóneme usted, —dijo el representante de la ley—. La chinela en cuestión vale algunas decenas de miles de réis¹, está ornamentada con finísimos diamantes, que la hacen singularmente preciosa. No es turca sólo por la forma, sino también por su origen. Su dueña, que es una de nuestras patricias más viajadas, estuvo, hará unos tres años, en Egipto, donde se la compró a un judío. La historia, que este alumno de Moisés refirió acerca de aquel producto de la industria musulmana, es verdaderamente milagrosa y, a mi ver, perfectamente mentirosa. Pero no viene al caso contarla. Lo que importa saber es que ella fue robada y que la policía tiene una denuncia contra usted.

A esta altura del discurso, el hombre se había acercado a la ventana; Duarte sospechó que fuese un loco o un ladrón. No tuvo tiempo de

¹ Véase nota 3 de pág. 4. (N. del T.).

examinar la sospecha, porque al cabo de unos segundos, vio entrar cinco hombres armados, que lo sujetaron y se lo llevaron, escaleras abajo, sin importarles los gritos que profería y los movimientos desesperados que realizaba. En la calle había un carruaje donde lo introdujeron por la fuerza. Allí encontró al hombre bajo y gordo, y a otro sujeto más, alto y flaco, quienes lo recibieron y lo hicieron sentar en el fondo del carruaje. Se oyó el chasquido del látigo del cochero y el carruaje partió a la carrera.

—¡Ajá! —dijo el hombre gordo—. Así que usted creía que podría robar impunemente chinelas turcas, seducir muchachas rubias, quizá casarse con ellas. . . y reírse por si fuera poco del género humano.

Oyendo aquella alusión a la dama de sus pensamientos, Duarte sintió que lo recorría un escalofrío. Se trataba, por lo que parecía, del desagravio de algún rival desplazado. ¿O la alusión sería casual y ajena a la aventura? Duarte se perdió en una maraña de conjeturas, mientras el carruaje proseguía su marcha a todo galope. Al cabo de un tiempo, arriesgó una observación.

—Sean cuales fueren mis crímenes supongo que la policía. . .

—Nosotros no somos de la policía, —lo interrumpió el hombre delgado.

—¡Ah!

—Este caballero y yo formamos un par. El, usted y yo formaremos una terna. Pero una terna no es mejor que un par; no, no puede ser. Lo ideal es una pareja. Seguramente no me entendió, ¿verdad?

—No, señor.

—En seguida me entenderá.

Duarte se resignó a esperar, se sumergió en el silencio, encogió su cuerpo y dejó correr el coche y la aventura. Cerca de cinco minutos más tarde se detenían los caballos.

—Llegamos —dijo el hombre gordo.

Al mismo tiempo, sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció al licenciado para que se tapase los ojos. Duarte lo rechazó pero el hombre flaco le hizo ver que era más prudente obedecer que resistir. El licenciado accedió, se ató el pañuelo y se apeó. Poco después, oyó crujir una puerta; dos personas —probablemente, las mismas que lo acompañaron en el coche— lo tomaron de las manos y lo condujeron por una infinidad de corredores y escaleras. Mientras avanzaba, el licenciado oyó algunas voces desconocidas, palabras sueltas, frases truncadas. Finalmente se detuvieron; le dijeron que se sentara y que destapase sus ojos. Duarte obedeció; pero al quitarse la venda ya no había nadie a su alrededor.

Era un salón amplio, muy iluminado, amueblado con elegancia y opulencia. Era tal vez amanerada la variedad de adornos; sin embargo, la persona que los había elegido evidenciaba tener muy buen gusto.

Los bronce, lacas, alfombras, espejos, el acopio infinito de objetos que llenaban el salón, era todo de la mejor fábrica. La visión de aquel espectáculo le devolvió la serenidad de espíritu al licenciado; no era probable que fuesen ladrones quienes allí vivían.

Indolentemente, el joven se reclinó en la otomana. . . ¡En la otomana! Esta circunstancia trajo a la memoria del muchacho el principio de la aventura y el robo de la chinela. Algunos minutos de reflexión le bastaron para ver que la bendita chinela era ahora algo más que problemático. Cavando más hondo en el terreno de las conjeturas, le pareció encontrar una explicación nueva y definitiva. La chinela era indudablemente pura metáfora; se trataba del corazón de Cecilia, que él había robado, delito por el cual lo quería castigar su ya imaginado rival. A esto debían vincularse naturalmente las palabras misteriosas del hombre flaco: el par es mejor que la terna; una pareja es lo ideal.

—Será eso, —concluyó Duarte— ¿pero quién será ese supuesto derrotado?

En ese momento se abrió una puerta del fondo del salón y negreó la sotana de un cura alto y calvo. Duarte se incorporó, como si lo hubiera impulsado un resorte. El cura atravesó lentamente el salón; al pasar junto a él le echó la bendición, y fue a salir por otra puerta abierta en la pared frontal. El licenciado se quedó inmóvil, mirando fijamente la puerta, mirando sin ver, con todos los sentidos embotados. Lo inesperado de aquella aparición confundió totalmente las ideas anteriores relativas a la aventura. No tuvo tiempo, sin embargo, de urdir una nueva explicación, porque la primera puerta volvió a abrirse y por ella penetró otra figura, esta vez un hombre delgado, que fue directamente hacia él y lo invitó a seguirlo. Duarte no opuso resistencia. Salieron por una tercera puerta y, cruzando algunos corredores más o menos iluminados, fueron a desembocar en otro salón, que de salón sólo tenía dos velas puestas en candeleros de plata. Los candeleros estaban sobre una mesa ancha. En la cabecera de la mesa había un hombre viejo que aparentaba unos cincuenta y cinco años; era una figura atlética, de abundante cabellera y nutrida barba.

—¿Me conoce? —preguntó el viejo, apenas Duarte entró al salón.

—No, señor.

—Tampoco es imprescindible. Lo que vamos a hacer excluye absolutamente la necesidad de cualquier presentación. Sabrá, en primer lugar, que el robo de la chinela fue un simple pretexto. . .

—¡Oh! ¡Seguramente! —interrumpió Duarte.

—Un simple pretexto, —prosiguió el viejo—, para traerlo a nuestra casa. La chinela no fue robada; nunca salió de las manos de su dueña, Juan Rufino, ve a buscar la chinela.

El hombre delgado salió, y el viejo confesó al licenciado que la famosa chinela no tenía ningún diamante, ni había sido comprada a nin-

gún judío de Egipto; era, empero, turca, según se le había dicho y un milagro de miniatura. Duarte oyó las explicaciones y, reuniendo todas sus fuerzas, preguntó resueltamente.

—¿Pero, señor, no me dirá de una vez qué quieren de mí y qué estoy haciendo en esta casa?

—Lo sabrá —respondió tranquilamente el viejo.

La puerta se abrió y apareció el hombre delgado con la chinela en la mano. Duarte, invitado a acercarse a la luz, tuvo ocasión de verificar que la pequeña era realmente milagrosa. La chinela era de tafilete finísimo; donde se asentaba el pie, estampado y forrado en seda color azul, resplandecían dos letras bordadas en oro.

—Chinela de niño ¿no le parece? —dijo el viejo.

—Supongo que sí.

—Se equivoca, sin embargo; es una chinela de muchacha.

—Qué más da. Yo no tengo nada que ver con eso.

—¡Perdóneme! Tiene mucho que ver. Usted se va a casar con la dueña.

—¡Casarme! —exclamó Duarte.

—Así es. Juan Rufino, ve a buscar a la dueña de la chinela.

Salió el hombre delgado y regresó poco después. Asomándose a la puerta, levantó la cortina y dio paso a una mujer que se encaminó hacia el centro del salón. No era una mujer, era una sílfide, una visión de poeta, una criatura divina.

Era rubia, tenía los ojos azules, como los de Cecilia, extáticos, unos ojos que buscaban el cielo o que parecían vivir de él. Los cabellos, desordenadamente peinados, parecían envolver su cabeza en un halo de santidad; santidad solamente, nada de martirio, porque la sonrisa que brotaba de sus labios, era una sonrisa de bienaventuranza, como rara vez debe haber habido en la tierra.

Un vestido blanco, de finísimo cambray, le envolvía castamente el cuerpo, cuyas formas, por lo demás, destacaba poco para los ojos, pero mucho para la imaginación.

Un muchacho, como el licenciado, no pierde la compostura ni siquiera en trances como aquellos. Duarte, al ver la muchacha, reacomodó su saco, palpó su corbata e hizo una ceremoniosa cortesía, a la que ella respondió con tamaña gentileza y gracia, que la aventura empezó a parecer mucho menos aterradora.

—Mi querido doctor, esta es la novia.

La muchacha bajó los ojos; Duarte respondió que no tenía ganas de casarse.

—Tres cosas va usted a hacer ahora mismo, —continuó impasiblemente el viejo—: la primera es casarse; la segunda es escribir su testamento; la tercera tragar cierta droga de Levante...

—¡Veneno! —exclamó Duarte.

—Vulgarmente, así se le llama; yo le doy otro nombre: pasaporte al cielo.

Duarte estaba pálido y frío. Quiso hablar, no pudo; ni siquiera un gemido le brotó del pecho. Se hubiera desplomado de no haber allí cerca una silla en la que se dejó caer.

—Usted, —prosiguió el viejo—, tiene una menuda fortuna de ciento cincuenta *contos*². Esta perla será su heredera universal. Juan Rufino, ve a buscar al cura.

El cura entró. Era el mismo que había bendecido al licenciado poco antes; entró y se encaminó directamente hacia el muchacho, mascullando solemnemente un fragmento de Nehemías o cualquier otro profeta menor; lo tomó de una mano y le dijo:

—¡Levántate!

—¡No! ¡No quiero! ¡No me casaré!

—¿Está seguro? —dijo desde la mesa el viejo apuntándole con una pistola.

—¿Pero qué pretenden? ¿Asesinarme?

—Exactamente; la diferencia está en el género de muerte; o violenta con esto, o suave con la droga. ¡Elija!

Duarte sudaba y se estremecía. Quiso levantarse y no pudo. Las rodillas se le entrechocaban. El cura se acercó a su oído, y le dijo bajito:

—¿Quieres huir?

—¡Oh! ¡Sí! —exclamó, no con los labios, ya que podía ser escuchado, sino con los ojos en los que puso toda la vida que le quedaba.

—¿Ves aquella ventana? Está abierta; abajo hay un jardín. Tírate por ella sin miedo.

—¡Oh, padre! —dijo bajito el licenciado.

—No soy cura, soy teniente del ejército. No diga nada.

La ventana estaba apenas cerrada; a través de ella se veía un retazo del cielo, ya medio claro. Duarte no vaciló, reunió todas sus fuerzas, dio un salto desde el lugar donde estaba y se tiró, implorando la misericordia de Dios, hacia abajo. La altura no era grande, la caída no fue dolorosa; se incorporó rápidamente, pero el hombre gordo que estaba en el jardín, le cerró el paso.

—¿Qué pasa? —le preguntó riendo.

Duarte no respondió, cerró los puños, golpeó violentamente el pecho del hombre y se echó a correr jardín adentro. El hombre no cayó; sintió apenas un gran sacudón, y una vez que hubo pasado la impresión, se lanzó en pos del fugitivo. Empezó entonces una carrera vertiginosa. Duarte iba saltando cercas y muros, esquivando canteros, rozando árboles que una y otra vez le surgían por delante. Transpiraba a raudales, le palpitaba el pecho, poco a poco iba perdiendo las fuerzas;

² Véase nota 6 de la pág. 16. (N. del T.).

tenía una de las manos heridas, la camisa salpicada por el rocío de las hojas, dos veces estuvo a punto de caer en poder de su perseguidor, el saco había quedado atrapado en un espeso manojito de espinas. Por fin, cansado, herido, jadeante, cayó en los peldaños de piedra de una casa que se alzaba en medio del último jardín que había atravesado.

Miró hacia atrás; no vio a nadie: el perseguidor lo había perdido de vista. Podría aparecer, sin embargo; Duarte se incorporó con dificultad, subió los cuatro peldaños que le faltaban, y entró a la casa, cuya puerta, abierta, daba a una sala pequeña y baja.

Un hombre que allí estaba, leyendo un ejemplar del *Jornal do Comércio* no pareció verlo entrar. Duarte cayó en una silla. Clavó sus ojos en el hombre. Era el Mayor Lopo Alves.

El Mayor, agitando el periódico, cuyas dimensiones se iban volviendo cada vez más exiguas, exclamó repentinamente:

—¡Ángel del cielo, estás vengado! Fin del último cuadro.

Duarte lo miró, miró la mesa, las paredes, se frotó los ojos, respiró profundamente.

—¿Y bien? ¿Qué le pareció?

—¡Ah! ¡Excelente! —respondió el licenciado, incorporándose.

—Pasiones fuertes ¿verdad?

—Fortísimas. ¿Qué horas son?

—Dieron las dos ahora mismo.

Duarte acompañó al Mayor hasta la puerta, respiró una vez más, palpó sus vestiduras, fue hasta la ventana. Se ignora lo que pensó durante los primeros minutos; pero, al cabo de un cuarto de hora, he aquí lo que decía para sus adentros: —Ninfa, dulce amiga, fantasía inquieta y fértil, tú me salvaste de una pésima pieza con un sueño original, reemplazando mi tedio por una pesadilla: fue un buen negocio. Un buen negocio y una gran lección: me probaste una vez más que el mejor drama está en el espectador y no en el escenario.

DOÑA BENEDICTA

UN RETRATO

CAPITULO I

LA COSA más ardua del mundo, después del oficio de gobernar sería decir la edad exacta de doña Benedicta. Unos le daban cuarenta años, otros cuarenta y cinco, algunos treinta y seis. Un corredor de cambio bajaba a los veintinueve; pero esta opinión, erizada de intenciones ocultas, carecía de aquel cuño de sinceridad que a todos nos agrada encontrar en los conceptos humanos. Ni yo la cito, sino para decir, desde ya, que doña Benedicta fue siempre un cúmulo de virtudes. La astucia del corredor no hizo más que indignarla, aunque sólo momentáneamente; digo momentáneamente. En cuanto a las otras conjeturas, oscilando entre los treinta y sies y los cuarenta y cinco, no contradecían las facciones de doña Benedicta, que eran maduramente graves y juvenilmente graciosas. Pero, si algo sorprende, es que se conjeturase sobre este asunto, cuando bastaba interrogarla para saber la verdad verdadera.

Doña Benedicta cumplió cuarenta y dos años el domingo diez y nueve de setiembre de 1869. Son las seis de la tarde; la mesa familiar está rodeada de parientes y amigos, que sumaban unas veinte o veinticinco personas. Muchas de ellas estuvieron en la cena de 1868, en la de 1867 y en la de 1866, y siempre escucharon a la dueña de casa aludir francamente a su edad. Además, allí en la mesa, puede verse a una muchacha y a un jovencito, que son sus hijos; éste es, según sugieren su porte y sus modos, algo aññado, pero la muchacha, Eulalia, aunque sólo tiene diez y ocho años, parece de veintiuno, tal la severidad de sus modales y de las facciones.

La alegría de los comensales, la excelencia de la cena, ciertas negociaciones matrimoniales encomendadas al Canónigo Roxo, aquí presente, de las cuales se hablará luego, las buenas cualidades de la dueña de casa, todo eso da a la fiesta un carácter íntimo y feliz. El Canónigo se incorpora para trinchar el pavo. Doña Benedicta acataba esa costumbre nacional de los hogares modestos de confiar el pavo a uno de los

invitados, en vez de hacerlo trozar fuera de la mesa, por manos serviles, y el Canónigo era el planificador de aquellas ocasiones solemnes. Nadie conocía mejor la anatomía del animal, ni sabía operar con más destreza. Tal vez —y la veracidad de esta conjetura la confirmarán los entendidos— tal vez el hecho de que el trinchador fuese un canónigo, le confiriese a la función, en el espíritu de los comensales, una cierta dosis de prestigio, que quizás ella no tendría si fuese, por ejemplo, ejecutada por un simple estudiante de matemática, o un amanuense de oficina. Pero, por otro lado, un estudiante o un amanuense, sin la práctica que da el ejercicio prolongado ¿harían gala del arte consumado del canónigo? He aquí otra cuestión importante.

Vayamos, pues a los demás invitados, que están de pie conversando; se oye el rumor propio de los estómagos sólo a medias complacidos, la risa de la naturaleza, que se encamina hacia la saciedad es un instante de reposo.

Doña Benedicta habla al igual que sus visitas, pero no les habla a todas sino a una, está sentada a su lado. Se trata de una señora gorda, simpática muy risueña, madre de un Licenciado en Derecho de veintidós años. Leandrito, que está ubicado frente a ellas. Doña Benedicta, no se contenta con hablarle, tiene entre sus manos una de las de ella, y no se contenta con tenerla tomada de la mano, la mira con ojos encantados, vivamente encantados. No la mira adviértase, de un modo persistente y sostenido, sino inquieto, breve, reiterado e instantáneo. En todo caso, hay mucha ternura en aquel gesto; y, si no la hubiese, nada se perdería, porque doña Benedicta repite con la boca a doña María de los Angeles, todo lo que con los ojos le va diciendo: que está encantada, que considera una fortuna haberla conocido, que es muy simpática, tan noble, que trae el corazón en los ojos, etc., etc., etc. Una de sus amigas le dice riendo, que está con celos.

—¡Aguántatelas!... —respóndele ella, riendo también y volviéndose hacia la otra:

—¿No le parece? nadie debe meterse en nuestra vida.

Y allí nomás volvían las delicadezas, las alabanzas, las risas, los ofrecimientos, más esto y más aquello, un proyecto de paseo, otro para concurrir juntas al teatro, y promesas de muchas visitas, todo con tamaño calor y expansión, que la otra palpitaba de alegría y reconocimiento.

El pavo había sido comido. Doña María de los Angeles hace una seña al hijo, éste se levanta y pide que lo acompañen en un brindis:

—Señores míos, es preciso desmentir esta máxima de los franceses *les absents ont tort*. Bebamos a la salud de alguien que está lejos, muy lejos en el espacio, pero cerca, muy cerca en el corazón de su digna esposa, bebamos por el ilustre desembargador Proença.

Los demás invitados no correspondieron vivamente al brindis; y para comprenderlo basta ver el rostro triste de la dueña de casa. Los parien-

tes y los más íntimos se dijeron bajito unos a otros que Leandrito había estado desubicado con su propuesta; por fin, se bchió pero sin estrépito; según todo indica, para no avivar el dolor de doña Benedicta. ¡Vana precaución! Doña Benedicta, no pudiendo contenerse, dejó aflorar las lágrimas, se levantó de la mesa y se retiró de la sala. Doña María de los Angeles la acompañó. Entre los invitados se produjo un silencio mortal. Eulalia pidió a todos que no se inquietasen, que su madre volvía en seguida.

—Mamá es muy sensible, —dijo ella—, y la sola idea de que papá está lejos de nosotros. . .

Leandrito, consternado, le pidió disculpas a Eulalia. Un hombre que estaba a su lado le explicó que doña Benedicta no podía oír hablar de su marido sin sentir una puntada en el corazón y llorar después; a lo que Leandrito repuso que si bien estaba al tanto de su tristeza, estaba muy lejos de suponer que su brindis fuese a producir tan mal efecto.

—Sin embargo, es natural, —explicó el hombre—, porque ella se muere por su marido.

—El canónigo, —agregó Leandrito—, me dijo que él se fue a Pará hace cosa de dos años. . .

—Dos años y medio. Fue nombrado desembargador por el ministerio que presidió Zacarías. El aspiraba a un tribunal de segunda instancia, en San Pablo o Bahía, pero no pudo ser y aceptó el de Pará.

—No volvió más.

—Nunca más.

—Doña Benedicta, naturalmente tiene miedo de embarcarse. . .

—Creo que no. Ya fue una vez a Europa.

—Si mal no recuerdo, ella se quedó aquí para resolver algunos problemas de familia; el hecho es que fue postergando la partida, y ahora. . .

—Pero hubiera sido mejor haber ido en vez de sufrir de esa manera. . . ¿Conoce al marido?

—Lo conozco; un hombre muy distinguido; y todavía joven, fuerte, no debe tener más de cuarenta y cinco años, alto, barbado, apuesto. Aquí se dice, desde hace tiempo, que él terminó distanciándose de la mujer porque andaba en amores con una viuda de Pará.

—¡Ah!

—Y hasta hubo quien viniese a contárselo a ella. ¡Imagínese usted cómo quedó la pobre señora! Lloró una noche entera, al día siguiente no quiso almorzar, y dio las órdenes necesarias para partir en el primer vapor.

—¿Y se fue?

—No. Tres días después renunció al viaje.

Doña Benedicta volvió en ese mismo instante, del brazo de doña María de los Angeles, sonreía con vergüenza, pidió disculpas por la inte-

rupción y se sentó con la flamante amiga al lado, agradeciéndole los cuidados que le deparó tomándola nuevamente de la mano.

—Veo que me quiere bien, —dijo ella.

—Usted se lo merece, —dijo doña María de los Angeles.

—¿Le parece? —preguntó ella entre desvanecida y modesta.

Y agregó que no, que la buena no era ella sino doña María de los Angeles; un ángel, un verdadero ángel; palabra que ella subrayó con la misma mirada cautivada, no persistente ni demorada, sino inconstante y reiterada. El canónigo, por su parte, con el fin de borrar el recuerdo del incidente, trató de generalizar la conversación, proponiendo como asunto la elección del postre más rico. Los pareceres divergieron mucho. Unos sostuvieron que era el de coco, otros el de cajú, algunos el de naranja, etc. Uno de los invitados, Leandrito, autor del brindis, decía con los ojos —no con la boca— y lo decía de un modo astuto, que el mejor postre eran las mejillas de Eulalia, un postre moreno, sonrosado, opinión que la madre del muchacho interiormente aprobaba, y que la madre de la joven no podía percibir tan entregada estaba a la contemplación de su nueva amiga. ¡Un ángel, un verdadero ángel!

CAPITULO II

Doña Benedicta se despertó al día siguiente con la idea de escribirle una carta al marido, una larga carta en la que le narraría la fiesta de la víspera, nombraría a los comensales y los platos, describiría la reunión nocturna y, sobre todo, le informaría sobre las nuevas relaciones con doña María de los Angeles. La recepción de correspondencia, en el correo, se cerraba a las dos de la tarde, doña Benedicta se había levantado a las nueve, y, no viviendo lejos (vivía en el *Campo de Aclamação*) un esclavo podría llevar la carta al correo con toda tranquilidad. Por lo demás, llovía; doña Benedicta corrió la cortina de la ventana y vio los cristales mojados; era una llovizna persistente, el cielo estaba totalmente teñido de un color pardo oscuro, salpicado de gruesas nubes negras. A lo lejos, vio flotar y volar el paño que cubría la cesta de mimbre que una negra llevaba sobre la cabeza: concluyó que el viento soplaba con fuerza. Magnífico día para no salir y, por lo tanto, escribir una carta, dos cartas, todas las cartas de una esposa a su marido ausente. Nadie vendría a importunarla.

Mientras ella prepara los voladitos y encajes de la bata blanca, una bata de Cambray, que el desembargador le había regalado en 1862, también en ocasión de un cumpleaños es decir un 19 de setiembre. Invito a la lectora a observarle las facciones. Advierta que si no le hablo de Venus, tampoco lo hago de Medusa. A diferencia de Medusa, puede verse la sencillez del peinado, atado sobre la nuca. Los ojos nada tie-

nen de especial, pero hay en ellos una expresión bonachona. La boca es de esas que, aun cuando no sonrían son risueñas, y tiene esta otra particularidad, que es una boca sin remordimientos ni nostalgias; podría decir sin deseos, pero yo sólo digo lo que quiero, y sólo quiero hablar de las nostalgias y los remordimientos. Toda esa cabeza, que no entusiasmo, ni repele, se asienta sobre un cuerpo más bien alto, ni delgado ni gordo, sino fornido en proporción a su estatura. ¿Para qué hablar de las manos? usted podrá admirarlas de inmediato, al tomar la pluma y el papel con sus dedos delgados y ágiles, dos de ellos ornados con cinco o seis anillos.

Creo que basta ver la manera en que ella apronta los encajes y voladitos de la basta para comprender que es una señora hacendosa, amiga del orden en las cosas y en su propio atuendo.

Noto que desgarró ahora el voladito del puño izquierdo, pero ello se debe a que, siendo también impaciente, no podía más "con la vida de este maldito". Esa fue su expresión, seguida luego por un "¡Dios me perdone!" que le extrajo todo el veneno. No digo que ella golpeó con el pie pero puedo suponerlo por ser ese un género natural en algunas señoras irritadas. En todo caso, la cólera duró poco más de medio minuto. Doña Benedicta fue a buscar el costurero para darle una puntada al desgarrón, y se contentó con un alfiler. El alfiler cayó al suelo, ella se inclinó para recogerlo, tenía otros, es cierto, muchos otros, pero no le parecía prudente dejar alfileres en el suelo. Cuando se inclinó, pudo ver la punta de una de sus chinelas, en la cual le pareció descubrir una manchita blanca; se sentó en la silla que tenía más cerca, se quitó la chinela y vio de qué se trataba: un trocito de tela deshilachada por una cucaracha. Otro disgusto para doña Benedicta porque la chinela era muy elegante y le había sido regalada por una amiga suya el año anterior. ¡Un ángel!, ¡un verdadero ángel— Doña Benedicta fijó los ojos irritados en la manchita blanca, por suerte la expresión bonachona que había en ellos no lo era al punto de dejarse eliminar completamente por otras expresiones menos pasivas, y reconquistó su lugar. Doña Benedicta entró a darle vueltas y vueltas a la chinela y a pasarla de una mano a la otra, primero con amor, luego maquinalmente, hasta que las manos se detuvieron completamente, la chinela cayó en el regazo, y doña Benedicta se quedó con la mirada perdida en el aire, fija e inmóvil. En eso el reloj del comedor comenzó a dejar oír sus campanadas. Doña Benedicta, después de las dos primeras, se estremeció.

—¡Jesús, las 10 de la mañana!

Y, rápidamente, se calzó la chinela, arregló en un santiamén el puño de la bata y se dirigió al escritorio, para empezar la carta. Escribió, efectivamente, la fecha y un: "Mi ingrato marido"; y apenas había terminado de redactar las palabras que siguen: "¿Te acordaste ayer de mí? Yo... ", Eulalia golpeó a su puerta, exclamando:

—Mamá, mamá, el almuerzo ya está servido.

Doña Benedicta abrió la puerta; Eulalia besó su mano y después alzó las suyas al cielo:

—¡Mi Dios, qué dormilona!

—¿Ya está el almuerzo?

—Hace rato.

—Pero yo dije que hoy se almorzaba más tarde. . . Le estaba escribiendo a tu padre.

Miró algunos instantes a la hija, como queriendo decirle algo serio, o por lo menos difícil, tal era la expresión vacilante y grave de los ojos. Pero no llegó a decirle nada; la hija repitió que el almuerzo estaba en la mesa, la tomó de un brazo y la llevó al comedor.

Permitámoles almorzar tranquila; descansen en esa otra habitación, la de las visitas, sin que nos detengamos a inventariar sus muebles, cosa que, por lo demás, no hicimos en ninguno de los otros cuartos y salas. No es que sean de mala calidad o de mal gusto; por el contrario son buenos. Pero la impresión general que se recibe es rara, como si el amueblamiento final de aquella casa hubiese estado presidido por un gran trunco, o una sucesión de planes truncos. Madre, hija e hijo almorzaron. Dejemos al hijo, que no nos importa, un chiquillo de 12 años, que parece tener 8, tan insignificante es él. Eulalia nos interesa, no sólo por lo que de reojo vimos en el capítulo pasado, sino también porque oyendo hablar a la madre de doña María de los Angeles y de Leandrito, se puso muy seria y, tal vez, un poco enfadada. Doña Benedicta se dio cuenta que el tema no era del agrado de la hija, y cambió de asunto, como alguien que se aparta de una calle para evitar un contratiempo; retrocedió y se incorporó; la hija la acompañó hasta la sala de visitas.

Eran las once menos cuarto. Doña Benedicta conversó con su hija hasta pasado el mediodía para tener tiempo de digerir el almuerzo y de escribir luego la carta. Ya saben que el correo cierra a las dos. Así es que algunos minutos más tarde, sólo unos pocos después de las doce, doña Benedicta le dijo a su hija que fuese a estudiar piano, porque ella iba a terminar la carta. Salió de la sala; Eulalia fue hasta la ventana dejó correr la vista por el *campo*; y si les dijera que con una pizca de tristeza en los ojos, créanme que es la pura verdad. No era, hay que aclararlo, la tristeza de los débiles o de los indecisos; era la tristeza de los resolutos, a quienes duele de antemano un acto, por la mortificación que ha de acarrear a los otros y que, no obstante, juran a sí mismos que habrán de realizar, y lo realizan. Acepto que no todas estas particularidades podían estar en los ojos de Eulalia, pero por eso mismo es que las historias son contadas por alguien, que se encarga de llenar las lagunas y descubrir lo escondido. Que era tristeza, eso es algo

seguro; y que poco después los ojos sonreían ante un indicio de esperanza, tampoco es falso.

—Esto se termina —murmuró ella, dejando la ventana.

Justamente en ese momento se detenía un carruaje en la puerta, se apeaba una señora, se oía la campanilla de la escalera, bajaba un criado a abrir la cancela y subía las escaleras doña María de los Angeles. Cuando doña Benedicta se enteró que era ella, dejó la pluma, alborozada; se vistió rápidamente, y fue a la sala de visitas:

—¡Con este tiempo! —exclamó—. ¿Quién puede pedir más pruebas de afecto?

—Vine sin esperar su visita, nada más que para demostrarle que no me gustan las formalidades, y que entre nosotros debe haber más libertad.

Se sucedieron las gentilezas de estilo, las palabritas dulces, los cariños de la víspera, doña Benedicta no se cansaba de decir, que la visita, en un día como aquél, era una enorme delicadeza, una prueba de verdadera amistad; pero quería otra, agregó un instante después, que doña María de los Angeles se quedara a cenar. Esta se disculpó alegando que tenía otras cosas que hacer; por lo demás, esa misma era la prueba que ella, doña María de los Angeles, le pedía, que fuese a cenar a la casa de ella primero. Doña Benedicta no vaciló, prometió que sí, que en aquella misma semana.

—En el momento en que usted llegó estaba escribiendo su nombre, —prosiguió.

—¿Ah, sí?

—¡Le estoy escribiendo a mi marido y le hablo de usted. No le repito lo que escribí pero puede imaginarse lo mal que hablo de usted, de lo antipática que es, insoportable, agotadora, malhumorada. . .! ¡Ya se imaginará!

—Me imagino, me imagino. Puede agregar que a pesar de ser todo eso y algo más, le presento mis respetos.

—¡Qué encanto que tiene para decir las cosas! —comentó doña Benedicta mirando a su hija.

Eulalia sonrió sin convicción. Sentada en la silla que estaba frente a su madre, junto a la otra punta del sofá que ocupaba doña María de los Angeles, Eulalia prestaba a la conversación de las dos la dosis de atención que la cortesía le imponía, y nada más.

Llegaba a parecer disgustada; cada sonrisa que le abría la boca era de un amarillo pálido, una sonrisa formal. Una de las trenzas —era de mañana, traía el pelo en dos trenzas que le caían por la espalda— una de ellas, digo, le servía de pretexto para abstraerse de cuando en cuando, porque la traía hacia adelante y le tomaba los hilos de cabello o parecía contarlos. Así lo creyó doña María de los Angeles, cuando fijó en ella una o dos veces los ojos, curiosa, intrigada. La que no veía nada era

doña Benedicta; sólo tenía ojos para su amiga, la hechicera, como la llamó dos o tres veces, "hechicera como ella sola".

Doña María de los Angeles explicó que debía realizar otras visitas; pero fue obligada a permanecer algunos minutos más a pedido de su amiga. Como había traído una manteleta de encaje negra, muy elegante, doña Benedicta le dijo que tenía una igual, y mandó a buscarla. Puras excusas. ¡Pero la madre de Leandrito estaba tan contenta! Doña Benedicta llenaba su corazón; encontraba en ella todas las cualidades que mejor se ajustaban a su alma y a sus costumbres, ternura, confianza, entusiasmo, simplicidad, una familiaridad cordial y espontánea. Llegó la manteleta; llegaron ofrecimientos para tomar algo, comer un dulce, probar un licor, un refresco, doña María de los Angeles no aceptó nada más que un beso y la promesa de que irían a cenar con ella en la semana.

—El jueves —dijo doña Benedicta.

—¿Me lo promete?

—Prometido.

—¿Qué quiere que le haga si no cumple? Será un castigo bien duro.

—¿Bien duro? Ni una palabra más. Allí estaré.

Doña María de los Angeles besó con mucha ternura a su amiga; después la abrazó y besó también a Eulalia, pero la efusión fue mucho menor de parte a parte. Una y otra se medían, se estudiaban, empezaban a comprenderse. Doña Benedicta acompañó a su amiga hasta el descanso de la escalera, después fue hasta la ventana para verla entrar al carruaje; la amiga, tras acomodarse, sacó la cabeza por la ventanilla, miró hacia arriba, y le dijo adiós con la mano.

—No falte ¿oyó?

—Hasta el jueves.

Eulalia ya no estaba en la sala; doña Benedicta corrió a terminar la carta. Era tarde; no había relatado la cena de la víspera, ni ya podía hacerlo. Resumió todo; alabó mucho sus nuevas relaciones; por último escribió estas palabras:

El canónigo Roxo me sugirió casar a Eulalia con el hijo de doña María de los Angeles; es un muchacho que se recibió de abogado este año; es conservador y espera una fiscalía de un momento a otro, si Itaboraí no deja el ministerio. Yo creo que el casamiento es el mejor posible. El doctor Leandrito (así se llama) es muy educado; hizo un brindis por ti, con palabras tan lindas, que yo lloré. Yo no sé si Eulalia lo querrá o no; sospecho que hay otro pretendiente, uno que el otro día estuvo con nosotros en Laranjeiras. Quisiera saber qué piensas tú del asunto. ¿Debo limitarme a aconsejarla o le impongo nuestra voluntad? Yo creo que debo usar un poco de mi autoridad; pero no quiero hacer nada sin conocer tu opinión. Lo mejor sería que vinieras aquí.

Terminó y cerró la carta; Eulalia entró en ese momento, su madre se la dio para que la hiciera despachar sin demora; y la hija salió con la carta sin saber que allí se hablaba de ella y de su futuro. Doña Benedicta se dejó caer en el sofá, cansada, exhausta. La carta era muy larga a pesar de no decirlo todo; ¡y le resultaba tan molesto escribir cartas largas!

CAPITULO III

¡Le resultaba tan molesto escribir cartas largas! Esta frase, cierre del capítulo pasado, explica la larga postración de doña Benedicta. Treinta minutos después de caer en el sofá, se incorporó a medias, y recorrió el escritorio con los ojos, como buscando algo. Ese algo era un libro. Encontró el libro, y podría decir incluso, los libros, pues eran nada menos que tres los que estaban allí, dos abiertos, uno marcado en cierta página, todos ubicados en sillas. Eran tres novelas que doña Benedicta estaba leyendo al mismo tiempo. A una de ellas, conste, le costó no poco trabajo obtenerla. Le hablaron de esa obra en la calle, cerca de su casa, muy elogiosamente; había llegado de Europa en la víspera. Fue tal el entusiasmo que se apoderó de doña Benedicta, que a pesar de ser lejos y tarde, se puso en camino y fue ella misma a comprarla, recorriendo, hasta encontrarla, tres librerías. Volvió ansiosa, enamorada del libro, tan enamorada que abrió las hojas durante la cena, y leyó los cinco primeros capítulos aquella misma noche. Durmió porque no pudo evitarlo; al día siguiente, algo le impidió proseguir la lectura, después olvidó el libro. Ahora, sin embargo, pasados ocho días, queriendo leer algo, le sucedió, justamente, encontrarlo a mano.

—¡Oh!

Y ahí la tenemos, volviendo al sofá, abriendo el libro con amor, zambullendo el espíritu, los ojos, el corazón en la lectura tan inexplicablemente interrumpida. A doña Benedicta, como es natural, le encantaban las novelas lindas, como es naturalísimo. No sorprende, pues, que se olvide de todo para leer ésta que ahora volvió a caer en sus manos; que lo olvide todo, hasta la lección de piano de su hija, cuyo profesor llegó y salió, sin que ella apareciese en la habitación. Eulalia se despidió del profesor; después fue al escritorio, abrió la puerta, caminó en puntas de pie hasta el sofá, y despertó a la madre con un beso.

—¡Dormilona!

—¿Todavía llueve?

—No, mamá; ya paró.

—¿Despacharon la carta?

—Sí; lo mandé a José, que fue corriendo. Apuesto a que te olvidaste de darle saludos míos a papá. Yo nunca me olvido de transmitirle los tuyos.

Doña Benedicta bostezó. Ya no pensaba en la carta; pensaba en el chaleco que le había encargado a Charavcl, un chaleco de ballenitas más blandas que el último que le había hecho. No le gustaban las ballenitas duras; tenía el cuerpo muy sensible. Eulalia habló algunos minutos más del padre, pero se calló luego, y viendo en el suelo el libro abierto, la famosa novela, lo recogió, lo cerró y lo dejó sobre la mesa. En ese instante le trajeron una carta a doña Benedicta; era del canónigo Roxo, que mandaba a preguntar si iban a estar en casa ese día, pues él quería pasar por allí para enterrar los huesos del pavo.

—¡Claro que sí! —exclamó riendo doña Benedicta—; estamos en casa, venga, puede venir.

Eulalia escribió la notita de respuesta. Tres cuartos de horas más tarde, el canónigo hacía su entrada en la habitación, donde se encontraba doña Benedicta. Era un buen hombre el canónigo, viejo amigo de aquella casa, en la cual, además de trincar el pavo en los días solemnes, como vimos, ejercía el papel de consejero, y lo ejercía con lealtad y amor. A Eulalia, principalmente, la quería mucho; la conocía desde pequeña, la consideraba distinguida y traviesa a la vez, amiga suya, y sentía por ella un afecto paternal, tan paternal que se había tomado como cuestión personal la de casarla bien, y ningún novio mejor que Leandrito, pensaba el canónigo. Aquel día, la idea de ir a cenar con ellas era más bien un pretexto; el canónigo quería ocuparse del asunto directamente con la hija del desembargador. Eulalia, ya sea porque adivinara lo que él se proponía, o porque el canónigo le recordaba a Leandrito, se sintió de inmediato preocupada e incómoda.

Pero, preocupada e incómoda no quería decir triste o desconsolada. Era decidida, tenía carácter, podía resistir y resistió, y resistió diciéndole al canónigo, cuando él aquella noche le habló de Leandrito, que decididamente no se quería casar.

—¿Palabra de muchacha coqueta?

—Lo digo muy en serio.

—¿Pero por qué?

—Porque no quiero.

—¿Y si mamá quiere?

—No me importa. Yo no quiero.

—¡Qué dices! No está bien eso, Eulalia.

Eulalia guardó silencio. El canónigo volvió sobre el asunto, enalteció las cualidades del candidato, las esperanzas de la familia, las ventajas del casamiento; ella escuchaba sin decir nada. Pero cuando el canónigo formulaba de un modo directo la cuestión, la respuesta invariablemente era ésta.

—Ya dije lo que tenía que decir.

—¿Es tu última palabra?

—Así es.

El desconuelo del buen conónigo era profundo y sincero. Quería casarla bien, y no encontraba novio mejor. Llegó a preguntarle, discretamente, si tenía alguna otra preferencia. Pero Eulalia, con no menor discreción, respondía que no, que no tenía ninguna; que no quería tenerla, y que no deseaba casarse. El creyó que así era, pero también sospechó que no fuese así, le faltaba trato suficiente con las mujeres para saber leer a través de sus negativas. Cuando le contó todo a doña Benedicta, ésta quedó asombrada con los términos de la negativa; pero se rearmó en seguida, y declaró al religioso que el empecinamiento de nada le serviría a su hija; la muchacha haría lo que ella quisiese, y ella quería el casamiento.

—Ya ni siquiera hace falta la respuesta del padre, —concluyó—; le aseguro que ella se casará. El jueves iré a cenar con doña María de los Angeles y combinaremos las cosas.

—Debo decirle, —ponderó el canónigo—, que doña María de los Angeles no desea que se haga nada por la fuerza.

—¿Quién habla de fuerza? No hace falta fuerza.

El canónigo reflexionó un instante.

—En todo caso, no violentaremos cualquier otra preferencia que ella pudiera tener, dijo él.

Doña Benedicta no respondió nada; pero para sus adentros, en lo más hondo de sí misma, se juró que sucediese lo que sucediera, hubiese o no hubiese otras preferencias, su hija sería nuera de doña María de los Angeles. Y después que el canónigo salió, se dijo: —¡Las cosas que hay que oír! ¡Una mocosita como ésta con veleidades de ama de casa!

Llegó el jueves. Eulalia, la mocosita, amaneció fresca, risueña, locuaz, con todas las ventanas del alma abiertas al soplo azul de la mañana. Su madre despertó oyendo el fragmento de un aria italiana, rebotante de melodía; era ella quien cantaba alegre, sin afectación, con la indiferencia de las aves que trinan para sí mismas o para los suyos, y no para el poeta, que las oye y traduce a la lengua inmortal de los hombres. Doña Benedicta había acariciado largamente la idea de verla decaída, enfadada, y había invertido una buena dosis de imaginación en armar su estrategia, delinear sus actos, ostentar energía y fuerza. ¡Pero nada! En lugar de una hija rebelde, tenía allí una criatura gárrula y sumisa. Era empezar mal el día; era salir equipada para destruir una fortaleza, y encontrarse con una ciudad abierta, pacífica, hospitalaria, que la invitaba gentilmente a entrar y a compartir el pan de la alegría y la concordia. Realmente, era empezar muy mal el día.

La segunda causa del tedio de doña Benedicta fue una amenaza de jaqueca, a las tres de la tarde; una amenaza, o una sospecha de posibi-

lidad de amenaza. Llegó a querer postergar la visita, pero la hija estimó que quizá la visita le hiciese bien, y que de todos modos era tarde para dejar de ir. Doña Benedicta no tuvo más remedio, aceptó el parecer de Eulalia. Ante el espejo, peinándose, estuvo a punto de decir que definitivamente se quedaba; llegó a insinuarlo a la hija.

—Mamá, debes darte cuenta que doña María de los Angeles te está esperando, —le dijo la joven.

—Es cierto, —retrucó la madre—, pero no prometí ir enferma.

Por fin, se vistió, se calzó los guantes, dio las últimas órdenes; y debía dolerle mucho la cabeza, porque los gestos eran lentos, propios de una persona obligada a hacer lo que no quiere. La hija no cesaba de alentarla, le decía que no olvidase el frasquito de sales, la instaba a que saliesen, describía la ansiedad de doña María de los Angeles, consultaba de dos en dos minutos el pequeño reloj que traía en la cintura. Realmente era una insistencia excesiva.

—Eulalia, me estás hartando, —le dijo la madre.

Y salió, salió exasperada, con muchísimas ganas de estrangular a la hija, diciéndose que la peor cosa que le puede pasar a una es tener hijas. Hijos, vaya y pase: una los cría, hacen su carrera, se las arreglan; ¡pero las hijas!

Felizmente, la cena de doña María de los Angeles la aplacó: y no digo que la colmase de placer, porque no fue así. Los modos de doña Benedicta no eran los de costumbre; eran fríos, secos, o casi secos; ella sola, empero, explicó la diferencia, informando a doña María de los Angeles de la amenaza de jaqueca; noticia más triste que alegre, y que, por lo demás, tranquilizó el alma de la anfitriona, por esta razón sutil y profunda: más valía que la frialdad de la amiga fuese originada por la enfermedad que por la quiebra del afecto. Por lo demás, la indisposición no era indicio de nada grave. ¡Y ni qué pensar lo que hubiera ocurrido de ser algo serio! No hubo en aquel día manos entrelazadas, ojos en los ojos, manjares saboreados entre caricias mutuas; no hubo nada de la cena del domingo. Una cena en la que apenas conversaron, sin alegría; fue lo máximo que consiguió el canónigo. ¡Buen canónigo! La disponibilidad de Eulalia, aquel día, lo colmó de esperanzas; la risa que jugueteaba en sus labios, la forma expansiva de conversar, la docilidad con que se prestaba a todo, a tocar, a cantar, y el rostro afable, tierno con que oía y le hablaba a Leandrito, todo eso fue para el alma del canónigo una renovación de esperanzas. ¡Justamente hoy se tenía que enfermar doña Benedicta! Realmente, era mala suerte.

Doña Benedicta se reanimó un poco por la noche, después de la cena. Conversó más, cambió ideas sobre un proyecto de paseo al Jardín Botánico; llegó incluso a proponer que se realizara al día siguiente; pero Eulalia advirtió que era prudente esperar uno o dos días, hasta que los efectos de la jaqueca desaparecieran por completo; y la mirada que

recibió de la madre, a cambio del consejo, tenía la punta aguda de un puñal. Pero la hija no temía a los ojos maternos. De noche, al soltar su cabello, repasando el día, Eulalia repitió las palabras que le oímos días antes, junto a la ventana:

—Esto se termina.

Y, satisfecha de sí misma, antes de dormir, abrió un cierto cajón, del que extrajo un cofrecito, y de allí sacó una tarjeta de algunos centímetros de altura, un retrato. No era un retrato de mujer, no sólo porque tenía bigotes, sino porque además estaba uniformado; era, según parecía, un oficial de marina. Si era buen mozo o no, es cuestión de gustos. Eulalia lo encontraba apuesto; la prueba es que lo besó, y no una sino tres veces. Después lo miró con nostalgia, lo devolvió al cofrecito y lo guardó otra vez.

¿Qué hacías, tú, mientras tanto, madre cautelosa y ríspida, que no venías a arrancar de las manos y la boca de tu hija un veneno tan sutil y mortal? Doña Benedicta, en la ventana, contemplaba la noche, entre las estrellas y los faroles a gas; su imaginación vagaba sin rumbo, roída por nostalgias y deseos. Aquel día le había ido mal desde la mañana. Doña Benedicta se confesaba, en dulce intimidad con su alma, que la cena de doña María de los Angeles no había servido para nada, y que ni siquiera su amiga estaba como de costumbre. Sentía nostalgias, no sabía bien de qué, y deseos que ignoraba. De a ratos, bostezaba de esa manera perezosa y prolongada de los que caen en el sueño; pero si algo la aquejaba era el hastío — hastío, impaciencia, curiosidad. Doña Benedicta pensó seriamente en ir a ver a su marido; y tan súbitamente como la idea la penetró el cerebro, se le encogió el corazón de nostalgia y remordimientos, y la sangre se le enardeció de tal modo con la idea de ir a ver al desembargador que si el buque del Norte estuviese anclado en la esquina y las maletas preparadas, ella se embarcaría de inmediato. No importa; el buque zarparía en ocho o diez días; era un lapso suficiente para aprontar el equipaje. Iría por tres meses solamente, no era necesario llevar muchas cosas.

Hela ahí, consolándose del ajeteo de la gran ciudad fluminense, de la similitud de los días, de la escasez de atracciones, de las caras reiteradas, hasta de la permanencia de las modas, que era una de sus más arduas preocupaciones: ¿por qué las modas debían durar más de quince días?

—Aquí no hay nada que hacer; me iré a Pará, —dijo ella a media voz.

De hecho, al día siguiente, ya de mañanita, comunicó a su hija la decisión que había tomado; ella la recibió sin asombro. Hizo contar las valijas que tenía, creyó que necesitaba una más, calculó el tamaño, y resolvió comprarla. Eulalia, rápidamente, en un arranque de sensatez, le dijo:

—Pero Mamá, ¿acaso no vamos por tres meses?

—Sí, tres... o dos.

—Entonces no vale la pena comprar otra. Dos maletas son suficientes.

—No, hija.

—Bucno, si es así, la tercera se puede comprar en la víspera. Y tú misma puedes elegirla; me parece mejor que mandar a alguien que de eso no entiende nada.

Doña Benedicta pareció persuadida por la reflexión de su hija y guardó el dinero. La hija sonrió para sus adentros. Quizá repitió para sí misma las famosas palabras de la ventana: esto se termina. La madre fue a ocuparse de los preparativos, elección de la ropa, lista de cosas que tenía que comprar, un regalo para el marido, etc. ¡Ah, qué alegría que él se iba a llevar! Después del mediodía salieron para hacer las encomiendas, visitas, compra de pasajes, cuatro pasajes; llevarían una esclava con ellos. Eulalia trató, una vez más, de disuadirla de la idea, proponiéndole posponer el viaje; pero doña Benedicta declaró perentoriamente que no. En la oficina de la empresa naviera le dijeron que el buque del Norte zarpaba el viernes de la semana siguiente. Ella solicitó los cuatro pasajes; abrió su monedero, sacó un billete, después dos, reflexionó un instante.

—¿Basta con venir en la víspera, no?

—Sí, pero puede ocurrir que ya no encuentre lugar.

—Bueno, resérveme los pasajes; yo los mandaré a retirar.

—¿Su nombre?

—¿Mi nombre? No hace falta que lo anote; nosotros vendremos tres días antes de que salga el vapor. Estoy segura que aún habrá pasajes.

—Puede ser.

—Los habrá.

Una vez en la calle, Eulalia dijo que lo mejor hubiera sido comprar los pasajes en ese momento; y sabiendo como sabemos que ella no deseaba ir al Norte ni al Sur, salvo en la fragata en la que se embarcara el original del retrato de la víspera, hay que suponer que la reflexión de la muchacha era profundamente maquiavélica. No digo que no. Doña Benedicta, entretanto, propaló la noticia del viaje entre amigos y conocidos, ninguno de los cuales se inquietó con ella. Hubo uno que llegó a preguntarle si, realmente, esta vez era cierto. A doña María de los Angeles, que sabía del viaje por el canónigo, si algo la sorprendió cuando su amiga se despidió de ella, fueron las maneras frías, las miradas evasivas, el silencio, la indiferencia. Una visita de diez minutos, apenas, durante los cuales doña Benedicta dijo cuatro palabras al principio:

—Nos vamos al Norte. Y dos al final: —Que sigan bien. ¿Y los besos? Dos tristes besos de alguien muerto¹.

CAPITULO IV

El viaje no se realizó por un motivo supersticioso. Doña Benedicta, el domingo en la noche, recordó que el vapor zarparía el viernes, y le pareció que era un día de mal agüero. Tampoco partieron en la nave siguiente; pero en este último caso los motivos escapan enteramente al entendimiento humano, y lo mejor, en tales casos, es no empeñarse en comprender lo impenetrable. Lo cierto es que doña Benedicta no se fue, pero hubiera ido en el tercer buque, de no ser por un incidente que alteró sus planes.

La hija había inventado una fiesta y nuevas amistades. Las amistades eran los integrantes de una familia de Andaraí; en cuanto a la fiesta, no se sabe con qué motivo fue, pero debe haber sido espléndida, porque doña Benedicta todavía hablaba de ella tres días después. ¡Tres días! Realmente era demasiado. En cuanto a la familia, era imposible ser más amable; al menos, la impresión que dejó en el alma de doña Benedicta fue intensísima. Uso superlativo porque ella misma lo empleó: es un documento humano.

—¿Aquella gente? ¡Oh, me dejó una impresión intensísima!

Y allá va ella hacia Andaraí, fascinada con doña Petronila, esposa del consejero Beltrão, y con una hermana suya, doña Maricota, que se iba a casar con un oficial de marina, hermano de otro oficial de marina, cuyos bigotes, ojos, cara, porte y cabellos son los mismos del retrato que el lector vislumbró hace tiempo en uno de los cajones del escritorio de Eulalia. La hermana casada tenía treinta y dos años, y una seriedad y modales, tan encantadores, que dejaron maravillada a la esposa del desembargador. En cuanto a la hermana soltera, era una flor de cera, otra expresión de doña Benedicta, que no altero por temor a entibiar la verdad.

Uno de los puntos más oscuros de esta curiosa historia es la rapidez con que las relaciones se trabaron y los acontecimientos se sucedieron. Por ejemplo, una de las personas que estuvieron en Andaraí, con doña Benedicta, fue el oficial de marina retratado en la tarjeta de Eulalia, teniente primero Mascarenhas, a quien el consejero Beltrão proclamó futuro Almirante. Ved, sin embargo, la perfidia del oficial: se presentaba uniformado; y doña Benedicta, que amaba los espectáculos nuevos, lo encontró tan distinguido, tan apuesto, entre los demás jóvenes vestidos

¹ Es habitual, entre las mujeres del Brasil, darse un beso en cada mejilla tanto al encontrarse como al despedirse. Los dos del caso, son los de doña Benedicta. (N. del T.).

a la paisana, que lo prefirió a todos, y así lo dijo. El oficial se lo agradeció conmovido. Ella le ofreció su casa; él le pidió autorización para hacerle una visita.

—¿Una visita? Venga a cenar con nosotros.

Mascarenhas hizo una reverencia de agradecimiento y aceptación.

—Mire, —dijo doña Benedicta—, venga mañana.

Así fue. Mascarenhas llegó más temprano de lo convenido. Doña Benedicta le habló de la vida del mar; él le pidió a su hija en casamiento. Doña Benedicta perdió la voz y se quedó pasmada. Recordó, es cierto, que había sospechado de él un día, en *Laranjeiras*, pero la sospecha, con los días, se había desvanecido. Ahora no los había visto conversar ni mirarse una sola vez. ¡Casarse con Eulalia! ¿Pero, realmente quería casarse con su hija? ¿Qué otra cosa podía ser, sino? La actitud seria, respetuosa, implorante del muchacho, indicaba a las claras que realmente quería casarse. ¡Pero si parecía un sueño! ¡Invitar a un amigo, y abrirle la puerta a un yerno! Era el colmo de lo inesperado. Pero el sueño era hermoso; el oficial de marina era un gallardo muchacho, fuerte, elegante, simpático, conquistaba el corazón de todo el mundo, y sobre todo, parecía adorarla, a ella, doña Benedicta. ¡Qué magnífico sueño! Doña Benedicta salió del asombro, y respondió que sí, que Eulalia era suya. Mascarenhas le tomó la mano y se la besó filialmente.

—Pero... ¿y el desembargador? —dijo él.

—El desembargador estará de acuerdo conmigo.

A partir de allí todo fue rápido. Certificados, trámites, planificaciones; se fijó la fecha del casamiento; tendría lugar veinticuatro horas después de recibida la respuesta del desembargador. ¡Qué alegría la de la buena madre! ¡Qué ajeteo la preparación del ajuar! ¡En la organización y en las encomiendas para la fiesta! ¡En la confección de la lista de invitados! Ella iba de un lado a otro, a veces a pie, a veces en tálburi, lloviese o resplandeciese el sol. No se detenía en el mismo objetivo demasiado tiempo; la semana dedicada al ajuar no era la reservada a la preparación de la fiesta, ni la convenida para las visitas; alternaba las cosas, volvía atrás, con cierto grado de confusión, es cierto. Pero allí estaba su hija para enmendar las faltas, corregir los defectos, atenuar los excesos, todo con su habilidad natural. Al contrario de todos los novios, éste no las importunaba; no contaba todos los días con ellas, como le pedía la dueña de casa; cenaba los domingos, y las visitaba una vez por semana. Mediante la correspondencia paliaba sus nostalgias, que eran continuas, duraderas y secretas, como en los primeros tiempos de la relación. Doña Benedicta no lograba explicarse esa conducta tan esquiva, cuando ella se moría por él; y entonces se desquitaba de las rarezas de su futuro yerno, muriéndose aún más por él, y diciendo del muchacho, por todas partes, las cosas más bellas del mundo.

—¡Es una perla! ¡Una perla!

—Es un muchacho muy bueno mozo —le comentaban.

—¿No es cierto? Una joya.

Lo mismo repetía al marido en las cartas que le enviaba antes y después de recibir la respuesta a la primera. La respuesta llegó; el desembargador dio el consentimiento, agregando que le dolía mucho no poder asistir a la boda, por encontrarse algo enfermo; pero bendecía de lejos a los hijos, y pedía que le enviaran un retrato del yerno.

El acuerdo se cumplió punto por punto. Veinticuatro horas después de recibida la respuesta de Pará se efectuó el casamiento, que fue una fiesta maravillosa, espléndida, según dijo doña Benedicta, cuando se la describió a algunas amigas. Ofició el canónigo Roxo, y claro es que doña María de los Angeles no estuvo presente, y menos aún su hijo. Ella esperó, adviértase, hasta el último momento, una participación, una invitación, una visita, aun cuando no fuese a concurrir; pero no recibió nada. Estaba atónita, hurgaba en su memoria tratando de descubrir alguna falta que ella hubiese cometido y que pudiese explicar el repentino enfriamiento de las relaciones; no encontrándola, concluyó que debía tratarse de alguna intriga. Sin embargo, se equivocaba, pues fue un simple olvido. Doña Benedicta, el día de la boda, por la mañana, recordó que a doña María de los Angeles no se le había enviado participación.

—Eulalia, me parece que no le enviamos participación a doña María de los Angeles, le dijo ella a la hija durante el almuerzo.

—No sé, mamá; fuiste tú quien se encargó de las invitaciones.

—Me parece que no se la mandé, —confirmó doña Benedicta—. Juan, sírveme más azúcar.

El esclavo que oficiaba de mozo le alcanzó el azúcar; ella revolviendo el té, recordó que un coche debía ir a buscar al canónigo y reiteró la orden de la vispera.

Pero la fortuna es caprichosa. Quince días después del casamiento, llegó la noticia de la muerte del desembargador. No describo el dolor de doña Benedicta; fue dilacerante y sincero. La pareja, que andaba arrullándose en Tijuca, volvió de inmediato; doña Benedicta lloró todas las lágrimas de una esposa austera y fidelísima. Después de la misa del séptimo día, consultó a la hija y al yerno sobre la idea de ir a Pará a fin de erigir una tumba al marido, y besar la tierra en la que él reposaba. Mascarenhas cambió una mirada con su mujer; después le dijo a su suegra que lo mejor sería que fuesen juntos, aprovechando que él debía viajar al Norte dentro de tres meses en cumplimiento de una misión encomendada por el gobierno. Doña Benedicta no se mostró del todo convencida en un comienzo pero finalmente aceptó el plazo, dando de inmediato todas las órdenes necesarias para la construcción de una

tumba. La tumba fue erigida, pero la misión que Mascarnahas esperaba no le fue encomendada y doña Benedicta no pudo viajar.

Cinco meses después, tuvo lugar un pequeño incidente en la familia. Doña Benedicta había mandado a construir una casa sobre el camino que lleva a Tijuca, y el yerno, con el pretexto de una interrupción en la obra, propuso encargarse de su fiscalización. Doña Benedicta estuvo de acuerdo, y el gesto era tanto más honroso para ella en la medida en que su yerno empezaba a parecerle insoportable con su excesiva disciplina, con sus insistencias, impertinencias, etc. En realidad, no había insistencias; en este particular, el yerno de doña Benedicta contaba tanto con la volubilidad de la suegra que nunca necesitó insistir; siempre dejaba que ella misma se desmintiese días después de decir algo. Pero puede ser que esto mismo la mortificase. Felizmente, el gobierno se acordó de trasladarlo al Sur; Eulalia, embarazada, se quedó con la madre.

Fue por entonces cuando a un comerciante viudo se le ocurrió cortejar a doña Benedicta. El primer año de viudez había pasado. Doña Benedicta acogió la iniciativa con mucha simpatía, aunque sin júbilo. Se defendía de sí misma; se excusaba repitiéndose su edad, aludiendo a los estudios de su hijo, que en breve se iría a San Pablo, dejándola sola, sola en el mundo. El casamiento sería un consuelo y una compañía. Y, para sus adentros, en la calle o en su casa, durante las horas libres, retocaba el plan con todos los florilegios de su imaginación vivaz y súbita; era una vida nueva, pues desde hacía mucho —puede incluso decirse que desde antes de la muerte del marido—, era viuda. El comerciante gozaba del mejor concepto: la elección no podía ser más atinada.

No se casó. El yerno volvió del Sur, la hija dio a luz un niño robusto y hermoso, que fue la pasión de la abuela durante los primeros meses. Después, el yerno, la hija y el nieto se fueron al Norte. Doña Benedicta se encontró sola y triste; el hijo no colmaba sus necesidades de afecto. La idea de viajar volvió a encenderse en su mente, pero como un fósforo, que se apaga de inmediato. Viajar sola era cansarse y disgustarse al mismo tiempo; le pareció mejor quedarse donde estaba.

Una compañía lírica, adventicia, le sacudió el tedio, y la reintegró a la sociedad. La sociedad volvió a sugerirle que se casara, y le señaló de inmediato un pretendiente, esta vez un abogado, también viudo.

—¿Me casaré? ¿No me casaré?

Una noche en la que doña Benedicta volvía sobre este punto, asomada a la ventana de su casa de Botafogo, adonde se había mudado hacía algunos meses, vio un singular espectáculo. Primeramente, una claridad opaca, especie de luz colada a través de un cristal sin transparencia, que bañaba el espacio de la ensenada, frente a la ventana. De este cuadro emergió una figura vaga y transparente, envuelta en nie-

blas, coronada de reflejos, sin contornos definidos, porque todos ellos se desvanecían en el aire. La figura se aproximó hasta el parapeto de la ventana de doña Benedicta, y con un gesto somnoliento y una voz aniñada, le dijo estas palabras sin sentido:

—Cásate... no te casarás... si te casas... te casarás... no te casarás... y te casas... casándote...

Doña Benedicta se sintió aterrorizada, incapaz de moverse; pero pese a todo tuvo la fuerza necesaria para preguntarle quién era. La figura mostró como un principio de sonrisa pero lo perdió en seguida; después respondió que era el hada que había presidido el nacimiento de doña Benedicta: mi nombre es Veleidad, concluyó; y como un suspiro, se dispersó en la noche y en el silencio.

EL SECRETO DEL BONZO

CAPITULO INEDITO DE HERNAN MENDES PINTO

DEJO ATRÁS narrado lo que pasó en esta ciudad de Fuchéu, capital del reino de Bungo, con el Cura-maestro Francisco, y de cómo el rey hubo de vérselas con el Fucarandono y otros bonzos, que tuvieron por acertado disputar al cura las primacías de nuestra santa religión. Ahora diré de una doctrina no menos curiosa que saludable al espíritu, y digna de ser divulgada en todas las repúblicas de la cristiandad.

Un día, yendo de paseo con Diego Meireles, en esta misma ciudad de Fuchéu, en aquel año de 1552, sucedió que nos deparamos con un ayuntamiento de pueblo, en la esquina de una calle, en torno a un hombre del lugar, que discurría con gran abundancia de gestos y voces. El pueblo allí aglomerado, según el cálculo más modesto, debía superar las cien personas, varones únicamente, y todos atónitos. Diego Meireles, que conocía mejor la lengua de la tierra, pues allí había estado muchos meses, cuando anduvo con bandera de mercader (ahora se dedicaba al ejercicio de la medicina, que estudiara convenientemente, y en el que era eximio), me iba repitiendo en nuestro idioma lo que oía del orador, y que en resumen, era lo siguiente: Que él no pretendía otra cosa que dar a conocer el origen de los grillos, los cuales procedían del aire y de las hojas de coquero, en la conjunción de la luna nueva, que este descubrimiento, imposible a quien no fuese, como él, matemático, físico y filósofo, era fruto de dilatados años de aplicación, experiencia y estudio, trabajos y hasta peligros de vida; pero en fin, estaba hecho el hallazgo, y todo redundaba en gloria del reino de Bungo, y especialmente de la ciudad de Fuchéu, cuyo hijo era; y si por haber formulado tan sublime verdad, fuese necesario aceptar la muerte, él la aceptaría allí mismo, tan cierto era que la ciencia valía más que la vida y sus deleites.

La multitud, apenas él acabó, alzó un tumulto de aclamaciones, que estuvo a punto de ensordecernos, y levantó en andas al hombre exclamando: Patimau, Patimau, viva Patimau, que descubrió el origen de

los grillos. Y todos se fueron al puesto de un mercader donde le dieron refrescos y lo colmaron de saluciones y reverencias, a la manera de este gentío, que es en extremo obsequioso y cortés.

Desandando el camino, veníamos nosotros, Diego Meireles y yo, hablando del singular hallazgo del origen de los grillos, cuando a poca distancia de aquel puesto, cosa de seis cuabras, no más, dimos con otra multitud de gente, en otra esquina, escuchando a otro hombre. Quedamos sorprendidos con la semejanza del caso, y Diego Meireles, visto que también éste hablaba apresuradamente, me repitió de la misma manera el tenor de la oración. Y decía este otro, con gran admiración y aplauso de la gente que lo cercaba, que por fin había descubierto el principio de la vida futura, que seguiría a la destrucción de la tierra, y que era nada menos que cierta gota de sangre de vaca; de allí provenía la excelencia de la vaca para fecundidad de las almas humanas, y el ardor con que ese distinguido animal era buscado por muchos hombres a la hora de morir; descubrimiento que él podía afirmar con fe y verdad, por ser obra de experiencias reiteradas y profunda meditación, no deseando ni solicitando otro galardón que no fuera dar gloria al reino de Bungo y recibir de él la estima que los buenos hijos merecen. El pueblo, que escuchara este pronunciamiento con mucha veneración, profirió el mismo alarido y llevó al hombre al dicho puesto, también en andas; allí llegando, fue regalado con obsequios iguales a los que ofrecían a Patimau, no habiendo ninguna distinción entre ellos, ni más competencia en los homenajeados que no fuese la de dar las gracias a ambos homenajeados.

Nada pudimos saber de aquello, pues ni nos parecía casual la semejanza de los dos encuentros, ni racional o creíble el origen de los grillos, propuesto por Patimau, o el principio de la vida futura, descubierto por Languru, que así se llamaba el otro. Sucedió, empero, que pasamos ante la casa de un cierto Titané, abarquero, quien corrió en pos de Diego Meireles, de quien era amigo. Y, tras los saludos de rigor, con los que el abarquero dijo las más elegantes cosas a Diego Meireles, tales como —oro de la verdad y sol del pensamiento—, le contó éste lo que viéramos y oyéramos poco antes. A lo que Titané repuso con gran alborozo: —Pudiera ser que ellos anden cumpliendo una nueva doctrina, dicen que inventada por un bonzo de mucho saber, habitante de unas casas pegadas al monte Coral. Y porque nos sintiésemos deseosos de tener alguna noticia de la doctrina, consintió Titané en ir con nosotros al día siguiente a las casas del bonzo, y agregó: —Dicen que él no la confía a ninguna persona, sino a las que de corazón deseen adherirse a ella; y, siendo así, podemos simular que la queremos únicamente con el fin de oírla; y si fuere buena, llegaremos a practicarla según nuestro entender.

Al día siguiente, conforme lo convenido, fuimos a las casas del dicho bonzo, de nombre Pomada, un anciano de ciento ocho años, muy leído y sabido en las letras divinas y humanas, y grandemente reverenciado por todas aquellas gentes, y por eso mismo mal visto por otros bonzos, que se morían de puro celo. Y habiendo oído el dicho bonzo de Titané quiénes éramos y qué queríamos, nos inició primero con varias ceremonias y monerías necesarias a la recepción de la doctrina y sólo después de ellas hubo de elevar la voz para confiarla y explicarla.

—Habéis de entender, —comenzó él—, que la virtud y el saber tienen dos existencias paralelas, una en el sujeto que las posee, otra en el espíritu de quienes los oyen o contemplan. Si pusieres las más sublimes virtudes y los más profundos conocimientos en un sujeto solitario, ajeno a todo contacto con otros hombres, será como si ellos no existiesen. Los frutos de un naranjo, si nadie los gusta, valen tanto como el brezo y las plantas salvajes y, si nadie los ve, no valen nada; o, en otras palabras más enérgicas, no hay espectáculo sin espectador. Un día, estando yo al cuidado de estas cosas, consideré que, con el fin de alumbrar en algo el entendimiento, había consumido mis largos años y, por lo demás, nada llegaría a valer sin la existencia de otros hombres que me viesan y honrasen; entonces pensé si no habría un modo de obtener el mismo efecto, ahorrándome tales trabajos, y ese día puedo ahora decir que fue el de la regeneración de los hombres, pues me dio la doctrina salvadora.

Llegados a este punto, aguzamos los oídos y quedamos pendientes de los labios del bonzo, quien, como le dijese Diego Meireles que la lengua de la tierra no me era familiar, iba hablando muy pausado, para que yo nada perdiese. Y prosiguió diciendo: —No os imagináis qué fue lo que me dio la idea de la nueva doctrina; fue nada menos que la piedra de la luna, esa insigne piedra tan luminosa que, puesta en la cima de una montaña o en lo alto de una torre, da claridad a una campiña entera, aun la más dilatada. Una piedra semejante, con tal cantidad de luz, no existió nunca, y nadie jamás la vio; pero mucha gente cree que existe y más de uno diría que la vio con sus propios ojos. Consideré el caso y entendí que, si una cosa puede existir en la opinión, sin existir en la realidad, y existir en la realidad sin existir en la opinión, la conclusión es que de las dos existencias paralelas la única necesaria es la de la opinión, no la de la realidad, que es apenas conveniente. Tan de prisa realicé este hallazgo especulativo, como di gracias a Dios por favor tan especial, y me decidí a verificarlo por la experiencia, cosa que logré en más de una oportunidad, y que no os relataré para no abusar de vuestro tiempo. Para comprender la eficacia de mi sistema, basta advertir que los grillos no pueden nacer del aire y de las hojas del coquero, en la conjunción de la luna nueva, y por otro lado, el principio de la vida futura no está en una cierta gota de sangre de vaca; pero Patimau y Languru, varones astutos, con tal arte supieron inculcar

estas dos ideas en el ánimo de la multitud, que hoy disfrutaban del renombre de grandes físicos y mayores filósofos, y cuentan entre sus adeptos con seguidores capaces de dar la vida por ellos.

No sabíamos de qué manera manifestar al honzo las muestras de nuestro vivo contentamiento y admiración. El nos interrogó algún tiempo más, detenidamente, sobre la doctrina y sus fundamentos, y después de reconocer que la entendíamos, nos incitó a practicarla y a divulgarla cautelosamente, no porque hubiese en ella nada contrario a las leyes divinas o humanas, sino porque la mala comprensión que de ella se hiciese podría dañarla y perderla en sus primeros pasos; por último, se despidió de nosotros con la certeza (son palabras suyas) de que de allí en más, sabríamos actuar con el alma cabal de los pomadistas; denominación ésta que, por derivarse de su nombre, le era en extremo agradable.

De hecho, antes del atardecer, habíamos los tres convenido poner en obra una idea tan juiciosa como lucrativa, pues no sólo es lucro lo que se puede haber en moneda, sino también lo que acarrea estima y honores, que ésta es otra y mejor especie de moneda, aun cuando no sirva para comprar damascos o chaperías de oro. Decidimos, pues, a guisa de experiencia, meter cada uno de nosotros, en el ánimo de la ciudad de Fuchéu, una cierta convicción, mediante la cual hubiésemos los mismos beneficios de que disfrutaban Patimau y Languru; pero tan cierto es que el hombre no olvida su interés, que entendió Titané que le cabía lucrar de dos maneras, cobrándose de la experiencia ambas monedas, o sea, vendiendo también sus abarcas; a lo que no nos opusimos, por entender que en nada afectaba eso lo esencial de la doctrina.

Consistió la experiencia de Titané en algo que no sé cómo decirlo para que se entienda. Usan en este reino de Bungo, y en otros de estas remotas partes, un papel hecho de cáscara de canela molida y goma, obra muy prima, que ellos tallan después en pedazos de dos palmos de largo, y medio de ancho, en los cuales diseñan con vivos y variados colores, y en la lengua del país, las noticias de la semana, políticas, religiosas, mercantiles y otras, las nuevas leyes del reino, los nombres de las fustas, barcazas, chalupas y toda clase de barcos que navegan estos mares, ya sea en son de guerra, que la hay frecuente, o comerciando. Y digo las nuevas de la semana, porque las dichas hojas están hechas de ocho en ocho días, en gran número de copias, y distribuidas al gentío de la tierra, a cambio de unas monedas, que todos dan de buen grado con tal de tener las noticias antes que los demás moradores. Pues bien, a nuestro Titané no se le ocurrió nada mejor que pedir este papel llamado en nuestra lengua *Vida y claridad de las cosas mundanas y celestes*, título expresivo aunque un tanto derramado, y hacer inserir en el dicho papel que acababan de llegar noticias frescas de toda la costa de Malabar y de China, conforme a las cuales no había otro cuidado

que el suscitado por las famosas abarcas de Titané; que estas abarcas eran llamadas las primeras del mundo, por ser muy duraderas y graciosas; que nada menos que veintidós mandarines iban a requerir al emperador que, en vista del esplendor de las famosas abarcas de Titané, las primeras del universo, fuese creado el título honorífico de "abarcas del Estado", para recompensa de quienes se distinguiesen en cualquier disciplina del entendimiento; que eran cuantiosas las encomiendas hechas en todas partes, a las cuales él, Titané, iba a acudir, menos por amor al lucro que por la gloria que de allí habrá de provenir para la nación; no desistiendo, empero, del propósito en que estaba y persistía en dar de gracia a los pobres del reino unas cincuenta veintenas de dichas abarcas, conforme ya lo hiciera declarar ante el rey y lo repetía ahora; en fin, que a pesar de la primorosa compostura que daba fama a las abarcas en la tierra entera, él sabría de los deberes de la moderación, y nunca presumía ser otra cosa que un obrero diligente y amigo de la gloria del reino de Bungo.

La lectura de estas noticias, naturalmente, conmovió entera a la ciudad de Fuchéu, siendo que en toda la semana no se habló de otra cosa. Las abarcas de Titané, apenas estimadas, empezaron a ser buscadas con mucha curiosidad y ardor, y más aún en las semanas siguientes, pues no dejó él de entretener a la ciudad, durante algún tiempo, con muchas y extraordinarias anécdotas acerca de su mercadería. Y nos decía con mucha gracia: —Fijaos que obedezco a lo principal de nuestra doctrina, pues no estoy persuadido de la superioridad de tales abarcas, teniéndolas, más bien, por obra vulgar, pero se lo he hecho creer al pueblo, que las viene a comprar ahora por el precio que les taso.

—No me parece, —retruqué—, que hayas cumplido la doctrina a rigor y en substancia, pues no nos cabe inculcar a los otros una opinión que no tenemos, y sí la opinión de una cualidad que no posemos; esto es, en verdad, lo esencial de ella.

Dicho esto, acordaron los dos que me cabía intentar la experiencia, cosa que de inmediato hice; pero dejó de relatarla en todas sus partes, para no demorar la narración de la experiencia de Diego Meireles, que fue, de las tres habidas, la decisiva, y la mejor prueba de esta deliciosa invención del bonzo. Diré tan sólo que, por algunas luces que tenía de música y chirimía, en la que era mediocre, se me ocurrió congrega a los principales de Fuchéu para que me oyesen tañer el instrumento; los cuales acudieron, escucharon y se fueron repitiendo que nunca, hasta entonces, habían oído algo tan extraordinario. Y confieso que fue tal el resultado que alcancé con el solo recurso de los ademanes, de la gracia en arquear los brazos para tomar la chirimía, que me fue alcanzada en una bandeja de plata, de la rigidez del busto, de la unción con que alcé los ojos al aire, y del desdén y ufanía con que los bajé hasta aquella asamblea, la cual, en este punto, irrumpió en tal concierto de voces

y exclamaciones de entusiasmo que casi me persuadió de mi merecimiento.

Pero, como digo, la más ingeniosa de todas nuestras experiencias, fue la de Diego Meireles. Se propalaba entonces por la ciudad una singular enfermedad, que provocaba hinchazón de las narices, tanto y tanto, que la deformidad llegaba a tomar más de la mitad de la cara del paciente, y no sólo la ponía horrenda, sino que era molesto cargar semejante peso. Si bien los físicos de la tierra propusieron extraer las narices hinchadas, para alivio y mejoría de los enfermos, ninguno de ellos consentía en prestarse al curativo, prefiriendo el exceso a la carencia extrema, y teniendo por más aborrecible que ninguna otra cosa la ausencia de aquel órgano. En esta angustiada situación más de uno recurría a la muerte voluntaria, como un remedio, y la tristeza era mucha en toda la ciudad de Fuchéu. Diego Meireles, que desde hacía algún tiempo practicaba la medicina, según se dijo, estudió el mal y reconoció que no había peligro en desnarigar a los enfermos, siendo, incluso, preferible por cuanto les arrebatava el mal, sin acarrear fealdad, pues tanto valía una nariz deforme y pesada como ninguna; no logró, sin embargo, persuadir a los infelices a realizar el sacrificio. Se le ocurrió entonces una graciosa invención. Así fue que, reunidos muchos físicos, filósofos, bonzos, autoridades y pueblo, les comunicó que tenía un secreto para eliminar el órgano; y ese secreto era nada menos que sustituir la nariz achacosa por una sana, pero de pura naturaleza metafísica, es decir, inaccesible a los sentidos humanos, y con todo tan verdadera o aún más que la cortada; cura, ésta, practicada por él en varias partes, y muy aceptada por los físicos de Malabar. El asombro de la asamblea fue inmenso, y no menos la incredulidad de algunos, no digo de todos, siendo que la mayoría no sabía si creerlo o no, pues si de un lado le repugnaba la metafísica de la nariz, cedía, de otro, a las palabras de Diego Meireles, al tono vibrante y elocuente, con que él expuso y definió su remedio. Fue entonces cuando algunos filósofos, allí presentes, un tanto avergonzados por el saber de Diego Meireles, no quisieron ser menos que él, y declararon que había buenos fundamentos para una afirmación semejante, visto no ser el hombre entero otra cosa que un producto de la idealidad trascendental; de donde resultaba que bien podía contar con una nariz metafísica, y juraron al pueblo que el efecto era el mismo.

La asamblea aclamó a Diego Meireles; y los enfermos empezaron a buscarlo en tal cantidad, que ya no tenía manos para medir. Diego Meireles los desnarigaba con muchísimo arte; después extendía delicadamente los dedos hasta una caja, donde fingía tener las narices sustitutas, cogía una y la aplicaba en el lugar vacío. Los enfermos, así curados y suplidos, se miraban entre sí, no veían nada en el lugar del órgano cortado; pero, ciertos y certísimos de que allí estaba el órgano

sustituto, y que éste era inaccesible a los sentidos humanos, no se daban por defraudados, y tornaban a sus menesteres. Ninguna otra prueba quiero dar de la eficacia de la doctrina y del fruto de esa experiencia, sino el hecho de que todos los desnarigados de Diego Meireles continuaron utilizando los mismos pañuelos para sonarse que hasta entonces habían empleado. Todo lo cual dejo relatado para gloria del bonzo y beneficio del mundo.

EL PRESTAMO

Voy a divulgar una anécdota, pero una anécdota no en el genuino sentido del término, que el vulgo incorporó a las fábulas consideradas ficticias. Esta es verdadera; podría citar algunas personas que la conocen tan bien como yo. Y si hasta hoy no fue difundida, ello se debió a la falta de un espíritu reposado capaz de encontrarle su filosofía. Como debes saber, hay un sentido filosófico en todas las cosas. Carlyle descubrió el de los chalecos, o más exactamente, el de la vestimenta; y nadie ignora que los números, mucho antes de la lotería de Ipiranga, ya formaban parte del sistema de Pitágoras. Por mi parte, creo haber desentrañado este episodio del préstamo; ya veréis si me equivoco.

Para empezar, rectificuemos a Séneca. Cada día, según aquel moralista, es, en sí mismo, una vida singular; en otros términos, una vida dentro de la vida. No digo que no ¿pero por qué agregó él que muchas veces una sola hora es la representación de una vida entera? Ved a este muchacho: irrumpe en el mundo con una gran ambición, un cargo de ministro, un banco, una corona de vizconde, un báculo pastoral. A los cincuenta años, lo veremos convertido en un simple empleado de aduana, o en un párroco de provincia. Todo eso que ocurrió en treinta años, puede, algún Balzac, meterlo en trescientas páginas ¿por qué la vida, que fue la maestra de Balzac, no habrá de comprimirlo en treinta o sesenta minutos?

Habían dado las cuatro en la oficina del notario Vaz Nunes, en la *Rua do Rosario*. Los escribientes llenaron por fin los últimos renglones: después limpiaron las plumas de ganso en la punta de seda negra que colgaba a un costado del cajón; cerraron los cajones, ordenaron los papeles, acomodaron los registros y los libros, se levaron las manos; algunos que cambiaban de saco a la entrada, se quitaron el de fajina y se acomodaron el de calle; salieron todos. Vaz Nunes quedó solo.

Este honesto notario era uno de los hombres más perspicaces del siglo. Está muerto: podemos elogiarlo a gusto. Tenía una mirada incisiva, cortante y aguda. Sabía adivinar el carácter de las personas que lo buscaban para escriturar sus acuerdos y resoluciones; conocía el alma de un testamentario mucho antes de que terminara el testamento; olfateaba los hábitos secretos y los pensamientos reservados. Usaba anteojos, como cualquier notario que se precie; pero, no siendo miope, miraba por sobre ellos, cuando quería ver, y a través de ellos, si deseaba no ser visto. Astuto como él solo, decían los escribientes. En todo caso, circunspecto. Tenía cincuenta años, era viudo, sin hijos y, para decirlo como algunos otros de sus empleados, se metía en el bolsillo sin ruido sus doscientos *contos de réis*¹.

—¿Quién es? —preguntó él de repente, mirando hacia la puerta de calle.

Estaba en la puerta, de pie bajo el alero, un hombre que él no reconoció en seguida, y a quien apenas pudo reconocer poco después. Vaz Nunes le solicitó que entrara; él obedeció, lo saludó, le extendió la mano, y se sentó en la silla que estaba junto a la mesa. No evidenciaba la timidez natural en un pordiosero; al contrario, parecía que no venía allí sino para ofrecer al notario algo preciosísimo y raro. Y, no obstante, Vaz Nunes se estremeció y esperó.

—¿No se acuerda de mí?

—No lo recuerdo.

—Estuvimos juntos una noche, hace algunos meses, en Tijuca... ¿No se acuerda? En casa de Teodorico, aquella gran cena de Navidad; incluso llegamos a hacer un brindis... No me diga que no se acuerda de Custodio.

—¡Ah!

Custodio enderezó el pecho, que hasta entonces había mantenido ligeramente inclinado. Era un hombre de cuarenta años. Vestía pobremente, ropa ajustada pero limpia, correcta. Lucía uñas largas, cuidadas con esmero, y tenía las manos muy bien dibujadas, blandas, al contrario de la piel del rostro que era tensa. Detalles mínimos, e incluso necesarios para terminar de completar un cierto aire doble que distinguía a este hombre, un aire de pordiosero y general. En la calle, sin tener para almorzar, sin un centavo, parecía llevar detrás de sí un ejército. La causa no era otra que el contraste entre la naturaleza y la situación, entre el alma y la vida. El tal Custodio había nacido con vocación de riqueza, sin el menor interés por el trabajo. Tenía el instinto de todo lo elegante, el amor a lo superfluo, a la comodidad, a las bellas damas, las alfombras finas, los muebles raros; en suma, un voluptuoso y, hasta cierto punto, un artista capaz de dirigir la villa Torloni o la

¹ Véase nota 3 de la pág. 4. (N. del T.).

galería Hamilton. Pero no tenía dinero; ni dinero, ni aptitud o pachería para ganarlo; por otra parte, necesitaba vivir. *Il faut bien que je vive*, decía un ambicioso al ministro Talleyrand. *Je n'en vois pas la nécessité*, retrucó fríamente el ministro. Nadie le daba esa respuesta a Custodio; le daban dinero, uno diez, otro cinco, otro veinte mil réis, y era principalmente de tales limosnas que él extraía el sustento para el albergue y la comida.

Digo que principalmente vivía de ellas, porque Custodio no se negaba a meterse en algunos negocios con la condición de que los pudiera elegir, y elegía siempre los que no servían para nada. Tenía olfato para las catástrofes. Entre veinte posibilidades, no tardaba en optar por la más insensata, y metía manos a la obra, con resolución. La mala suerte que lo perseguía, hacía que las diecinueve prosperasen, y la vigésima le estallase en las manos. No importa; se apertrechaba para otra.

Ahora, por ejemplo, leyó un aviso de alguien que pedía un socio con cinco contos de réis, para entrar en cierto negocio, que prometía rendir, en los primeros seis meses, entre ochenta y cien contos de réis de lucro. Custodio fue a entrevistarse con el anunciante. Era una gran idea, una fábrica de agujas, industria nueva, de inmenso futuro. Y los planos, las maquetas de la fábrica, los informes de Birmingham, los catálogos de importación, las respuestas de los sastres, de los dueños de roperías, etc., todos los documentos de una larga investigación desfilaron ante los ojos de Custodio, estrellados de algoritmos que él no entendía, y que por eso mismo le parecían dogmáticos. Veinticuatro horas; no pedía más que veinticuatro horas para traer los cinco contos. Y salió de allí, cortejado, mimado por el anunciante, quien, a pesar de que ya estaban en la puerta, lo ahogó en un torrente de promesas. Pero los cinco contos reales, menos dóciles o menos a la mano que los cinco mil réis prometidos, sacudían incrédulamente la cabeza, y se dejaban estar en las arcas paralizadas por la desconfianza o la duda. Nada. Ocho o diez amigos con quienes habló, le dijeron que no disponían en ese momento de la suma pedida, ni creían en la fábrica. Había perdido las esperanzas, cuando yendo por la *Rua do Rosario*, leyó en la puerta de una notaría el nombre de Vaz Nunes. Se estremeció de alegría; recordó Tijuca, las maneras del notario, las frases con que él respondió a su brindis, y se dijo a sí mismo que Vaz Nunes sería su salvador.

—Vengo a pedirle una escritura...

Vaz Nunes, que esperaba otro comienzo, no respondió; miró por sobre los anteojos y esperó.

—Una escritura de gratitud, —explicó Custodio—; vengo a pedirle un gran favor, un favor indispensable, y cuento con usted, amigo mío...

—Si está en mis manos...

—El negocio es excelente, fijese usted; un negocio magnífico. Nunca me hubiera permitido molestar a los demás sin la seguridad del resultado.

La cosa está lista; las agujas fueron pedidas a Inglaterra; y es probable que dentro de dos meses todo esté montado, es una industria nueva. Somos tres socios; mi parte son cinco *contos*. Vengo a pedirle esa cantidad, a seis meses o a tres, con intereses módicos. . .

—¿Cinco *contos*?

—Sí, señor.

—Pero, Sr. Custodio, no dispongo de semejante cantidad. Los negocios andan mal; y aun si marchasen muy bien, no podría disponer de tanto. ¿Quién puede esperar cinco *contos* de un modesto notario?

—Creo que si a usted le interesara mi propuesta. . .

—Por cierto que me interesa; le aseguro que si se tratase de una cantidad pequeña, acorde con mis recursos, no vacilaría en adelantársela. ¡Pero cinco *contos*! Créame que es imposible.

El alma de Custodio se desplomó. Había ascendido por la escalera de Jacob hasta el cielo; pero en vez de descender como los ángeles en el sueño bíblico, rodó abruptamente y cayó de bruces. Era la última esperanza y justamente, por haber sido inesperada, él supuso que sería cierta, pues como todos los corazones que se entregan al régimen de lo eventual, el de Custodio era supersiticioso. El pobre diablo sintió que se hundían en su cuerpo los millones de agujas que la fábrica habría de producir en el primer semestre. Callado, con los ojos en el suelo, esperó que el notario prosiguiese, que se compadeciera, que le diese alguna oportunidad; pero el notario, que leía exactamente eso en el alma de Custodio, permaneció también callado, haciendo girar en los dedos la cajita de rapé, respirando sonoramente, con un cierto chirrido nasal y desafiante. Custodio ensayó todas las actitudes; desde las del pordiosero hasta las del general. El notario no se movía. Custodio se puso de pie.

—Bien, —dijo él, con una pizca de despecho—, sabrá disculparme la molestia. . .

—No tengo qué perdonarle; soy yo quien le pide disculpas por no poder servirlo como descaba. Le repito: si fuese una suma menos abultada, mucho menor, no tendría dudas; pero. . .

Extendió su mano a Custodio, que con la izquierda había tomado maquinalmente el sombrero. La mirada empañada de Custodio expresaba la absorción de su alma, apenas repuesta de su caída, que le había arrebatado las últimas energías. Ninguna escalera misteriosa, ningún cielo; el notario había hecho desaparecer todo con un simple chasquido de dedos. ¡Adiós, agujas! La realidad vino a tomarlo otra vez con sus uñas de bronce. Tenía que volver a lo precario, a lo adventicio, a las viejas cuentas, con los grandes ceros y las interminables cifras retorcidas, que seguirían contemplándolo y oyéndolo, o alargándole los algoritmos implacables del hambre. ¡Qué caída! ¡y qué abismo! Desengañado, miró al notario con un gesto de despedida; pero una idea súbita

le clareó la noche del cerebro. Si la cantidad fuese menor, Vaz Nunes podría ayudarlo, y con placer ¿por qué no podía ser una cantidad menor? Acababa de estar a punto de renunciar al proyecto, pero no podía hacer lo mismo con el pago de unos alquileres atrasados, con dos o tres acreedores, etc., y una suma razonable, quinientos mil *réis*, por ejemplo, ya que el notario estaba dispuesto a prestarlos, venían muy bien. El alma de Custodio se recompuso; vivía del presente, nada quería saber del pasado, ni nostalgias, ni temores, ni remordimientos. El presente era todo. El presente eran los quinientos mil *réis*, que él iba a ver surgir del bolsillo del notario, como un edicto de libertad.

—Pues bien, —dijo él—, decida usted lo que me puede dar, y yo iré a ver a otros amigos para conseguir el resto. . . ¿Cuánto podría ser?

—No puedo decirle nada al respecto, porque se trata de algo realmente muy modesto.

—¿Quinientos mil *réis*?

—No; no puedo.

—¿Ni quinientos mil *réis*?

—Ni eso, —replicó con firmeza el notario—. ¿Lo sorprende? No le niego que tengo algunas propiedades; pero, amigo mío, no ando con ellas en el bolsillo; y tengo ciertas obligaciones particulares. . . Dígame ¿no tiene empleo?

—No, señor.

—Mire; le ofrezco algo mejor que quinientos mil *réis*, hablaré con el Ministro de Justicia, mantengo buenas relaciones con él, y. . .

Custodio lo interrumpió, dándose una palmada en la rodilla. Si fue un movimiento natural, o una astucia para distraer a su interlocutor de la promesa que le haría, es algo que ignoro completamente; no parece, por lo demás, algo esencial en el asunto. Lo esencial es que él se empeñó en la súplica. ¿No podía darle los quinientos mil *réis*? Aceptaba doscientos; doscientos le bastaban no para la empresa, pues seguiría el consejo de los amigos: rechazaría el proyecto. Los doscientos mil *réis*, visto que el notario estaba dispuesto a ayudarlo, eran para cubrir una necesidad urgente, "tapar un agujero". Y entonces le contó todo, respondió a la franqueza con franqueza: era la regla de su vida. Confesó que, con respecto a la gran empresa, había tenido en mente también recurrir a un acreedor pertinaz, un diablo, un judío, que rigurosamente estaba todavía endeudado con él, pero había pensado en la alevosía de cambiar de posición. Eran doscientos mil *réis* y centavos; diez, si no se engañaba, pero aceptaba doscientos. . .

—Realmente, me cuesta repetir lo que le dije; pero, en fin, ni los doscientos mil *réis* puedo darle. Incluso cien, si usted me los pide, están por sobre mis posibilidades en esta ocasión. En otro momento, bien podría ser, y no tengo dudas en cuanto a ello, pero ahora. . .

—¡No se imagina la situación en que me encuentro!

—Ni cien, le repito. He tenido muchas dificultades en estos últimos tiempos. Sociedades, suscripciones, masonería... Le cuesta creerlo, ¿verdad? Lógicamente: un propietario. Ciertamente, amigo mío, es muy bueno tener casas: pero lo que usted no toma en consideración son las roturas, los arreglos, los medidores de agua, los impuestos, el seguro, las estafas, etc. Son los agujeros de la jarra por donde huye la mayor parte del agua...

—¡Ojalá tuviera yo una jarra! —suspiró Custodio.

—No digo que no. Lo que digo es que no basta tener casas para vivir despreocupado, sin gastos, y hasta sin acreedores... Crea usted que hasta yo tengo acreedores.

—¡Ni cien mil réis!

—Ni cien mil réis, me pesa decírselo, pero es la verdad. Ni cien mil. ¿Qué horas son?

Se incorporó y fue hasta el centro de la habitación. Custodio lo siguió, arrasado, desesperado. No podía terminar de creer que el notario no tuviese por lo menos cien mil réis. ¿Quién no lleva cien mil réis encima? Se imaginó una escena patética, pero la notaría daba a la calle; sería ridículo. Miró hacia afuera. En el negocio de enfrente, un hombre apreciaba una levita, en la puerta, porque atardecía rápidamente y el interior era oscuro. El cajero sostenía la mercadería en el aire; el cliente examinaba la tela con los ojos y con los dedos, después las costuras, el forro... Este incidente le abrió un horizonte nuevo, aunque modesto; ya era hora de jubilar el saco que usaba. Pero ni cincuenta mil réis podía darle el notario. Custodio sonrió; no con desdén, no con rabia, sino de amargura y duda; era imposible que él no tuviera cincuenta mil réis. ¿Veinte, por lo menos? Ni veinte. ¡Ni veinte! No; todo era falso; todo era mentira.

Custodio sacó el pañuelo, alisó el sombrero despacito; después guardó el pañuelo, acomodó la corbata, con un aire entre esperanzado y despectivo. Había estado podando las alas de la ambición, pluma a pluma; restaba aún una pelusa corta y fina, que avivaba sus ganas de volar. Pero el otro, nada. Vaz Nunes cotejaba el reloj de la pared con el del bolsillo, acercaba este último al oído, limpiaba el mostrador, callado, transpirando por todos los poros impaciencia y hastío. Ya iban a dar las cinco; sonaron, por fin, y el notario que las esperaba, engatilló la despedida. Era tarde, vivía lejos. Mientras lo decía, se quitó el saco de alpaca, y vistió el de casimir, extrajo de uno y guardó en el otro la cajita de rapé, el pañuelo, la billetera... ¡Oh! ¡la billetera! Custodio vio ese utensilio problemático, lo palpó con los ojos, envidió la alpaca, envidió el casimir, quiso ser bolsillo, quiso ser el cuero, la materia misma del precioso receptáculo. Allí va ella; se sumergió completamente en el bolsillo interior izquierdo; el notario se abotonó. ¡Ni veinte mil

réis! Era imposible que no llevase allí veinte mil *réis*, pensaba él; no diría doscientos, pero veinte, diez por lo menos. . .

—Bien —dijo Vaz Nunes—, con el sombrero en la cabeza.

Era el instante fatal. Ni una sola palabra del notario, ni siquiera una invitación para cenar; nada, todo estaba terminado. Pero los momentos supremos reclaman energías supremas. Custodio sintió toda la fuerza de este lugar común y, de repente, como un tiro, le preguntó al notario si no le podía dar por lo menos diez mil *réis*.

—¿Quiere ver?

Y el notario se desabrochó el saco, extrajo la billetera, la abrió, y le mostró dos billetes de cinco mil *réis*.

—No tengo más, —dijo él—; y lo que puedo hacer es repartirlos con usted; le doy uno de cinco, y yo me quedo con el otro ¿está bien?

Custodio aceptó los cinco mil *réis*, no con tristeza, o de mala gana, sino sonriente, palpitante, como si viniese de conquistar el Asia Menor. La cena estaba asegurada. Le extendió su mano al otro, le agradeció el obsequio, se despidió hasta pronto — un *hasta pronto* lleno de afirmaciones implícitas. Después salió; el pordiosero desapareció detrás de la puerta de la notaría; pero fue el general quien se fue calle abajo, pisando firme, mirando fraternalmente a los comerciantes ingleses que se cruzaban con él yendo en dirección a las afueras del centro. Nunca el cielo le pareció tan azul, ni la tarde tan límpida; todos los hombres traían en la retina el alma de la hospitalidad. Con la mano izquierda en el bolsillo de los pantalones, él estrujaba amorosamente los cinco mil *réis*, residuo de una gran ambición, que hacía tan sólo un momento había irrumpido bajo la luz del sol, con ímpetu de águila y ahora batía modestamente las alas del pollo rastrero.

LA SERENISIMA REPUBLICA

(CONFERENCIA DEL CANONIGO VARGAS)

SEÑORES MÍOS:

Antes de comunicaros un descubrimiento, que reputo de algún lustre para nuestro país, dejad que os agradezca la rapidez con que acudistéis a mi llamado. Sé que un interés superior os trajo aquí; pero no por eso ignoro —ya que sería ingratitud ignorarlo— que un poco de simpatía personal se mezcla a vuestra legítima curiosidad científica. Ojalá pueda yo corresponder a ambas.

Mi descubrimiento no es reciente; data de fines del año 1876. No lo divulgué entonces —y, a no ser por *O Globo*, interesante diario de esta capital, no lo divulgaría tampoco ahora— por una razón que tendría fácil entrada en vuestro espíritu. Esta obra de la que vengo a hablaros, carece de retoques finales, de verificaciones y experiencias complementarias. Pero *O Globo* informó que un sabio inglés descubrió el lenguaje fónico de los insectos, y cita el estudio realizado con moscas. Escribí inmediatamente a Europa y aguardo las respuestas con ansiedad. Siendo cierto, empero, que por la navegación aérea, invento del Padre Bartolomeu¹, es glorificado el nombre extranjero, mientras al de nuestro compatriota apenas se lo puede considerar recordado por sus conaturales, decidí eludir la suerte del insigne Volador, viniendo hasta esta tribuna a proclamar alto y sonoramente, ante la faz del universo, que mucho antes que aquel sabio, y fuera de las islas británicas, un modesto naturalista descubrió cosa idéntica y realizó con ella obra superior.

Señores, voy a asombraros, como habría asombrado a Aristóteles, si le preguntase: ¿Crees que es posible dar régimen social a las arañas? Aristóteles respondería negativamente, como todos vosotros, porque es imposible creer que jamás se llegaría a organizar socialmente ese arti-

¹ El autor se refiere a un investigador brasileño (N. del T.).

culado arisco, solitario, apenas dispuesto al trabajo, y difícilmente al amor. Pues bien, ese imposible lo realicé yo.

Oigo una risa, en medio del susurro de curiosidad. Señores, cabe vencer los preconceptos. La araña os parece inferior, justamente porque no la conocéis. Amáis al perro, apreciáis al gato y la gallina, y no advertís que la araña no salta ni ladra como el perro, no maúlla como el gato, no cacarea como la gallina, no zumba ni muerde como el mosquito, no nos arrebató la sangre y el sueño como la pulga. Todos estos bichos son el modelo acabado del vagabundeo y el parasitismo. La misma hormiga, en la que se ensalzan ciertas buenas cualidades, pulula en nuestro azúcar y en nuestras plantaciones, y funda su propiedad saqueando la ajena. La araña, señores, no nos aflige ni defrauda; se apodera de las moscas, nuestras enemigas, hila, teje, trabaja y muere. ¿Qué mejor ejemplo de paciencia, de orden, de previsión, de respeto y de humanidad? En cuanto a sus talentos, no hay dos opiniones. Desde Plinio hasta Darwin, los naturalistas del mundo entero forman un solo coro de admiración en torno a este bichito, cuya maravillosa tela suele ser destruida, en menos de un minuto, por el escobillón inconsciente de vuestro criado. Yo repetiría ahora esos juicios, si me sobrase el tiempo; los materiales, empero, exceden el plazo de que dispongo, obligándome a resumirlos. Aquí los tengo, aunque no a todos, sí a muchos; entre ellos, está esa excelente monografía de Büchner, quien con tanta sutileza estudió la vida psíquica de los animales. Citando a Darwin y a Büchner, queda claro que restrinjo el homenaje que corresponde a dos sabios de primer orden, sin de ningún modo absolver (y mis vestes lo proclaman) las teorías gratuitas y erróneas del materialismo.

Sí, señores, descubrí una especie arácnida que dispone del uso del habla; reuní algunos, después muchos de los nuevos articulados, y los organicé socialmente. El primer ejemplar de esta araña maravillosa se me apareció el día 15 de diciembre de 1876. Era tan vasta, tan colorida, tan rubia, con líneas azules, transversales, tan rápida en los movimientos, y a veces tan alegre, que atrapó totalmente mi atención. Al día siguiente vinieron otras tres, y las cuatro se apoderaron de un rincón de mi chacra. Las estudié largamente; me resultaron admirables. Nada, sin embargo, puede compararse al asombro que me produjo el descubrimiento del idioma arácnido, una lengua, señores, nada menos que una lengua rica y variada, con su estructura sintáctica, sus verbos, conjugaciones, declinaciones, casos latinos y formas onomatopéyicas, una lengua que estoy codificando gramaticalmente para uso de las academias, como lo hice sumariamente para mi propio uso. Y lo hice, fijaos bien, venciendo dificultades aspérrimas con una paciencia extraordinaria. Veinte veces me ganó el desaliento; pero el amor a la ciencia me daba fuerzas para acometer un trabajo que, hoy lo declaro, no llegaría a ser hecho dos veces en la vida del mismo hombre.

Reservo para otro recinto la descripción técnica de mi léxico aracnídeo, y el análisis de la lengua. El objeto de esta conferencia es, como ya dije, resguardar los derechos de la ciencia brasileña, por medio de una declaración oportuna; y, hecho esto, deciros además en qué reputo mi obra superior a la del sabio de Inglaterra. Debo demostrarlo y, sobre este punto, llamo vuestra atención.

En un mes contaba con veinte arañas; al mes siguiente tenía a mi alrededor cincuenta y cinco; en marzo de 1877 sumaban cuatrocientas noventa. Fueron dos, especialmente, las fuerzas que sirvieron para congregarlas: el empleo de su idioma, desde que pude discernirlo un poco, y el sentimiento de terror que les infundí. Mi estatura, mis largas vestiduras, el uso del mismo idioma les hicieron creer que yo era el dios de las arañas, y desde entonces me adoran. Y ved el beneficio de esta ilusión. Como las había acompañado con mucha atención y delicadeza, anotando en un libro las observaciones que hacía, presumieron que el libro era el registro de sus pecados, se fortalecieron aún más en la práctica de las virtudes. La flauta fue también un gran auxiliar. Como sabéis o debéis saber, la música las enloquece.

No bastaba agruparlas; era preciso darles un gobierno idóneo. Vacilé en la elección; muchas de las modalidades actuales me parecían buenas, algunas excelentes, pero todas tenían en contra el hecho de que existían. Me explico. Una forma vigente de gobierno quedaba expuesta a comparaciones que podían disminuirla. Me era preciso, o encontrar una forma nueva, o restaurar alguna otra abandonada. Naturalmente, adopté el segundo criterio, y nada me pareció más acertado que una república a la manera de Venecia, el mismo molde y hasta el mismo epíteto. Obsoleto, sin ninguna analogía, en sus rasgos generales, con cualquier otro gobierno vivo, tenía, por lo demás, la ventaja de un mecanismo complicado, lo que implicaba poner a prueba las aptitudes políticas de la joven sociedad.

Otro motivo determinó mi elección. Entre las diferentes modalidades electorales de la antigua Venecia, figuraba la de la bolsa y las bolas, empleada para iniciar a los hijos de la nobleza en el servicio del Estado. Se introducían las bolas con los nombres de los candidatos en el saco, y se extraía anualmente cierto número, quedando los elegidos aptos de inmediato para el ejercicio de las profesiones públicas. Este sistema hará reír a los doctores del sufragio; a mí, no. Excluye él los desvarios de la pasión, las desventajas de la inepticia, el congreso de la corrupción y la codicia. Pero no fue sólo por eso que lo acepté; tratándose de un pueblo tan eximio en el hilado de sus telas, el uso de la bolsa electoral era de fácil adopción.

La propuesta fue aceptada. Serenísima República, les pareció un título magnífico, rozagante, expansivo, adecuado para enaltecer la obra popular.

No diré, señores, que la obra llegó a la perfección, ni que allá llegué tan pronto. Mis discípulos no son los solaríos² de Campanella o los utopistas de Morus; forman un pueblo reciente, que no puede trepar de un salto a la sombra de las naciones seculares. Ni el tiempo es obrero que ceda a otro la lima o la alcotana; él hará más y mejor que las teorías del papel, válidas en el papel y mancas en la práctica. Lo que puedo aseguraros es que, no obstante las incertidumbres de la edad, ellos avanzan, contando con algunas virtudes que reputo esenciales a la duración de un Estado. Una de ellas, como ya dije, es la perseverancia, una larga paciencia de Penélope, según os demostraré.

En efecto, desde que comprendieron que en el acto electoral estaba la base de la vida pública, trataron de ejercerlo con la mayor atención. La fabricación de la bolsa fue una obra nacional. Era una bolsa de cinco pulgadas de altura y tres de ancho, tejida con los mejores hilos, obra sólida y espesa. Para componerla fueron aclamadas diez damas principales, que recibieron el título de madres de la república, además de otros privilegios y foros. Una obra prima, podéis creerlo. El proceso electoral es simple. Las bolas reciben los nombres de los candidatos que acreditaron ciertas condiciones, y son impresas por un oficial público, denominado "de las inscripciones". El día de la elección, las bolas son introducidas en la bolsa y extraídas por el oficial de las extracciones, hasta reunir el número de los elegidos. Esto que era un simple proceso inicial en la antigua Venecia, sirve aquí al aprovisionamiento de todos los cargos.

La elección se efectuó al principio con mucha regularidad; pero, poco después, uno de los legisladores declaró que ella había estado viciada, por haber sido incluidas en la bolsa dos bolas con el nombre del mismo candidato. La asamblea verificó la exactitud de la denuncia, y decretó que la bolsa, hasta allí de tres pulgadas de ancho, tuviese ahora dos; limitándose la capacidad de la bolsa, se restringiría el espacio para el fraude; era, se estimó, lo mismo que suprimirlo. Sucede, empero, que en la elección siguiente, un candidato no fue inscripto en la bola correspondiente, no se sabe si por descuido o por decisión del oficial público. Este declaró que no recordaba haber visto el ilustre candidato, pero agregó noblemente que no era imposible que él le hubiese facilitado su nombre; en este caso, no hubo exclusión, y sí distracción. La asamblea, frente a un hecho psicológico ineluctable, como es la distracción, no pudo castigar al oficial; pero, considerando que la estrechez de la bolsa podía dar lugar a exclusiones odiosas, revocó la ley anterior y restauró las tres pulgadas.

En ese ínterin, señores, falleció el primer magistrado, y tres ciudadanos se presentaron como candidatos al puesto, pero sólo dos impor-

² El protagonista se refiere a los habitantes de la *Ciudad del Sol*, obra magna del pensador italiano Tomás Campanella (1568-1639). (N. del T.).

tantes, Hazeroth y Magog, los propios jefes del partido rectilíneo y del partido curvilíneo, respectivamente. Debo explicaros estas denominaciones. Como ellas son principalmente geómetras, es la geometría la que las divide en política. Unas entienden que la araña debe hacer las telas con hilos rectos, son las del partido rectilíneo —otras piensan, al contrario, que las telas deben ser trabajadas con hilos curvos—; son las del partido curvilíneo. Hay, además, un tercer partido, mixto y central, con este postulado: las telas deben ser tramadas en hilos rectos e hilos curvos; es el partido recto-curvilíneo, que hizo tabla rasa de todos los principios litigantes, y propone el uso de unas telas tejidas con aire, obra transparente y leve en la que no hay líneas de especie alguna. Como la geometría era capaz de dividir las, sin llegar a apasionarlas, adoptaron un estatuto simbólico. Para unas, la línea recta expresa los buenos sentimientos, la justicia, la probidad, la entereza, la constancia, etc., mientras que los sentimientos malos o inferiores, como la adulación, el fraude, la deslealtad, la perfidia, son perfectamente curvos. Los adversarios responden que no, que la línea curva es la de la virtud y del saber, porque es la expresión de la modestia y de la humildad; al contrario, la ignorancia, la presunción, la necedad, la fanfarronería, son rectas, duramente rectas. El tercer partido, menos anguloso, menos exclusivista, desbastó la exageración de unos y otros, combinó los contrastes, y proclamó la simultaneidad de las líneas como la exacta copia del mundo físico y moral. El cuarto se limita a negar todo.

Ni Hazeroth ni Magog fueron elegidos. Sus bolas fueron extraídas de la bolsa, es cierto, pero fueron descalificadas, la del primero por faltarle la primera letra del nombre, la del segundo por faltarle la última. El nombre restante y triunfante era el de un argentario ambicioso, político oscuro, que se encaramó en seguida en el sillón ducal, para asombro general de la república. Pero los vencidos no se durmieron en los laureles del vencedor; exigieron una requisa. La requisa mostró que el oficial de las inscripciones había viciado intencionalmente la ortografía de sus nombres. El oficial confesó el defecto y la intención; pero los explicó diciendo que se trataba de una simple elipsis; delito, si lo era, puramente literario. No siendo posible perseguir a nadie por errores de ortografía o figuras de retórica, pareció acertado rever la ley. Ese mismo día quedó decretado que la bolsa sería confeccionada en un tejido de red, a través del cual las bolas podrían ser leídas por el público, e, *ipso facto*, por los mismos candidatos, quienes así tendrían tiempo de corregir las inscripciones.

Desgraciadamente, señores, el comentario de la ley es la eterna malicia. La misma puerta abierta a la lealtad sirvió a la astucia de un cierto Nabiga, que se conchabó con el oficial de las extracciones, para tener un lugar en la asamblea. La vacante era una, los candidatos tres; el oficial extrajo las bolas con los ojos en su cómplice, quien sólo dejó de

menear negativamente la cabeza cuando la bola extraída fue la suya. No era preciso más para condenar la idea de las redes. La asamblea, con ejemplar paciencia, restauró el tejido espeso del régimen anterior; pero, para evitar otras elipses, decretó que sólo serían válidas las bolas cuyas inscripciones fueran incorrectas en el caso de que cinco personas jurasen que el nombre inscripto era realmente el del candidato.

Este nuevo estatuto dio lugar a un suceso igualmente nuevo e imprevisible, como en seguida veréis. Se trató de elegir un recolector de contribuciones, funcionario encargado de cobrar las rentas públicas, bajo la forma de contribuciones voluntarias. Eran candidatos, entre otros, un cierto Caneca y un tal Nebraska. La bola extraída fue la de Nebraska. Estaba en malas condiciones, es verdad, ya que le faltaba la última letra; pero cinco testimonios juraron, en los términos de la ley, que el elegido era el propio y único Nebraska de la república. Todo parecía terminado, cuando el candidato Caneca requirió que se le dejara probar que la bola extraída no traía el nombre de Nebraska, sino el de él. El juez de paz difirió la petición. Vino entonces un filólogo —tal vez el primero de la república, además de buen metafísico, y no vulgar matemático— el cual probó la cosa en estos términos:

—En primer lugar, —dijo él—, debéis notar que no es fortuita la ausencia de la última letra del nombre de Nebraska. ¿Por qué motivo fue el inscrito de manera incompleta? No se puede decir que por fatiga o amor a la brevedad, pues sólo falta la última letra, una simple *a*. ¿Carencia de espacio? Tampoco, ved: hay aún espacio para dos o tres sílabas. En consecuencia, la falta es intencional, y la intención no puede ser otra que la de llamar la atención del lector sobre la letra, última a ser escrita, desamparada, soltera, sin sentido. Pues bien, por un efecto mental, que ninguna ley destruyó, la letra se reproduce en el cerebro de dos modos, en forma gráfica, y en forma sonora; *k* y *ca*. La falla, pues, en el nombre escrito, atrayendo los ojos sobre la letra final, incrusta de inmediato en el cerebro esta primera sílaba: *Ca*. Teniendo esto en cuenta, el movimiento natural de espíritu es leer el nombre completo; se vuelve así al principio, a la inicial *ne*, del nombre *Nebrask-Cane*. Resta la sílaba del medio, *bras*, cuya reducción a esta otra sílaba *ca*, última del nombre *Caneca*, es la cosa más demostrable del mundo. Y, sin embargo, no la demostraré, ya que os falta la preparación necesaria para el justo entendimiento de la significación espiritual o filosófica de la sílaba, sus orígenes y efectos, etapas, modificaciones, consecuencias lógicas y sintácticas, deductivas o inductivas, simbólicas y otras. Pero, supuesta la demostración, ahí queda la última prueba, evidente, clara, de mi afirmación primera por la anexión de la sílaba *ca* a las dos *Cane*, dando por resultado el nombre *Caneca*.

La ley fue enmendada, señores, quedando abolida la facultad de la prueba testimonial e interpretativa de los textos e introduciéndose una

innovación: el corte simultáneo de media pulgada en la altura y otra media en la anchura de la bolsa. Esta enmienda no impidió un pequeño abuso en la elección de dos alcaldes, y a la bolsa le fueron restituidas sus primitivas dimensiones, dándole, sin embargo, forma triangular. Comprenderéis que esta forma acarreaba una consecuencia: quedaban muchas bolas en el fondo. De allí que se adoptara la forma cilíndrica; más tarde se le dio el aspecto de una ampolleta, cuyo inconveniente, según se reconoció, consistía en que era igual al triángulo, y entonces se adoptó la forma de un cuarto lunar creciente, etcétera. Muchos abusos, descuidos y lagunas tienden a desaparecer, y el resto tendrá igual destino, no completamente, es cierto, pues la perfección no es de este mundo, pero en la medida y en los términos del consejo de uno de los más circunspectos ciudadanos de mi república, Erasmus, cuyo último discurso lamento no poder ofreceros íntegramente. Encargado de notificar la última resolución legislativa a las diez damas, incumbidas de tejer la bolsa electoral, Erasmus les contó la fábula de Penélope, que hacía y deshacía la famosa tela, a la espera del esposo Ulises.

—Vosotras sois la Penélope de nuestra república, —dijo él al terminar—; tenéis la misma castidad, paciencia y talentos. Rehaced la bolsa, amigas mías, rehaced la bolsa, hasta que Ulises, cansado de vagar, venga a ocupar entre nosotros el lugar que le cabe. Ulises es la Sapiencia.

EL ESPEJO

ESBOZO DE UNA TEORIA DEL ALMA HUMANA

CUATRO o cinco caballeros debatían, una noche, varias cuestiones de gran trascendencia, sin que la disparidad de los pareceres alterase en nada los espíritus. La casa donde esto ocurría quedaba en la colina de Santa Teresa, la habitación era pequeña; iluminada por velas cuya luz se fundía misteriosamente con el resplandor de la luna llegado desde afuera. Entre la ciudad, con su ajeteo y sus aventuras, y el cielo, en el que las estrellas pestañeaban, a través de una atmósfera límpida y apacible, estaban nuestros cuatro o cinco indagadores de cuestiones metafísicas, resolviendo amigablemente los más arduos problemas del universo.

¿Por qué cuatro o cinco? Rigurosamente, eran cuatro los que hablaban; pero, además de ellos, había en la habitación un quinto personaje, callado, pensativo, que cabeceaba de a ratos, cuyo aporte al debate no pasaba de uno u otro gruñido de aprobación. Este hombre tenía la misma edad que sus compañeros, entre cuarenta y cincuenta años, era provinciano y vivía en la capital; inteligente y no sin instrucción, era según parece, astuto y cáustico. No discutía nunca; y defendía su abstención de toda polémica con una paradoja, diciendo que la discusión es la forma sofisticada que tomó el instinto de agresión, que yace en el hombre, como una herencia bestial; y agregaba que serafines y querubines jamás polemizaban por nada, siendo, por eso, los arquetipos de la perfección espiritual y eterna. Como diera esta misma respuesta aquella noche, la rechazó uno de los presentes, y lo desafió a demostrar lo que decía. Jacobina (así se llamaba él) reflexionó un instante, y respondió:

—Pensándolo bien, tal vez el señor tiene razón.

Así fue como, en medio de la noche, a este testarudo se le ocurrió tomar la palabra, y no dos o tres minutos, sino, como veremos, treinta o cuarenta. Cuando iba promediando, la conversación recayó sobre la

naturaleza del alma, punto que dividió radicalmente a los cuatro amigos. Cada cabeza, cada frase discordaba con las demás, de modo que no sólo el acuerdo sino incluso la propia discusión, se hizo no difícil, sino imposible, por la multiplicidad de cuestiones que se dedujeron del tronco principal, y en parte, tal vez, por la inconsistencia de los pareceres. Fue entonces cuando uno de los argumentadores le pidió a Jacobina alguna opinión —una conjetura, al menos—.

Ni conjeturas, ni opinión, respondió él; una u otra pueden dar lugar a la disensión y, como saben, yo no discuto. Pero, si quieren oírme callados, puedo contarles un episodio de mi vida, en el que resalta la más clara demostración acerca de la cuestión en debate. En primer lugar, no hay una sola alma, sino dos. . .

—¿Dos?

—Nada menos que dos almas. Cada criatura trae dos almas consigo: una que mira de adentro hacia afuera; otra que mira de afuera hacia adentro. . . Sorpréndase a gusto; pueden quedar boquiabiertos, dar de hombros, todo lo que se les ocurra; no admito réplica. Si me replican, termino mi cigarro y me voy a dormir. El alma exterior puede ser un espíritu, un fluido, un hombre, muchos hombres, un objeto, una operación. Hay casos, por ejemplo, en que un simple botón de camisa es el alma exterior de una persona —de igual modo la polca, el tresillo, un libro, una máquina, un par de botas, una cavatina, un tambor, etc.—. Está claro que la función de esa segunda alma es transmitir la vida, al igual que la primera; las dos completan al hombre, que es, metafísicamente hablando, una naranja. Quien pierde una de las mitades pierde, naturalmente, mitad de la existencia. Shylock, por ejemplo. El alma exterior de aquel judío eran sus ducados; perderlos equivalía a morir. “No volveré a ver mi oro, dijo él a Tubal; *es un puñal que me entierras en el corazón*”. Deténganse en esta frase; la pérdida de los ducados, alma exterior, significaba la muerte para él. Ahora bien, corresponde aclarar que el alma exterior no siempre es la misma. . .

— . . ¿No?

—No, señor; cambia de naturaleza y de estado. No aludo a ciertas almas absorbentes, como la patria, con la cual dijo Camões que moría¹, el poder, que fue el alma exterior de César y Cromwell. Son almas enérgicas y exclusivas; pero otras hay, que aunque enérgicas, son de naturaleza cambiante. Hay caballeros por ejemplo, cuya alma exterior, en los primeros años, fue un cencerro o un caballito de madera, y más tarde una cofradía, por decir algo. Yo mismo conozco una señora —en verdad, gentilísima—, que cambia de alma exterior cinco, seis veces

¹ Luis Vaz de Camões (1525-1580), el más grande de los poetas épicos portugueses, autor de *Os Lusíadas*. Según la leyenda, en 1580, sabiéndose ya al borde de la muerte y viendo a su patria avasallada por España, habría dicho: “En suma, mi vida se apagará y verán que fue tal mi apego a la patria que no me bastó morir en ella, sino con ella”. (N. del T.).

por año. Durante la temporada lírica es la ópera; cuando la temporada termina, esa alma exterior es reemplazada por otra: un concierto, un baile del casino, la *Rua do Ouvidor*, Petrópolis. . .

—Perdón; ¿quién es esa señora?

—Esa señora es parienta del diablo, y tiene su mismo nombre: se llama Legión. . . Y como éste, hay muchos casos más. Incluso en mí han llegado a tener lugar tales cambios. No me detengo en ellos, porque relatárselos llevaría mucho tiempo; me restrinjo al episodio del que les hablé. Ocurrió cuando yo tenía veinticinco años. . .

Los cuatro compañeros, deseosos de oír lo sucedido, olvidaron la controversia. ¡Santa curiosidad! Tú no sólo eres el alma de la civilización, eres también el fruto de la concordia, fruto divino, de muy distinto sabor que aquel fruto de la mitología. La habitación, agitada hasta allí por la física y la metafísica, es ahora un mar muerto; todos los ojos están fijos en Jacobina, que empareja la punta de su cigarro, reagrupando los recuerdos. He aquí como fue la narración:

—Yo tenía veinticinco años, era pobre y acababa de ser nombrado alférez de la guardia nacional. No se imaginan el revuelo que provocó la noticia en mi casa. ¡Mi madre se sintió tan orgullosa! ¡Tan contenta! Me llamaba su alférez. Primos, tíos, en todos la alegría fue pura y sincera. En el pueblo donde vivíamos, hay que decirlo, hubo algunos resentidos; llanto y castañeteo de dientes, como en la Escritura; y el motivo no fue otro que el hecho de que, siendo grande la cantidad de aspirantes al cargo, hubo muchos perdedores. Supongo, además, que una parte del disgusto fue enteramente gratuita: la provocó el hecho de que haya sido yo el distinguido. Me acuerdo de algunos muchachos, con quienes solía encontrarme, que durante algún tiempo me miraron mal. En compensación, hubo muchas personas que se sintieron satisfechas con el nombramiento; y la prueba es que el uniforme completo me fue obsequiado por amigos. . . Sucedió entonces que una de mis tías, doña Marcolina, viuda del capitán Peçanha, que vivía a muchas leguas de mi pueblo, en un sitio apartado y solitario, quiso verme, y pidió que yo fuese a visitarla y llevase el uniforme. Viajé acompañado por un paje, que días después regresó al pueblo, porque tía Marcolina, apenas me tuvo con ella en su chacra, escribió a mi madre diciéndole que no me dejaría partir antes de un mes, por lo menos. ¡Y cómo me abrazaba! Ella también me llamaba su alférez. Me decía que yo era un lindo muchacho. Como le gustaba gastar bromas, llegó a confesarme que envidiaba a la muchacha que habría de ser mi mujer. Juraba que en toda la provincia no había otro que pudiese compararse conmigo. Y siempre llamándome alférez de acá, alférez de allá, alférez en todo momento. Yo le pedía que me llamase Juancito, como antes; y ella sacudía la cabeza, exclamando que de ninguna manera, que era el “señor alférez”. Un cuñado suyo, hermano del finado Peçanha, que allí vivía, no me

llamaba de otro modo. Era el "señor alférez", no en broma, sino en serio, y delante de los esclavos, quienes naturalmente también terminaron llamándome así. En la mesa yo tenía reservado el mejor lugar, y era el primero en ser servido. No se lo pueden imaginar. Con decirles que el entusiasmo de tía Marcolina llegó al punto de colocar en mi cuarto un gran espejo, obra rica y magnífica, que desentonaba del resto de la casa, cuyo moblaje era modesto y sencillo. . . Era un espejo que le había dado la madrina, y que ésta había heredado de su madre, quien lo había comprado a una de las hidalgas venidas en 1808 con la corte de Don Juan VI ². No sé qué había en eso de verdad; pero era lo que se decía. Naturalmente, el espejo estaba muy viejo; pero se veía en él todavía el oro, carcomido en parte por el tiempo, unos delfines esculpidos en los ángulos superiores del marco, unos adornos de madreperla y otros caprichos del artista. Todo viejo pero bueno. . .

—¿Era un espejo grande?

—Sí. Y cedérmelo fue, como les digo, una enorme gentileza porque el espejo estaba en el comedor; era la mejor pieza de la casa. Pero no hubo forma de hacerle cambiar de idea a tía Marcolina; decía que cómo se me ocurría, que era sólo por algunas semanas, y finalmente, que el "señor alférez" merecía mucho más. Lo cierto es que todas esas cosas, cariños, atenciones, obsequios, produjeron en mí una transformación, que mis naturales sentimientos juveniles contribuyeron a fortalecer y a desarrollar. ¿Alcanzan a comprenderme, verdad?

—No.

—El alférez eliminó al hombre. Durante algunos días las dos naturalezas se equilibraron; pero no fue necesario mucho tiempo, para que la primitiva cediese a la otra; restó en mí una parte mínima de humanidad. Ocurrió entonces que el alma exterior, que era antes el sol, el campo, los ojos de las muchachas, cambió de naturaleza, y pasó a ser la cortesía y las adulaciones de la casa, todo lo que me hablaba de mi cargo, nada de lo que me hablaba del hombre. La única parte del ciudadano que restó en mí fue aquella que tenía que ver con mi reciente nombramiento; la otra se desvaneció en el aire y en el pasado. ¿Les cuesta creerlo, verdad?

—Hasta me cuesta entenderlo —respondió uno de los oyentes.

—Ya lo entenderás. Los hechos explicarán mejor los sentimientos; los hechos son todo. La mejor definición del amor no vale un beso de la muchacha enamorada; y si bien recuerdo, fue un filósofo de la antigüedad quien demostró el movimiento andando. Vamos a los hechos. Vamos a ver cómo, al mismo tiempo que la conciencia del hombre se

² Don Juan VI, rey de Portugal, vio su país invadido por las guerras napoleónicas en 1807. Partió entonces hacia el Brasil, donde estableció su corte hasta 1821, fecha en la que regresó a Portugal. Hijo suyo fue Pedro I, quien proclamó al año siguiente la independencia del Brasil. (N. del T.).

obliteraba, la del alférez ganaba en vida e intensidad. Los dolores humanos, las alegrías humanas sólo eran eso, apenas despertaban en mí una compasión apática o una sonrisa forzada. Al cabo de tres semanas, era otro, totalmente otro. Era exclusivamente alférez. Pues bien, un día tía Marcolina recibió una noticia grave; una de sus hijas, casada con un labrador residente a cinco leguas de allí, estaba mal y al borde de la muerte. ¡Adiós, sobrino, adiós alférez! Era una madre dedicada, quiso viajar en seguida, le pidió al cuñado que la acompañara, y a mí que me hiciese cargo de la chacra. Creo que, si no fuese por la angustia que la dominaba, hubiera decidido lo contrario: dejar al cuñado e ir conmigo. Pero lo cierto es que me quedé solo, con los pocos esclavos de la casa. Les confieso que de inmediato sentí una gran opresión, algo parecido al efecto de cuatro paredes carcelarias, súbitamente alzadas a mi alrededor. Era el alma exterior que se retraía; reducida ahora a algunos espíritus imbecilizados. El alférez seguía predominando en mí, aunque su vida fuese menos intensa, y la conciencia más débil. Los esclavos ponían una nota de humildad en sus cortesías, que de cierta manera compensaba el afecto de los parientes y la intimidad doméstica interrumpida. Advertí que ya esa misma noche redoblaron su respeto, su alegría, sus atenciones. Patroncito alférez, a cada minuto. El patroncito alférez es muy buen mozo; el patroncito alférez va a ser coronel; el patroncito alférez se va a casar con una mujer bonita, hija de general; un concierto de elogios y profecías, que me dejó extático. ¡Ah, pérfidos! qué iba a sospechar yo la secreta intención de aquellos malvados.

—¿Querían matarlo?

—Ojalá hubiera sido eso.

—¿Algo peor?

—Escúchenme. A la mañana siguiente me encontré solo. Los bellacos, inducidos por alguien para mí desconocido, o por propia iniciativa, habían resuelto huir durante la noche; y así lo hicieron. Me encontré solo, sin nadie, entre cuatro paredes, ante la chacra vacía y el campo abandonado. Ni un suspiro humano. Recorrí toda la propiedad, la *senzala*³, todo; nada, nadie, ni siquiera un chiquilín. Gallos y gallinas, apenas, un par de mulas, que filosofaban la vida, sacudiéndose las moscas con la cola, y tres bueyes. Hasta los perros se llevaron los esclavos, ni una sola persona. ¿Les parece que esto era mejor que haber muerto? Era peor. No por miedo; les juro que no tenía miedo; no me faltaba alguna osadía por entonces, tal es así que no sentí nada, durante las primeras horas. Me puse triste por el daño que aquello significaba para tía Marcolina; también me sentí un poco perplejo, no sabiendo si debía ir a su encuentro para darle la triste noticia, o quedarme cui-

³ Así se llamó, en el siglo pasado, al galpón que servía de vivienda a los esclavos que trabajaban en las chacras y haciendas del Brasil. (N. del T.).

dando la casa. Opté por lo segundo, para no abandonar la propiedad, y porque pensé que si mi prima enferma estaba mal, yo sólo lograría acrecentar el dolor de la madre, sin poder hacer nada; finalmente, esperé que el hermano del tío Peçanha volviese aquel día o al siguiente ya que hacía treinta y seis horas que había salido. Pero la mañana transcurrió sin que hubiese el menor rastro de él; y por la tarde empecé a sentirme como una persona que ha perdido toda sensibilidad y no tuviese conciencia de la acción muscular. El hermano del tío Peçanha no volvió aquel día, ni al siguiente, ni en toda aquella semana. Mi soledad tomó proporciones descomunales. Nunca los días fueron más largos, nunca el sol abrasó la tierra con una obstinación tan agotadora. Las horas sonaban de siglo en siglo, en el viejo reloj del comedor, cuyo péndulo, *tic-tac*, *tic-tac*, me hería el alma interior, como un capirotazo continuo de la eternidad. Cuando muchos años después, leí una poesía norteamericana, creo que de Longfellow, y di con este famoso estribillo: *¡Never, for ever! - ¡For ever, never!* les confieso que me recorrió un escalofrío: recordé aquellos días terribles. Era justamente eso lo que decía el reloj de tía Marcolina: *¡Never, for ever! - ¡For ever, never!* No eran golpes de péndulo, era un diálogo del abismo, un susurro de la nada. ¡Y de noche, ni les cuento! No que la noche fuese más silenciosa. El silencio era el mismo que de día. Pero la noche era la sombra, era la soledad aún más estrecha o más ancha. *Tic-tac, tic-tac*. Nadie en las habitaciones, en el balcón, en los pasillos, en ninguna parte... ¿Se ríen?

—Bueno, pareciera que algo de miedo tenía.

—¡Pero no! ¡Ojalá hubiese podido tener miedo! Hubiera sido una prueba de que estaba vivo. Pero lo característico de aquella situación es que yo no podía siquiera tener miedo, o sea, lo que comúnmente se entiende por miedo. Lo que tenía era una sensación inexplicable. Parecía un difunto caminando, un sonámbulo, un muñeco mecánico. Cuando dormía, era otra cosa. El sueño me aliviaba, no porque sea, como vulgarmente se dice, hermano de la muerte, sino por otra razón. Creo que puedo explicar así ese fenómeno: el sueño, al eliminar la necesidad de un alma exterior, dejaba actuar al alma interior. En los sueños, vestía mi uniforme, orgullosamente, en medio de la familia y de los amigos, que elogiaban mi garbo, que me llamaban alférez; venía un amigo de familia y me prometía el puesto de teniente, otro el de capitán o mayor; y todo eso me hacía vivir. Pero cuando despertaba, en pleno día, se desvanecía con el sueño, la conciencia de mi ser nuevo y único, porque el alma interior perdía la acción exclusiva, y quedaba sometida a la otra, que se empecinaba en no volver... No volvía. Yo salía afuera, miraba hacia un lado y hacia otro, a ver si descubría alguna señal de regreso. *Soeur Anne, soeur Anne ne vois-tu rien venir?* Nada, absolutamente nada; tal como reza la sentencia francesa. Nada más que el

polvo del camino y el pastizal de las colinas. Volvía adentro, nervioso, desesperado, me estiraba en el canapé del comedor. *Tic-tac, tic-tac*. Me incorporaba, pascaba, tamborileaba en los cristales de la ventana, silbaba. En una oportunidad pensé en escribir algo, un artículo político, una novela, una oda; no elegí nada preciso; me senté y garabateé en el papel algunas palabras y frases sueltas, para trabajarlas estilísticamente después. Pero el estilo, como tía Marcolina, se demoraba en venir. *Soeur Anne, soeur Anne*. . . Nada. Todo lo que lograba era ver cómo resplandecían la oscuridad de la tinta y la blancura del papel.

—¿Y qué comía?

—Comía mal, frutas, harina, conservas, algunas raíces tostadas al fuego, pero hubiera soportado todo alegremente, si no fuera por la terrible situación moral en que me encontraba. Recitaba versos, discursos, fragmentos latinos, liras de Gonzaga ⁴, octavas de Camões, décimas, una antología en treinta volúmenes. A veces hacía gimnasia; otras, me pellizcaba las piernas; pero el efecto era una sensación física de dolor o de cansancio, y nada más. Todo era silencio, un silencio vasto, enorme, infinito, apenas subrayado por el eterno *tic-tac* del péndulo. *Tic-tac, tic-tac*. . .

—La verdad, que era para volverse loco.

—Ahora escucharán algo peor. Conviene decirles que, desde que me quedé solo, no volví a ver una sola vez el espejo. No era una abstención deliberada, no tenía ningún motivo para ello; era un impulso inconsciente, un temor a encontrarme uno y dos, al mismo tiempo, en aquella casa solitaria; y si tal explicación es verdadera, nada prueba mejor la contradicción humana, porque al cabo de ocho días se me dio la ventolera de mirarme en el espejo, con el fin, justamente, de encontrarme dual. Miré y retrocedí. Hasta el vidrio parecía conjurado con el resto del universo; no me devolvió la figura nítida y entera, sino vaga, esfumada, difusa, sombra de sombra. La realidad de las leyes físicas no permite negar que el espejo me reprodujo textualmente, con los mismos contornos y facciones; así debía haber sido. Pero no fue esa mi sensación. Entonces, sí sentí miedo, atribuí el fenómeno a la excitación nerviosa con que andaba; temí quedarme allí más tiempo y enloquecer. —Me iré de aquí— me dije a mí mismo. Y alcé un brazo en un gesto de mal humor, y al mismo tiempo de decisión, mirando hacia el espejo; el gesto allí estaba, pero disperso, deshilachado, mutilado. . . Empecé a vestirme, mascullando cosas para mí mismo, tosiendo sin tos, sacudiéndome la ropa con estrépito, contrariado a fondo con los botones, buscando cualquier excusa para decir algo. De cuando en cuando, mi-

⁴ Tomás Gonzaga fue uno de los grandes poetas brasileños del siglo XVIII, su poema más renombrado "Marilia" lo ubica entre los maestros del movimiento llamado *bucolismo*, que enalteció la vida campestre, preludivando con ello el espíritu romántico que surgiría poco después. (N. del T.).

raba furtivamente hacia el espejo; la imagen seguía siendo el mismo manojo de líneas deshilachadas, la misma descomposición de contornos. . . Fui vistiéndome. Súbitamente, por una inspiración inexplicable, me acuerdo de. . . A que no son capaces de adivinar cuál fue mi idea. . .

—Díganos.

—Estaba mirándome en el espejo con una persistencia de desesperado, contemplando mis propias facciones derramadas e incompletas, una nube de líneas desarticuladas, informes, cuando se me ocurrió que. . . No, no son capaces de adivinarlo. . .

Bueno, dígallo de una vez, dígallo.

—Se me ocurrió ponerme el uniforme de alférez. Lo vestí, me apronté de arriba a abajo; y como estaba frente al espejo, levanté los ojos y. . . no se imaginan lo que vi; el espejo reprodujo entonces la figura íntegra; no faltaba ninguna línea, no había ningún contorno desdibujado; era yo mismo, el alférez, que encontraba, por fin el alma exterior. Esa alma que se había ausentado junto con la dueña de la chacra, dispersa y fugitiva como los esclavos, allí estaba recompuesta en el espejo. Imaginad un hombre que, poco a poco, emerge de un letargo, abre los ojos sin ver, lentamente empieza a discernir, distingue las personas de los objetos, pero no conoce individualmente unos ni otros; sabe, en suma, que éste es Fulano, aquél es Zutano; aquí hay una silla, allá un sofá. Todo vuelve a ser como antes del sueño. Tal fue lo que me ocurrió. Miraba el espejo, iba de un lado a otro, retrocedía, gesticulaba, sonreía, y el espejo expresaba todo. De allí en más, fui otro. Cada día, a cierta hora, me vestía de alférez, y me sentaba ante el espejo, leyendo, mirando, meditando, al cabo de dos o tres horas, volvía a desvestirme. Con este régimen pude atravesar, sin sentirlos, seis días más de soledad. . .

Cuando los otros volvieron en sí, el narrador ya había bajado las escaleras.

CLAUSULA TESTAMENTARIA

“... Y ES mi última voluntad que el cajón en que mi cuerpo haya de ser enterrado, sea fabricado en casa de Joaquín Soares, que vive en la Rua da Alfândega. Deseo que él sea informado acerca de esta disposición, que también será pública. Joaquín Soares no me conoce; pero es digno de la distinción, por ser uno de nuestros mejores artistas, y uno de los hombres más honrados de nuestra tierra...”

Se cumplió fielmente esta cláusula testamentaria. Joaquín Soares hizo el cajón en que fue introducido el cuerpo del pobre Nicolás B. de C.; lo fabricó él mismo, *con amore*; y, por fin, con un gesto cordial, pidió que se lo autorizara a no recibir ninguna remuneración. Se daba por bien pagado; el favor que le concediera el difunto era en sí mismo un premio insignic. Sólo deseaba una cosa: copia del texto original de la cláusula. Se la dieron; él mandó a enmarcarla y la colgó de un clavo, en el negocio. Los otros fabricantes de cajones, pasado el asombro, exclamaron que la disposición testamentaria era una desmesura. Felizmente —y esta es una de las ventajas de la organización social—, felizmente todas las demás clases entendieron que aquella mano, brotando del abismo para bendecir la de un obrero modesto, había practicado una acción rara y magnánima. Corría el año 1855; la población estaba más concentrada; no se habló de otra cosa. El nombre de Nicolás revoloteó durante muchos días en la imprenta de la corte, de donde pasó a las de las provincias. Pero la vida universal es tan variada, los sucesos se acumulan con tal intensidad, y con tal prontitud y, finalmente, la memoria de los hombres es tan frágil, que un día llegó en que la acción de Nicolás cayó totalmente en el olvido.

No vengo a restaurarla. Olvidar es una necesidad. La vida es una pizarra, en la que el destino, para escribir un nuevo episodio, tiene que borrar el anterior. Obra de tiza y esponja. No, no vengo a restaurarla. Hay millares de acciones tan hermosas y aún más hermosas que

la de Nicolás, que han sido devoradas por el olvido. Vengo a decir que la cláusula testamentaria no es un efecto sin causa; vengo a mostrar una de las mayores curiosidades mórbidas de este siglo.

Sí, lector amado, vamos a entrar en plena patología. Ese niño que ahí véis, a fines del siglo pasado (en 1855, cuando murió, tenía Nicolás sesenta y ocho años), ese niño no es un producto sano, no es un organismo perfecto. Al contrario, desde los más tiernos años, manifiesta mediante actos reiterados que hay en él algún vicio interior, alguna falla orgánica. No se puede explicar de otro modo la obstinación con que él corre a destruir los juguetes de los otros niños, no digo los que son iguales a los de él, o aun inferiores, sino los que son mejores o más costosos. Menos aún se comprende que, en los casos en que el juguete es único, o por lo menos inusual, el joven Nicolás consuele a la víctima con dos o tres puntapiés; nunca menos de uno. Todo esto es oscuro. Culpa del padre no puede ser. El padre era un honrado comerciante o comisario (la mayor parte de las personas a las que aquí se les da el nombre de comerciantes, decía el marqués de Lavradio, son nada más que simples comisarios), que vivió con cierto brillo, en el último cuarto del siglo, hombre ríspido, austero, que amonestaba al hijo y, cuando era necesario, lo castigaba. Pero ni las amonestaciones ni los castigos, servían de nada. El impulso interior de Nicolás era más eficaz que todos los bastones paternos; y, una o dos veces por semana, el pequeño reincidía en el mismo delito. Los disgustos de la familia eran profundos. Cierta vez llegó, incluso, a ocurrir algo que, por sus gravísimas consecuencias, merece ser contado.

El virrey, que era por entonces el conde de Resende, andaba preocupado por la necesidad de construir un muelle en la playa de Don Manuel. Esto, que sería hoy un simple episodio municipal, era en aquel tiempo, teniendo en cuenta las reducidas proporciones de la ciudad, una empresa importante. Pero el virrey no tenía recursos; los fondos públicos apenas podían cubrir las demandas ordinarias. Hombre de estado, y probablemente filósofo, engendró un expediente no menos suave que proficuo; distribuir a cambio de donativos pecuniarios, puestos de capitán, teniente y alférez. Divulgada la resolución, entendió el padre de Nicolás que era la ocasión propicia para figurar, sin peligro, en la galería militar del siglo, al mismo tiempo que con ello desmentía una doctrina brahamánica. De hecho, consta en las leyes de Manu, que de los brazos de Brahma nacieron los guerreros, y del vientre los agricultores y comerciantes; el padre de Nicolás, al adquirir el rango de capitán, enmendaba ese punto de la anatomía gentilicia. Otro comerciante, que con él competía en todo, si bien eran parientes y amigos, apenas se enteró del cargo que le fuera conferido, fue también a llevar su piedra al muelle. Desgraciadamente, el despacho por haberse retrasado algunos días, le sugirió un arbitrio de mal gusto y, en nuestro caso,

funesto; así fue que él pidió al virrey otro puesto de oficial del puerto (tal era el nombre dado a los agraciados por aquel motivo) para un hijo de siete años. El virrey vaciló pero el pretendiente, además de duplicar la donación, se empeñó a fondo en lograr lo que deseaba, y el niño fue nombrado alférez. Todo se cumplió en secreto; el padre de Nicolás sólo se enteró de lo ocurrido el domingo siguiente, en la Iglesia del Carmen, al ver a los dos, padre e hijo, siendo que el niño lucía un uniforme en el que, por gentileza, le habían enfundado el cuerpo. Nicolás que allí estaba también, se puso lívido, después llevado por un impulso, se arrojó sobre el joven alférez y le destrozó el uniforme, antes que los padres pudiesen socorrerlo. Fue un escándalo. La gritería del pueblo, la indignación de los devotos, las quejas del agredido, interrumpieron por algunos instantes las ceremonias eclesiásticas. Los padres intercambiaron algunas palabras afuera, en el atrio, y se separaron peleados para siempre.

—¡Este muchacho será nuestra perdición! —vociferaba el padre de Nicolás, en su casa, después del episodio.

Nicolás recibió entonces muchos golpes, soportó mucho dolor, lloró, sollozó; pero en su conducta nada cambió. Los juguetes de los otros niños no corrieron menores riesgos. Lo mismo ocurrió con las ropas. Los niños más ricos del barrio no salían a la calle sino con las más modestas vestimentas de entrecasa, único modo de escapar a las uñas de Nicolás. Con el transcurso del tiempo, extendió él su aversión a las caras, cuando eran bonitas o consideradas como tales. La calle donde el vivía contaba con un sinnúmero de caras lastimadas, arañadas, contusas. Las cosas llegaron a tal punto, que el padre resolvió encerrarlo en su casa durante tres o cuatro meses. Fue un paliativo y, como tal, excelente. Mientras duró la reclusión, Nicolás se mostró poco menos que angelical; excepción hecha de aquella inclinación mórbida, era tierno, dócil, obediente, amigo de la familia, puntual en las oraciones. Transcurridos los cuatro meses, el padre lo soltó; ya era hora de que se encargase de él un profesor de lectura y gramática.

—Déjemelo a mí, —dijo el profesor—; déjemelo a mí. Le aseguro que con esto (y señalaba el rebenque)... con esto se le van a ir las ganas de maltratar a los compañeros.

¡Frívolo! ¡Tres veces frívolo profesor! Sí, no hay duda que él logró resguardar la integridad de los niños hermosos y las ropas vistosas, reprimiendo decididamente las primeras embestidas del pobre Nicolás; pero ¿se logró acaso que él se curase de su mal? Al contrario, obligado a contenerse, a tragar sus impulsos, padecía el doble, se volvía más lívido, con reflejos de un verde bronce; en ciertos casos se veía obligado a poner los ojos en blanco o a cerrarlos para no reventar, decía. Por otro lado, si bien dejó de perseguir a los más atractivos o mejor vestidos, no perdonó a los que se mostraban más adelantados en el estudio; los

golpeaba, les quitaba los libros, y los arrojaba fuera de su alcance, a las playas o a las aguas costeras. Riñas, odios, tales eran los frutos de la vida, para él, además de los dolores crueles que padecía, y que la familia se empecinaba en no entender. Si agregamos que él no pudo estudiar nada en forma sostenida, sino a los trancos, y mal, como los vagabundos comen, nada fijo, nada metódico, habremos visto algunas de las dolorosas consecuencias del hecho mórbido, oculto y desconocido. El padre, que soñaba con ver a su hijo en la Universidad, sintiéndose obligado a estrangular también esa ilusión, estuvo a punto de maldecirlo; fue la madre quien lo salvó.

Partió un siglo, llegó otro; sin que desapareciera la lesión de Nicolás. Murió su padre en 1807 y su madre en 1809; su hermana se casó con un médico holandés trece meses después. Nicolás pasó a vivir solo. Tenía veintitrés años; era uno de los petimetres de la ciudad; pero un petimetre singular, que no podía toparse con ningún otro, ya fuese más favorecido de facciones, o portador de algún chaleco especial, sin que padeciese un dolor violento, tan violento que lo obligaba a veces a morderse el labio hasta hacerlo sangrar. Había ocasiones en que se tambaleaba; otras en que le corría por la comisura de la boca un hilo casi imperceptible de espuma. Y el resto no era menos cruel. Nicolás quedaba, entonces, ríspido; en su casa todo le molestaba, todo le resultaba incómodo, todo nauseabundo; hería la cabeza de los esclavos con los platos, que además terminaban rotos, y perseguía a los perros a patadas; no tenía un minuto de tranquilidad, no comía, o comía mal. Por fin se dormía; y menos mal que dormía. El sueño reparaba todo. Despertaba plácido y afable, con alma de patriarca, y besaba a los perros entre las orejas, dejándose lamer por ellos, dándoles lo mejor de sí, entablado con los esclavos relaciones más familiares y tiernas. Y todos, perros y esclavos, olvidaban los golpes de la víspera, y acudían a su llamado obedientes, enamorados, como si éste fuese el verdadero señor y no el otro.

Un día, en que estaba en casa de su hermana, le preguntó ésta por qué no seguía alguna carrera, algo que lo mantuviera ocupado, y...

—Tienes razón; voy a pensarlo —dijo él.

Intervino el cuñado y se manifestó a favor de un cargo en la diplomacia. El cuñado empezaba a sospechar que padecía alguna enfermedad y suponía que el cambio de clima bastaría para restablecerlo. Nicolás consiguió una carta de presentación, y fue a entrevistarse con el ministro de asuntos extranjeros. Lo encontró rodeado por algunos oficiales de la secretaría de su competencia, a punto de ir a la corte, a llevar la noticia de la segunda caída de Napoleón, noticia que llegara algunos minutos antes. La figura del ministro, las circunstancias del momento, las reverencias de los oficiales, todo eso produjo tal impacto en el corazón de Nicolás, que él no pudo encarar al ministro. Se empeñó, seis

a ocho veces en levantar los ojos, y la única ocasión en que lo consiguió, se le pusieron tan bizcos, que no veía a nadie, o sólo una sombra, un bulto, que le lastimaba las pupilas, al mismo tiempo que sus facciones se iban poniendo verdes. Nicolás retrocedió, extendió la mano temblorosa hacia el repostero, y huyó.

—¡No quiero ser nada! —dijo él a la hermana, cuando llegó a su casa—; me quedo con ustedes y mis amigos.

Los amigos eran los muchachos más antipáticos de la ciudad, vulgares e insignificantes. Nicolás los había elegido intencionalmente. Vivir segregado de los más descollantes era para él un gran sacrificio; pero como tendría que padecer mucho más conviviendo con ellos, soportaba la situación. Esto demuestra que él tenía un cierto conocimiento empírico del mal y del paliativo. Lo cierto es que, con esos compañeros, desaparecían todas las perturbaciones fisiológicas de Nicolás. El los miraba sin empalidecer, sin bizquear, sin tambaleos, sin nada. Además, ellos no sólo le evitaban la natural irritabilidad, sino que también se empeñaban en hacerle la vida, si no grata, al menos tranquila; y para eso tenían para con él las mayores delicadezas del mundo, rodeándolo de actitudes serviles, o teñidas de una cierta familiaridad inferior. Nicolás amaba en general las naturalezas subalternas, como los enfermos aman la droga que les restituye la salud; las acariciaba paternalmente, las estimulaba abundante y cordialmente, les prestaba dinero, les ofrendaba caricias, les abría el alma. . . Llegó el día del grito de Ipiranga¹; Nicolás se metió en la política. En 1823, habremos de encontrarlo en la Constituyente. Ni qué decir del empeño con que él cumplió con las obligaciones contraídas. Integro, desinteresado, patriota, no ejercía gratuitamente esas virtudes públicas, sino a costa de grandes tempestades morales. Puede decirse, metafóricamente, que las tareas de la cámara le costaban sangre. Y no sólo porque los debates le parecían insostenibles, sino también porque le era difícil encarar a ciertos hombres, especialmente ciertos días. Montezuma, por ejemplo, le parecía engraido; Vergueiro, pesado, los Andradas, execrables. Cada discurso, no sólo de los principales oradores, sino también de los secundarios, era para Nicolás un verdadero suplicio. Y, no obstante, no faltaba a ninguno, siempre firme, puntual. Las votaciones nunca lo encontraron ausente; nunca su nombre sonó sin eco al hacerse oír en la augusta sala. Sea cual fuese la magnitud de su desesperación, sabía contenerse y poner la idea de la patria por sobre las necesidades personales de depararse un alivio. Tal vez aplaudiese *in petto* el decreto de la disolución. No lo afirmo pero hay buenas razones para creer que Nicolás, pese a las muestras exteriores, se sintió satisfecho al ver disuelta la asamblea. Y si esta conjuntura es verdadera no menos lo será la que sigue: que la deportación

¹ A orillas del río Ipiranga, Don Pedro I proclamó la independencia del Brasil el 7 de septiembre de 1822. (N. del T.).

de algunos de los líderes constituyentes, declarados enemigos públicos, vino a aguarle aquel placer. Nicolás que había padecido sus discursos, no padeció menos con el exilio, puesto que les acarreó cierto destaque. ¡Ah, por qué no lo habrán exiliado a él también!

—Te podrías casar, Nicolás, —le dijo la hermana.

—No tengo novia.

—Te consigo una ¿quieres?

Era un plan del marido. En opinión de éste, la molestia de Nicolás había sido descubierta; se trataba de una lombriz intestinal, que se nutría del dolor del paciente, o sea, de una secreción especial, producida ante la contemplación de ciertos hechos, situaciones o personas. Toda la cuestión consistía en matar la lombriz; pero no conociendo ninguna sustancia química adecuada para destruirla, restaba el recurso de impedir la secreción, ya que su eliminación acarrearía el mismo resultado. Por lo tanto, urgía casar a Nicolás, con alguna muchacha bonita y agraciada, separarlo del ajetreo ciudadano, alojarlo en alguna hacienda, adonde llevaría la mejor vajilla, los mejores muebles, los amigos más bajos, etcétera.

—Todas las mañanas, —prosiguió él—, recibirá Nicolás un diario que voy a mandar imprimir con el único fin de decirle las cosas más agradables del mundo, y decir las nominalmente, recordando sus modestos, pero proficuos trabajos en la Constituyente, y atribuyéndole muchas andanzas amorosas, expresiones brillantes y actitudes valerosas. Ya hablé con el almirante holandés y logré que consintiera en que, de vez en cuando fueran a visitar a Nicolás algunos de sus oficiales para decirle que no podían retornar a La Haya sin antes haber sentido el honor de contemplar a un ciudadano tan eminente y simpático, en quien se ven aunadas cualidades excepcionales y, de ordinario, excluyentes. En cuanto a ti, si pudieras lograr que alguna modista, la Gudín por ejemplo, diese el nombre de Nicolás a un sombrero o mantilla, ayudarias en mucho a la recuperación de tu hermano. Cartas amorosas anónimas, enviadas por correo, son un recurso eficaz. . . Pero empecemos por el principio, que es casarlo.

Nunca un plan fue ejecutado con mayor conciencia. La novia elegida era la más esbelta, o una de las más esbeltas de la capital. Los casó el propio obispo. Recluido en la estancia, lo acompañaron allí sólo algunos de sus amigos más triviales; se imprimió el diario, se le enviaron las cartas, se sobornó a las visitas. Durante tres meses todo anduvo a las mil maravillas. Pero la naturaleza empeñada en sorprender al hombre, mostró una vez más que ella posee imprevisibles. Uno de los medios de agradar a Nicolás era elogiar la belleza, la elegancia y las virtudes de su mujer; pero la molestia había avanzado y lo que parecía remedio excelente sólo contribuyó a agravar el mal. Nicolás, al cabo de algún tiempo, empezó a encontrar ociosos y excesivos tantos elogios

a su mujer, y eso bastaba para impacientarlo, y la impaciencia para producirle la fatal secreción. Parece que llegó al punto de no poder encargarla durante largos períodos, e incluso a mirarla con malos ojos; sobrevinieron algunos enfrentamientos que hubieran sido el principio de una separación, de no haber muerto ella poco después. El dolor de Nicolás fue profundo y verdadero; pero la cura se interrumpió en seguida, porque él volvió a Río de Janeiro, donde vamos a encontrarlo, tiempo después, entre los revolucionarios de 1831.

Si bien puede parecer temerario querer precisar las causas que llevaron a Nicolás al *Campo de la Aclamación*, la noche del 6 de abril, pienso que no andará lejos de la verdad quien suponga que —fue el razonamiento de un ateniense célebre y anónimo— tanto los que alababan como los que denigraban al emperador, habían colmado la paciencia de Nicolás. Ese hombre que inspiraba entusiasmos y odios, cuyo nombre era repetido donde quiera que Nicolás se encontrase, en la calle, en el teatro, en las casas que visitaba, se convirtió en una auténtica persecución mórbida, de allí el fervor con que él se incorporó al movimiento de 1831. La abdicación fue un alivio. Verdad es que la Regencia lo encontró al poco tiempo entre sus adversarios; y hay quien afirme que él se afilió al Partido Caramurú o Restaurador, cosa de la que no hay constancia. Lo cierto es que la vida pública de Nicolás cesó con la mayoría².

La enfermedad se había apoderado definitivamente del organismo. Nicolás, poco a poco, se iba enclaustrando en la soledad. No podía realizar ciertas visitas, frecuentar ciertas casas. El teatro apenas lograba distraerlo. Estaba tan agudizado el trastorno de sus órganos auditivos, que el ruido de los aplausos le producía dolores atroces. El entusiasmo de la población fluminense ante la famosa Candiani y la Merea, especialmente el que despertaba la Candiani, cuyo coche había sido arrastrado por algunos brazos humanos, obsequio tan insigne como no lo harían al propio Platón, ese entusiasmo, digo, fue una de las mayores mortificaciones ocasionadas a Nicolás. El llegó al punto de no ir más al teatro, de encontrar a la Candiani insoportable, y preferir la Norma de los organillos a la de la *prima donna*. No era por un patriotismo exagerado que le gustaba oír a João Cactano, en los primeros tiempos; pero al final, también lo abandonó, y casi lo mismo ocurrió con todos los teatros.

“¡Está perdido!” pensó el cuñado. “Si pudiéramos injertarle un intestino nuevo. . .”.

¿Cómo pensar en semejante absurdo? Estaba naturalmente perdido. Ya no bastaban las distracciones domésticas. Las tareas literarias a que se entregó, versos de familia, glosas celebratorias y odas políticas, no

² Machado de Assis se refiere al año 1832, momento en que Pedro II asumió como emperador la conducción del gobierno del Brasil. (N. del T.).

duraron mucho tiempo, y puede ser incluso que le hayan intensificado el mal. De hecho, un día, le pareció que esta ocupación era la cosa más ridícula del mundo, y los aplausos consagrados a Gonçalves Dias ³, por ejemplo, le dieron idea de un pueblo trivial y dominado por el mal gusto. Ese sentimiento literario, fruto de una lesión orgánica, terminó por volverse sobre la propia lesión, al punto de producir graves crisis, que lo tuvieron algún tiempo postrado. El cuñado aprovechó la oportunidad para desterrar de su casa todos los libros de cierto porte.

En cambio resulta menos explicable la desprolijidad con que pocos meses después empezó a vestirse. Educado en el culto de la elegancia, era un viejo cliente de Plum, uno de los principales sastres de la corte, y no pasaba un solo día sin que fuese a peinarse a Desmarais y Gérard, *coiffeurs de la cour*, en la *Rua do Ouvidor*. Parece que cierto día encontró demasiado soberbia esta denominación de peluqueros de la corte, y los castigó yendo a peinarse a lo de un barbero de quinta categoría. En cuanto al motivo que lo indujo a modificar sus hábitos en el atuendo repito que es enteramente oscuro, y a no ser por razones de edad, resulta inexplicable.

La despedida del cocinero es otro enigma. Nicolás, por insinuación del cuñado, que quería distraerlo, ofrecía dos cenas por semana; y los comensales eran unánimes en considerar que el cocinero de Nicolás descollaba por sobre todos los de la capital. Realmente, los platos eran buenos, algunos excelentes, pero el elogio era un tanto enfático, excesivo, con el propósito, justamente, de complacer a Nicolás, y así fue durante un tiempo. ¿Cómo entender, empero, que un domingo, terminada la cena, que había sido magnífica, despidiese él a un varón tan insigne, causa indirecta de algunos de sus momentos más deliciosos en la tierra? Misterio impenetrable.

—¡Era un ladrón! — fue la respuesta que le dio al cuñado.

Ni los esfuerzos de éste ni los de la hermana y de los amigos, ni los bienes, nada mejoró a nuestro triste Nicolás. La secreción intestinal se hizo crónica, y la lombriz se había multiplicado infinitamente, teoría que no sé si es verdadera, pero que era, al fin de cuentas, la del cuñado. Los últimos años fueron cuentosos. Casi se podría jurar que él vivió entonces, con el cutis continuamente verdoso, irritado, con los ojos bizcos, padeciendo para sus adentros mucho más de lo que hacía sufrir a quienes lo rodeaban. La cosa más ínfima o la más tremenda le trituraba por igual los nervios: un buen discurso, un artista hábil, un carruaje, una corbata, un soneto, un dicho, un sueño interesante, todo le provocaba una crisis.

¿Habría querido dejarse morir? Así podría suponérselo, al ver la impasibilidad con que rechazó los remedios de los principales médicos de

³ Demás está decir que Gonçalves Dias (1823-1864) fue uno de los mejores poetas del Brasil. (N. del T.).

de la corte; fue necesario recurrir a la simulación, y administrarlos, por fin como recetados por un ignorante de la época. Pero ya era tarde. La muerte se lo llevó al cabo de dos semanas.

—¿Joaquín Soares? —vociferó atónito el cuñado, al enterarse de la cláusula testamentaria del difunto que ordenaba que el cajón fuese fabricado por el susodicho. Pero los cajones de ese hombre son de pésima calidad, y . . .

—¡Paciencia! —lo interrumpió su mujer—; la voluntad de mi hermano ha de cumplirse.

HISTORIAS SIN FECHA

LA IGLESIA DEL DIABLO

CAPITULO I

DE UNA IDEA MIRIFICA

CUENTA un viejo manuscrito benedictino que el Diablo, cierto día, tuvo la idea de fundar una iglesia. Si bien sus lucros eran continuos y cuantiosos, lo humillaba el papel solitario que ejercía desde hacía siglos, sin organización, sin reglas, sin cánones, sin ritual, sin nada. Vivía, por así decir, de los remanentes divinos, de los descuidos y obsequios humanos. Nada fijo, nada regular. ¿Por qué no podía tener él también su iglesia? Una iglesia del Diablo era el medio eficaz para combatir a las otras religiones, y destruirlas de una buena vez.

—Construiré, pues, una iglesia —concluyó él—. Escritura contra Escritura, breviario contra breviario. Tendré mi misa, con vino y pan abundantes, mis prédicas, bulas, novenas y todo el aparato eclesiástico restante. Mi credo será el núcleo universal de los espíritus, mi iglesia una tienda de Abraham. Y además, mientras las restantes religiones se combaten y dividen, mi iglesia será única; no tendré frente a mí ni a Mahoma, ni a Lutero. Hay muchos modos de afirmar; hay uno solo de negarlo todo.

Al decir esto, el Diablo sacudió la cabeza y extendió los brazos, con un gesto magnífico y varonil. Luego se acordó de ir a ver a Dios para comunicarle la idea, y desafiarlo; alzó los ojos, encendidos de odio, ásperos de venganza, y se dijo a sí mismo: —Vamos, ya es hora—. Y rápido, sacudiendo las alas, con tal estruendo que estremeció todas las provincias del abismo, arrancó de la sombra hacia el infinito azul.

CAPITULO II

ENTRE DIOS Y EL DIABLO

Dios recogía a un anciano, cuando el Diablo llegó al cielo. Los serafines que rodeaban como guirnaldas al recién llegado, le cerraron el paso en-

seguida, y el Diablo se dejó estar a la entrada con los ojos puestos en el Señor.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó éste.

—No vengo por vuestro siervo Fausto, —respondió el Diablo riendo—, sino por todos los Faustos del siglo y de los siglos.

—Explicate.

—Señor, la explicación es fácil; pero permitidme que os sugiera: recoged primero a ese buen viejo; dadle el mejor lugar, ordenad que las más afinadas cítaras y laúdes lo reciban con los coros más divinos. . .

—¿Sabes lo que él ha hecho? —preguntó el Señor, con los ojos llenos de dulzura.

—No, pero probablemente es uno de los últimos que vendrán a vuestro Reino. No falta mucho para que el cielo se transforme en algo parecido a una casa deshabitada, a causa del precio, que es alto. Voy a edificar una hostería barata; en dos palabras, voy a fundar una iglesia. Estoy cansado de mi desorganización, de mi reinado casual y adventicio. Ya es hora de obtener la victoria final y completa. De modo que vine a deciros esto, con lealtad, para que no me acuséis de simulador. . . Buena idea, ¿verdad?

—Viniste a decirla, no a legitimarla, —advirtió el Señor.

—Tenéis razón, —dijo el Diablo—; pero el amor propio se complace en oír el aplauso de los maestros. Ciertamente es que en este caso sería el aplauso de un maestro vencido, y tamaña exigencia. . . Señor, desciende a la tierra; voy a colocar mi piedra fundamental.

—Ve.

—¿Deseáis que venga a anunciaros el remate de la obra?

—No es necesario; basta con que me digas, desde ya, por qué motivo, cansado hace tanto de tu desorganización, sólo ahora piensas en fundar una iglesia.

El Diablo sonrió con cierto aire de escarnio y triunfo. Palpitaba en su espíritu alguna idea cruel, algún secreto mordaz en la alforja de la memoria, algo que, en ese breve instante de eternidad, lo hacía creerse superior al propio Dios. Pero, disimuló la risa, y dijo:

—Recién ahora concluí una observación, comenzada hace algunos siglos, y es que las virtudes, hijas del cielo, son en gran número comparables a reinas cuyo manto de terciopelo rematase en franjas de algodón. Pues bien, yo me propongo atraparlas por esa franja y atraerlas a todas a mi iglesia; tras ellas vendrán las de seda pura. . .

—¡Viejo retórico! —murmuró el Señor.

—Fijaos bien. Muchos cuerpos que se arrodillan a vuestros pies, en los templos del mundo, traen los miriñaques del salón y la calle, los rostros cubiertos por el mismo polvo, los pañuelos empapados en las mismas fragancias, las pupilas centelleantes de curiosidad y devoción entre el libro santo y el bigote del pecado. Ved el ardor —la indiferencia al

menos—, con que ese caballero transforma en promoción periodística los beneficios que liberalmente distribuye — ya sean ropas o calzado o monedas, o cualesquiera de esas materias necesarias a la vida... Pero no quiero parecer interesado en menudencias; no hablo, por ejemplo, de la placidez con que este juez de hermandad, en las procesiones, carga piadosamente al pecho vuestro amor y una recomendación... Apunto a cuestiones de más envergadura...

En eso los serafines agitaron las alas pesadas de hastío y sueño. Miguel y Gabriel dirigieron al Señor una mirada suplicante. Dios interrumpió al Diablo.

—Eres vulgar, que es lo peor que puede sucederle a un espíritu de tu especie, dijo el Señor. Todo lo que dices o digas está dicho y redicho por los moralistas del mundo. Es un asunto gastado; si no tienes fuerza ni originalidad para renovar un asunto agotado, lo mejor será que te calles y te retires. Mira: todas mis legiones muestran en el rostro las señales vivas del tedio que les provocas. Hasta ese mismo anciano de quien te hablé parece harto; ¿y sabes tú lo que él hizo?

—Ya os dije que no.

—Después de una vida honesta, tuvo una muerte sublime. Sorprendido por un naufragio, iba a salvarse aferrándose a un madero; pero vio una pareja de novios, en la flor de la vida, que ya se debatía con la muerte; les dio la tabla de la salvación y se hundió en la eternidad. Ningún testigo: el agua y por sobre la cabeza el cielo. ¿Dónde ves aquí la franja de algodón?

—Señor, yo soy, como sabéis, el espíritu que niega.

—¿Niegas esta muerte?

—Niego todo. La misantropía puede tomar la forma de la caridad; dejar la vida a los demás, para un misántropo, equivale a odiarlos...

—¡Retórico y sutil! —exclamó el Señor—. Anda; anda, funda tu iglesia; llama a todas las virtudes, recoge cuantas franjas haya, convoca a todos los hombres... ¡Vamos, anda! ¡anda!

Inútilmente intentó el Diablo decir algo más. Dios le había impuesto silencio; los serafines, ante una señal divina, llenaron el cielo con las armonías de sus cánticos. El Diablo sintió, de repente, que estaba en el aire; dobló sus alas y, como un rayo, cayó en la tierra.

CAPITULO III

LA BUENA NUEVA A LOS HOMBRES

Una vez en la tierra, el Diablo no perdió un minuto. Se apresuró a vestir la cogulla benedictina, como hábito de buena fama, y entró a propagar una doctrina nueva y extraordinaria, con su voz que retum-

baba en las entrañas del siglo. Prometía a sus discípulos y fieles las delicias de la tierra, todas las glorias, los deleites más íntimos. Confesaba que era el Diablo; pero lo confesaba para rectificar la noción que los hombres tenían de él y desmentir las historias que a su respecto contaban las viejas beatas.

—Sí, soy el Diablo, —repetía él—; no el Diablo de las noches sulfúreas, de los cuentos somníferos, terror de los niños, sino el Diablo verdadero y único, el propio genio de la naturaleza, al que se dio aquel nombre para apartarlo del corazón de los hombres. Vedme gentil y airoso. Soy vuestro verdadero padre. Animaos; tomad aquel nombre, inventado para mi descrédito, haced de él un trofeo y un lábaro, y yo os daré todo, todo, todo, todo, todo, todo. . .

Así se expresaba, al principio, para excitar el entusiasmo, alertar a los indiferentes, congregar, en suma, las multitudes a su alrededor. Y ellas acudieron; y apenas acudieron, el Diablo pasó a definir la doctrina. La doctrina era lo que podía ser en boca de un espíritu de negación. Esto en cuanto a la substancia, porque acerca de la forma, era unas voces sutil, otras cínica y descarada.

Sostenía él que las virtudes aceptadas debían ser sustituidas por otras, que eran las naturales y legítimas. La soberbia, la lujuria, la pereza fueron rehabilitadas, y del mismo modo la avaricia, a la que él caracterizó como la madre de la economía, con la diferencia que la madre era robusta, y la hija una escuálida. La ira tenía su mejor defensa en la existencia de Homero; sin el furor de Aquiles, no existiría la *Iliada*: “Musa, canta la cólera de Aquiles, hijo de Peleo. . .”. Lo mismo dijo de la gula, que produjo las mejores páginas de Rabelais y muy buenos versos del *Hissope*; virtud tan superior, que nadie se acuerda de las batallas de Lúculo sino de sus cenas; fue la gula lo que realmente lo hizo inmortal. Pero, aun dejando de lado esas razones de orden literario o histórico, para no mostrar sino el valor intrínseco de esa virtud, ¿quién sería capaz de negar que era mucho mejor sentir en la boca y en el vientre los buenos manjares, en cantidades abundantes, que los malos bocados, o la saliva del ayuno? Por su parte, el Diablo prometía substituir la viña del Señor, expresión metafórica, por la viña del Diablo, locución directa y verdadera, pues no faltaría nunca a los suyos con el fruto de las más bellas cepas del mundo. En cuanto a la envidia, sostuvo o predicó fríamente que era la virtud principal, origen de prosperidad infinita; virtud preciosa, que llegaba a suplantar a todas las demás, y al propio talento.

Las turbas corrían tras él entusiasmadas. El Diablo les inculcaba a grandes golpes de elocuencia, el nuevo orden de cosas, trastocando su sentido, induciéndolas a amar las perversas y a detestar las sanas.

Nada más curioso, por ejemplo, que la definición que él daba del fraude. Lo llamaba el brazo izquierdo del hombre; el brazo derecho era

su fuerza; y concluía: muchos hombres son zurdos, eso es todo. Pues bien, él no exigía que todos fuesen zurdos, no era sectario. Que unos fuesen zurdos y otros diestros; aceptaba a todos, menos a los que no eran nada. La demostración más rigurosa y profunda, empero, fue la de la venalidad.

Un casuista de la época llegó a confesar que era un monumento de lógica. La venalidad, dijo el Diablo, era el ejercicio de un derecho superior a todos los derechos. Si tú puedes vender tu casa, tus bueyes, tus zapatos, tu sombrero, cosas que son tuyas por una razón jurídica y legal, pero que en todo caso, están fuera de ti, ¿cómo creer que no puedes vender tu opinión, tu voto, tu palabra, tu fe, cosas que son más que tuyas, porque son tu propia conciencia, o sea, tú mismo? Negarlo es caer en lo oscuro y contradictorio. ¿Acaso no hay mujeres que venden sus cabellos? ¿No puede un hombre vender una parte de su sangre para que le sea cedida a otro hombre anémico? ¿Y la sangre y los cabellos, partes físicas, tendrán un privilegio que se niega al carácter, a la parte moral del hombre? Demostrando de este modo el principio, el Diablo no tardó en exponer las ventajas del orden temporal o pecuniario; después mostró, además, que ante el férreo preconcepto social existente, convendría disimular el ejercicio de un derecho tan legítimo, lo que equivaldría a ejercer, al mismo tiempo, la venalidad y la hipocresía, o sea, a merecer doblemente.

Y bajaba y subía, examinaba todo, rectificaba todo. Está claro que combatió el perdón de las injurias y otras máximas de blandura y cordialidad. No prohibió formalmente la calumnia gratuita, pero indujo a ejercerla mediante retribución, ya sea pecuniaria o de otra especie; en los casos, empero, en que ella fuese una expansión imperiosa de la fuerza imaginaria y nada más, prohibía recibir cualquier remuneración, pues ella equivalía a hacer pagar la transpiración. Todas las formas de respeto fueron condenadas por él, como elementos posibles de un cierto decoro social y personal; excepción hecha, sin embargo, del interés. Pero esa misma excepción no tardó en ser suprimida, por entenderse que el interés, convirtiendo al respeto en simple adulación, hacía de ésta el sentimiento realmente aplicado y no aquel.

Para rematar la obra, entendió el Diablo que le cabía extirpar de raíz la solidaridad humana. En efecto, el amor al prójimo era un obstáculo grave a la nueva institución. El mostró que esa regla era una simple invención de parásitos y negociantes insolventes; no se debía dar al prójimo sino indiferencia; en algunos casos, incluso, odio o desprecio. Hasta llegó a demostrar que la noción de prójimo era errónea, y citaba esta frase de un clérigo napolitano, aquel fino y leído Gagliani, que escribió a una de las marquesas del antiguo régimen: "¡Desentiéndete del prójimo! ¡No hay prójimo!" La única hipótesis en que él permitía amar al prójimo era en los casos en que se trataba de amar a las damas

ajenas, porque esa especie de amor tenía la particularidad de no ser otra cosa más que el amor del individuo hacia sí mismo. Y como a algunos discípulos les pareció que semejante explicación, por metafísica, escapaba a la comprensión de la muchedumbre, el Diablo recurrió a un apólogo: Cien personas adquieren acciones de un banco para las operaciones comunes; pero cada accionista no cuida realmente sino sus dividendos: tal es lo que les ocurre a los adúlteros. Este apólogo fue incluido en el libro de la sabiduría.

CAPITULO IV

FRANJAS Y FRANJAS

La previsión del Diablo se verificó. Todas las capas de terciopelo que terminaban en una franja de algodón y que cubrían muchas virtudes, acababan en el suelo a merced de las ortigas, cuando se las tironeaba de la franja. Y de inmediato, quienes con ellas se habían cubierto, se alistaban en la nueva iglesia. Detrás de ellas fueron llegando otras, y el tiempo bendijo a la institución. La iglesia había sido fundada; la doctrina se propagaba; no había una región del globo que no la conociese, una lengua que no la hubiese traducido, una raza que no la amase. El Diablo profirió alaridos de triunfo.

Pero un día, largos años después, notó el Diablo que muchos de sus fieles, a escondidas, practicaban las antiguas virtudes. No las practicaban todas, ni tampoco integralmente, sino algunas, por partes y, como digo, solapadamente. Ciertos glotones se recogían a comer frugalmente tres o cuatro veces por año, justamente en días de precepto católico; muchos avaros daban limosnas de noche, o en las calles poco concurridas; varios dilapidadores del erario le restituían pequeñas sumas; los fraudulentos hablaban, una u otra vez, con el corazón en la mano, pero con la cara semioculta de siempre, para hacer creer a quienes los observaban que estaban engañando a sus interlocutores.

El descubrimiento asombró al Diablo. Se propuso conocer a fondo el mal, y vio que se propalaba cada vez más. Algunos casos eran hasta incomprensibles, como el de un droguero del Levante, que había envenenado pacientemente a una generación entera, y con el producto de las drogas, socorría a los hijos de sus víctimas. En El Cairo encontró a un perfecto ladrón de camellos, que se cubría la cara para ir a las mezquitas. El Diablo se enfrentó con él a la entrada de una de ellas y cuestionó su comportamiento; el delincuente negó las acusaciones, diciendo que iba allí a robar el camello de un *drogman*; lo robó, en efecto ante los ojos del Diablo, pero fue a dárselo de regalo a un almuecín, que rezó por él a Alá. El manuscrito benedictino cita muchos otros des-

cubrimientos extraordinarios, entre ellos, éste que desorientó completamente al Diablo. Uno de sus mejores apóstoles era un calabrés, hombre de cincuenta años, insigne falsificador de documentos, que tenía una hermosa casa en la campiña romana, telas, estatuas, biblioteca, etc. Era el fraude en persona, capaz de quedarse en cama para no confesar que estaba sano. Pues bien, ese hombre no sólo había dejado de estafar en el juego, sino que incluso llegó al punto de dar gratificaciones a sus criados. Habiéndose agenciado la amistad de un canónigo, iba todas las semanas a confesarse con él, en una capilla solitaria; y si bien no le manifestaba ninguna de sus acciones secretas, se hacía bendecir dos veces, al arrodillarse y al incorporarse. El Diablo apenas podía creer en semejante alevosía. Pero no había duda; el hecho era real.

No vaciló un solo instante. El pasmo no le dio tiempo de pensar, comparar y concluir si el espectáculo presente tenía algún parangón en el pasado. Voló de nuevo al cielo, temblando de rabia, anhelando conocer la causa secreta de tan singular fenómeno. Dios lo oyó con infinita complacencia; no lo interrumpió, no lo reprendió, no alardeó, siquiera, ante aquella agonía satánica. Lo miró fijamente y le dijo:

—¿Qué vas a hacer, mi pobre Diablo? Las capas de algodón tienen ahora franjas de seda, como las de terciopelo tuvieron franjas de algodón. Qué vas a hacer. Es la eterna contradicción humana.

CANCION DE ESPONSALES

IMAGÍNESE los lectores que están en 1813, en la iglesia del Carmen, asistiendo a una de aquellas buenas fiestas antiguas, que constituían la única diversión pública y en las que se hacía gala de todo el arte musical del momento. Saben, seguramente, qué es una misa cantada; pueden imaginarse qué sería una misa cantada en aquellos años remotos. No les llamo la atención sobre los curas y sacristanes, ni sobre el sermón, ni sobre los ojos de las muchachas cariocas, que ya eran hermosos en aquel tiempo, ni sobre las mantillas de las señoras graves, los calzones, las cabelleras, las cenefas, las luces, los inciensos, nada de eso. No hablo ni siquiera de la orquesta, que era excelente, me limito a mostrarles una cabeza blanca, la cabeza de ese viejo que dirige la orquesta, con alma y devoción.

Se llamaba Román Pires; tendrá sesenta años, por lo menos. Nació en Valongo, o por allí cerca. Es buen músico y buen hombre; todos sus colegas lo aprecian. Maestro Román es su nombre familiar; y decir familiar y público era lo mismo en aquel oficio y en aquel tiempo. Decir :“El Maestro Román dirigirá la misa” —equivale a esta otra forma de presentación, años después: “Entra en escena el actor Juan Cayetano”; o entonces: “El actor Martín cantará una de sus mejores arias”. Era el sabor justo, la medida delicada y popular. ¡El Maestro Román dirige la fiesta! ¿Quién no conocía al Maestro Román, con su aire circunspecto, la mirada perdida en el suelo, la sonrisa triste, el paso lento? Todo esto desaparecería frente a la orquesta; entonces la vida se derramaba por todo el cuerpo y todos los gestos del maestro; se encendía su mirada, su sonrisa se iluminaba: era otro. No quiere decir esto que él fuera el autor de la misa; ésta, por ejemplo, que él dirige ahora en la iglesia del Carmen pertenece a José Mauricio; pero él la dirige con el mismo amor que consagró a una misa que fuera suya.

La fiesta terminó; es como si se desvaneciera un resplandor inmenso, y dejarse el rostro apenas iluminado por una luz ordinaria. Ahí lo tenéis, luego de dejar el coro, apoyado en el bastón; va a la sacristía a besar la mano de los curas y acepta un lugar en la mesa donde ellos cenarán. Todo eso indiferente y callado. Cenó, salió, caminó en dirección a la *Calle de la Madre de los Hombres*, donde reside, con un negro viejo, don José, que es para él como una madre, y que en este momento conversa con una vecina.

—Ahí viene el Maestro Román, don José —dijo la vecina.

—¡Sí señora; será hasta luego!

Don José dio un salto, entró en la casa y esperó al señor, que no tardó en aparecer con su aire habitual. La casa no era rica, naturalmente; ni alegre. No había allí el menor vestigio de la presencia de una mujer, vieja ni joven, ni pajaritos que cantasen, ni flores, ni colores vivos o radiantes. Era una casa sombría y desnuda. Lo más alegre era un clavicordio, donde el Maestro Román tocaba de vez en cuando, cuando estudiaba. Sobre una silla, a su lado, había algunos papeles con letras musicales; ninguna de su autoría. . .

¡Ah! si el Maestro Román pudiese, sería un gran compositor. Parece que hay dos tipos de vocaciones, las que tienen lengua y las que no la tienen. Las primeras se realizan; las últimas representan una lucha constante y estéril entre el impulso interior y la ausencia de un modo de comunicación entre los hombres. La de Román era de éstas. Tenía la vocación íntima de la música; traía dentro de sí muchas óperas y misas, un mundo de armonías nuevas y originales, que no alcanzaba a expresar y volcar en el papel. Esta era la causa única de la tristeza del Maestro Román. Naturalmente, el vulgo no se daba cuenta de ello; unos decían esto, otros decían aquello: enfermedad, falta de dinero, algún disgusto antiguo; pero la verdad es ésta: la causa de la melancolía del Maestro Román era no poder componer, no poseer el medio para traducir lo que sentía. Y no era que no borronease mucho papel y no interrogase al clavicordio durante horas; pero todo le salía informe, sin idea ni armonía. En los últimos tiempos hasta tenía vergüenza de los vecinos, y ya no intentaba nada más.

Y, sin embargo, si pudiese, terminaría por lo menos cierta pieza, un canto esponsalicio empezado tres días después de casado, en 1779. Su mujer, que tenía entonces veintidós años y que murió con veintitrés, no era ni linda ni fea, aunque notablemente simpática, y lo amaba tanto como él a ella. Tres días después de casado, el Maestro Román sintió algo parecido a la inspiración. Ideó entonces el canto esponsalicio, y quiso componerlo; pero la inspiración no pudo brotar. Como un pájaro que acaba de ser enjaulado, y forcejea por transponer los barrotes de su celda, hacia arriba, hacia abajo, impaciente, aterrorizado, así golpeaba la inspiración de nuestro músico, encerrada en él sin poder salir,

sin encontrar una puerta, nada. Algunas notas llegaron a hilvanarse; él las escribió; una hoja de papel bastó para contenerlas, nada más. Volvió a insistir al día siguiente, diez días después, veinte veces durante el tiempo que duró su matrimonio. Cuando la mujer murió, él relejó esas primeras notas conyugales, y se sintió aún más triste, por no haber podido fijar en el papel la sensación de felicidad extinta.

—Don José, —dijo él al entrar—, hoy me siento enfermo.

—Quizá comió algo que le cayó mal. . .

—No; ya en la mañana no estaba bien. Ve a la botica. . .

El boticario le mandó algo que él tomó por la noche; al día siguiente el Maestro Román no se sentía mejor. Hay que aclarar que sufría del corazón; molestia grave y crónica. Don José se sintió aterrizado cuando vio que el malestar no había cedido al remedio ni al reposo y quiso llamar al médico.

—¿Para qué? —dijo el maestro—. Ya va a pasar.

El día no terminó peor; y él soportó bien la noche, no así el negro que apenas pudo dormir dos horas. Cuando los vecinos se enteraron de la molestia que aquejaba al Maestro Román, no tuvieron otro motivo de charla; quienes mantenían relaciones con el maestro fueron a visitarlo. Y le decían que no era nada, que eran achaques debido al tiempo; uno agregaba, graciosamente, que eran mañas del maestro para escapar a las derrotas que el boticario le inflingía cuando jugaban al chaquete, otro que eran amores. El Maestro Román sonreía, pero para sus adentros decía que aquello era el fin.

“Estoy acabado”, pensaba él.

Un día de mañana, cinco después de la fiesta, el médico lo encontró realmente mal, y fue eso lo que él le vio en la fisonomía por detrás de las palabras engañosas:

—Esto no es nada; hay que dejar de pensar en la música. . .

¡La música! Justamente esta palabra del médico hizo que al maestro se le ocurriera una idea. Apenas quedó solo, con su esclavo, abrió el cajón donde guardaba desde 1779 el canto esponsalicio empezado. Relejó esas notas, duramente conquistadas y no concluidas. Y entonces tuvo una ocurrencia singular: rematar la obra en ese momento, fuese como fuese, cualquier cosa servía, desde que le permitiera dejar un poco de alma en la tierra.

—¿Quién sabe si en 1880 no se tocará esto, o se contará, quizá, que cierto Maestro Román. . . ?

El principio del canto remataba en un *la*; este *la*, que estaba bien ubicado en el lugar que ocupaba, era la última nota escrita. El Maestro Román ordenó que le llevaran el clavicordio al salón del fondo, que daba a la huerta: necesitaba aire. Por la ventana vio en la ventana de los fondos de otra casa una parejita casada hacía ocho días, ambos esta-

ban asomados, con las manos unidas y abrazados por los hombros. El Maestro Román sonrió con tristeza.

—Estos recién llegan, —dijo él—, yo parto. Compondré al menos este canto que ellos podrán tocar. . .

Se sentó ante el clavicordio; reprodujo las notas y llegó al *la*. . .

La, la, la. . .

Nada, no podía proseguir. Y sin embargo él sabía tanta música como el que más.

La, do. . . la, mi. . . la, si, do, re. . . re. . . re. . .

¡Imposible! Ninguna inspiración. No exigía una pieza profundamente original, sino algo, apenas, que no fuese de otro y se vinculase al pensamiento comenzado. Volvía al principio, repetía las notas, buscaba reavivar un retazo de la sensación extinguida, recordaba a su mujer, los primeros tiempos. Para completar la ilusión, volvía su mirada, a través de la ventana, en dirección a la parejita. Ellos seguían allí, con las manos unidas y los brazos de cada uno alrededor de los hombros del otro; lo nuevo era que ahora se miraban, en vez de mirar hacia abajo. El Maestro Román, agotado por el malestar y la impaciencia, volvía al clavicordio; pero la contemplación de la pareja no había nutrido su inspiración y las notas siguientes no se dejaban oír.

—*La, la, la*. . .

Desesperado, abandonó el clavicordio, tomó el papel con las anotaciones y lo rompió. En ese momento la muchacha, absorta en la contemplación del marido, empezó a canturrear, inconscientemente, algo nunca antes cantado ni sabido, donde un cierto *la* desembocaba en una bella frase musical, justamente la que el Maestro Román había estado buscando durante años sin encontrarla jamás. El Maestro la oyó con tristeza, sacudió la cabeza, y a la noche expiró.

NOCHE DE ALMIRANTE

DEOLINDO Sopla-Fuerte (era un apodo de a bordo) salió del Arsenal de Marina y se internó en la *Rua de Bragança*. Dieron las tres de la tarde. Era un marinero de pura cepa y, además, mostraba un intenso aire de felicidad en los ojos. Su corbeta había regresado de un largo viaje de instrucción, y Deolindo desembarcó tan pronto como obtuvo la autorización para hacerlo. Los compañeros le dijeron, riendo:

—¡Ah, Sopla-Fuerte! ¡Qué noche de almirante vas a pasar: cena, guitarra y los brazos de Genoveva! La falda de Genoveva. . .

Deolindo sonrió. Así sería realmente: una noche de almirante, como ellos dicen; una de esas grandes noches de almirante que lo esperaba en tierra. El romance había comenzado tres meses antes de que saliera la corbeta. Ella se llamaba Genoveva, campesina de veinte años, despierta, ojos negros y atrevidos. Se encontraron en casa de un tercero y se sintieron morir uno por el otro, a tal punto que estuvieron dispuestos a cometer una locura: él dejaría el servicio y ella lo acompañaría al villorrio más recóndito del interior.

La vieja Ignacia, que vivía con ella, los disuadió; Deolindo no tuvo más remedio que partir en viaje de instrucción. Eran ocho o diez meses de ausencia. Como garantía recíproca, entendieron que debían hacerse un juramento de fidelidad.

—Juro por Dios que está en el cielo. ¿Y tú?

—Yo también.

—Dilo bien.

—Juro por Dios que está en el cielo; que si no la luz me falte en la hora de la muerte.

Quedaba sellado el pacto. No había por qué descreer de la sinceridad de ambos; ella lloraba locamente, él se mordía los labios para disimular. Finalmente se separaron, Genoveva fue a ver salir la corbeta y regresó a su casa con el corazón tan compungido que tuvo la impresión de

que "algo le iba a ocurrir". No le ocurrió nada, felizmente; los días fueron pasando, las semanas, los meses, los diez meses, al cabo de los cuales, la corbeta regresó y Deolindo con ella.

Allí va él ahora, por la *Rua de Bragança, Prainha y Saúde*, hasta el comienzo de la *Gamboa*, donde vivía Genoveva, de bruces en la ventana, esperando por él. Deolindo prepara una palabra para ofrecerle. Pensó en "juré y cumplí", pero busca algo mejor. Al mismo tiempo, recuerda las mujeres que vio por este mundo de Cristo, italianas, marselesas o turcas, muchas de ellas bonitas, o que así le parecían. Concuerta que no todas eran pan comido para él, pero algunas sí lo fueron y sin embargo resistió la tentación. Sólo pensaba en Genoveva. Hasta su casita, tan pequeñita, y el moblaje patituerto, todo tan viejo y tan poco, acudía a su mente ante los palacios de otras tierras. Fue a costa de una gran economía que compró en Trieste un par de aros, que lleva ahora en el bolsillo junto con algunas chucherías. ¿Y ella con qué lo aguardaría? Podría ser un pañuelo con el nombre de él estampado y un ancla en el borde, porque ella sabía bordar muy bien. Sumido en estas cavilaciones llegó a la *Gamboa*, cruzó el cementerio y se detuvo ante la casa cerrada. Golpeó, oyó una voz conocida, la de la vieja Ignacia, que fue a abrirle la puerta con grandes exclamaciones de placer. Deolindo, impaciente, preguntó por Genoveva.

—No me hable de esa loca, —respondió la vieja—. Si de algo me alegre es del consejo que le di a usted. Mire si hubiera huido con ella. En lindo lío se habría metido.

—¿Pero qué pasó? ¿Qué pasó?

La vieja le dijo que no se afligiera, que no era nada, una de esas cosas que ocurren en la vida; no valía la pena enojarse. Genoveva andaba con pajaritos en la cabeza. . .

—¿Con pajaritos en la cabeza?

—Se fue a vivir con un vendedor ambulante. José Diego. ¿No lo conoció a José Diego, vendedor de telas? Está con él. No se puede imaginar lo enamorados que están uno del otro. Ella ni le cuento lo loca que está. Fue el motivo de nuestra pelea. José Diego no me salía de la puerta; eran charlas y más charlas, hasta que un día dije que no quería ver mi casa difamada. ¡Ah, Padre del cielo! fue un Día del Juicio. Genoveva se me vino encima con unos ojos de este tamaño, diciendo que ella nunca difamó a nadie, y que no necesitaba limosnas. ¿Qué limosnas, Genoveva? Lo que digo es que no quiero oír más esos suspiros en la puerta, empezando por los ave-marías. . . Dos días después se mudó y se peleó conmigo.

—¿Dónde vive ahora?

—En *Praia Formosa*, antes de llegar a la cantera, una puerta recién pintada.

Deolindo no quiso oír más. La vieja Ignacia, algo arrepentida, alcanzó a gritarle que se cuidara, pero él no la escuchó y se puso en marcha. No registro lo que pensó durante el trayecto; en verdad no pensó en nada. Las ideas se arremolinaban en su cerebro, como en horas de temporal, en medio de un huracán de vientos y silbatos. Entre ellas resplandeció el cuchillo de a bordo, ensangrentado y vengador. La *Gamboa* había quedado atrás, al igual que el *Saco do Alferes*; entró en *Praia Formosa*. No sabía cuál era el número de la casa, pero sí que era cerca de la cantera y que la puerta acababa de ser pintada; con la ayuda de los vecinos no tardaría en localizarla. No contó con que la casualidad haría que Genoveva se sentara a coser junto la ventana en el mismo momento en que él pasaba frente a ella. Deolindo la reconoció y se detuvo; ella, viendo el bulto de un hombre, alzó los ojos y se encontró con el marinero.

—¡No! —exclamó sorprendida—. ¿Cuándo llegaste? Entra, Deolindo, por favor.

Y levantándose, abrió la puerta y lo hizo pasar. Cualquier otro hombre se hubiese sentido transportado por la esperanza, tan franca era la actitud de la muchacha; bien podía ser que la vieja se hubiera equivocado o hubiese mentido; podría ser, incluso, que el episodio del vendedor fuera cosa del pasado. Todo eso pasó por su cabeza, sin la forma precisa del razonamiento o de la reflexión, sino en tropel y rápido. Genoveva dejó la puerta abierta; lo invitó a sentarse, le preguntó por su viaje y lo encontró más gordo; ninguna emoción ni la menor intimidad. Deolindo perdió la última esperanza. A falta de cuchillo tenía las manos para estrangular a Genoveva, que era menudita, y durante los primeros minutos no pensó en otra cosa.

—Me enteré de todo —dijo él.

—¿Quién te lo contó?

Deolindo dio de hombros.

—Sea quien fuere —volvió a decir ella—, ¿te informaron que yo estaba muy enamorada de un muchacho?

—Sí.

—Te dijeron la verdad.

Deolindo estuvo a punto de abalanzarse sobre la muchacha; ella lo contuvo con la sola acción de sus ojos. En seguida agregó que si le había abierto la puerta era porque lo consideraba un hombre sensato. Le contó entonces todo, las nostalgias que había soportado, los asedios del vendedor, sus negativas, hasta que un día, sin saber cómo, despertó enamorada de él.

—Puedes creer que pensé mucho, muchísimo en ti. Que te diga doña Ignacia si no lloré mucho... Pero mi corazón cambió... Cambió... Te cuento todo esto, como si estuviera ante el cura, concluyó sonriendo.

No era una sonrisa de burla. El tono en que expresaba las palabras era, en cambio, una mezcla de candor y cinismo, de insolencia y simplicidad, que desisto de definir mejor. Creo, incluso, que insolencia y cinismo están mal empleados. Genoveva no se defendía de un error o de un perjurio; no se defendía de nada, le faltaba, simplemente, el sentido moral de las acciones. Lo que decía, en resumen, es que lo mejor hubiera sido no haber cambiado, se había llevado bien con Deolindo, prueba de ello era que había tratado de huir con él; pero una vez que el vendedor había vencido al marinero, la razón era del vendedor, y había que reconocerlo. ¿Qué os parece? El pobre marinero citaba el juramento de despedida como una obligación eterna, ante la cual había consentido en no huir y en embarcarse: "Juro por Dios que está en el cielo; que la luz me falte en la hora de mi muerte". Se embarcó, y lo hizo porque ella había jurado. Con sus palabras anduvo, viajó, esperó y volvió; fueron ellas quienes le dieron fuerza para vivir. Juro por Dios que está en el cielo; que la luz me falte en la hora de la muerte. . .

—Créeme, Deolindo, era verdad. Cuando lo juré, era verdad. Tan verdad era que yo quería huir contigo al campo. ¡Sólo Dios sabe lo cierto que era! Pero ocurrieron otras cosas. . . Apareció este muchacho y a mí me empezó a gustar. . .

—Pero si uno jura es por eso; para que no llegue a gustarle nadie más. . .

—Vamos, Deolindo. ¿Vas a decirme que tú sólo pensaste en mí? Vamos. . .

—¿A qué hora vuelve José Diego?

—Hoy no vuelve.

—¿No?

—No. Se fue a Guaratiba con sus telas; estará aquí el viernes o el sábado. . . ¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué mal te hizo él?

Bien puede ser que cualquiera otra mujer hubiese dicho lo mismo; pocas, en cambio, lo hubieran hecho con una expresión tan cándida, no intencional sino involuntariamente. Fijaos que aquí estamos muy cerca de la naturaleza. ¿Qué mal te hizo él? Cualquier profesor de física le explicaría la caída de las piedras. Deolindo confesó, con un gesto desesperado, que quería matarlo. Genoveva lo miró con desprecio, sonrió casi imperceptiblemente e hizo un gesto de desdén; y, como él le había hablado de ingratitud y perjurio, no pudo ocultar su asombro. ¿Qué perjurio? ¿Qué ingratitud? Ya le había dicho que cuando juró había sido sincera. Nuestra Señora, que allí estaba, sobre la cómoda, sabía si era cierto o no. ¿Era así como le pagaba lo que padeció? Y él que tanto se llenaba la boca con la palabra fidelidad ¿acaso había pensado en algún momento en los sufrimientos de ella?

La respuesta de él fue meter la mano en el bolsillo y sacar el paquetito que él traía. Ella lo abrió, extrajo las chucherías una por una y por

fin encontró los aros. No eran ni podían ser lujosos; eran, incluso, de mal gusto, pero relucían endiabladamente. Genoveva los tomó, contenta, deslumbrada, los miró de uno y otro lado, acercándolos y alejándolos de sus ojos, y al fin los introdujo en sus orejas; después fue hasta el espejo, colgado en la pared, entre la ventana y la puerta para ver cómo le quedaban. Retrocedió, se aproximó, volvió la cabeza hacia la derecha, luego hacia la izquierda, y desde la izquierda hacia la derecha.

—Sí, señor, realmente preciosos, —dijo ella—, haciendo una gran reverencia de agradecimiento. ¿Dónde los compraste?

Creo que él no respondió nada, ni debió haber tenido tiempo para ello, porque ella disparó dos o tres preguntas más, una tras otra, tanto la confundía el haber recibido un obsequio a cambio de olvido. Confusión que duró cinco o cuatro minutos: tal vez dos. No pasó mucho tiempo antes de que ella se quitara los aros, y los contemplase y los pusiese en la cajita sobre la mesa redonda que estaba en el centro de la habitación. El por su parte empezó a creer que así como la perdió, estando ausente, así el otro, ausente ahora, también podría perderla; y, probablemente, ella no le había jurado nada.

—¡Mira! Charlando y charlando, se nos vino encima la noche, —dijo Genoveva.

De hecho, la noche iba cayendo rápidamente. Ya no se alcanzaba a ver el Hospital de los Lázaros y apenas se distinguía la isla de los Melones; hasta las barcazas y canoas, sobre la costa frente a la casa, se confundieron con la tierra y el lodo de la playa. Genoveva prendió una vela. Después fue a sentarse en el umbral de la puerta y le pidió que le relatara algunas cosas de las tierras por las que había andado. Deolindo se negó al principio; dijo que se iba, se incorporó y dio algunos pasos por la habitación. Pero el demonio de la esperanza mordía y babeaba el corazón del pobre muchacho, y él volvió a sentarse, para contarle dos o tres episodios de a bordo. Genoveva escuchaba con atención. Interrumpidos por una vecina que se acercó a ellos, Genoveva la invitó a sentarse para que oyera “las lindas cosas que el Sr. Deolindo estaba contando”. No hubo otra presentación. La gran dama que prolonga la vigilia para concluir la lectura de un libro o de un capítulo, no vive más íntimamente la vida de los personajes que la ex amante del marino, quien sentía las escenas que él le iba describiendo, tan libremente interesada y compenetrada, como si entre ellos no hubiese otra cosa que una simple narración de aventuras. ¿Qué le importa a la gran dama el autor del libro? ¿Qué importancia tenía para la muchacha el contador de aventuras?

La esperanza, sin embargo, comenzaba a desampararlo y él se levantó definitivamente para irse. Genoveva no quiso dejarlo partir sin que su amiga viese los aros, y fue a buscarlos con grandes elogios. Entraron

los tres. A la otra le encantaron, los alabó mucho, preguntó si los había comprado en Francia y le pidió a Genoveva que se los pusiese.

—Realmente, son muy lindos.

Quiero creer que hasta el marinero estuvo de acuerdo con esa opinión. Le gustó verlos, le pareció que estaban hechos para ella, y durante algunos segundos, saboreó el placer exclusivo y refinado de haber hecho un buen regalo; pero fueron sólo algunos segundos.

Como él se despidió, Genoveva, lo acompañó hasta la puerta para agradecerle una vez más la amabilidad, y probablemente decirle algunas cosas tiernas e inútiles. La amiga, que había quedado en la habitación, apenas alcanzó a oír estas palabras: “Por favor, no lo hagas, Deolindo”; y estas otras del marinero: “Ya verás”. No pudo oír el resto, que no pasó de un susurro.

Deolindo se internó en la playa, cabizbajo y lento, muy otro que el muchacho impetuoso de la tarde, con un aire apesadumbrado y triste, o para usar otra metáfora de marinero, como un hombre “regresa del mar abierto a tierra”. Genoveva volvió a entrar en seguida, alegre y bulliciosa. Contó a la otra la historia de sus amores marineros, ensalzó mucho el genio de Deolindo y sus buenos modales; su amiga confesó que le había resultado sumamente simpático.

—Muy buen muchacho —insistió Genoveva—. ¿Sabes qué me dijo recién?

—¿Qué?

—Que va a matarse.

—¡Jesús!

—¡Vamos! No lo creas. Sería incapaz de hacerlo. Deolindo es así; habla mucho y después no hace nada. Ya verás que no se mata. Pobre, son los celos. Pero los aros son preciosos.

—Yo nunca vi unos iguales.

—Yo tampoco, —dijo Genoveva—, examinándolos a la luz. Después los guardó y propuso a la otra que cosieran. —Me gustaría que cosiéramos un rato, quiero terminar mi corpiño azul. . .

Lo cierto es que el marinero no se mató. Al día siguiente, alguno de sus compañeros palmearon su hombro, felicitándolo por la noche de almirante, y le preguntaron por Genoveva, si estaba linda, si había llorado mucho en su ausencia, etc. El respondió a todo con una sonrisa satisfecha y discreta, una sonrisa de alguien que vivió una gran noche. Parece que tuvo vergüenza de la realidad y prefirió mentir.

ANECDOTA PECUNIARIA

SE LLAMA Falção mi hombre. Aquel día —catorce de abril de 1870— quien entrase a su casa, a las diez de la noche, lo vería paseándose por el comedor, en mangas de camisa, pantalón negro y corbata blanca, refunfuñando, gesticulando, suspirando, evidentemente afligido. A veces se sentaba; otras, se apoyaba en la ventana, mirando hacia la playa, que era la de Gamboa. Pero, en cualquier lugar o actitud se demoraba poco tiempo.

—Hice mal, —decía él—, muy mal. ¡Tan amigos que éramos! ¡Tan amorosa que fue siempre conmigo! ¡Iba llorando, pobrecita! Hice mal, muy mal. . . ¡Al menos que sea feliz!

Si yo dijera que este hombre vendió una sobrina, no me creerán; si caigo más bajo y menciono el precio, diez *contos de réis*¹, me darán la espalda con desprecio e indignación. Sin embargo, basta ver esta mirada felina, estos dos labios, maestros del cálculo, que incluso cerrados parecen estar contando algo, para adivinar enseguida que el rasgo capital de nuestro hombre es la voracidad del lucro. Entendámonos: ¡él cultiva el arte por el arte, no ama el dinero por lo que le puede dar, sino por lo que es en sí mismo! Que nadie pretenda verlo usufructuar de las grandes comodidades de la vida. No tiene una cama blanda, ni una mesa fina, ni carruaje, ni blasones. No se gana dinero para derrocharlo, decía él. Vive de migajas; todo lo que acumula es para la contemplación. Va muchas veces hasta la caja de caudales, que está en la alcoba, con el único fin de hartar sus ojos en la contemplación de las barras de oro y en los manojos de títulos. Otras veces, impulsado por un refinamiento de su erotismo pecuniario, los contempla en su memoria. En este particular, todo lo que yo pueda decir, estaría por debajo de la elocuencia con que hablaría cualquiera de las cosas que él mismo podría afirmar o hacer en 1857.

¹ Véase nota 6 de la pág. 16. (N. del T.).

Ya entonces millonario, o casi, encontró en la calle dos niños conocidos suyos, que le preguntaron si un billete de cinco mil réis que les había dado un tío, era verdadero. Circulaban por entonces algunos billetes falsos y los niños lo recordaron mientras paseaban. Falcão iba con un amigo. Tomó trémulo el billete, lo examinó bien, lo miró de un lado, luego de otro. . .

—¿Es falso? —preguntó con impaciencia uno de los niños.

—No, es verdadero.

—Devuélvame, —dijeron al unísono los niños.

Falcão dobló el billete lentamente, sin quitarle los ojos de encima; después lo reintegró a los pequeños, y volviéndose hacia su amigo, que lo aguardaba, le dijo con el mayor candor del mundo:

—Da gusto ver dinero, aunque no sea de uno.

A tal punto llegaba su amor al dinero: hasta la contemplación desinteresada. ¿Qué otro motivo podía tener para detenerse frente a las vidrieras de los cambistas, cinco, diez, quince minutos, lamiendo con los ojos las pilas de libras y francos, tan prolijitos y amarillos? El mismo sobresalto con que tomó el billete de cinco mil réis, era un rasgo sutil, era el terror ante el posible billete falso. A nadie odiaba tanto como a los falsificadores de monedas, no porque fueran criminales, sino por lo perjudiciales que resultaban, porque desmoralizaban el dinero bueno.

El lenguaje de Falcão bien valdría un estudio. Cierta día, en 1864, volviendo del entierro de un amigo, aludió al esplendor del cortejo, exclamando con entusiasmo: “¡Sostenían el cajón tres mil *contos!*” y, como uno de los oyentes no lo entendiese de inmediato, Falcão concluyó de la extrañeza del otro, que en el fondo dudaba de él, y detalló: “Fulano cuatrocientos, Zutano seiscientos. . . Sí, señor, seiscientos; hace dos años, cuando disolvió la sociedad con el suegro, ya andaban por más de quinientos. . .” Y así prosiguió, demostrando, sumando y concluyendo: “¡Exactamente, tres mil *contos!*”.

No era casado. Casarse era despilfarrar el dinero. Pero los años pasaron, y a los cuarenta y cinco empezó a sentir cierta necesidad moral, que no comprendió en seguida, y que era la nostalgia de la paternidad. No la falta de una mujer, no la de parientes, sino la de un hijo o hija, que para él sería como recibir un patacón de oro. Desgraciadamente, para cosechar tales beneficios ahora debería haber acumulado el capital en el momento debido, no podía empezar recién para ganarlo más tarde. Le quedaba la alternativa de la lotería; la lotería le dio el premio grande.

Murió su hermano y tres meses después su cuñada, dejando huérfana una hija de once años. El la quería mucho, al igual que a otra sobrina, hija de una hermana viuda; las besaba una y otra vez cuando las visitaba; llegaba incluso al delirio de llevarles, una u otra vez, galletitas. Vaciló un poco, pero finalmente, recogió a la huérfana; ella era la hija anhelada. No cabía en sí de la alegría; durante las primeras semanas,

casi no salía de su casa, siempre a su lado, oyendo sus cuentos y festejándole todas sus ocurrencias.

Se llamaba Jacinta, y no era linda; pero tenía la voz melodiosa y era de modales suaves. Sabía leer y escribir; empezaba a aprender música. Trajo el piano consigo, el método y algunos ejercicios; no pudo traerse el profesor, porque el tío entendió que era mejor ir practicando lo que había aprendido. Y un día... más tarde... Once años, doce años, trece años, cada año que pasaba creaba un nuevo vínculo que ataba al viejo solterón a la hija adoptiva, y viceversa. A los trece, Jacinta dirigía la casa; a los diecisiete era señora absoluta de todo. No abusó de su poder; era naturalmente modesta, frugal, medida.

—¡Un ángel! —decía Falcão a Paco Borges.

Este Paco Borges tenía cuarenta años, y era propietario de un depósito portuario de mercaderías. Iba a jugar con Falcão, por la noche. Jacinta presenciaba los partidos. Tenía por entonces dieciocho años; no estaba más linda, pero decían todos que "se estaba poniendo muy atractiva". Era menuda, y al dueño del depósito le encantaban las mujeres pequeñas. Sus sentimientos fueron correspondidos, la atracción se transformó en amor.

—¡Comencemos! —decía Paco Borges al entrar, luego de los saludos.

Las cartas eran la sombrilla de los dos enamorados. No jugaban por dinero; pero Falcão tenía tal sed de lucro, que contemplaba las propias fichas y las contaba cada diez minutos, para ver si ganaba o perdía. Cuando perdía, se apodaba de él un desaliento incurable, y él se replegaba poco a poco en el silencio. Si la suerte se empeñaba en perseguirlo, terminaba el partido, y se levantaba de la mesa tan melancólico y ciego, que la sobrina y su novio podían tomarse de las manos una, dos, tres veces, sin que él advirtiese nada.

Esto ocurría en 1869. A principios de 1870 Falcão propuso a Paco Borges una venta de acciones. No las tenía, pero olfateó una gran baja, y calculaba ganarle de una sola vez treinta o cuarenta *contos* a Paco. Este le respondió diplomáticamente que andaba pensando en proponerle lo mismo. Dado que ambos querían vender y ninguno de ellos comprar, podían unirse y proponer la venta a un tercero. Encontraron al tercero, y cerraron trato a sesenta días. Falcão estaba tan contento, al volver del negocio, que el socio le abrió su corazón y le pidió la mano de Jacinta. Fue lo mismo que si de repente, empezara a hablar en turco. Falcão lo miró, pasmado, sin entender. ¿Que le diese a su sobrina? Pero entonces...

—Sí, te confieso que deseo ardientemente casarme con ella, y a ella... pienso que también le agradecería casarse conmigo.

—¡De ninguna manera! —interrumpió Falcão—. No, señor; es una niña, no estoy de acuerdo.

—Pero escúchame...

—No tengo nada que escuchar, no quiero.

Regresó a su casa irritado y aterrorizado. La sobrina se desvió queriendo saber qué le ocurría, finalmente él le contó todo, y la llamó desagradecida. Jacinta empalideció; amaba a los dos, y los veía tan unidos que no se imaginó nunca ante la disyuntiva de tener que contraponer sus afectos. A solas en su cuarto, lloró largamente; después le escribió una carta a Paco Borges rogándole por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo, que no provocase ningún escándalo ni se peleara con el tío; le decía que esperase y le juraba un amor eterno.

No se pelearon los dos amigos; pero los encuentros fueron haciéndose más esporádicos y fríos. Jacinta no se reunía con ellos en el comedor, o si lo hacía se retiraba enseguida. El terror de Falcão era enorme. El amaba a su sobrina con un amor de perro, que persigue y muerde a los extraños. La quería para sí, no como hombre, sino como padre. La paternidad natural infunde fuerzas para consumir el sacrificio de la separación; la paternidad de Falcão era impostada y, tal vez por eso mismo, más egoísta. Nunca había pensado en perderla; ahora, empero, eran treinta mil los recaudos que tomaba para evitarlo, ventanas cerradas, advertencias a la criada negra, una vigilancia perpetua, un incesante control de gestos y palabras, una auténtica caza de brujas.

Entre tanto el sol, modelo de todo funcionario, continuó sirviendo puntualmente a los días, uno a uno, hasta llegar a los dos meses del plazo convenido para la entrega de las acciones. Estas debían bajar, según las previsiones de los dos; pero las acciones como las loterías y las batallas, se burlan de los cálculos humanos. En aquel caso, además de burla, hubo crueldad, porque ni bajaron ni se mantuvieron estables, sino que repuntaron hasta convertir el esperado lucro de los cuarenta *contos* en una pérdida de veinte.

Fue entonces cuando Paco Borges tuvo una ocurrencia genial. En la víspera, cuando Falcão, abatido y mudo, paseaba por el comedor su desencanto, Borges le propuso costear solo todo el *déficit*, si él accedía a darle la mano de su sobrina. A Falcão se le encendieron los ojos.

—¿Que yo...?

—Exactamente —interrumpió el otro riendo.

—No, no...

No quiso; tres o cuatro veces rechazó el ofrecimiento. La primera impresión había sido de alegría, eran diez *contos* que no se irían de su bolsillo. Pero la idea de separarse de Jacinta era insoportable y la rechazó. Durmió mal. De mañana, encaró la situación, ponderó las cosas, consideró que, entregándole al otro su sobrina, no perdía totalmente, mientras que de no proceder así, los diez *contos* se esfumaban irremediablemente. Y, además, si ella lo quería y él la quería a ella ¿por qué razón separarlos? Todas las hijas se casan, y los padres se contentan viéndolas felices. Corrió a casa de Paco Borges y llegaron a un acuerdo.

—Hice mal, muy mal, —vociferaba él la noche del casamiento—. ¡Tan amigos que éramos! ¡Tan amorosa que fue siempre conmigo! Iba llorando, pobrecita. . . Hice mal, muy mal.

Había cesado el terror de los diez *contos*; empezaba el hastío de la soledad. A la mañana siguiente, fue a visitar a la pareja. Jacinta no se limitó a ofrecerle un buen almuerzo, sino que, además, lo llenó de mimos y atenciones; pero ni éstos ni el almuerzo le restituyeron la alegría. Al contrario, la felicidad de la pareja lo entristeció más. Al regresar a su casa no encontró la carita tierna de Jacinta. Nunca más volvería a oír sus canciones de niña y muchacha; no sería ella quien le haría el té, quien habría de traerle, por la noche, cuando él quisiese leerlo, el viejo tomo gastado de *Saint-Clair de las Islas*, dádiva de 1850.

—Hice mal, muy mal. . .

Para remediar el daño hecho, transfirió el juego de cartas a la casa de la sobrina, y allá iba, por la noche, a vérselas con Paco Borges. Pero la fortuna cuando flagela a un hombre, le desbarata todas sus bazas. Cuatro meses más tarde, los recién casados se fueron a Europa; la soledad tomó las dimensiones de la extensión del mar. Falcão tenía por entonces cincuenta y cuatro años. Ya aceptaba con más resignación el casamiento de Jacinta; tenía, incluso, el plan de ir a vivir con ellos, ya sea gratuitamente, o mediante una pequeña retribución, que calculó que sería mucho más económico que el gasto que le demandaba vivir solo. Todo se esfumó; ahí está él otra vez en la situación en que se encontraba ocho años antes, con la diferencia que la suerte le había arrancado la copa entre dos tragos.

Así las cosas cuando cayó en su casa otra sobrina. Era la hija de su hermana viuda, que, al borde de la muerte, le pedía encarecidamente que se ocupase de ella. Falcão no prometió nada, porque un cierto instinto lo llevaba a no prometer jamás nada a nadie, pero lo cierto es que recibió a la sobrina tan pronto como su hermana cerró los ojos. No tuvo recelos de ningún tipo; por el contrario, le abrió las puertas de su casa, con el júbilo de un alma enamorada, y casi bendijo la muerte de su hermana. Volvía a recuperar la hija perdida.

“Esta ha de cerrar mis ojos”, se decía.

No era fácil. Virginia tenía dieciocho años, sus facciones eran hermosas y originales; era esbelta y atractiva. Para evitar que se la arrebataran, Falcão empezó por donde había terminado la primera vez: ventanas cerradas, advertencias a la criada negra, salidas contadas, sólo con él y mirando hacia el suelo. Virginia no se mostró enfadada.

—Nunca fui ventanera, —decía ella—, y me parece muy feo que una muchacha viva pendiente de lo que ocurre en la calle.

Otro recaudo de Falcão fue no traer a su casa sino hombres de cincuenta años para arriba o casados, cuando eran menores. Por último, dejó de inquietarse por la baja de las acciones. Y todo eso era innecesario.

sario porque la sobrina no se ocupaba de otra cosa que de él y de la casa. A veces, como la vista del tío comenzaba a disminuir mucho, le leía ella misma alguna página del *Saint-Clair de las Islas*. Para suplantar a los compañeros de mesa, cuando faltaban, aprendió a jugar a las cartas, y sabiendo que a su tío le gustaba ganar, siempre lograba perder. Llegaba más lejos: cuando perdía mucho, simulaba estar ofuscada o triste, con el único propósito de darle a su tío una pizca más de placer. El entonces se reía con ganas, se burlaba de ella, le decía que su nariz era larga, pedía un pañuelo para enjugarle las lágrimas; pero no dejaba de contar sus fichas de diez en diez minutos, y si alguna caía al suelo (eran granos de maíz) bajaba la vela para recogerla.

Tres meses más tarde, Falcão se enfermó. La molestia no fue grave ni larga; pero el terror de la muerte se apoderó de su espíritu, y fue entonces cuando pudo advertirse hasta qué punto llegaba su apego a la muchacha. Cada visitante que llegaba era recibido con rigidez, o por lo menos con sequedad. Los íntimos padecían más, porque él les decía brutalmente que todavía no era un cadáver, que la presa todavía estaba viva, que los buitres se equivocaban de olor, etcétera. Virginia, en cambio, nunca tuvo que sufrir un solo instante de mal humor. Falcão le obedecía en todo, con una pasividad de niño, y cuando reía era porque ella lo hacía reír.

—Vamos, tome su remedio, déjese de rezongos, usted es ahora mi hijo. . .

Falcão sonreía y bebía el preparado. Ella se sentaba al borde de la cama, le narraba cuentos, vigilaba el reloj para darle a horario los caldos o la carne de gallina, le leía el sempiterno *Saint-Clair*. Llegó la convalecencia. Falcão salió a dar algunos paseos, en compañía de Virginia. La prudencia con que ésta, dándole el brazo, iba mirando las piedras de la calle, cuidando de encarar los ojos de algún hombre, le encantaba a Falcão.

“Esta ha de cerrar mis ojos”, se repetía. Un día llegó a pensarlo en voz alta: ¿No es cierto que tú habrás de cerrar mis ojos?

—¡No diga tonterías!

Allí mismo, en la calle, él se detuvo, le estrechó fuertemente las manos, agradecido, no sabiendo qué decir. Si tuviese la facultad de llorar, seguramente en aquel instante sus ojos se habrían humedecido. De vuelta en casa, Virginia corrió a su habitación a releer una carta que le entregara en la víspera una tal doña Bernarda, amiga de su madre. Estaba fechada en Nueva York, y trata por toda firma, este nombre: Reginaldo. Uno de los párrafos decía así:

Parto de aquí en el vapor el día 25. Espérame. No sé todavía si iré a verte en seguida o no. Tu tío debe acordarse de mí; me vio en casa de mi tío Paco Borges, el día del casamiento de tu prima. . .

Cuarenta días después desembarcaba este Reginaldo, llegado de Nueva York, con treinta años cumplidos y trescientos mil *dollars*. Veinticuatro horas después visitó a Falcão, que lo recibió apenas con educación. Pero Reginaldo era fino y práctico; dio con la cuerda principal de su interlocutor y la hizo tañir. Le habló de los prodigiosos negocios de los Estados Unidos, las hordas de monedas que corrían de uno a otro de los océanos que bañaban sus costas. Falcão lo escuchó deslumbrado, y le pedía más y más información. Entonces el otro le hizo un extenso recuento de las compañías y bancos, acciones, saldos de finanzas públicas, riquezas particulares, organización municipal de Nueva York, le describió los grandes palacios consagrados al comercio. . .

—Realmente es un gran país, —decía Falcão, de cuando en cuando—. Y luego de tres minutos de reflexión —pero, por lo que usted cuenta sólo hay oro.

—Oro sólo, no; hay mucha plata y papel; pero allí papel y oro es la misma cosa. Y ni qué hablar de monedas de otras naciones. Le mostraré una colección que traigo. Mire: para ver lo que es aquello basta fijarse en mí: Fui para allá pobre, tenía veintitrés años; al cabo de siete años, traigo seiscientos *contos*.

Falcão se estremeció: —Yo, a su edad, confesó, apenas si llegaba a cien.

Estaba encantado. Reginaldo le dijo que necesitaba dos o tres semanas, para contarle los milagros del *dollar*.

—¿Cómo dice usted que se llama?

—*Dollar*.

—¿Me creerá si le digo que nunca vi esa moneda?

Reginaldo sacó del bolsillo del chaleco un *dollar* y se lo mostró. Falcão, antes de tenerlo en su mano, lo atrapó con los ojos. Como estaba un poco oscuro, se incorporó y fue hasta la ventana, para examinarlo bien de ambos lados; después lo restituyó a su dueño, elogiando mucho el dibujo y la acuñación, y agregando que nuestros antiguos patacones eran también muy lindos.

Las visitas se repitieron. Reginaldo resolvió pedir la mano de la muchacha. Esta empero, le dijo que era preciso obtener primero la anuencia del tío; no se casaría contra su voluntad. Reginaldo no se desanimó. Se empeñó en redoblar sus atenciones para con Falcão; abarrotó al tío de Virginia de dividendos fabulosos.

—A propósito; nunca me mostró su colección de monedas, —le dijo un día Falcão.

—Venga mañana a mi casa.

Falcão fue, Reginaldo le mostró la colección metida en un mueble cuyos cuatro lados eran de vidrio. La sorpresa de Falcão fue extraordinaria; esperaba encontrar una cajita con un ejemplar de cada moneda, y encontró montañas de oro, plata, bronce y cobre. Falcão les echó pri-

merc una ojeada general y colectiva; después empezó a observarlas en detalle. Sólo reconoció las libras, los *dollars* y los francos; pero Reginaldo las nombró a todas: florines, coronas, rublos, dracmas, piastras, pesos, rupias, toda la numismática del trabajo, concluyó él poéticamente.

—¡Pero qué paciencia la suya para juntar todo esto! —dijo él.

—No fui yo quien las juntó, —replicó Reginaldo—; la colección pertenecía al espolio de un personaje de Filadelfia. Me costó una bagatela: cinco mil *dollars*.

En verdad, la colección valía más. Falcão salió de allí con la colección en el alma; le habló de ella a su sobrina e imaginariamente, desordenó y volvió a ordenar las monedas, como un amante revuelve los cabellos de la amada para volver a acariciarlos otra vez. Esa noche soñó que era un florín, que un jugador lo arrojaba a la mesa del *lansquenet*, y que él traía consigo, hacia el bolsillo del jugador, más de doscientos florines. A la mañana siguiente, para consolarse, fue a contemplar las primeras monedas que tenía en la caja de caudales, pero no encontró el consuelo que buscaba. El mejor de los bienes es el que no se posee. Días después, estando en el comedor de su casa, le pareció ver una moneda en el suelo. Se agachó para recogerla; no era una moneda, era una simple carta. La abrió distraídamente y la leyó asombrado: era de Reginaldo y estaba dirigida a Virginia. . .

—¡Basta! —me interrumpe el lector; adivino lo demás. Virginia se casó con Reginaldo, las monedas pasaron a manos de Falcão, y eran falsas. . .

No señor, eran verdaderas. Hubiera sido más ético que, para castigo de nuestro hombre, fuesen falsas; pero ¡ay de mí! yo no soy Séneca, no paso de un Suetonio que contaría diez veces la muerte de César, si él resucitase diez veces, pues no retornaría a la vida, sino para volver al imperio.

VARIAS HISTORIAS

UNOS BRAZOS

IGNACIO se estremeció, oyendo los gritos del gestor, recibió el plato que éste le ofrecía e intentó comer, bajo una avalancha de improperios, sinvergüenza, cabeza hueca, estúpido, tonto.

—¿Se puede saber dónde estás que nunca escuchas lo que te digo? Se lo contaré todo a tu padre, para que te sacuda la pereza del cuerpo con una buena tunda de latigazos ¿o presumes que ya no estás en edad de recibir una paliza? No lo creas. ¡Estúpido! ¡Tonto!

—Y te aseguro que en la calle es igual que aquí, —prosiguió volviéndose hacia doña Severina, que vivía con él, hacía años—. Mezcla todos los papeles, se equivoca las direcciones, va a lo de un escribano en vez de ir a lo de otro, confunde a los abogados: ¡es algo infernal! Y después ese sueño pesado y continuo. De mañana es algo increíble; el primero que se despierta tiene que romperle los huesos para sacarlo de la cama... Ah, pero ya verás ¡mañana lo voy a despertar a escobillonazos!

Doña Severina le tocó el pie, como pidiéndole que terminara. Borges espectoró aún algunos insultos, y luego se sintió en paz con Dios y con los hombres.

No digo que quedó en paz con los niños, porque nuestro Ignacio no era exactamente un niño. Ya tenía quince años bien cumplidos. Cabeza inculta, pero hermosa, ojos de muchacho soñador; que adivina, que indaga, que quiere saberlo todo y termina no sabiendo nada. Todo eso colocado sobre un cuerpo no destituido de encanto, si bien mal vestido. El padre era peluquero en la Ciudad Nueva, y lo ubicó como agente, escribiente o lo que fuese del gestor Borges, con la esperanza de verlo algún día en el foro, porque le parecía que los gestores judiciales ganaban mucho. Todo esto tenía lugar en la *Rua da Lapa*, en 1870. Durante algunos minutos no se oyó más que el tintineo de los cubiertos y el ruido de la masticación. Borges se abarrotaba de lechuga y carne de

vaca; se interrumpía para intercalar en la oración alguna coma mediante un trago de vino y luego proseguía callado.

Ignacio iba comiendo despacito, sin atreverse a alzar los ojos del plato, ni siquiera para dirigirlos allí donde estaban cuando el terrible Borges comenzó a insultarlo. La verdad es que intentarlo ahora sería muy arriesgado. El nunca había clavado los ojos en los brazos de doña Severina sin que al hacerlo se olvidara de sí mismo y de todo lo demás.

Pero lo cierto es que la culpa de que ello ocurriese la tenía doña Severina, que siempre los llevaba desnudos. Usaba mangas cortas en todos los vestidos de entrecasa, medio palmo abajo del hombro; a partir de allí los brazos quedaban a la vista. La verdad es que eran bellos y carnosos, en armonía con la dueña, que era más robusta que delgada, y no perdían el color ni la tersura por vivir en contacto con el aire; pero cabe aclarar que ella no los traía así por seductora, sino porque ya había gastado todos los de mangas largas. De pie, era muy atractiva; al caminar, sabía contonearse con gracia; él, sin embargo, prácticamente no la veía más que en la mesa, donde además de los brazos, apenas podía mirarle el busto. No se puede decir que era bonita; pero tampoco que era fea. Ningún adorno; hasta el peinado constaba de muy poco; alisó sus cabellos, los recogió, los ató y los fijó en lo alto de la cabeza con el peine de carey que la madre le dejó. En el cuello un pañuelo oscuro; nada en las orejas. Todo ello a los veintisiete años floridos y sólidos.

Terminaron de cenar. Cuando llegó el café, Borges sacó cuatro cigarrillos del bolsillo, los comparó, los apretó entre los dedos, eligió uno y guardó los restantes. Prendiendo el cigarro, clavó los codos en la mesa y le habló a doña Severina de treinta mil cosas que nada interesaban a nuestro Ignacio; y como mientras hablaba no lo insultaba, él podía divagar a su gusto.

Ignacio sorbió el café con toda la lentitud que pudo. Entre uno y otro trago, alisaba el mantel, arrancaba de sus dedos pedacitos de piel imaginarios, o dejaba correr los ojos por los cuadros del comedor, que eran dos, un San Pedro y un San Juan, comprados de ocasión y enmarcados en casa. Con el San Juan podría disimular y demorarse, ya que su cabeza joven alegra las imaginaciones católicas; pero con el austero San Pedro ya era demasiado. La única excusa de Ignacio era que él no veía ni a uno ni a otro; sus ojos se posaban allí como en nada. Sólo veía los brazos de doña Severina —ya sea porque solapadamente los mirase, o porque los llevaba grabados en la memoria.

—¿Y? ¿Cuándo vas a terminar ese café? —vociferó de repente el gestor. No tenía remedio; Ignacio bebió la última gota, ya iría, y se retiró como de costumbre a su habitación, en los fondos de la casa. Al entrar hizo un gesto de enojo y desesperación y fue después a apoyarse en el marco de una de las dos ventanas que daban al mar. Cinco minu-

tos después, la visión de las aguas cercanas y de las montañas a lo lejos, le restituía el sentimiento confuso, vago, inquieto, que lo lastimaba y le hacía bien, algo así como lo que debe sentir la planta cuando brota la primera flor. Tenía ganas de irse y de quedarse. Hacía cinco semanas que allí vivía, y la vida era siempre igual, salir de mañana con Borges, recorrer audiencias y escribanías, correr de aquí para allá llevando papeles a sellar, al distribuidor, a los escribanos, a los oficiales de justicia. Volvía por la tarde, comía algo y se encerraba en su cuarto, hasta la hora de la cena; cenaba y se iba a dormir. Borges no le hacía un lugar en la familia, que estaba formada nada más que por él y doña Severina, ni Ignacio veía a ella más de tres veces por día, durante las comidas. Cinco semanas de silencio, en suma, porque él sólo hablaba muy de vez en cuando en la calle; en casa, nunca.

“Ya van a ver —pensó él un día—, me escaparé de aquí y no volveré más”.

Pero no fue así; se sintió aferrado y encadenado por los brazos de doña Severina. No había visto nunca otros tan lindos y tan frescos. La educación que había recibido no le permitió encararlos desde un principio abiertamente; parece, incluso, que en un comienzo, apartaba los ojos, avergonzado. Los empezó a observar poco a poco, al ver que nunca aparecían cubiertos por mangas, y así los fue descubriendo, contemplando y amando. Al cabo de tres semanas, ellos eran, moralmente hablando, su oasis reparador. Soportaba todo el trabajo del día, toda la melancolía de la soledad y del silencio, toda la grosería de su patrón a cambio de ver, tres veces por día, el famoso par de brazos.

Aquel día, mientras la noche iba cayendo e Ignacio se estiraba en la red (él allí no tenía cama), doña Severina, en la habitación de enfrente, recapitulaba el episodio de la cena y, por primera vez, sospechó algo. Rechazó la idea en seguida: ¡Pero si no era más que un niño! Hay ideas, sin embargo, que pertenecen a la familia de las moscas empecinadas: por más que uno las espante, ellas vuelven y se posan. ¿Niño? Ignacio tenía quince años; y ella advirtió que entre la nariz y la boca del muchacho asomaba ya la insinuación de un bozo. ¿Por qué sorprenderse si empezaba a amar? Y ella, por lo demás ¿acaso no era bonita? Esta otra idea tampoco fue rechazada, sino más bien acariciada y alentada. Y recordó entonces las actitudes de él, los olvidos, las distracciones, y otro incidente y otro, todo, en conjunto, eran síntomas, y concluyó que sí.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el gestor, estirado en el canapé, tras algunos minutos de silencio.

—Nada.

—¿Nada? ¡Parece que aquí en casa todos están dormidos! Ya verán, yo tengo un buen remedio para despabilar a los dormilones. . .

Y empezó otra vez a mascullar algo en el mismo tono enojoso, para terminar tronando amenazas, que realmente era incapaz de cumplir, ya que más que malvado era grosero. Doña Severina lo interrumpía diciéndole que no, que no dormitaba, que estaba pensando en su comadre Fortunata. No la visitaban desde la Navidad: ¿qué le parece si pasaban por su casa una de aquellas noches? Borges retrucaba que estaba cansado, que trabajaba como un negro, que no tenía ánimo para andar cumpliendo con formalidades; y despotricó contra la comadre, contra el compadre, contra el ahijado, que no iba al colegio y ya tenía diez años. El, Borges, a los diez años ya sabía leer, escribir y contar, no muy bien, es cierto, pero sabía. ¡Diez años! Lindo fin iba a tener: vago y la bolsa de linyera en las espaldas. Ya iba a aprender qué era la vida en el servicio militar.

Doña Severina intentaba serenarlo con excusas: la pobreza de la comadre, la mala suerte del compadre, y lo acariciaba, temiendo que sus caricias pudiesen irritarlo aún más. Ya era noche cerrada; ella oyó el *tilic* del farol a gas de la calle, al que acababan de encender y vio su resplandor en las ventanas de la casa de enfrente. Borges, cansado del día, pues era realmente un trabajador de primer orden, entrecerró los ojos y comenzó a cabecear. Se dio cuenta que se dormía y se fue, dejando sola a su mujer, en la habitación a oscuras, sumida en sus pensamientos y en el descubrimiento que acababa de hacer.

Todo parecía indicar a la dama que era verdad; pero esa verdad, una vez superada la impresión del asombro, le trajo una complicación moral, que ella sólo llegó a conocer por sus afectos, sin poder encontrar la manera de discernir de qué se trataba. No podía entenderse ni equilibrarse, llegó a pensar en decírselo todo al gestor, y que él se ocupase de echar al mocosito. ¿Pero qué era todo? Allí se detuvo: realmente, no había más que suposiciones, coincidencias y posiblemente ilusión. No, ilusión no era. Y en seguida recogía los indicios vagos, las actitudes del muchachito, la timidez, las distracciones, para rechazar la idea de que estaba equivocada. De inmediato (¡capciosa naturaleza!) pensando que no sería bueno acusarlo sin fundamento, admitió que pudiese eludirse con el único fin de observarlo mejor y averiguar bien la realidad de las cosas.

Ya era tarde, doña Severina observaba con disimulo los gestos de Ignacio; no llegó a percibir nada, porque el tiempo del té fue corto y el muchachito no sacó los ojos de la taza. Al día siguiente pudo observar mejor, y en los otros, plenamente. Verificó que sí, que era amada y temida, amor adollescente y virgen, refrenado por las normas sociales y por un sentimiento de inferioridad que le impedía reconocerse a sí mismo. Doña Severina comprendió que no debía temer ningún desacato, y concluyó que lo mejor era no decir nada al gestor; le ahorra así un disgusto, y otro al pobre niño. Ya estaba persuadida que se tra-

taba de un niño, y resolvió tratarlo tan secamente como lo había hecho hasta ese momento, o todavía más. Y así lo hizo; Ignacio comenzó a darse cuenta que ella evitaba mirarlo, o le hablaba con rispidez, casi tanto como el propio Borges. Es verdad que, en otras oportunidades, el tono de voz era blando y hasta tierno, muy tierno; así como la mirada generalmente esquiva, tanto vagaba por otras partes, que, para descansar, iba a posarse en la cabeza de él; pero todo esto era cosa de segundos.

—Me voy a ir, —repetía él en la calle como en los primeros días. Volvía a la casa y no se iba. Los brazos de doña Severina le abrían un paréntesis en la larga y fastidiosa etapa de la vida que estaba viviendo, y esa oración intercalada despertaba en él ideas originales y profundas, inventadas por el cielo únicamente para él. Se dejaba estar y así pasaban sus días. Finalmente, debió abandonar la casa, y lo hizo para siempre; he aquí cómo ocurrió y por qué.

Hacia algunos días que doña Severina lo venía tratando con benignidad. La rudeza de la voz parecía haber desaparecido, y había en ella más que blandura, había desvelo y cariño. Un día le recomendaba que se cuidase del aire fresco, otro que no bebiese agua fría después del café caliente, le daba consejos, le recordaba obligaciones, cuidados de amiga y madre, que colmaron su alma de inquietud y confusión. Ignacio llegó a tal extremo de familiaridad que un día, en la mesa, se rió, cosa que jamás había hecho; y el gestor no lo trató mal en esa ocasión porque era él quien estaba contando algo divertido, y nadie castiga a otro por el aplauso que recibe. Fue entonces cuando doña Severina advirtió que la boca del muchachito, atractiva cuando él estaba callado, no lo era menos cuando reía.

El desasosiego de Ignacio iba creciendo, sin que él fuera capaz de calmarse ni comprenderse. No se encontraba bien en ninguna parte. Se despertaba de noche pensando en doña Severina. En la calle, confundía las esquinas, se equivocaba de puerta, mucho más que antes, y no veía mujer, de cerca o de lejos, que no se la recordase. Al entrar en el corredor de la casa, volviendo del trabajo, sentía siempre alguna agitación, a veces grande, cuando la veía en lo alto de la escalera mirando a través de los barrotes de la baranda de madera, como habiendo acudido a ver quién llegaba.

Un domingo —él nunca olvidaría ese domingo— estaba solo en la habitación, mirando por la ventana en dirección al mar, que le hablaba en el mismo lenguaje oscuro y nuevo que doña Severina. Se divertía mirando las gaviotas, que hacían grandes piruetas en el aire, o planeaban sobre el agua, o solamente revoloteaban. El día estaba lindísimo. No era apenas un domingo cristiano; era un inmenso domingo universal.

Ignacio los pasaba siempre allí en la habitación, de a ratos asomado a la ventana, de a ratos releendo algunos de los tres folletines que ha-

bía traído consigo, cuentos de otros tiempos, comprados con un cobre en el *Largo do Paço*. Eran las dos de la tarde. Estaba cansado, había dormido mal esa noche, después de haber trajinado mucho en la víspera; se acomodó en la red, tomó uno de los folletines, el de La Princesa Magalona, y empezó a leer. Nunca había podido entender por qué todas las heroínas de esas viejas historias tenían la misma cara y talle que doña Severina, pero lo cierto es que así era. Al cabo de media hora dejó caer el folletín y fijó la mirada en la pared, de donde, cinco minutos después, vio salir a la dama de sus desvelos. Lo natural era que se sorprendiera; pero no se sorprendió. Si bien con los párpados cerrados, la vio brotar de allí completamente, detenerse, sonreír y encaminarse hacia la red.

Era ella en persona; eran sus propios brazos.

Lo cierto, empero, es que doña Severina no podía haber aparecido a través de la pared, no sólo porque allí no hubiese puerta o abertura de ningún tipo, sino porque estaba justamente en la habitación de enfrente atenta a los pasos del gestor, que bajaba las escaleras. Lo oyó descender; fue hasta la ventana para cerciorarse de que había salido y sólo se apartó de allí cuando él se perdió a lo lejos, en camino hacia la *Rua das Mangueiras*. Entonces fue a sentarse en el canapé. Parecía fuera de sí, inquieta, como loca; se incorporó y fue a tomar la jarra que estaba sobre el aparador para luego dejarla, inexplicablemente, en el mismo lugar; después se encaminó hacia la puerta, se detuvo y volvió, al parecer sin rumbo. Se sentó otra vez, cinco o diez minutos. De pronto recordó que Ignacio había comido poco en el almuerzo y que se lo veía decaído, y le pareció que podía estar enfermo; podía llegar a ser, incluso, que estuviese muy mal.

Salió de la habitación, cruzó apresuradamente el pasillo y fue hasta el cuarto del muchachito, cuya puerta encontró entreabierta. Doña Severina se detuvo, miró hacia adentro, lo encontró en la red, durmiendo, con el brazo suspendido en el aire y el folletín caído en el piso. La cabeza se inclinaba levemente hacia el lado de la puerta, dejando ver los ojos cerrados, los cabellos revueltos y una expresión risueña de gran placidez.

Doña Severina sintió que su corazón palpaba con vehemencia y retrocedió. Aquella noche había soñado con él; bien podía ser que él estuviese soñando con ella. Desde la madrugada la figura del muchachito estaba delante de sus ojos como una tentación diabólica. Retrocedió más aún, después volvió, lo contempló dos, tres, cinco minutos o más. Era como si el sueño infundiera a la adolescencia de Ignacio una expresión más acentuada, casi femenina, casi pueril: "¡Pero si es una criatura!" se dijo a sí misma, en aquel idioma sin palabras que todos traemos en nosotros. Y esta idea sofocó la agitación de su sangre y le dispuso en parte la turbación de los sentidos.

“¡Una criatura!”

Y lo observó lentamente, se hartó de verlo, con la cabeza inclinada, el brazo caído; pero, al mismo tiempo que la impresionaba como un niño, lo encontraba apuesto, mucho más apuesto que despierto, y cada una de esas ideas modificaba o neutralizaba a la otra. De pronto se estremeció y se apartó atemorizada: había oído un ruido al lado, en la piececita de planchar; fue a ver: se trataba de un gato que había hecho caer una taza al suelo. Volvió despacito a espiarlo y vio que dormía profundamente. ¡Tenía sueño pesado el niño! El ruido que la había conmovido tanto, a él ni siquiera lo hizo cambiar de posición. Y ella prosiguió viéndolo dormir, —dormir y tal vez soñar.

¡Qué pena no poder vernos los sueños unos a los otros! Doña Severina se hubiera visto a sí misma en la imaginación del muchacho; se hubiera visto ante la red, risueña y de pic para después inclinarse, tomarle las manos, llevarlas hasta su pecho, y allí, sobre ellos, cruzar sus brazos, los famosos brazos. Ignacio, enamorado de ellos, aun así oía las palabras de doña Severina, que eran hermosas, cálidas, sobre todos nuevas —o, por lo menos, pertenecían a algún idioma que él no conocía, aunque podía entenderlo. Dos, tres o cuatro veces, la figura se desdibujó, para reaparecer en seguida, venida del mar o de otra parte, entre gaviotas o atravesando el pasillo, con toda la gracia robusta de que era capaz. Y volviendo, se inclinaba sobre él, lo tomaba nuevamente de las manos y cruzaba sobre el pecho los brazos, hasta que, inclinándose aún más, cerró sus labios y le dejó un beso en la boca.

Aquí el sueño coincidió con la realidad, y las mismas bocas se unieron en la imaginación y fuera de ella. La diferencia consistió en que mientras la visión no se apartó, la persona real, apenas consumado el acto, huyó hacia la puerta, avergonzada y temerosa. De allí pasó a la habitación de enfrente, aturdida por lo que había hecho, sin fijar la vista en nada. Aguzaba el oído, iba hasta el final del pasillo, tratando de escuchar algún rumor que le indicase que él se había despertado, y sólo al cabo de un largo rato el miedo terminó por desaparecer. Lo cierto es que el muchacho tenía el sueño pesado: nada le abría los ojos, ni los ruidos cercanos, ni los besos de verdad. Pero si el miedo fue pasando, no ocurrió lo mismo con la vergüenza, que perduró y creció. Doña Severina no terminaba de creer en lo que había hecho; parece que sus deseos se enmarañaron en la idea de que era un niño enamorado que allí estaba sin conciencia ni responsabilidad; y, medio madre, medio amiga, se había inclinado y lo había besado. Fuese como fuese, estaba confundida, irritada, disgustada, mal consigo mismo y mal con él. La sospecha de que él pudiera estar fingiendo que dormía se adueñó de su alma y le recorrió un escalofrío.

Pero lo cierto es que durmió mucho tiempo más aún, y sólo se despertó para cenar. Se sentó a la mesa risueño. Y si bien encontró a

doña Severina callada y severa y al gestor tan rudo como todos los días, ni la rudeza de uno ni la severidad de la otra lograban disiparle la visión encantadora que todavía perduraba en él, o atenuarle la sensación del beso. No advirtió que doña Severina llevaba un chal que le cubría los brazos; lo advirtió después, el lunes, y el martes también, y hasta el sábado que fue el día en que Borges le mandó a decir al padre que no podía seguir teniéndolo con él; y no lo hizo enojado, porque lo trató relativamente bien y todavía le dijo a la salida:

—Si puedo llegar a serle útil en algo, hágamelo saber.

—Le agradezco, señor. La señora Severina...

—Está en su habitación; le duele mucho la cabeza. Pase mañana o pasado a despedirse de ella.

Ignacio salió sin entender nada. No entendía la despedida ni el cambio radical de doña Severina en relación a él, ni lo del chal, ni nada. ¡Había estado tan bien! ¡Le hablaba con tanta amistad! Cómo podía ser que de repente... Tanto pensó que terminó suponiendo de su parte alguna mirada indiscreta, alguna distracción que la había ofendido; no podía ser otra cosa; eso explicaba la cara hosca y el chal que le cubría los brazos tan hermosos... No importa; se llevaba consigo el sabor del sueño. Y a través de los años, en otros amores, más efectivos y duraderos, no encontró nunca ninguna sensación que fuera igual a la de aquel domingo, en la *Rua da Lapa*, cuando él tenía quince años. El mismo exclama a veces, sin saber que se engaña:

—¡Y fue un sueño! ¡Nada más que un simple sueño!

UN HOMBRE CELEBRE

¿Así QUE usted es el señor Pestana? —preguntó la señorita Mota, haciendo un amplio ademán de admiración. Y luego, rectificando la espontaneidad del gesto: —Perdóneme la confianza que me tomo, pero . . . ¿realmente es usted?

Humillado, disgustado, Pestana respondió que sí, que era él. Venía del piano, enjugándose la frente con el pañuelo, y estaba por asomarse a la ventana, cuando la muchacha lo detuvo. No era un baile; se trataba, apenas, de un sarao íntimo, pocos concurrentes, veinte personas a lo sumo, que habían ido a cenar con la viuda de Camargo, en la *Rua do Areal*, en aquel día de su cumpleaños, cinco de noviembre de 1875. ¡Buena y alegre viuda! Amante de la risa y la diversión, a pesar de los sesenta años a los que ingresaba, y aquella fue la última vez que se divirtió y rió, pues falleció en los primeros días de 1876. ¡Buena y alegre viuda! ¡Con qué entusiasmo y diligencia incitó a que se bailase, después de cenar, pidiéndole a Pestana que ejecutara una cuadrilla! Ni siquiera fue necesario que insistiese; Pestana se inclinó gentilmente, y se dirigió al piano. Terminada la cuadrilla, apenas habrían descansado diez minutos, cuando la viuda corrió nuevamente hasta Pestana para solicitarle un obsequio muy especial.

—Usted dirá, señora.

—Quisiera que nos toque ahora esa polca suya titulada *Não bula connigo, Nhonhó*¹.

Pestana hizo una mueca pero la disimuló en seguida, luego una breve reverencia, callada, sin gentileza, y volvió al piano sin interés. Oídos los primeros compases, el salón se vio colmado por una alegría nueva, los caballeros corrieron hacia sus damas, y las parejas entraron a contonearse al ritmo de la polca de moda. Había sido publicada veinte días

¹ Una traducción aproximada podría ser: *No me zarandées, Noño*. (N. del T.).

antes, y no había rincón de la ciudad en que no fuese conocida. Ya estaba alcanzando, incluso, la consagración del silbido y el tarareo nocturno.

La señorita Mota estaba lejos de suponer que aquel Pestana que ella había visto en la mesa durante la cena y después sentado al piano, metido en una levita color rapé, de cabello negro, largo y rizado, ojos vivaces y mentón rapado, era el Pestana compositor; fue una amiga quien se lo dijo, cuando lo vio dejar el piano, una vez terminada la polca. Por eso la pregunta admirativa. Ya vimos que él respondió disgustado y humillado. Pero no por eso las dos muchachas dejaron de prodigarle amabilidades, tales y tantas que la más modesta vanidad se complacería oyéndolas; él, sin embargo, las recibió cada vez con más enfado, hasta que, alegando un dolor de cabeza, pidió disculpas y se fue. Ni ella, ni la dueña de casa, nadie logró retenerlo. Le ofrecieron remedios caseros, comodidad para que reposara, no aceptó nada, se empeñó en irse y se fue.

Calle adentro, caminó de prisa, con temor de que aún lo llamasen; sólo se tranquilizó después que dobló la esquina de la *Rua Formosa*. Pero allí mismo lo esperaba su gran polca festiva. De una casa modesta, a la derecha, a pocos metros de distancia, brotaban las notas de la composición del día, sopladás por un clarinete. Bailaban. Pestana se detuvo unos instantes, pensó en desandar camino, pero decidió proseguir, apuró el paso, cruzó la calle, y avanzó por la vereda opuesta a la de la casa del baile. Las notas se fueron perdiendo, a lo lejos, y nuestro hombre entró en la *Rua de Aterrado*, donde vivía. Ya cerca de su casa, vio venir a dos hombres: uno de ellos, que pasó junto a Pestana rozándolo casi, empezó a silbar la misma polca, marcialmente, con brío; el otro se unió con exactitud a él y así se fueron alejando los dos, ruidosos y alegres, mientras el autor de la pieza, desesperado, corría a encerrarse en su casa.

Una vez en ella, respiró. La casa era vieja, vieja la escalera y viejo el negro que lo servía, y que se aproximó para preguntarle si deseaba comer algo.

—No quiero nada, —vociferó Pestana; —prepárame café y vete a dormir—. Se desnudó, vistió un camisón, y fue hacia la habitación del fondo. Cuando el negro prendió la lámpara a gas del comedor, Pestana sonrió y, desde el fondo de su alma, saludó unos diez retratos que pendían de la pared. Uno sólo era a óleo, el de un cura que lo había educado, que le había enseñado latín y música, y que según los mal hablados, era el propio padre de Pestana. Lo cierto es que le dejó en herencia aquella casa vieja, y los viejos trastos, que eran de la época de Pedro I². Había compuesto algunos motetes el cura, le encantaba la

² Pedro I de Brasil, coronado en 1822, era hijo de Don Juan VI, rey de Portugal. (N. del T.).

música, sacra o profana, y esa pasión se la inculcó al muchacho, o se la transmitió a través de la sangre, si es que tenían razón los charlatanes, cosa por la que no se interesa mi historia, como podréis comprobar.

Los demás retratos eran de compositores clásicos: Cimarosa, Mozart, Beethoven, Gluck, Bach, Schumann; y unos tres más, algunos grabados, otros litografiados, todos enmarcados torpemente y de diferentes tamaños, mal ubicados allí, como santos de una iglesia. El piano era el altar; el evangelio de la noche allí estaba abierto: era una sonata de Beethoven.

Llegó el café; Pestana bebió la primera taza y se sentó al piano. Contempló el retrato de Beethoven, y empezó a ejecutar la sonata, totalmente compenetrado, ausente o absorto, pero con gran perfección. Repitió la pieza; luego se detuvo unos instantes, se levantó y se acercó a una de las ventanas. Volvió al piano; era el turno de Mozart, recordó un fragmento y lo ejecutó del mismo modo, con el alma perdida en la lejanía. Haydn lo llevó a la medianoche y a la segunda taza de café.

Entre la medianoche y la una de la mañana, Pestana prácticamente no hizo otra cosa que dejarse estar acodado en la ventana mirando las estrellas para luego entrar y contemplar los retratos. De a ratos se acercaba al piano y, de pie, hacía sonar una que otra nota suelta en el teclado, como si buscase algún pensamiento; pero el pensamiento no aparecía y él volvía a apoyarse en la ventana. Las estrellas le parecían otras tantas notas musicales fijadas en el cielo a la espera de alguien que las fuese a despegar; ya llegaría el día en que el cielo habría de quedar vacío, pero entonces la tierra sería una constelación de partituras. Ninguna imagen, fantasía o reflexión le traía el menor recuerdo de la señorita Mota que, mientras tanto, en ese mismo momento, se dormía, pensando en él, autor de tantas polcas amadas. Tal vez la idea de casarse sustrajo, por unos segundos, a la muchacha del sueño. ¿Por qué no? Ella iba por los veinte, él andaba por los treinta, era una diferencia adecuada. La muchacha dormía al son de la polca, oía en la memoria, mientras el autor de la misma no se interesaba ni por la polca ni por la muchacha, sino por las viejas obras clásicas, interrogando al cielo y a la noche, implorando a los ángeles y en última instancia al diablo. ¿Por qué no podría él componer aunque más no fuera una sola de aquellas páginas inmortales?

A veces era como si estuviera por surgir de las profundidades del inconsciente una aurora de idea; él corría al piano, para desplegarla enteramente, traduciéndola en sonidos, pero era en vano; la idea se evaporaba. Otras veces, sentado al piano, dejaba correr sus dedos al acaso, queriendo ver si las fantasías brotaban de ellos, como de los de Mozart; pero nada, nada, la inspiración no llegaba, la imaginación se dejaba estar, aletargada. Y si por casualidad, alguna idea irrumpía, definida y bella, era apenas el eco de alguna pieza ajena, que la memoria repetía, y que él presumía estar creando. Entonces, irritado, se incor-

poraba, juraba abandonar el arte, ir a plantar café o meterse a carruajero; pero diez minutos después, ahí estaba otra vez, con los ojos fijos en Mozart, emulándolo al piano.

Dos, tres, cuatro de la mañana. Después de las cuatro se fue a dormir; estaba cansado, desanimado, muerto; tenía que dar clase al día siguiente. Durmió poco; se despertó a las siete. Se vistió y desayunó.

—¿Mi señor quiere el bastón o el paraguas? —preguntó el negro, siguiendo las órdenes que había recibido, porque las distracciones de su amo eran frecuentes.

—El bastón.

—Me parece que hoy llueve . . .

—Llueve —repitió Pestana maquinalmente.

—Parece que sí, señor el cielo se ha oscurecido.

Pestana miraba al negro, vagamente, perdido, preocupado. De pronto le dijo.

—Aguarda un momento.

Corrió al salón de los retratos, abrió el piano, se sentó y dejó correr las manos por el teclado. Empezó a tocar algo propio, algo que respondía a una oleada de inspiración real y súbita, una polca, una polca bulliciosa, como dicen los anuncios. Ninguna repulsión por parte del compositor; los dedos iban arrancando las notas, uniéndolas, barajándolas con habilidad; se diría que la musa componía y bailaba al mismo tiempo. Pestana había olvidado a sus alumnos, al negro que lo esperaba con el bastón y el paraguas, e incluso a los retratos que pendían gravemente de la pared. Todo él estaba abocado a la composición, tecleando o escribiendo, sin los vanos esfuerzos de la víspera, sin exasperación, sin nada pedir al cielo, sin interrogar los ojos de Mozart. Nada de tedio. Vida, gracia, novedad, brotaban del alma como de una fuente perenne.

Poco tiempo fue preciso para que la polca estuviese hecha. Corrigió, después, algunos detalles, cuando regresó al atardecer: pero ya la tarareaba caminando por la calle. Le gustó la polca; en la composición reciente e inédita circulaba la sangre de la paternidad y de la vocación. Dos días después fue a llevársela al editor de las otras polcas suyas, que sumarían ya unas treinta. Al editor le pareció encantadora.

—Va a ser un gran éxito.

Se planteó entonces la cuestión del título. Pestana, cuando compuso su primera polca, en 1871, quiso darle un título poético, eligió éste: *Gotas de Sol*. El editor meneó la cabeza, y le dijo que los títulos debían contribuir a facilitar la popularidad de la obra, ya sea mediante alguna alusión a una fecha festiva —o a través de palabras pegadizas y graciosas—, y le dio dos ejemplos: *La ley del 28 de septiembre*, o *Candongas no hacen fiestas*.

—¿Pero qué quiere decir *Candongas no hacen fiestas*? —preguntó el autor.

—No quiere decir nada, pero se populariza en seguida.

Pestana, principiante inédito todavía, rechazó las dos sugerencias y se guardó la polca; pero no pasó mucho tiempo sin que compusiese otra, y la comezón de la popularidad lo indujo a editar las dos con los títulos que al editor le pareciesen más atrayentes o apropiados. Ese fue el criterio que adoptó de allí en adelante.

Esta vez, cuando Pestana le entregó la nueva polca, y pasaron a la cuestión del título, el editor dijo que tenía uno entre manos, desde hacía varios días, para la primera obra que le presentase, título pomposo, largo y sinuoso. Era éste: *Respetable señora, guarde su canasto*.

—Y para la próxima polca, tengo uno especialmente reservado, —agregó.

Pestana, todavía principiante inédito, rechazó cualquiera de las sugerencias que se le formularon; el compositor puede bastarse para encontrar un título razonable. La obra, enteramente representativa en su género, original y cautivante, invitaba a bailarla y era fácil de memorizar. Ocho días bastaron para convertirlo en una celebridad. Pestana, durante los primeros, anduvo de veras enamorado de la composición, le encantaba tararearla bajito, se detenía en la calle para oír cómo la ejecutaban en alguna casa, y se enojaba cuando no la tocaban bien. De inmediato, las orquestas de teatro la ejecutaron y allá fue él a uno de ellos. Tampoco le disgustó oírla silbada, una noche, en boca de una sombra que bajaba la *Rua do Aterrado*.

Esa luna de miel duró apenas un cuarto menguante. Como ocurrió anteriormente, y más rápido aún, los viejos maestros retratados lo hicieron sangrar de remordimiento. Humillado y harto, Pestana arremetió contra aquella que viniera a consolarlo tantas veces, musa de ojos pícaros y gestos sensuales, fácil y graciosa. Y fue entonces cuando volvió el asco de sí mismo, el odio a quienes le pedían la nueva polca de moda, y al mismo tiempo el empeño en componer algo que tuviese sabor clásico, al menos una página, una sola, pero que pudiese ser encuadernada entre las de Bach y Schumann. Vano estudio, inútil esfuerzo. Se zambullía en aquel Jordán sin salir bautizado. Noches y noches las pasó así, confiante y empecinado, seguro de que la voluntad era todo, y que, una vez que lograrse desembarazarse de la música fácil. . .

—Que se vayan al infierno las polcas y que lo hagan bailar al diablo, —dijo él un día, de madrugada, al acostarse.

Pero las polcas no quisieron llegar tan hondo. Entraban a la casa de Pestana, al salón de los retratos, irrumpían tan acabadas, que él no tenía más tiempo que el necesario para componerlas, imprimirlas después, disfrutarlas algunos días, odiarlas, y volver a las viejas fuentes, de donde nada le brotaba. En ese vaivén vivió hasta casarse, y después de casarse.

—¿Con quién se casará? —preguntó la señorita Mota al tío escribano que le dio aquella noticia.

—Se casará con una viuda.

—¿Vieja?

—Veintisiete años.

—¿Linda?

—No, pero tampoco fea. Oí decir que él se enamoró de ella, porque la escuchó cantar en la última fiesta de San Francisco de Paula. Pero además me dijeron que ella posee otro atributo, que no es infrecuente, y que vale menos: es tísica.

Los escribanos no debían tener sentido del humor —buen sentido del humor, quiero decir. Su sobrina sintió por fin que una gota de bálsamo le aplacaba la pizca de envidia. Todo era cierto. Pestana se casó pocos días después con una viuda de veintisiete años, buena cantante y tísica. La recibió como esposa espiritual de su genio. El celibato era, sin duda, la causa de la esterilidad y la desviación que padecía, se decía él mismo; artísticamente hablando se veía como un improvisador de horas muestras; consideraba a las polcas aventuras de petimetres. Ahora sí iba a engendrar una familia de obras serias, profundas, inspiradas y trabajadas.

Esa esperanza preñó su alma desde las primeras horas de enamoramiento, y ganó cuerpo con la primera aurora del casamiento. María, balbuceó su alma, dame lo que no encontré en la soledad de las noches ni en el tumulto de los días.

De inmediato, para conmemorar la unión, se le ocurrió componer un nocturno. Lo llamaría *Ave María*. Diríase que la felicidad le trajo un principio de inspiración; no queriendo comunicarle nada a su mujer antes de que estuviera listo, trabajaba a escondidas; cosa difícil, porque María, que amaba igualmente el arte, venía a tocar con él, o solamente a oírlo, horas y horas, en el salón de los retratos. Llegaron a realizar algunos conciertos semanales, con tres artistas amigos de Pestana. Un domingo, empero, no pudo contenerse el marido, y llamó a la mujer para hacerle oír un fragmento del nocturno; no le dijo qué era ni de quién era. De pronto, interrumpiendo la ejecución, la interrogó con los ojos.

—Terminado, —dijo María—; ¿no es Chopin?

Pestana empalideció, su mirada se perdió en el aire, repitió uno o dos pasajes y se incorporó. María se sentó al piano y, tras algunos esfuerzos de memoria, ejecutó la pieza de Chopin. La idea, los temas, eran los mismos; Pestana los había encontrado en alguno de esos callejones oscuros de la memoria, vieja ciudad de tradiciones. Triste, desesperado, salió de su casa, y se dirigió hacia el lado del puente, camino a San Cristóbal.

—¿Para qué luchar? —se decía—. Sólo se me ocurren polcas...

¡Viva la polca! La gente que pasaba a su lado, y lo oía refunfuñar, se detenía a mirarlo como se mira a un loco. Y él iba yendo, alucinado, mortificado, marioneta eterna oscilando entre la ambición y las dotes reales. . . . Dejó atrás el viejo matadero; cuando llegó al portón de entrada de la estación de ferrocarril, se le ocurrió largarse a caminar por las vías y esperar el primer tren que apareciese y lo aplastase. El guarda lo hizo retroceder. Volvió en sí y retornó a su casa.

Pocos días después —una clara y fresca mañana de mayo de 1876—, a eso de las seis, Pestana sintió en los dedos un cosquilleo especial y conocido. Se incorporó despacito, para no despertar a María, que había tosido toda la noche, y ahora dormía profundamente. Fue al salón de los retratos, abrió el piano y, lo más sordamente que pudo, extrajo una polca. La hizo publicar con un seudónimo; en los dos meses siguientes compuso y publicó dos más. María no supo nada; iba tosiendo y muriendo, hasta que expiró, una noche, en los brazos del marido, horro-rizado y desesperado.

Era la noche de Navidad. El dolor de Pestana se vio acrecentado, porque en el vecindario había un baile, en el que tocaron varias de sus mejores polcas. Ya era duro tener que soportar el baile; pero sus composiciones le agregaban a todo un aire de ironía y de perversidad. El sentía la cadencia de los pasos, adivinaba los movimientos, por momentos sensuales, a que obligaba alguna de aquellas composiciones, todo eso junto al cadáver pálido, un manojito de huesos, extendido en la cama. . . . Todas las horas de la noche pasaron así, lentas o rápidas, húmedas de lágrimas y de sudor, de agua de colonia y de Labarraque, fluyendo sin parar, como al son de la polca de un gran Pestana invisible.

Enterrada la mujer, el viudo tuvo una única preocupación: dejar la música después de componer un *Réquiem*, que haría ejecutar en el primer aniversario de la muerte de María. Optaría por otro trabajo, se emplearía como secretario, cartero, vendedor de baratijas, cualquier cosa con tal que le hiciera olvidar el arte asesino y sordo.

Comenzó la obra; empenó todo: arrojo, paciencia, meditación y hasta los caprichos de la casualidad, como había hecho otrora, imitando a Mozart. Releyó y estudió el *Réquiem* de este autor. Transcurrieron semanas y meses. La obra, célebre al principio, fue aflojando su paso. Pestana tenía altos y bajos. De pronto la encontraba incompleta, no alcanzaba a palparle la médula sacra, ni idea, ni inspiración, ni método; de pronto se enardecía su corazón y trabajaba con vigor. Ocho meses, nueve, diez, once, y el *Réquiem* no estaba concluido. Redobló los esfuerzos; olvidó clases y amigos. Había rehecho muchas veces la obra; pero ahora quería concluir-la, fuese como fuese. Quince días, ocho, cinco. . . . La aurora del aniversario vino a encontrarlo trabajando.

Se contentó con la misa rezada y simple, para él solo. No se puede especificar si todas las lágrimas que inundaron solapadamente sus ojos, fueron las del marido, o si algunas eran del compositor. Lo cierto es que nunca más volvió al *Réquiem*.

“¿Para qué?” se decía a sí mismo.

Transcurrió un año. A principio de 1878 el editor apareció en su casa.

—Ya van para dos años que no nos da ni siquiera una muestra de sus condiciones. Todo el mundo se pregunta si usted perdió el talento. ¿Qué ha hecho todo este tiempo?

—Nada.

—Comprendo perfectamente qué terrible ha sido el golpe que lo hirió; pero de eso hace ya dos años. Vengo a proponerle un contrato: veinte polcas durante doce meses; el precio sería el mismo que hasta ahora, pero le daría un porcentaje mayor sobre la venta. Al cabo del año podemos renovar.

Pestana asintió con un gesto. Sus alumnos particulares eran escasos, había vendido la casa para saldar deudas, y las necesidades se iban comiendo el resto, que por lo demás era escaso. Aceptó el contrato.

—Pero la primera polca la quiero en seguida, —explicó el editor. Es urgente. ¿Leyó usted la carta del Emperador² a Caxias? Los liberales fueron llamados al poder, van a realizar la reforma electoral. La polca habrá de llamarse: ¡*Hurras a la elección directa!* No es propaganda política; sino un buen título de ocasión.

Pestana compuso la primera obra del contrato. Pese al largo tiempo de silencio no había perdido la originalidad ni la inspiración. Traía la nueva obra la misma impronta genial de sus predecesores. Las siguientes polcas fueron viniendo, regularmente. Había conservado los retratos y los repertorios; pero trataba de eludir las noches sentado al piano, para no caer en nuevas y frustrantes tentativas. Ahora, siempre que había alguna buena ópera o algún concierto de calidad, pedía una entrada gratis y se acomodaba en un rincón, gozando esa serie de maravillas que nunca habrían de brotar de su cerebro. Una que otra vez, al regresar a su casa, lleno de música, despertaba en él el maestro inédito; entonces se sentaba al piano y, sin ningún propósito preciso, arrancaba algunas notas, hasta que se iba a dormir, veinte o treinta minutos después.

Así pasaron los años, hasta 1885. La fama de Pestana le había dado definitivamente el primer lugar entre los compositores de polcas; pero el primer lugar de la aldea no contentaba a este César, que seguía prefiriendo, no el segundo, sino el centésimo en Roma. Seguía, como en

² Aquí Machado de Assis se refiere, a través del editor, a Don Pedro II, emperador de Brasil entre 1831 y 1889, año en que fue destronado por la revolución republicana, que puso fin al imperio. (N. del T.).

otros tiempos, a merced de los vaivenes con respecto a sus composiciones; la diferencia estribaba en que ahora eran menos violentas. Ni entusiasmo en las primeras horas ni repugnancia después de la primera semana; algún placer, en cambio, y cierto hastío.

Aquel año cayó en cama a raíz de una fiebre sin importancia, que en pocos días creció, hasta hacerse perniciosa. Ya estaba en peligro cuando apareció el editor, que nada sabía de la enfermedad, para darle la noticia del ascenso al poder de los conservadores, y pedirle una polca para la ocasión. El enfermero, un mísero apuntador de teatro le informó del estado en que se encontraba Pestana, de modo que al editor le pareció más atinado callarse. El enfermo, sin embargo, lo instó para que le informara sobre lo que ocurría; el editor obedeció.

—Pero ha de ser cuando usted esté completamente repuesto, —concluyó.

—Apenas me baje un poco la fiebre, —dijo Pestana.

Hubo una pausa de algunos segundos. El apuntador fue en puntas de pie a preparar la medicación; el editor se levantó y se despidió.

—Adiós.

—Oiga, como es probable que yo muera uno de estos días, voy a hacerle dos polcas; la otra servirá para cuando suban los liberales.

Fue la única broma que dijo en toda su vida, y fue a tiempo, porque expiró en la mañana siguiente, a las cuatro y cinco, en paz con los hombres y mal consigo mismo.

LA CAUSA SECRETA

GARCÍA, de pie, miraba y hacía crujir sus dedos; Fortunato, en la mecedora, miraba el techo; María Luisa, junto a la ventana, concluía un trabajo de aguja. Hacía cinco minutos que ninguno de ellos decía nada. Habían hablado del día, que fue excelente, de Catumbi, donde residía el matrimonio Fortunato, y de un sanatorio sobre el que ya volveremos. Como los tres personajes allí presentes están ahora muertos y enterrados, ya es tiempo de contar la historia sin remilgos.

Habían hablado también de otra cosa, además de aquellas tres, cosa tan fea y grave, que no les dejó muchas ganas para charlar sobre el día, el barrio y el sanatorio. Toda la conversación a ese respecto fue tensa. Ahora mismo, los dedos de María Luisa se ven temblorosos, mientras que en el rostro de García hay una expresión de serenidad, que no es habitual en él. En verdad, lo que ocurrió fue de tal naturaleza, que para hacerlo comprensible, es preciso remontarse al origen de la situación.

García se había doctorado en medicina, el año anterior, 1861. En 1860, estando aún en la facultad, se encontró con Fortunato por primera vez, en la puerta de la Santa Casa; entraba cuando el otro salía. Le impresionó la figura; pero aun así la habría olvidado de no haberse producido un segundo encuentro, pocos días después. Vivía en la *Rua de Dom Manuel*. Una de sus escasas distracciones consistía en ir al *Teatro de São Januário*, que quedaba cerca, entre esa calle y la playa; iba una o dos veces por mes, y nunca encontraba más de cuarenta personas. Sólo los más intrépidos osaban extender sus pasos hasta aquel rincón de la ciudad. Una noche, estando ya acomodado en su butaca, apareció allí Fortunato y se sentó junto a él.

La pieza era un dramón, cosido a cuchilladas, erizado de imprecaciones y remordimientos; pero Fortunato lo escuchaba con singular interés. En las escenas dolorosas, su atención se redoblabá, sus ojos iban

ávidamente de un personaje a otro, a tal punto que el estudiante sospechó que en la pieza había reminiscencias personales del vecino. A continuación del drama, venía una farsa; pero Fortunato no esperó por ella y salió; García salió tras él. Fortunato fue por el *Beco do Cotovelo*, *Rua de São José*, hasta el *Largo da Carioca*. Iba despacio, cabizbajo, deteniéndose a veces, para descargar un bastonazo en algún perro que dormía; el perro se quedaba aullando y él proseguía su camino. En el *Largo da Carioca* subió a un tálburi, y se fue hacia los lados de la *Praga da Constituição*. García regresó a su casa sin saber nada más.

Pasaron algunas semanas. Una noche, a las nueve, estaba en su habitación cuando oyó rumor de voces en la escalera; bajó en seguida de la buhardilla donde vivía, al primer piso, donde residía un funcionario del arsenal de guerra. Algunos hombres lo conducían, escaleras arriba, ensangrentado. El negro que lo servía, acudió a abrir la puerta, el hombre gemía, las voces eran confusas, la luz escasa. Una vez que lo acostaron en la cama, García dijo que era necesario llamar a un médico.

—Ahí viene uno —dijo alguien.

García miró al recién llegado: era el mismo hombre de la Santa Casa y del Teatro. Supuso que sería pariente o amigo del herido; pero rechazó la suposición, cuando oyó que le preguntaba si tenía familiares o algún allegado. El negro le dijo que no, y él asumió la responsabilidad de la atención, les pidió a las personas extrañas que se retirasen, dio una propina a quienes cargaron con el herido, y formuló las primeras órdenes. Sabiendo que García era vecino y estudiante de medicina, le pidió que se quedara para ayudar al médico. En seguida le contó lo que había pasado.

—Fue una pandilla de ladrones. Yo venía del cuartel de Moura, adonde fui a visitar a un primo, cuando oí un tumulto muy grande, y de inmediato vi una aglomeración. Parece que ellos hirieron también a un sujeto que pasaba por allí, y que se metió por uno de aquellos callejones; pero yo sólo vi a este señor, que había cruzado la calle en el momento en que uno de los ladrones, abalanzándose sobre él, le hundió el puñal. No cayó en seguida; alcanzó a decir donde vivía, y como era a dos pasos, me pareció mejor traerlo.

—¿Usted ya lo conocía? —preguntó García.

—No, nunca lo vi. ¿Quién es?

—Es un buen hombre, funcionario del arsenal de guerra. Se llama Gouveia.

—No sé quién es.

Un médico y un subcomisario de la policía llegaron poco después; se hizo la curación y se tomaron las declaraciones. El desconocido dijo llamarse Fortunato Gomes da Silveira, vivir en la Capital, ser soltero y residente en Catumbí. La herida fue diagnosticada como grave. Durante la curación, auxiliado por el estudiante, Fortunato actuó como

ayudante, sosteniendo la palangana, la vela, las vendas, sin inmiscuirse en nada, mirando friamente al herido que gemía mucho. Por fin habló en un aparte con el médico, lo acompañó hasta el rellano de la escalera, y le reiteró al subcomisario que podía contar con él cuando lo deseara para las investigaciones policiales. Los dos se fueron; el estudiante y él permanecieron en la habitación.

García estaba atónito. Lo miró, lo vio sentarse tranquilamente, estirar las piernas, hundir las manos en los bolsillos, y fijar la mirada en el herido. Los ojos eran claros, color de plomo, se movían despacio, y tenían una expresión dura, seca y fría. Cara delgada y pálida; un hilo de barba que pasaba por debajo del mentón, y se extendía de una sien a otra, corto y rojizo. Tenía cuarenta años. De vez en cuando se volvía hacia el estudiante, y le preguntaba una que otra cosa acerca del herido; pero en seguida apartaba la mirada, mientras el muchacho le daba la respuesta. La sensación que tenía el estudiante era de repulsión al mismo tiempo que de curiosidad; no podía negar que estaba presenciando un acto de rara dedicación, y si era desinteresado como parecía, no había otra cosa que hacer que aceptar que el corazón humano era un pozo de misterios.

Fortunato salió poco antes de una hora; volvió en los días siguientes, pero el restablecimiento se produjo rápidamente y, antes de que concluyese, desapareció sin decirle al convaleciente dónde vivía. Fue el estudiante quien le dio las indicaciones del nombre, calle y número.

—Voy a agradecerle la ayuda que me dio, apenas pueda salir. —dijo el convaleciente.

Corrió a Catumbi seis días después. Fortunato lo recibió contrariado, oyó impaciente las palabras de agradecimiento, le dio una respuesta tediosa y terminó golpeando los faldones del saco en las rodillas. Gouveia, frente a él, sentado y callado, alisaba su sombrero con los dedos, levantando los ojos de vez en cuando, sin encontrar nada que decir. Al cabo de diez minutos se disculpó y se fue.

¡Cuidado con los ladrones! —le dijo el dueño de casa, riéndose. El pobre diablo salió de allí mortificado, humillado, tragando con dificultad el desdén, forcejeando para olvidarlo, explicarlo o perdonarlo; el esfuerzo era vano. El resentimiento, huésped nuevo y exclusivo, entró y expulsó la gratitud, de modo que la desgraciada no tuvo más que trepar hasta la cabeza y refugiarse allí como una simple idea. Así fue como el propio benefactor inoculó en este hombre el sentimiento de la desconsideración.

Todo eso asombró a García. Este muchacho poseía, en germen, la facultad de descifrar a los hombres, de descomponer los caracteres, tenía la pasión del análisis, y sentía el don, que decía ser supremo, de penetrar muchas camadas morales, hasta palpar el secreto de un organismo. Acicateado por la curiosidad sintió deseos de ir a ver al hombre de

Catumbi, pero advirtió que no había recibido de él el ofrecimiento formal de su casa. Cuando menos, necesitaba un pretexto, y no encontró ninguno.

Tiempo después, ya recibido, y viviendo en la *Rua de Mata-Cavalos* cerca de la del *Conde*, se encontró con Fortunato en una góndola, la casualidad volvió a reunirlos después otras veces, y la frecuencia trajo la familiaridad. Un día Fortunato lo invitó a visitarlo allí cerca, en Catumbi.

—¿Sabe que estoy casado?

—No lo sabía.

—Me casé hace cuatro meses, podría decir cuatro días. Venga a cenar con nosotros el domingo.

García fue allí el domingo. Fortunato le ofreció una buena cena, buenos cigarros y buena charla, en compañía de su señora, que era interesante. Su figura o su aspecto no había cambiado; los ojos eran las mismas planchas de estaño, duras y frías; las otras facciones no eran más atrayentes que antes. Las atenciones, empero, si bien no contrarrestaban la naturaleza, ofrecían alguna compensación, y no era poco. María Luisa, en cambio, tenía ambos atractivos, personalidad y modales. Era esbelta, graciosa, ojos tiernos y sumisos; tenía veinticinco años pero no aparentaba más de diecinueve. Cuando allí volvió por segunda vez, García advirtió que entre ellos había alguna disonancia de carácter, poca o ninguna afinidad moral, y por parte de la mujer hacia su marido ciertas actitudes que trascendían el respeto y confinaban en la resignación y el temor. Un día, estando los tres juntos, García le preguntó a María Luisa si estaba enterada de las circunstancias en que él había conocido a su marido.

—No, —respondió la muchacha.

—Va a escuchar algo digno de admiración.

—No vale la pena, —interrumpió Fortunato.

—Usted decidirá si vale la pena o no, —insistió el médico.

Le contó el episodio de la *Rua de Dom Manuel*. La muchacha lo escuchó sorprendida. Insensiblemente, extendió la mano y apretó la muñeca de su marido, risueña y agradecida, como si acabase de descubrirle el corazón. Fortunato se encogía de hombros, pero lo escuchaba con indiferencia. Por último, él mismo narró la visita que el herido le había hecho, con todos los pormenores de la figura, los gestos, las palabras contenidas, los silencios, en suma, algo desopilante. Y reía mucho al contarla. No era la risa de la simulación. La simulación es evasiva y oblicua; su risa era jovial y franca.

“¡Hombre singular!” pensó García.

María Luisa se sintió desconsolada por la burla del marido: pero el médico le restituyó la satisfacción anterior, volviendo a destacar la dedicación de Fortunato y sus excepcionales cualidades de enfermero; tan

buen enfermero, concluyó él, que si algún día llego a abrir un sanatorio, lo invitaré a trabajar en él.

—¿En serio? —preguntó Fortunato.

—¿En serio qué?

—¿Que piensa abrir un sanatorio?

—No, estaba bromeando.

—Sin embargo no es tan descabellado; y para usted, que se inicia en la clínica, sería algo realmente bueno. Tengo justamente una casa para renta que va a quedar desocupada, y sirve.

García rechazó la propuesta ese día y el siguiente; pero el proyecto se le había metido al otro en la cabeza, y ya no fue posible seguir negándose. En realidad, era un buen comienzo para él, y podría llegar a ser un buen negocio para ambos. Aceptó finalmente, días más tarde, y fue una desilusión para María Luisa. Criatura nerviosa y frágil, padecía con la sola idea de que su marido tuviese que vivir en contacto con enfermedades humanas, pero no se atrevió a oponérsele, e inclinó la cabeza. El plan fue trazado y se lo llevó a cabo rápidamente. Inaugurado el sanatorio, Fortunato pasó a ocuparse de la administración y de la supervisión de los enfermeros; examinaba todo, ordenaba todo, compraba y caldos, drogas y cuentas.

García pudo entonces verificar que la atención al herido de la *Rua de Dom Manuel* no era un caso fortuito, sino que se asentaba en la naturaleza de aquel hombre. Lo veía trabajar como a ninguno de sus empleados. No retrocedía ante nada, no había enfermedad que lo hiciera sufrir o ante la que retrocediera, y estaba siempre listo para todo, a cualquier hora del día o de la noche. Todo el mundo lo admiraba y aplaudía. Fortunato estudiaba, acompañaba las operaciones, y no había nadie como él para cuidar los cáusticos.

—Tengo mucha fe en los cáusticos —decía él.

La comunión de intereses, estrechó los lazos de la amistad. García fue a partir de entonces una presencia familiar en la casa; allí cenaba casi todos los días, allí observaba la persona y la vida de María Luisa, cuya soledad moral era evidente. Y la soledad parecía duplicar su encanto. García empezó a sentir que algo lo agitaba cuando ella aparecía, cuando hablaba, cuando trabajaba, callada, junto a un ángulo de la ventana, o tocaba en el piano sus melodías tristes. Lentamente, el amor fue ganando su corazón. Cuando advirtió su presencia, quiso expulsarlo, para que entre Fortunato y él no existiera otro vínculo que el de la amistad; pero no pudo. Lo único que logró fue encerrarlo; María Luisa comprendió ambas cosas, el afecto y el silenciamiento, pero no se dio por enterada.

A principio de octubre ocurrió un incidente que aclaró aún más, ante los ojos del médico, la situación de la muchacha. Fortunato había empezado a estudiar anatomía y fisiología, y se dedicaba en sus horas

libres a envenenar y despanzurrar perros y gatos. Como los gemidos de los animales aturdían a los enfermos, trasladó el laboratorio a su casa, y la mujer, nerviosa como era, tuvo que sufrirlos. Pero un día, no soportando más, fue a hablar con el médico y le pidió que, como cosa suya, él le sugiriese al marido que pusiera término a tales experiencias.

—Pero usted misma. . .

María Luisa lo interrumpió sonriendo:

—Si yo se lo digo, él argumentará que es un pedido infantil de mi parte. Lo que yo quería es que usted, como médico, le dijese que eso me hace mal; y créame que es así. . .

García, prestamente, le hizo saber al otro que era conveniente que terminase con todas aquellas experiencias. Si fue a hacerlas a otra parte, nadie lo supo, pero bien pudiera ser. María Luisa le agradeció al médico, tanto por ella como por los animales, cuyos padecimientos no podía tolerar. Tosía de vez en cuando; García le preguntó si sentía malestar, ella respondió que no.

—Permítame que le tome el pulso.

—No tengo nada.

No dejó que le tomara el pulso, y se retiró. García se sintió aprehensivo. Pensaba, por el contrario, que algo le ocurría y que era preciso observarla y avisar a su marido en el momento oportuno.

Dos días después, —exactamente el día en que los vemos ahora—, García fue allí a cenar. En el comedor le informaron que Fortunato estaba en el laboratorio, y hacia allí se encaminó; estaba cerca de la puerta, cuando María Luisa la abrió y salió de adentro con la expresión demudada por la angustia.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¡El ratón! ¡El ratón! —exclamó la muchacha sofocada mientras se alejaba. García recordó que en la víspera había oído a Fortunato quejarse porque un ratón le había sustraído un papel importante; pero estaba lejos de sospechar que habría de encontrarse con lo que vio. Vio a Fortunato sentado ante la mesa que estaba en el centro del laboratorio, y sobre el cual había colocado un plato con alcohol. El líquido llameaba. Entre el pulgar y el índice de la mano izquierda sostenía un cordón, de cuya punta pendía el ratón atado de la cola. En la derecha tenía una tijera. En el momento en que García entró, Fortunato le cortaba al ratón una de las patas; en seguida bajó al infeliz hasta la llama, rápido, para no matarlo, y se dispuso a hacer lo mismo con la tercera pata, pues ya le había cortado la primera.

García se detuvo horrorizado.

—¡Mátalo en seguida! —le dijo.

—Ya va.

Y con una sonrisa única, reflejo de su alma satisfecha, algo que traucía la delicia íntima de las sensaciones supremas, Fortunato le cortó

la tercera pata al ratón, y realizó por tercera vez el mismo movimiento de descenso hasta la llama. El miserable se retorció, aullando, ensangrentado, chamuscado, y no terminaba de morir. García desvió la mirada, después la volvió nuevamente hacia la mesa, y extendió la mano para impedir que el suplicio continuara, pero no llegó a hacerlo, porque el diablo de aquel hombre imponía miedo, con toda aquella serenidad radiante de su fisonomía. Le faltaba cortar la última pata; Fortunato la cortó muy despacio, siguiendo con los ojos el movimiento de la tijera; la pata cayó, y él se quedó mirando al ratón medio cadáver. Al bajarlo por cuarta vez hasta la llama, aumentó la velocidad del gesto, para salvar, si podía, algunas hilachas de vida.

García, ante él, lograba dominar la repugnancia del espectáculo empeñado en observar la cara del hombre. Ni rabia, ni odio; tan sólo un vasto placer, apacible y profundo, como cualquier otro lo experimentaría oyendo una bella sonata o contemplando una estatua divina, algo parecido a la pura sensación estética. Le pareció, y era verdad, que Fortunato lo había olvidado completamente. Siendo así, no estaba fingiendo, y las cosas debían ser de ese modo, nomás. La llama iba muriendo, no era posible que hubiese en el ratón un solo residuo de vida, sombra de una sombra como era; Fortunato aprovechó para cortarle el hocico y bajar por última vez la carne hasta el fuego. Por fin, dejó caer el cadáver al plato, y apartó de sí toda aquella mezcla de carne chamuscada y sangre.

Al incorporarse vio al médico y se sobresaltó. Entonces, se mostró enfurecido con el animal que le había comido el papel; pero la cólera evidentemente era fingida.

“Castiga sin rabia”, pensó el médico, “por la necesidad de encontrar una sensación de placer, que sólo el dolor ajeno le puede brindar; no es otro el secreto de este hombre”.

Fortunato subrayó la importancia del papel, el trastorno que le ocasionaba su pérdida, el tiempo que le insumía rehabilitarse de su falta, justamente ahora, en que cada minuto era precioso. García se limitaba a oír, sin decir nada ni darle crédito. Recordaba sus actos, graves y leves; a todos les encontraba la misma explicación. Era el mismo cambio de teclas de la sensibilidad, un diletantismo *sui generis*, una reducción de Calígula.

Cuando María Luisa volvió al laboratorio, poco después, el marido se le acercó riendo, la tomó de las manos y le habló tiernamente:

—¡Flojona!

Y volviéndose hacia el médico:

—¿Puedes creer que casi se desmaya?

María Luisa se defendió diciendo que era muy nerviosa y que además era mujer, después fue a sentarse junto a la ventana con sus lanas y agujas, y los dedos todavía temblorosos, tal como la vimos al comienzo

de esta historia. Recordarán ustedes que, después de haber hablado de otras cosas, los tres guardaron silencio, el marido sentado, con la mirada perdida en el techo, el médico, haciendo crujir los huesos de sus dedos. Poco después fueron a cenar; pero la cena no fue alegre. María Luisa se mostraba ensimismada y tosía; el médico se preguntaba si ella no estaría expuesta a algún exceso en compañía de un hombre como aquel. Era, apenas, una posibilidad; pero el amor le transformó la conjetura en convicción; tembló pensando en ella y decidió vigilarlos.

Ella tosía, tosía, y no transcurrió mucho tiempo sin que la molestia se quitara la máscara. Era la tisis, vieja dama insaciable, que chupa la vida entera, hasta reducirla a un montón de huesos. Fortunato recibió la noticia como un golpe; amaba de veras a su mujer, claro que a su manera; estaba acostumbrado a ella, le costaba perderla. No escatimó esfuerzos, médicos, remedios, cambios de aire, todos los recursos y todos los paliativos. Pero fue en vano. La enfermedad era mortal.

En los últimos días, ante los tormentos supremos de la muchacha, la índole del marido subyugó cualquier otro afecto. No la volvió a dejar; fijó el ojo opaco y éste en aquella descomposición lenta y dolorosa de la vida, bebió una a una las aflicciones de la bella criatura, ahora delgada y transparente, devorada por la fiebre y minada por la muerte. Egoísta, desenfrenado, hambriento de sensaciones, no le perdonó un solo minuto de agonía, ni los pagó con una sola lágrima, pública o íntima. Sólo cuando ella expiró, él se sintió aturdido. Volviendo en sí, vio que otra vez estaba solo.

De noche, habiéndose retirado a descansar una parienta de María Luisa, que le había ayudado a morir, quedaron en la sala de estar Fortunato y García, velando el cadáver, ambos sumidos en sus pensamientos; pero el marido estaba agotado y el médico le aconsejó que fuera a echarse unas horas.

—Ve a descansar, duerme un par de horas; yo iré después—. Fortunato salió, fue a acostarse en el sofá de la salita contigua y se durmió en seguida. Veinte minutos después se despertó, quiso volver a dormirse, dormitó unos minutos, hasta que se levantó y volvió a la sala. Caminaba en puntas de pie para no despertar a la parienta, que dormía cerca de allí. Cuando llegó a la puerta, se detuvo asombrado.

García se había aproximado al cadáver, había levantado la mortaja y contemplado durante unos instantes las facciones de la difunta. Después, como si la muerte lo espiritualizase todo, la besó en la frente. Fue en ese momento cuando Fortunato llegó a la puerta. Se detuvo sorprendido; no podía ser el beso de la amistad, debía ser el epílogo de un libro adúltero. No sentía celos, adviértase; la naturaleza lo compuso de tal manera que no sintió celos ni envidia, sino cierta vanidad, que no es menos perniciosa ni menos deudora del resentimiento. Miró asombrado, mordiéndose los labios.

Mientras tanto, García volvió a inclinarse para besar otra vez el cadáver, pero entonces no pudo más. El beso estalló en sollozos, y los ojos fueron incapaces de contener las lágrimas que se derramaron a borbotones, lágrimas de amor callado, e irremediable desesperación. Fortunato, en la puerta, donde se había quedado, saboreó tranquilo esa expresión de dolor moral que fue larga, muy larga, deliciosamente larga.

TRIO EN LA MENOR

I.

ADAGIO CANTABILE

MARÍA REGINA acompañó a su abuela hasta la habitación, se despidió y se encaminó a su cuarto. La criada que la servía, pese a la familiaridad que existía entre ellas, no pudo arrancarle una palabra, y salió, media hora después, diciendo que la señorita estaba muy seria. Apenas quedó sola, María Regina se sentó en el borde de la cama, con las piernas extendidas y los pies cruzados, recapacitando.

La verdad pide que diga que esta muchacha pensaba amorosamente en dos hombres al mismo tiempo. Uno de veintisiete años, Maciel —otro de cincuenta, Miranda. Reconozco que es abominable, pero no puedo alterar la realidad de los hechos, como no puedo negar que si los dos hombres están enamorados de ella, ella no lo está menos de ambos. Una muchacha rara, en suma; o para decirlo en los términos de las amigas del colegio, una chiflada. Nadie le niega excelente corazón y claro espíritu; pero el mal anida en su imaginación, una imaginación adusta y codiciosa, principalmente insaciable, reacia a la realidad, empecinada en anteponer a las cosas de la vida sus frutos ardientes; de allí sus curiosidades irremediabiles.

La visita de los dos hombres (que la cortejaban hacía poco) duró cerca de una hora. María Regina conversó alegremente con ellos, y ejecutó al piano una pieza clásica, una sonata, que hizo que la abuela cabeceara un poco. Al final discutieron sobre música. Miranda dijo cosas pertinentes sobre la música moderna y antigua; la abuela tenía la religión de Bellini y la de Norma, y habló de las tonadas de su tiempo, agradables, nostálgicas, y principalmente claras. La nieta coincidía con las opiniones de Miranda; Maciel, educadamente, les dio la razón a todos.

Al borde de la cama, María Regina reconstruía ahora todo eso, la visita, la conversación, la música, el debate, los modos de ser de uno y de otro, las palabras de Miranda y los bellos ojos de Maciel. Eran las

once, la única luz del cuarto era la lamparilla, todo invitaba al sueño y al devaneo. María Regina, a fuerza de recomponer la noche, vio allí dos hombres frente a ella, los oyó, y conversó con ambos durante unos cuantos minutos, treinta o cuarenta, al son de la misma sonata tocada por sus mano: la, la, la . . .

II.

ALLEGRO MA NON TROPPO

Al día siguiente, la abuela y la nieta fueron a visitar a una amiga en Tijuca. Al volver, el carruaje atropelló a un niño que cruzaba la calle, corriendo. Una persona que presencié lo que ocurría se arrojó sobre los caballos y, poniendo en peligro su propia vida, logró refrenarlos y salvar al niño, que tan sólo resultó herido superficialmente y no tuvo más que un desmayo. Gente, tumulto, la madre del pequeño acudió bañada en lágrimas. María Regina descendió del carruaje y acompañó al herido hasta la casa de su madre, que era allí nomás.

Quien conoce la táctica del destino adivinará que la persona que salvó al pequeño fue uno de los dos hombres de la noche anterior; el hombre era Maciel. Tras la primera curación, Maciel acompañó a la muchacha hasta el carruaje y aceptó el lugar que la abuela le ofreció para llevarlo al centro. Estaban en *Engenho Velho*. En el carruaje, María Regina se dio cuenta de que la mano del muchacho estaba ensangrentada. La abuela preguntaba reiteradamente, si el pequeño estaba muy mal, si se salvaría; Maciel le dijo que las heridas eran leves. Después les relató el accidente: estaba parado, en la vereda, esperando que pasase un tálburi, cuando vio al pequeño cruzando la calle frente a los caballos, comprendió el peligro, y trató de conjurarlo o disminuirlo.

—Pero usted está herido —dijo la anciana.

—No es nada.

—Vamos, vamos, —añadió la muchacha—; debió haberse atendido también.

—Es una pavada, —insistió él—; fue un arañazo, me limpiaré con el pañuelo.

No tuvo tiempo de sacar el pañuelo; María Regina le ofreció el suyo. Maciel, conmovido, lo tomó, pero vaciló en mancharlo. —Uselo, úselo—, le decía ella; y viéndolo indeciso, lo tomó y le limpió, ella misma, la sangre de la mano.

La mano era hermosa, tan hermosa como su dueño; pero parece que él estaba menos preocupado con la herida de su mano que con las arrugas de sus puños. Mientras conversaba, miraba hacia ellos disimuladamente y los escondía. María Regina no veía nada, lo veía a él, veía,

por sobre todo, la acción que acababa de realizar y que lo engalanaba con una aureola. Comprendió que la naturaleza generosa había saltado por sobre los hábitos pausados y elegantes del muchacho, para arrancar a la muerte a un niño que él ni conocía. Hablaron del asunto hasta llegar a la puerta de la casa de las mujeres; Maciel rechazó, agradecido, el carruaje que ellas le ofrecían, y se despidió hasta la noche.

—¡Hasta la noche! —repitió María Regina.

Lo esperó ansiosa. El llegó alrededor de las ocho, trayendo una venda negra alrededor de la mano, y se disculpó de venir así; pero le habían dicho que era conveniente y obedeció.

—¡Se lo ve mejor!

—Estoy bien, no fue nada.

—Venga, venga, —le dijo la abuela, de otro lado del salón—. Siéntese aquí, junto a mí: usted es un héroe.

Maciel la escuchaba sonriendo. Había pasado el instante del ímpetu generoso, comenzaba a recibir los dividendos del sacrificio. El mayor de ellos era la admiración de María Regina, tan ingenua y tan grande, que se olvidaba de la abuela y del salón. Maciel se había sentado al lado de la anciana, María Regina frente a ellos. Mientras la abuela, restablecida del susto, contaba las conmociones que había padecido, al principio sin saber nada, después imaginándose que el niño habría muerto, los dos se miraban discretamente, y por fin desaprensivamente. María Regina se preguntaba a sí misma, adónde encontraría un novio mejor. La abuela, que no era miope, entendió que la contemplación era excesiva, y cambió de tema; solicitó a Maciel que le contara las novedades sociales.

III.

ALLEGRO APPASSIONATO

Maciel era hombre, como él mismo decía en francés, *très répandu*; sacó del bolsillo un montón de novedades menudas e interesantes. La más jugosa de todas fue la de la anulación del casamiento de cierta viuda.

—¡No me diga! —exclamó la abuela—. ¿Y ella?

—Parece que la iniciativa fue de ella: lo cierto es que concurrió anteayer a la fiesta, bailó y conversó con mucha animación. ¡Ah! pero después de esa noticia lo que realmente más me impresionó fue el collar que ella lucía; algo magnífico. . .

—¿Con una cruz de brillantes? —preguntó la anciana—. Lo conozco; es muy lindo.

—No, no es ése.

Maciel conocía el de la cruz, se lo había visto en casa de uno de los Mascarenhas; no era ése. El que él decía había estado expuesto, hasta

unos pocos días antes, en el negocio de Resende; una auténtica maravilla. Y lo describió minuciosamente, número, disposición, tallado de las piedras; concluyó diciendo que fue la joya de la noche.

—No sé para qué tanto lujo; lo mejor hubiera sido que se casara—, ponderó maliciosamente la abuela.

—Concuerdo que su fortuna no le basta para eso: ¡Pero, aguarde! Mañana iré a lo de Resende, por curiosidad, para saber a qué precio lo vendió. No debe haber salido barato; no puede haber salido barato.

—¿Pero por qué se anuló el casamiento?

—No pude saberlo; pero el sábado voy a cenar con Venancito Correa, y él me lo contará todo. ¿Sabía que está emparentado con ella? Buen muchacho; está profundamente peleado con el barón. . .

La abuela no estaba enterada de la pelea; Maciel se la contó del principio al fin, con todas sus causas y agravantes. La gota que rebasó la copa fue una frase dicha en la mesa de juego, una alusión al defecto de Venancito, que es zurdo. Le contaron eso, y él rompió drásticamente las relaciones con el barón. Lo interesante del asunto es que los compañeros del barón se acusaron unos a otros de haber ido a contar sus palabras. Maciel declaró que no era hábito suyo el de andar repitiendo lo que oía en la mesa de juego, ya que es un lugar donde hay cierta franqueza.

Después hizo una estadística de la *Rua de Ouvidor* en la vispera, entre la una y las cuatro de la tarde. Conocía el nombre de las telas y todos los colores modernos. Mencionó las principales *toilettes* del día. La primera fue la de *Mme. Pene Maia*, bahiana distinguida, *très pschutt*. La segunda fue la de *Mlle. Pedrosa*, hija de un desembargador de San Pablo, *adorable*. Y destacó tres más, comparó después las cinco, dedujo y concluyó. A veces se olvidaba y hablaba en francés; puede ser, incluso, que no fuera olvido, sino algo intencional; conocía bien el idioma, se expresaba con facilidad y había formulado un día este axioma etnológico —que hay parisienses en todas partes. Al pasar, explicó un problema de tresillo.

—Usted tiene cinco triunfos preferidos de as de espadas y de malilla, tiene un rey y dama de copas. . .

María Regina se precipitaba de la admiración al hastío; se aferraba aquí y allá, contemplaba la figura joven de Maciel, recordaba la bella acción de aquel día, pero se iba desmoronando; el hastío no tardaba en absorberla. No había nada que hacer. Entonces apeló a un recurso singular. Trató de combinar los dos hombres, el presente con el ausente, mirando a uno, y oyendo al otro de memoria; recurso violento y doloroso, pero tan eficaz, que ella pudo contemplar durante un tiempo a una criatura perfecta y única.

En eso apareció el otro, Miranda en persona. Los dos hombres se saludaron friamente; Maciel siguió allí unos diez minutos más y salió.

Miranda permaneció. Era alto y seco, rostro helado y duro. Tenía la expresión cansada, los cincuenta años se delataban en los cabellos grisáceos, en las arrugas y en la piel. Sólo en los ojos había algo menos envejecido. Eran pequeños, y se escondían por debajo de la vasta arcada de la ceja; pero allá, al fondo, cuando no estaban pensativos, centelleaban de juventud. La abuela le preguntó, apenas salió Maciel, si tenía alguna noticia del accidente de *Engenho Velho*, y lo contó con gran lujo de detalles, pero el otro oía todo sin admiración ni envidia.

—¿No le parece sublime? —preguntó ella por fin.

—Creo que lo que él salvó sea quizá la vida de un desalmado, que algún día, sin conocerlo, puede hundirle un cuchillo en la barriga.

—¡Oh! —exclamó la abuela contrariada.

—O quizás aun conociéndolo —corrigió él.

—No sea malo, —intervino María Regina—; usted habría hecho lo mismo, de haber estado allí.

Miranda sonrió de un modo sardónico. La risa acentuó la dureza de su fisonomía. Egoísta y malo, este Miranda descollaba por un solo lado: espiritualmente, era completo. María Regina encontraba en él al traductor maravilloso y fiel de una serie de ideas que luchaban dentro de sí, vagamente, sin forma o expresión. Era ingenioso y fino y hasta profundo, todo sin pedantería, y reticente a las selvas enmarañadas, prefería casi siempre las llanuras de las conversaciones ordinarias; a tal punto es cierto que las cosas valen por las ideas que nos sugieren. Compartían los mismos gustos artísticos; Miranda había estudiado derecho para obedecer a su padre; su vocación era la música.

La abuela, previendo la sonata, preparó el alma para dormir un rato. Por lo demás, no podía admitir en su corazón a un hombre semejante; lo encontraba malhumorado y antipático. Callóse al cabo de algunos minutos. La sonata llegó en medio de una conversación que María Regina encontró deliciosa, y no llegó más que porque él le pidió que tocara; él la escucharía de muy buen grado.

—Abuelita, —dijo ella—, le ruego que tenga paciencia...

Miranda se acercó al piano. Bajo la luz de los candelabros, su cabeza mostraba toda la fatiga de los años, mientras que la expresión del rostro resaltaba como mucho más pétrea y amarga. María Regina, advirtió la transformación, y tocaba sin mirar hacia él; lo cual no resultaba fácil, porque si él hablaba sus palabras le llegaban de tal modo al alma, que la muchacha, insensiblemente, alzaba los ojos, y se encontraba de inmediato con un viejo malo. Entonces lo recordaba a Maciel, sus años en flor, su expresión franca, tierna y buena, y finalmente la acción de aquel día. Comparación tan cruel para Miranda, como fuera para Maciel el cotejo de sus espíritus. Y la muchacha apeló al mismo recurso. Completó a uno con el otro; escuchaba a Miranda con el pensamiento puesto en Maciel; y la música iba alentando la ficción, indecisa al co-

mienzo, pero luego viva y lograda. Así fue como Titania, oyendo enamorada la canción del tejedor, le admiraba sus bellas formas, sin advertir que la cabeza era de burro.

IV.

MINUETO

Diez, veinte, treinta días pasaron después de aquella noche, y veinte más y luego otros treinta. Nadie sabe cuánto tiempo, a ciencia cierta; lo mejor es no conjeturar. La situación seguía siendo la misma. Era la misma insuficiencia individual de los dos hombres, y el mismo complemento ideal por parte de ella; de lo cual resultaba un tercer hombre que ella no conocía.

Maciel y Miranda desconfiaban el uno del otro, se detestaban cada vez más, y sufrían mucho. Especialmente Miranda, para quien María Regina constituía una pasión otoñal. Finalmente, terminaron detestando a la muchacha. Ella los vio apartarse poco a poco. La esperanza todavía los hizo relapsos, pero todo muere, hasta la esperanza, y ellos se fueron para no volver. Las noches fueron pasando, pasando. . . María Regina comprendió que todo había terminado.

La noche en que se persuadió de que así era fue una de las más bellas de aquel año, clara, fresca, luminosa. No había luna; pero nuestra amiga detestaba la luna, —no se sabe bien por qué—, o bien porque su brillo es prestado, o bien porque toda la gente la admira, aunque pudo ser por ambas razones. Era una de sus rarezas. Otra era la que sigue.

Había leído por la mañana, en una noticia del diario, que hay estrellas dobles, que nos parecen un solo astro. En vez de ir a dormir, fue hasta la ventana de la habitación para ver si mirando el cielo descubría alguna de ellas; fue inútil el esfuerzo. Al no descubrirla en el cielo, la buscó en sí misma, cerró los ojos para imaginar el fenómeno; astronomía fácil y barata, pero no sin riesgo. Lo peor que tiene es que pone los astros al alcance de la mano; de modo que si uno abre los ojos y ellas continúan resplandeciendo allá arriba, grande es el desconsuelo y segura la blasfemia. Fue lo que sucedió aquí. María Regina vio dentro de sí la estrella doble y única. Separadas, valían bastante; juntas, constituían un astro espléndido. Y ella quería el astro espléndido. Cuando abrió los ojos y vio que el firmamento quedaba tan alto, concluyó que la creación era un libro erróneo e incompleto, y se desesperó.

En el muro que se alzaba al fondo del quintal vio entonces algo parecido a dos ojos de gato. Al principio tuvo miedo, pero se dio cuenta en seguida que no era más que la reproducción externa de los dos astros

que ella había visto en sí misma, y que le habían quedado impresos en su retina. La retina de la muchacha hacía que se reflejaran fuera de ella todas sus fantasías. Empezó a refrescar y ella se recogió, cerró la ventana y se fue a la cama.

No se durmió en seguida, debido a dos ruedecillas de ópalo que estaban incrustadas en la pared; advirtiendo que se trataba todavía de una ilusión, cerró los ojos y se durmió. Soñó que moría, que su alma, arrebatada por los aires, volaba en dirección a una hermosa estrella doble. El astro se escindió, y ella voló hacia una de las dos partes, no encontró allí la sensación primitiva y se dirigió hacia la otra; igual resultado, igual regreso y ahí la tenéis, yendo de una a otra de las estrellas separadas. Entonces una voz surgió del abismo, pronunciando palabras que ella no entendió:

—Es tu castigo, alma sedienta de perfección; tu castigo es oscilar por toda la eternidad entre dos astros incompletos, al son de esta vieja sonata del absoluto: la, la, la...

ADAN Y EVA

UNA SEÑORA propietaria de un ingenio, en Bahía, allá por el año de mil setecientos y pico, estando reunida con algunos íntimos alrededor de su mesa, anunció a uno de sus invitados, famoso por su glotonería, un postre muy especial. El quiso saber de inmediato de qué se trataba; la dueña de casa le pidió que supiera refrenar su curiosidad. No fue necesario nada más para que poco después todos estuvieran discutiendo acerca de la curiosidad, si era masculina o femenina, y si la responsabilidad de la pérdida del paraíso debía recaer sobre Eva o sobre Adán. Las señoras decían que sobre Adán, los hombres que sobre Eva, menos el juez que nada decía, y Fray Bento, carmelita, quien al ser interrogado por la dueña de casa, doña Leonor, respondió sonriendo:

—Yo, señora mía, toco violín—; y no mentía, porque era insigne en el violín y en el arpa, no menos que en la teología.

Consultado, el juez respondió que no había, en rigor, sobre qué opinar, ya que las cosas, en el paraíso, ocurrieron de modo diferente a como estaba narrado en el primer libro del Pentateuco, que es apócrifo. Asombro general, carcajada del carmelita, que conocía al juez como uno de los hombres más piadosos de la región, y que sabía que era también jovial e inventivo, y hasta amigo de las mentiras, desde que fueran oportunas y piadosas; en las cosas graves, en cambio, era gravísimo.

—Fray Bento, —le dijo doña Leonor—, haga callar al señor Veloso.

—No lo hago callar, —afirmó el fraile—, porque sé que de su boca ha de salir todo con buena intención.

—Pero la Escritura... —Empezó a decir el hacendado João Barboza.

—Dejemos en paz la Escritura, —interrumpió el carmelita—. Naturalmente, el señor Veloso conoce otros libros...

—Conozco el auténtico, —insistió el juez, recibiendo la porción del postre que doña Leonor le ofrecía—, y estoy listo para decir lo que sé, si no ordenan lo contrario.

—Vamos, empiece.

—Las cosas ocurrieron así. En primer lugar, al mundo no lo creó Dios, sino el Diablo. . .

—¡Santo Cielo! —exclamaron las señoras.

—No pronuncie ese nombre, —le pidió doña Leonor.

—Sí, pareciera que. . . —empezó a decir Fray Bento.

—Sea. Lo llamaremos el Tiñoso. Al mundo lo creó el Tiñoso; pero Dios, que leyó su pensamiento, sólo dejó en libertad sus manos, corrigiendo o atenuando la obra, a fin de que ni el propio mal desesperara de la salvación o del perdón. Y la acción divina no tardó en evidenciarse ya que habiendo el Tiñoso creado las tinieblas, Dios creó la luz, y así surgió el primer día. Al segundo día, durante el cual fueron creadas las aguas, nacieron las tempestades y los huracanes; pero las brisas de la tarde bajaron del pensamiento divino. Al tercer día, fue hecha la tierra, y en ella brotaron las plantas, pero sólo los vegetales sin flor ni fruto, los espinosos, las hierbas que matan como la cicuta; Dios, empero, creó los árboles frutales y los vegetales que nutren o encantan. Y habiendo el Tiñoso cavado abismos y cavernas en la tierra, Dios hizo el sol, la luna y las estrellas; tal fue la obra del cuarto día. Al quinto se crearon los animales de la tierra, del agua y del aire. Llegamos al sexto día, y aquí pido que redoblen la atención.

No era necesario que lo pidiese; toda la mesa estaba con los ojos fijos en él, absorta.

Veloso prosiguió diciendo que en el sexto día fue creado el hombre, y en seguida la mujer; ambos bellos, pero sin alma, ya que el Tiñoso no podía dárselas, y sólo con instintos perversos. Dios les infundió el alma, con un soplo, y con otro los sentimientos nobles, puros y grandes. No cesó allí la misericordia divina; hizo brotar un jardín de delicias, y a él los condujo, poniéndolo todo en sus manos. Uno y otro cayeron a los pies del Señor, derramando lágrimas de gratitud. “Viviréis aquí, les dijo el Señor, y comeréis de todos los frutos, menos el de este árbol, que es el de la ciencia del Bien y del Mal”.

Adán y Eva oyeron sumisos; y una vez solos, se miraron uno al otro, fascinados; no parecían los mismos. Eva, antes que Dios le infundiese los buenos sentimientos, pensaba tenderle una trampa a Adán, y Adán sentía ganas de golpearla. Ahora, empero, embebíanse en la contemplación recíproca o en la observación de la naturaleza, que era espléndida. Nunca hasta entonces habían visto aires tan puros, ni aguas tan frescas, ni flores tan lindas y perfumadas, ni había otros sitios donde el sol derramara aquellos torrentes de claridad. Y tomados de la mano recorrieron todo, riéndose mucho, en los primeros días, porque hasta

entonces no habían aprendido a reír. No tenían la sensación del tiempo. No sentían el peso del ocio; vivían inmersos en la contemplación. Al atardecer iban a ver morir el sol y nacer la luna, y a contar las estrellas, y raramente llegaban a mil; el sueño los invadía y se dormían como dos ángeles.

Naturalmente, el Tiñoso se puso furioso cuando supo lo que había ocurrido. No podía ir al paraíso, donde todo le era hostil, ni tampoco intentaría luchar con el Señor; pero oyendo un rumor en el suelo, entre hojas secas, miró y vio que era la serpiente. La llamó alborozado.

—Ven aquí, sierpe, fiel rastrera, ponzoña de ponzoñas, ¿quieres tú ser la embajadora de tu país, para reconquistar las obras de tu padre?

La serpiente hizo con la cola un movimiento vago, que parecía afirmativo; pero el Tiñoso le dio el habla, y ella respondió que sí, que iría donde él se lo ordenase; a las estrellas, si le diese las alas del águila; al mar, si le confiase el arte de respirar en el agua; al fondo de la tierra, si la dotase del talento de la hormiga. Y hablaba la maligna, cómo hablaba, sin parar, contenta y pródiga en palabras; pero el diablo la interrumpió:

—Nada de eso, ni al aire, ni al mar, ni a la tierra, sino únicamente al jardín de las delicias; allí están viviendo Adán y Eva.

—¿Adán y Eva?

—Sí, Adán y Eva.

—¿Dos hermosas criaturas que vimos tiempo atrás, caminando altas y rectas como palmeras?

—Exactamente.

—¡Oh! ¡Los detesto! Me basta verlos para sufrir indeciblemente. No querrás que les haga mal. . .

—Eso es justamente lo que quiero.

—¿Sí? Entonces cuenta conmigo. Iré, haré todo lo que desees, mi señor y padre. Anda, dime rápido qué quieres que haga. ¿Que muerda el talón de Eva? Lo morderé. . .

—No, —interrumpió el Tiñoso—. Quiero justamente lo contrario. En el jardín hay un árbol, que es el de la ciencia del Bien y del Mal; ellos tienen prohibido tocarlo y comer de sus frutos. Ve, entra, enrósate en el árbol, y cuando uno de ellos pase por allí, llámalo en voz baja, arranca una fruta y ofrécésela diciendo que es la más sabrosa del mundo; si te responde que no, tú insistirás, diciéndole que basta probarla para conocer el mismísimo secreto de la vida. Ve, anda. . .

—Sí, mi señor; pero no me dirigiré a Adán sino a Eva. Ya estoy en marcha. ¿O sea que el mismísimo secreto de la vida, no?

—Exactamente, el mismísimo secreto de la vida. Ve, sierpe de mis entrañas, flor del mal, y si sabes cumplir, juro que tendrás la mejor parte entre las presas que te ofrece la creación, que es la parte humana,

porque tendrás mucho talón de Eva para morder, mucha sangre de Adán en la que inocular el virus del mal. . . Anda, anda, no te olvides. . .

¿Olvidar? Ya todo estaba perfectamente memorizado. Llegó al paraíso, penetró en él, alcanzó arrastrándose el árbol del Bien y el Mal, se enroscó y esperó. Al rato, apareció Eva, caminando sola, esbelta, con el aplomo de una reina segura de que nadie le arrancará la corona. La serpiente, mordida por la envidia, ya estaba a punto de traer la ponzoña a su lengua, cuando recordó que estaba allí a las órdenes del Tiñoso y, con voz de miel, la llamó. Eva se estremeció.

—¿Quién me llama?

—Soy yo, aquí estoy saboreando esta fruta. . .

—¡Desgraciada, es el árbol del Bien y del Mal!

—Lo sé. Ahora conozco todo, el origen de las cosas y el enigma de la vida. Acércate, prueba y serás dueña de grandes poderes en la tierra.

—¡Pérfida! ¡No lo haré!

—¡Necia! ¿Por qué rechazas el resplandor de los tiempos? Escúchame, haz lo que te digo, y serás legión, fundarás ciudades y te llamarás Cleopatra, Dido, Semíramis; engendrará héroes tu vientre, y serás Cornelia; oirás la voz del cielo, y serás Débora; cantarás y serás Safo. Y un día, si Dios quiere bajar a la tierra, elegirá tus entrañas y te llamarás María de Nazaret. ¿Qué más puedes querer? Realeza, poesía, divinidad, todo lo cambias por una tonta obediencia. Y no sólo tendrás lo que te he dicho. Hay más. Toda la naturaleza te hará bella y más bella. Colores de las hojas verdes, colores del cielo azul, vivos o pálidos, colores de la noche, han de reflejarse en tus ojos. La misma noche, en pugna con el sol, vendrá a jugar en tus cabellos. Los hijos de tu seno tejerán para ti las mejores vestiduras, compondrán los más finos aromas, y las aves te darán sus plumas, y la tierra sus flores, todo, todo, todo. . .

Eva escuchaba impasible; entonces llegó Adán, los oyó y confirmó la respuesta de Eva; nada valía la pérdida del paraíso, ni la ciencia, ni el poder, ni ninguna de las demás ilusiones de la tierra. Luego de decir esto, se tomaron de las manos, y se alejaron de la serpiente, que partió presurosa a informar al Tiñoso. . .

Dios que oyera todo, dijo a Gabriel:

—Ve, arcángel mío, desciende al paraíso terrestre donde viven Adán y Eva, y tráelos a la eterna bienaventuranza que merecen por la repulsión que manifestaron ante las instigaciones del Tiñoso.

Y el arcángel, tras encasquetarse el yelmo de diamantes, que centellea como un millón de soles, cruzó instantáneamente los aires, llegó hasta Adán y Eva y les dijo:

—Salve, Adán y Eva. Venid conmigo al paraíso celestial, al que os habéis hecho acreedores por la repulsión que manifestasteis ante las instigaciones del Tiñoso.

Uno y otro, atónitos y confusos, se curvaron en señal de obediencia; entonces Gabriel los tomó de las manos, y los tres ascendieron hasta la morada eterna, donde miríadas de ángeles los esperaban, cantando:

—Entrad, entrad. La tierra que dejasteis, ha sido entregada a las obras del Tiñoso, a los animales feroces y maléficos, a las plantas dañinas y ponzoñosas, al aire impuro, a la vida de los pantanos. Reinará en ella la serpiente que se arrastra, babea y muerde, ninguna criatura igual a vosotros pondrá entre tanta abominación la nota de la esperanza y de la piedad.

Y así fue como Adán y Eva entraron al cielo, al son de todas las cítaras que unían sus notas en un himno a los dos egresados de la creación . . .

. . . Cuando terminó de hablar, el juez extendió el plato a doña Leonor para que le sirviese más postre, mientras los demás comensales se miraban unos a otros, boquiabiertos; en vez de oír una explicación, habían escuchado una narración enigmática o, por lo menos, sin sentido aparente. Doña Leonor fue la primera en hablar:

—Bien decía yo que el señor Veloso estaba bromeando con nosotros. No fue eso lo que le pedimos que nos contara, ni nada de eso sucedió ¿no es cierto, Fray Bento?

—El señor juez lo sabe perfectamente, —respondió el carmelita sonriendo.

Y el juez llevándose a la boca una cucharada de postre:

—Pensándolo bien, creo que nada de eso ocurrió; pero además, doña Leonor, si hubiese ocurrido, no estaríamos aquí saboreando este postre, que es, en verdad, algo delicioso. ¿Sigue trabajando para usted aquella vieja repostera de Itapagipe?

EL ENFERMERO

¿LE PARECE entonces que lo que me ocurrió en 1860 merece figurar en una página de libro? Está bien, que sea, pero con la condición única de que no habrá de divulgar nada antes de mi muerte. No esperará mucho, a lo sumo ocho días, si no son menos; ya que no me hago ilusiones.

Vea, yo podría llegar a contarle mi vida entera, en la que hay otras cosas interesantes, pero para eso haría falta tiempo, ánimo y papel, y yo sólo tengo papel; el ánimo es flojo, y el tiempo se asemeja al farol de la madrugada, a merced del sol del día siguiente, un sol endiablado, impenetrable como la vida. Adiós, mi estimado señor, lea esto y quíerame bien; sepa perdonarme lo que le parezca malo, y no desprecie demasiado a la ruda si no le huele a rosas. Mi pidió un testimonio humano, aquí lo tiene. No me pida también el imperio del Gran Mogol, ni la fotografía de los Macabeos; exija, en cambio, mis zapatos de difunto; ningún otro los debe recibir.

Ya sabe que ocurrió en 1860. El año anterior, allá por el mes de agosto, teniendo yo cuarenta y dos años, me convertí en teólogo, quiero decir, copiaba los estudios de teología de un padre de Niterói, antiguo compañero de colegio, que a cambio me ofrecía, amablemente, casa, cama y comida. En aquel mes de agosto de 1859, recibió él la carta de un vicario de cierto pueblo del interior, preguntándole si conocía una persona capacitada, discreta y paciente, que quisiera servir como enfermero al coronel Felisberto, a cambio de un buen sueldo. El cura me habló del asunto, acepté de inmediato, ya estaba harto de transcribir citas latinas y fórmulas eclesiásticas. Estuve de paso por la Corte para despedirme de un hermano y partí hacia el pueblo.

Quando llegué a él recibí malas noticias del coronel. Era un hombre inaguantable, extravagante, exigente, nadie lo soportaba, ni siquiera sus amigos. Consumía más enfermeros que remedios. A dos de ellos les par-

tió la cara. Contesté que yo no le tenía miedo a la gente sana, y mucho menos a los enfermos; y después de entenderme con el vicario, que me confirmó las noticias recibidas, y me aconsejó serenidad y caridad, me encaminé hacia la residencia del coronel.

Lo encontré en el balcón de su casa, desparramado en una silla, resoplando con fuerza. No me recibió mal. Al principio no dijo nada; clavó en mí dos ojos de gato expectante; después una especie de risa maligna iluminó sus facciones, que eran duras. Por fin me dijo que ninguno de los enfermeros que había tenido le había servido, dormían mucho, eran irrespetuosos y andaban todo el día atrás de las esclavas; dos incluso resultaron ser rateros.

—¿Tú eres ratero?

—No, señor.

Luego me preguntó cómo me llamaba: se lo dije y él hizo un gesto de asombro. ¿Colombo? No, señor: Procopio José Gomes Valongo. ¿Valongo? No le pareció que el mío fuese un nombre para un ser humano; y propuso llamarme, tan sólo, Procopio, a lo que respondí que podía hacerlo si eso era de su agrado. Le cuento este detalle, no sólo porque me parece que lo pinta bien, sino porque, además, mi respuesta pareció producir en el coronel una excelente impresión sobre mi persona. El mismo lo confesó al vicario, agregando que yo era el más simpático de los enfermeros que había tenido. La verdad es que vivimos una luna de miel de siete días.

El octavo día, mi vida tomó las características de las de mis predecesores, una vida de perro; sin dormir, sin poder pensar en nada, recibiendo una injuria tras otra y, a veces, riéndome de ellas con un aire de resignación y conformidad; me di cuenta que reaccionar como yo lo hacía equivalía a complacerlo. Todo en él era producto de su trastorno y de su temperamento. Su trastorno era, en realidad, un rosario de ellos, padecía de aneurisma, de reumatismo y de tres o cuatro afecciones menores. Tenía cerca de sesenta años, y desde los cinco todos se sometían a sus caprichos. Si fuese solamente un cascarrabias no hubiese sido tan insoportable; pero también era perverso, se deleitaba con el dolor y la humillación de los otros. Al cabo de tres meses yo estaba harto de soportarlo; decidí dejarlo; sólo me cabía aguardar la ocasión adecuada.

La ocasión no tardó en llegar. Cierta día, como yo no le apliqué los fomentos en el momento preciso, tomó el bastón y me tiró dos o tres golpes. No fue necesario más; me despedí inmediatamente, y fui a aprontar mi maleta. El me siguió hasta la habitación, me pidió que no me marchase, que no valía la pena enojarse por una malhumorada de viejo. Tanto insistió que resolví quedarme.

—Estoy en las últimas, Procopio, —me dijo él por la noche— no viviré mucho más. Hoy estoy aquí y mañana estaré en la sepultura. Tú

irás a mi entierro, Procopio; no te eximo de ninguna obligación. Irás, rezarás junto a mi sepultura. Si no lo haces, agregó riendo, yo regresaré por la noche para tirarte de las piernas. ¿Crees en las almas de ultratumba, Procopio?

—¡Por favor!

—¿Y por qué no has de creer, infeliz? —replicó vivamente, abriendo mucho los ojos.

Así eran nuestras paces; imagínese qué ocurría cuando estábamos en guerra. Suprimió los bastonazos; pero las injurias continuaron, e incluso fueron peores que hasta entonces. Yo, con el tiempo, me fui endureciendo, y ya no tenía la menor esperanza; era infeliz, estúpido, un asno, idiota, pusilánime, de todo. Ni siquiera había otras personas con quienes compartir tantos calificativos. No tenía parientes; había tenido un sobrino que murió tísico, a fines de mayo o principios de junio, en Minas. Los amigos pasaban por su casa de vez en cuando, asintiendo a todo lo que él decía, aplaudiéndolo, y nada más cinco, diez minutos de visita. Quedaba yo; yo solo para un diccionario completo. Más de una vez volví a tomar la decisión de irme; pero, a instancias del vicario, siempre terminaba quedándome.

Yo ya no veía la hora de volver a la Corte y no sólo porque nuestras relaciones se hubiesen tornado insoportables. A los cuarenta y dos años no iba yo a acostumbrarme a una vida de reclusión constante, junto a un enfermo furibundo, en el interior del país. Para comprender mi aislamiento, basta saber que yo no leía ni siquiera los diarios; salvo aquellas noticias de alguna importancia que llegaban hasta el coronel, yo nada sabía del resto del mundo. Decidí, en consecuencia, regresar a la Corte, en la primera ocasión que se me presentara, aunque para eso tuviese que pelearme con el vicario.

Vale la pena decir (ya que hago una confesión general) que, no gastando en nada y habiendo ahorrado íntegramente mis sueldos, estaba ansioso por derrocharlos aquí.

Era probable que la oportunidad anhelada llegase. El coronel había empeorado, hizo testamento, injuriando al notario, casi tanto como a mí. El trato se había vuelto aún más duro, los breves lapsos de sosiego y de blandura se iban haciendo más raros. Ya por entonces yo había perdido la escasa dosis de piedad que me hacía olvidar los excesos del enfermo; había acumulado dentro de mí un fermento de odio y aversión. Al principio de agosto decidí definitivamente que me iría; el vicario y el médico, aceptando las razones, me pidieron que me quedara algún tiempo más. Les concedí un mes; al cabo de un mes partiría, sea cual fuere el estado del enfermo. El vicario se puso en campaña para conseguirme un reemplazante.

Pero vea usted lo que sucedió. La noche del veinticuatro de agosto, el coronel tuvo un acceso de rabia, se extralimitó conmigo una vez más,

me insultó crudamente, amenazó con pegarme un tiro, y acabó arrojándome un plato de papilla, que le pareció fría; el plato se estrelló contra la pared, donde se hizo pedazos.

—¡Lo pagarás, ladrón! —exclamó él.

Protestó durante largo rato. A las once de la noche se durmió. Mientras él dormía, extraje un libro del bolsillo, una vieja novela de d'Arlincourt, traducida, que allí encontré, y me puse a leerlo, en la misma habitación, a corta distancia de la cama; tenía que despertarlo a la medianoche para darle la medicación. Ya sea por el cansancio o por el libro, antes de terminar la segunda página yo también me dormí. Me desperté con los gritos del coronel, y me incorporé aturdido. El, que parecía delirar, siguió profiriendo gritos, y terminó por apoderarse del botijo y arrojármelo. No tuve tiempo de apartarme; el botijo me alcanzó de lleno en la mejilla izquierda, y fue tal el dolor que no vi nada más; me arrojé sobre el enfermo, aferré su cuello con mis manos, luchamos, y lo estrangulé.

Cuando me di cuenta que el enfermo expiraba, retrocedí horrorizado, y di un grito; pero nadie me oyó. Volví a la cama, lo sacudí, llamándolo, era tarde; el aneurisma había estallado y el coronel había muerto. Pasé a la habitación contigua, y durante dos horas no me atreví a volver al dormitorio. No puedo decirle todo lo que pasé durante ese lapso. Estaba como atontado, sumido en un delirio vago y estúpido. Me parecía ver bultos en las paredes; escuchaba voces sordas. Los gritos de la víctima, antes de la lucha y durante la lucha, seguían resonando dentro de mí, y el aire, sea cual fuere el lugar para el que yo me volviera, parecía agitarse en convulsiones. No crca que me empeño en plasmar imágenes o que me demoro, complacido, en malabarismos de estilo; le aseguro que yo oía claramente unas voces que me gritaban: ¡asesino! ¡asesino!

Todo lo demás estaba en silencio. Hasta el sonido del reloj, lento, monótono y seco, subrayaba el silencio y la soledad. Pegaba el oído a la puerta de la habitación con la esperanza de oír un gemido, una palabra, una injuria, cualquier cosa que implicase vida, y restituyese la paz a mi conciencia. Estaba dispuesto a ser golpeado por el coronel, diez, veinte, cien veces. Pero nada, nada; el silencio era total. Volvía a caminar sin rumbo, a lo largo de la habitación, me sentaba, me tomaba la cabeza entre las manos; me arrepentía de haber venido.

“¡Maldita la hora en que acepté semejante cosa!” exclamaba. E insultaba al cura de Niterói, al médico, al vicario, a los que me habían conseguido aquel trabajo, y a los que me pidieron que me quedara algún tiempo más. Me aferraba a la complicidad de aquellos otros hombres.

Como el silencio terminó por aterrorizarme, abrí una de las ventanas para escuchar el sonido del viento, si es que soplaba. No soplaba. La noche transcurría tranquila, las estrellas fulguraban, con la indiferen-

cia de esas personas que mientras se descubren la cabeza ante un cortejo fúnebre, siguen hablando de otra cosa. Me acodé en la ventana durante algunos minutos, contemplando la noche, dejándome llevar hacia una recapitulación de toda mi vida tratando de olvidar el dolor de aquellos momentos. Sólo entonces puedo decir que sobrevino claramente la idea del castigo. Me vi con un crimen sobre los hombros y vi la punición ineludible. Entonces el temor se sumó al remordimiento. Sentí que se me erizaban los cabellos. Minutos después vi tres o cuatro bultos en el jardín que parecían acechar con un aire de emboscada; retrocedí, los bultos se desvanecieron en el aire; era una alucinación.

Antes del alba curé mi herida de la cara. Sólo entonces me animé a regresar al dormitorio. Dos veces estuve a punto de renunciar, pero era preciso hacerlo y entré; aún así no me aproximé de inmediato a la cama. Me temblaban las piernas, el corazón palpitaba con fuerza; llegué a pensar en la fuga; pero eso equivalía a confesar el crimen y, por el contrario, lo que urgía era hacer desaparecer las pruebas del mismo. Fui hasta la cama; vi el cadáver, con los ojos desorbitados y la boca abierta, como dejando escapar la eterna palabra de los siglos: "Cáin ¿qué hiciste de tu hermano?" Vi en su cuello la marca de mis uñas; le abotoné hasta bien arriba la camisa y subí hasta el mentón el borde de la sábana. De inmediato llamé a un esclavo; le dije que el coronel había amanecido muerto; mandé a avisar al vicario y al médico.

La primera idea fue partir bien temprano, bajo el pretexto de tener enfermo a mi hermano y, en verdad, así era, según me informaba una de sus cartas llegada pocos días antes y en la que me decía que se sentía mal. Pero advertí que la partida inmediata podría despertar sospecha, y decidí quedarme. Yo mismo amortajé el cadáver, con la ayuda de un negro viejo y miope. No abandoné la sala mortuoria; temía que descubriesen algo. Trataba de ver en las caras de los demás si sospechaban; pero no me animaba a fijar la mirada en nadie. Todo me llenaba de impaciencia: los pasos de ladrón con que entraban a la habitación, los susurros, las formalidades y las plegarias del vicario. Cuando llegó la hora, cerré el cajón, con las manos temblorosas, que una persona que las vio, dijo a otra apiadada:

— ¡Pobre Procopio! pese a todo lo que padeció está muy conmovido.

Me pareció una ironía; no veía la hora de que todo estuviese terminado. Salimos a la calle. El tránsito de la semipenumbra de la casa a la claridad de la calle me produjo una profunda conmoción; temí entonces que fuera imposible ocultar el crimen. Hundí los ojos en el suelo y proseguí la marcha. Cuando todo terminó respiré. Estaba en paz con los hombres. No lo estaba con mi conciencia, y las primeras noches fueron naturalmente de desasosiego y aflicción. No es necesario aclarar que volví en seguida a Río de Janeiro, ni que aquí viví aterro-

rizado, si bien estaba lejos del escenario del crimen; nunca reía, hablaba poco, apenas comía, tenía alucinaciones, pesadillas. . .

—Olvidate ya del muerto, —me decían—. Ya es demasiado tanta melancolía.

Y yo aprovechaba la oportunidad para elogiar intensamente al muerto, diciendo que había sido una buena criatura, irrespetuoso, es cierto, pero con un corazón de oro. Y, elogiándolo, me convencía a mí mismo, al menos por algunos instantes. Otro fenómeno interesante, y que tal vez le pueda ser útil, es que, no siendo religioso, ordené una misa por el eterno descanso del coronel, en la iglesia del Sacramento. No invité a nadie, ni dije nada a nadie; asistí a ella solo, y estuve de rodillas todo el tiempo, persignándome a menudo. Dupliqué la suma destinada al cura, y distribuí limosnas en la puerta, todo en memoria del finado. No quería embaucar a mis prójimos; la prueba es que fui solo. Para completar este punto, agregaré que nunca aludía al coronel sin agregar: “¡Dios lo guarde en su seno!”. Y contaba sobre él algunas anécdotas alegres, chispeantes, divertidas. . .

Siete días después de llegar a Río de Janeiro, recibí carta del vicario, esa que le mostré a usted, diciéndome que había sido hallado el testamento del coronel, y que yo era el heredero universal. Imagínese mi asombro. Me pareció que leía mal, fui a ver a mi hermano, a mis amigos, todos entendieron lo mismo. Estaba escrito; yo era el heredero universal del coronel. Llegué a sospechar que era una celada; pero me di cuenta en seguida que había otros medios para capturarme, si el crimen hubiese sido descubierto. Por lo demás, yo conocía la probidad del vicario, y sabía que él nunca se prestaría a ser instrumento de nada semejante. Releí la carta, cinco, diez, muchas veces; allí estaba la noticia.

—¿Cuánto tenía él? —me preguntaba mi hermano.

—No sé, pero era rico.

—La verdad es que demostró ser tu amigo.

—Ya lo creo. . . ya lo creo. . .

Así, por una ironía del azar, los bienes del coronel pasaban a mis manos. Pensé en rechazar la herencia. Me parecía odioso recibir un solo centavo proveniente de aquel origen; era algo peor que transformarme en un pistolero a sueldo. Pensé en eso durante tres días y tropezaba siempre en la misma consideración, a saber: que el rechazo podría despertar alguna sospecha. Pasados los tres días, encontré un término medio: recibiría la herencia y la ofrendaría entera, de a poco y a las escondidas. No era sólo una cuestión de escrúpulo; era también la manera de paliar el crimen con un acto virtuoso; me pareció que así las cuentas quedarían saldadas.

Me apronté y partí hacia el pueblo. Durante el trayecto, a medida que me iba acercando, recordaba el triste episodio; los alrededores del

lugar mostraban un aspecto trágico, y la sombra del coronel parecía abalanzarse sobre mí desde ambas márgenes del camino. Mi imaginación iba reproduciendo las palabras, los gestos, todos los detalles de la horrenda noche del crimen. . .

¿Crimen o lucha? Realmente, fue una lucha en la que yo, atacado, me defendí, y en la defensa. . . Fue una lucha desgraciada, una fatalidad. Me aferré a esa idea. Me ponderaba los agravios, ponía en el activo los puñetazos, las injurias. . . La culpa no era del coronel, bien lo sabía yo, sino de la enfermedad, que lo convertía en un hombre malhumorado y hasta perverso. . . Pero yo le perdonaba todo, todo. . . Lo peor fue la fatalidad de aquella noche. . . Consideré, también, que el coronel no podía vivir mucho más; ya estaba terminado, él mismo lo sentía y lo decía. ¿Cuánto más podía vivir? Dos semanas, una; era un andrajo de vida, si así podía llamarse al padecimiento continuo del pobre hombre. . . ¿Y quién sabe si la lucha y la muerte no fueron tan sólo coincidentes? Bien podía ser; era incluso lo más probable; no debió haber sido de otra manera. Me aferré también a esa idea. . .

A la entrada del pueblo, mi corazón palpitó violentamente y quise retroceder; pero me contuve y proseguí. Me recibieron con felicitaciones. El vicario me adelantó cuáles eran las disposiciones del testamento, los ineludibles legados piadosos, a los que seguía la exaltación de mi templanza cristiana y el empeño con que yo había servido al coronel, quien, pese a haber sido áspero y duro, supo ser generoso.

—Sin duda, —decía yo mirando hacia otro lado.

Me sentía aturdido. Todo el mundo elogiaba mi dedicación y mi paciencia. Las primeras necesidades del inventario me retuvieron algún tiempo en el pueblo. Contraté un abogado; las cosas corrieron sin tropiezo. Durante ese tiempo, hablé siempre que pude del coronel. Me contaban muchas cosas sobre él, pero sin la moderación del vicario; yo lo defendía, señalaba algunas virtudes, decía que fue austero. . .

—¡Qué austero! Ya se murió, dejémonos de formalidades; era el diablo en persona.

Y me contaban episodios duros, acciones perversas, algunas inconcebibles. ¿Quiere conocerlas? Yo, al principio escuchaba lleno de curiosidad, después se adueñó de mi corazón un placer singular, que yo, sinceramente, buscaba rechazar. Y defendía al coronel, lo justificaba, atribuía algunas opiniones a las rivalidades locales; reconocía, sí, que había sido un poco violento. . . ¿Un poco? Era una víbora ensañada, me interrumpía el peluquero; y todos, el recaudador de impuestos, el farmacéutico, el notario, todos sostenían lo mismo; y nuevos comentarios se sumaban a los anteriores, y así resurgía la vida entera del difunto. Los viejos recordaban sus crueldades cuando niño. Y el placer íntimo, callado, insidioso, crecía dentro de mí, como una especie de gusano moral,

que por más que yo lo arrancase a pedazos, se reconstruía de inmediato y allí permanecía.

Las obligaciones del inventario me distrajeron; y por otro lado la opinión del pueblo era tan adversa al coronel, que la visión de aquellos sitios familiares fue perdiendo para mí el aspecto tenebroso que tuvieron en un principio. Ya en posesión de la herencia, la convertí en títulos y en dinero. Habían transcurrido para entonces muchos meses y la idea de distribuirla enteramente bajo la forma de limosnas y donativos generosos no tuvo en mí la fuerza de un comienzo; llegó incluso a parecerme hipócrita. Restringí el plan primitivo; distribuí algo entre los pobres, ofrecí a la iglesia del pueblo algunos paramentos nuevos, y di un donativo a la Santa Casa de la Misericordia, etc.: en total treinta y dos *contos*¹. Mandé también levantar un mausoleo en la tumba del coronel, hecho en mármol, obra de un napolitano, que aquí estuvo hasta 1866, y fue a morir, según creo, al Paraguay.

Los años fueron pasando, los recuerdos se hicieron opacos y desvaídos. Pienso a veces en el coronel, pero sin los terrores de los primeros días. Todos los médicos a quienes describí sus males, estuvieron de acuerdo en que era un condenado a muerte, y sólo los sorprendía que hubiese resistido tanto tiempo. Puede ser que yo, involuntariamente, exagerase la descripción que de él les hacía; pero el hecho es que él debía morir, aun cuando no fuese del modo fatal como ocurrió. . .

Adiós, mi estimado señor. Si le parece que estos apuntes valen algo, retribúyame también con un mausoleo de mármol, en el que inscribiré como epitafio, si es tan amable, esta enmienda que hago aquí del divino sermón de la montaña: "Bienaventurados los que poseen, porque ellos serán consolados".

¹ Véase nota 6 de pág. 16. (N. del T.).

MARIANA

CAPITULO I

“¿QUÉ SERÁ de la vida de Mariana?” se preguntó Evaristo, en el *Largo da Carioca*, al despedirse de un amigo, que le trajo a la memoria el nombre de aquella vieja conocida.

Corría el año de 1890. Evaristo había regresado de Europa, días antes, luego de dieciocho años de ausencia. Había salido de Río de Janeiro en 1872, creyendo que permanecería ausente hasta 1874 o 1875, tiempo suficiente para ver algunas ciudades célebres o curiosas; pero el viajero propone y París dispone. Una vez ingresado en aquel mundo, en 1873, Evaristo se dejó llevar, y allí se demoró mucho más allá del plazo fijado; postergó la vuelta un año, luego otro, y por fin ya no pensó más en el regreso. Llegó a desinteresarse por todo lo nuestro; últimamente, ya ni siquiera leía los diarios de aquí; un estudiante pobre de Bahía, que iba a pedirselos prestados, luego le comentaba las principales noticias. Fue entonces cuando, en noviembre de 1889, entró a su casa un periodista parisino, que le habló de la revolución de Río de Janeiro, pidiéndole informaciones políticas, sociales, biográficas¹. Evaristo reflexionó.

—Mi estimado señor, —dijo al periodista—, creo que lo mejor será que yo mismo vaya a buscarlas.

No perteneciendo a partido político alguno, ni teniendo opiniones definidas o parientes próximos, ni intereses en el Brasil (ya que todos sus bienes estaban en Europa), resulta difícil explicar la súbita resolución de Evaristo como fruto de la pura curiosidad y, sin embargo, no fue otro el motivo. Quiso ver el nuevo cariz que habían tomado las cosas. Averiguó la fecha de estreno en el *Odeón* de la comedia de un amigo, calculó que saliendo en el primer vapor y regresando en el tercero que, a partir de la llegada del suyo, atracase en Río de Janeiro,

¹ Machado de Assis alude aquí a la revolución que puso fin al Imperio y dio paso a la creación de la República del Brasil. (N. del T.).

tendría tiempo para comprar la entrada e ingresar al teatro; aprontó sus maletas, corrió a Burdeos, y se embarcó.

“¿Qué será de la vida de Mariana?, se repetía ahora, bajando por la *Rua da Assembléia*. Tal vez se haya muerto... si vive todavía, debe ser otra; debe andar por los cuarenta y cinco... Más... cuarenta y ocho; yo le llevo unos cinco años. Sí, cuarenta y ocho... ¡Hermosa mujer! ¡Gran mujer! ¡Bellos y grandes amores!”

Sintió deseos de verla. Hizo discretas averiguaciones. Supo que vivía y que su domicilio seguía siendo el mismo: *Rua do Engenho Velho*; pero también se enteró de que, hacía ya varios meses, no salía a la calle debido a que el marido, a raíz de una enfermedad, estaba al borde de la muerte.

—Ella también debe estar muy desmejorada, —le dijo Evaristo al desconocido que le daba aquellas informaciones.

—En absoluto, hombre. La última vez que la vi, la encontré radiante. Nadie le da más de cuarenta años. ¿Quieres saber algo? Hay por ahí rosales magníficos, pero nuestros cedros de 1860 a 1865 parece que ya no nacen más.

—Te equivocas. Tú no los ves porque no vas al Líbano, —retrucó Evaristo.

Se intensificó su deseo de ver a Mariana. ¿Con qué ojos se mirarían? ¿Qué imágenes del pasado vendrían a transformar la realidad presente? El viaje de Evaristo a Europa, cabe decirlo, no fue de placer, sino de cura. Ahora que la ley del tiempo había hecho su obra ¿qué efecto produciría en ellos, cuando se encontrasen, el espectro de 1872, aquel triste año de la separación que a él casi lo volvió loco y a ella casi la mata?

CAPITULO II

Días después se apeaba él de un tilburi ante la puerta de Mariana, y entregaba una tarjeta al sirviente que le abrió la sala de estar.

Mientras esperaba dejó correr la mirada y se sintió impresionado. Los muebles eran los mismos de dieciocho años atrás. La memoria, incapaz de recomponerlos en la ausencia, los reconoció a todos, así como su disposición, que tampoco había cambiado. Su aspecto era vetusto. Hasta las flores artificiales de un gran jarrón que estaba sobre un aparador, se habían desteñido con el tiempo. Todo como huesos dispersos que la imaginación era capaz de reunir para restaurar una figura a la que sólo le faltaba el alma.

Pero no le faltaba el alma. Colgado de la pared, por sobre el canapé, estaba el retrato de Mariana. Había sido pintado cuando ella sólo tenía veinticinco años; el marco, que alguna vez fuera dorado, aparecía ahora

descascarado en algunas partes y contrastaba con la figura sonriente y fresca. El tiempo no había ajado la hermosura. Mariana estaba allí, vestida a la usanza de 1865, con sus bellos ojos almendrados y cálidos. Era el único aliento vivo de la habitación; pero él sólo bastaba para infundirle a la decrepitud de aquel ambiente el soplo de la fugaz juventud. Fue grande la conmoción de Evaristo. Había una silla frente al retrato, allí fue a sentarse él, y se quedó absorto en la contemplación de la muchacha de otro tiempo. Los ojos pintados miraban también a los naturales, tal vez sorprendidos del encuentro y del cambio porque los naturales no tenían el calor y la gracia del retrato. Pero poco duró la diferencia; la vida anterior del hombre les restituyó la lozanía exterior, y los ojos se sumergieron unos en los otros, y todos en sus viejos pecados.

Después, lentamente, Mariana bajó de la tela y del marco, y fue a sentarse frente a Evaristo, se inclinó, extendió los brazos sobre las rodillas y abrió las manos. Evaristo le entregó las suyas, y las cuatro se estrecharon cordialmente. Ninguno de ellos preguntó nada relativo al pasado, porque todavía no había pasado; ambos estaban en el presente, las horas habían dejado de correr, tan instantáneas y tan fijas, que parecían haber sido ensayadas en la víspera para esta representación única e interminable. Todos los relojes de la ciudad y del mundo rompieron discretamente sus cuerdas, y todos los relojeros cambiaron de profesión. ¡Adiós, viejo *lago* de Lamartine! Evaristo y Mariana habían anclado en el océano de los tiempos. Y entonces fueron proferidas las palabras más dulces que jamás dijeron labios de hombres o de mujer, y las más ardientes también, y las mudas, y las desvariadas, y las suspirantes, y las de celo, y las de perdón.

—¿Estás bien?

—Bien ¿y tú?

—Me moría por ti. Hace una hora que te espero, ansiosa, casi llorando, pero bien ves que estoy risueña y alegre, todo porque el mejor de los hombres entró en esta habitación. ¿Por qué tardaste tanto?

—Tuve dos encuentros en el camino; y el segundo mucho más relevante que el primero.

—Si tú me amases de veras, no le hubieras dedicado más de dos minutos a ninguno de ellos y estarías aquí hace tres cuartos de hora. ¿De qué te ríes?

—La segunda interrupción fue tu marido.

Mariana se estremeció.

—Fue aquí, cerca, prosiguió Evaristo; hablamos de ti, él primero, ya no recuerdo a propósito de qué, y se expresó con bondad, casi con ternura. Llegué a creer que era una celada, un ardid para captar mi confianza. Finalmente, nos despedimos; pero yo me quedé un rato a la

expectativa, viendo si él volvía; no lo hizo. Ahí tienes la causa de mi demora; ahí tienes también la causa de mis tormentos.

—Vamos a ver si terminas de una vez con esa eterna desconfianza, lo interrumpió Mariana sonriendo, como lo hiciera, minutos antes, en la tela. ¿Qué quieres que haga? Javier es mi marido; no lo echaré, ni lo castigaré, ni lo mataré, sólo porque tú y yo nos amamos.

—No digo que lo mates; pero tú lo amas, Mariana.

—Es a ti a quien amo, y a nadie más, —respondió ella—, evitando así la respuesta negativa, que le pareció demasiado cruda.

Eso fue lo que pensó Evaristo; pero no aceptó la delicadeza de la forma indirecta. Sólo la negativa ruda y simple podía contentarlo.

—Tú lo amas, —insistió él.

Mariana reflexionó un instante.

—¿Por qué te empeñas en revolver mi alma y mi pasado? dijo ella. Para nosotros, el mundo empezó hace cuatro meses, y no terminará más —o terminará cuando tú te aburras de mí, por que yo no cambiaré nunca. . .

Evaristo se arrodilló, atrajo sus brazos, le besó las manos, y en ella cerró su rostro; finalmente, dejó reposar la cabeza en las rodillas de Mariana. Así permanecieron algunos instantes, hasta que ella sintió los dedos húmedos, le alzó la cabeza y vio sus ojos bañados por las lágrimas. ¿Qué ocurría?

—Nada, —dijo él—; adiós.

—¿Pero, qué pasó?

—Tú los amas, volvió a insistir Evaristo, y esta idea me horroriza, al mismo tiempo que me aflige, porque yo soy capaz de matarlo, si estoy seguro de que todavía lo amas.

—Eres un hombre singular, —dijo Mariana, después de enjugar los ojos de Evaristo con sus cabellos a los que había reunido en un manojo para que sirvieran como el mejor pañuelo del mundo—. ¿Que lo amo? No, ya no lo amo, ahí tienes la respuesta. Pero llegados a este punto habrás de consentir que te lo diga todo, porque mi temperamento no admite confesiones a medias.

Esta vez fue Evaristo quien se estremeció; pero la curiosidad le mordía el corazón, de tal manera que no hubo por sobre todo temor, sino más bien impaciencia y deseos de escuchar. Reclinado en las rodillas de ella, oyó la narración, que fue corta. Mariana relató el casamiento, la oposición de su padre, el dolor de su madre, y la perseverancia de ella y de Javier. Esperaron diez meses, firmes, ella ya menos paciente que él, porque la pasión que la embargó tenía toda la fuerza necesaria para apoyar las decisiones violentas. ¡Qué de lágrimas vertió por él! ¡Qué de maldiciones brotaron de su corazón contra sus padres, y fueron sofocadas por ella, que temía a Dios, y no había querido que esas palabras, como armas de parricidio, la condenasen, más que al infierno, a la

eterna separación del hombre que amaba! Venció la constancia, el tiempo derrotó a los mayores, y el casamiento se realizó, hacía ya siete años. La pasión de los novios se extendió a la vida conyugal. Cuando el tiempo trajo el sosiego, trajo también la estima. Los corazones eran armónicos, los recuerdos de la lucha, intensos y dulces. La felicidad serena vino a sentarse a sus puertas, como un centinela; no franqueó el acceso a la desgracia y ni siquiera al tedio, pero sí a la apatía, una figura pálida, sin movimiento, que apenas sonreía y nada recordaba. Fue por entonces cuando Evaristo apareció ante sus ojos y la arrebató. No la arrebató al amor de nadie; pero por eso mismo, nada tenía que ver con el pasado, que era un misterio, y podía traer remordimientos. . .

—¿Remordimientos? —interrumpió él.

—Podías suponer que yo los tuviese; pero no los tengo ni los tendré jamás.

—¡Gracias! —dijo Evaristo al cabo de algunos segundos—; te agradezco la confesión. No volveré a hablar de este asunto. No lo amas, eso es lo esencial. ¡Qué hermosa eres cuando juras así, y me hablas de nuestro futuro! ¡Sí, se terminó; aquí estoy yo ahora, ámame!

—Sólo a ti, querido.

—¿Sólo a mí? ¡Júralo una vez más!

—Por estos ojos, —respondió ella, besándole los ojos—; por estos labios, —prosiguió, sellándole los labios con un beso—. ¡Por mi vida y por la tuya!

Evaristo repitió las mismas fórmulas, con iguales ceremonias. Después, volvió a sentarse frente a Mariana, como al principio. Ella, a su vez se incorporó, y fue a reclinarse a sus pies, con los brazos en las rodillas de él. Los cabellos lacios enmarcaban tan bien el rostro, que él lamentó no ser un genio para copiarla y legarla al mundo. Se lo dijo, pero ella no le respondió; tenía los ojos clavados en los de él, suplicantes. Evaristo se inclinó, hundiéndose en ella los suyos, y así permanecieron, rostro ante rostro, una, dos, tres horas, hasta que alguien vino a despertarlos;

—Pase, por favor.

CAPITULO III

Evaristo tuvo un sobresalto. Se encontró con un hombre, el mismo sirviente que había recibido su tarjeta de visita. Se incorporó rápidamente; Mariana se replegó sobre la tela, que colgaba de la pared, donde él la había visto, vestida a la usanza de 1865, peinada y serena. Como en los sueños, los pensamientos, gestos y actos se midieron por otro tiempo, que no el tiempo; todo ocurrió en cinco o seis minutos, que no fueron más que los que el sirviente invirtió en llevar la tarjeta y traer la

invitación. Mientras tanto, Evaristo, que sentía aún la impresión de las caricias de la muchacha había vuelto a vivir realmente entre 1869 y 1872, porque las tres horas de la visión fueron aún una concesión al tiempo. Toda la historia había surgido a raíz de los celos que él tenía de Javier, sus perdones y las ternuras recíprocas. Sólo faltó la crisis final, cuando la madre de Mariana, al tanto de todo, se interpuso valientemente y los separó. Mariana decidió matarse, llegó a ingerir veneno, y fue preciso la desesperación de la madre para restituirle la vida. Javier, que en ese entonces estaba en la provincia de Río, nada supo de aquella tragedia, a no ser que su mujer había escapado a la muerte milagrosamente, debido a una confusión de medicamentos. Evaristo quiso verla una vez más antes de embarcar, pero fue imposible.

—Vamos, —dijo él ahora al criado que lo aguardaba.

Javier estaba en la salita cercana, acostado en un canapé, con su mujer al lado y algunas visitas. Evaristo entró allí profundamente conmovido. La luz era escasa, el silencio grande; Mariana sostenía una de las manos del enfermo, observándolo, temiendo la muerte o una crisis. Apenas pudo alzar la mirada hacia Evaristo y extenderle una mano; volvió a contemplar al marido, en cuyo rostro podían verse las huellas del largo padecimiento, y cuya respiración parecía el preludio de la gran ópera infinita

Evaristo, que apenas viera el rostro de Mariana, se había apartado hacia un rincón, sin atreverse a contemplar su figura ni a seguir sus movimientos. Llegó el médico, examinó al enfermo, recomendó el cumplimiento de las prescripciones dadas, y se retiró para volver hacia la noche. Mariana lo acompañó hasta la puerta, interrogándolo en voz baja, y tratando de adivinar en su rostro la verdad que la boca se negaba a decir. Fue entonces cuando Evaristo la vio bien, el dolor parecía quebrantarla más que los años. Reconoció los modos de aquel cuerpo. No provenían de la tela, como los de la otra, sino del tiempo. Antes de que ella volviera a la cabecera de su marido, Evaristo creyó conveniente retirarse también, y fue hasta la puerta.

—Le pido que me disculpe. . . Lamento no poder hablar ahora con su marido.

—Ahora no puede ser; el médico recomienda reposo y silencio. Tal vez en otro momento. . .

—No vine a verlo antes porque acabo de enterarme. . . Además, llegué hace poco.

—Gracias.

Evaristo le extendió la mano y salió con paso cuidadoso, mientras ella volvía a sentarse junto al enfermo. Ni los ojos ni la mano de Mariana revelaron la más mínima impresión ante su presencia, y la despedida se cumplió entre personas indiferentes. Ciertamente, el amor había muerto, cosa de tiempos idos; el corazón, con los años, había

envejecido, y el marido estaba a punto de expirar; pero, reflexionaba él ¿cómo explicar que al cabo de dieciocho años de separación, Mariana viese ante sí a un hombre que formara parte tan entrañable de su vida, sin conmoverse en absoluto, sin asombro, sin la menor aprehensión? Era un auténtico misterio. Misterio, al menos, era como él lo llamaba. Incluso recién, en la despedida, él sintió una puntada, algo, que entorpeció su palabra, que lo privó de ideas y hasta de las simples fórmulas banales de pesar y de esperanza. Ella, sin embargo, no acusó ante él la menor conmoción. Y recordando el retrato de la sala de estar, Evaristo concluyó que el arte era superior a la naturaleza; la tela había guardado el cuerpo y alma. . . Todo eso, rociado por una brisa de despecho agrio, fue lo que evocó Evaristo.

Javier logró vivir una semana más. Cuando realizaba su segunda visita, Evaristo asistió a la muerte del enfermo, y no pudo sustraerse a la conmoción natural del momento, del lugar y de las circunstancias. Mariana, con los cabellos desgreñados, junto al lecho, tenía los ojos exhaustos por la vigilia y las lágrimas. Cuando Javier, después de larga agonía, expiró, apenas se oyó el llanto de algunos parientes y amigos; un grito agudísimo de Mariana llamó la atención de todos; luego, el desmayo y la caída de la viuda. Se prolongó algunos minutos la pérdida del conocimiento; cuando volvió en sí, Mariana corrió hacia el cadáver, se abrazó a él, sollozando desesperadamente, llamándolo por los nombres más queridos y tiernos. Habían olvidado de cerrar los ojos del cadáver; a raíz de eso tuvo lugar una escena pavorosa y melancólica, porque ella, luego de besarlos incansablemente, comenzó a alucinar y gritó que él todavía vivía, que se había salvado; y por más empeño que se puso en arrancarla de allí, no cedía, empujaba a todos, clamaba que querían arrebatarle al marido. Una nueva crisis la postró; fue transportada rápidamente hacia el otro cuarto,

Cuando el cortejo fúnebre partió al día siguiente, Mariana no estaba presente, por más que había insistido en despedirse; ya no tenía fuerzas para apelar a su voluntad. Evaristo acompañó a los deudos. Siguiendo a la carroza mortuoria apenas podía creer dónde estaba y qué hacía. En el cementerio habló con un pariente de Javier, confiándole la pena que le inspiraba Mariana.

—Se nota lo mucho que se amaban, —concluyó.

—Sí, muchísimo, —dijo el pariente—. Se casaron enamorados; no estuve en el casamiento porque sólo llegué a Río de Janeiro muchos años después, en 1874; los encontré, sin embargo, tan unidos como si fuesen novios, y acompañé sus vidas desde entonces hasta ahora. Vivían uno para el otro; no sé si ella permanecerá mucho tiempo más en este mundo.

“1874”, pensó Evaristo; “dos años después”.

Mariana no asistió a la misa del séptimo día; un pariente —el mismo del cementerio—, la representó en esa triste ocasión. Evaristo supo por su intermedio que el estado de la viuda no le permitía arriesgarse a la evocación formal de la desgracia. Dejó pasar algunos días, y fue a hacer su visita de pésames; pero habiendo entregado la tarjeta, se enteró que ella no recibiría a nadie. Fue entonces a San Pablo, volvió cinco o seis semanas después, se preparó para embarcar; antes de partir, pensó una vez más en visitar a Mariana —no tanto por simple cortesía, sino para llevarse consigo la imagen, si bien deteriorada, de aquella pasión de cuatro años.

No la encontró en su casa. De allí se alejó disgustado, mal consigo mismo, juzgándose impertinente y de mal gusto. A poca distancia de donde se encontraba, vio salir de la iglesia del Espíritu Santo una señora vestida de luto, que le pareció Mariana. Efectivamente, era Mariana; iba a pie; al pasar ante su carruaje miró hacia él, hizo como si no lo conociera y siguió caminando, de modo que el saludo de Evaristo quedó sin respuesta. El quiso, entonces hacer detener el coche y despedirse de ella ahí mismo, en la calle, cosa de un minuto, tres palabras; pero como vacilase en tomar la decisión, sólo logró que el coche se detuviera cuando ya había dejado atrás la iglesia, y Mariana se había apartado de allí considerablemente. Se apeó, pese a todo, y volvió sobre sus pasos; pero, ya fuera por despecho o por respeto, cambió de opinión, volvió al coche y partió.

—Tres veces sincera, —concluyó al cabo de algunos minutos de reflexión.

Antes de transcurrido un mes estaba en París. No había olvidado la comedia de su amigo, a cuya primera representación en el *Odeón* se comprometiera a asistir. Corrió para enterarse de lo que había ocurrido; fue, al parecer, un rotundo fracaso.

—Cosas de teatro, —dijo Evaristo al autor, para consolarlo—. Hay piezas que no se sostienen. Hay otras, en cambio, que logran mantenerse firmemente en cartel.

UN APOLOGO

HABÍA UNA VEZ una aguja que le dijo a un carretel de hilo:

—¿Por qué tienes ese aire tan soberbio, tan vanidoso? ¿Acaso para fingir que vales algo en este mundo?

—No me moleste, señora.

—¿Que no lo moleste? ¿Que no lo moleste por qué? ¿Porque le digo que se da usted unos aires insoportables? Se lo digo y se lo repito, y diré todo lo que me venga a la cabeza.

—¿Qué cabeza, señora? Usted no es un alfiler, es una aguja. Las agujas no tienen cabeza. ¿Qué le importan mis aires? Cada cual tiene el aire que Dios le dio. Ocúpese de su vida y deje en paz la de los demás.

—Usted es orgulloso.

—Así es.

—¿Pero por qué?

—¿Por qué? ¡Esa sí que es buena! Porque coso. ¿Quién, sino yo, cose los vestidos y adornos de nuestra ama?

—¿Usted? ¡Qué increíble! ¿Así que es usted quien los cose? ¿Acaso usted no sabe que quien los cose soy yo, justamente yo?

—Usted perfora la tela, nada más; quien cose soy yo, hilvano una parte con otra, doy realce a los volados. . .

—Sí, ¿pero de qué vale eso? Soy yo quien perfora la tela, avanzo, llevándolo a usted de aquí para allá, obligándolo siempre a seguirme, a subordinarse a lo que yo hago y mando. . .

—También los batidores van delante del emperador.

—¿Usted emperador?

—No digo eso. Pero lo cierto es que usted tiene un papel subalterno, yendo al frente; sólo le corresponde mostrar el camino, tiene que hacer el trabajo oscuro e ínfimo. Soy yo quien uno, prendo, junto. . .

En eso estaban, cuando la costurera llegó a la casa de la baronesa. No sé si dije que esto ocurría en casa de una baronesa, que tenía a la

modista siempre a su lado, para no verse obligada a buscarla cuando la necesitaba. Llegó la costurera, tomó la tela, tomó la aguja, tomó el hilo, introdujo el hilo en la aguja, y empezó a coser. Uno y otro iban yendo orondos, tela adentro, que era la mejor de las sedas, entre los dedos de la costurera, ágiles como los galgos de Diana —para darle a esto un color poético. Y decía la aguja:

—¿Y bien, señor hilo, todavía se empeña en sostener lo que decía hace un rato? ¿No se da cuenta que esta distinguida costurera sólo se interesa por mí? Soy yo la que va de aquí para allá en sus dedos, pegadita a ellos, perforando hacia abajo y hacia arriba. . .

El hilo no respondía nada; iba andando. Cada orificio que era abierto por la aguja era llenado en seguida por él, silencioso y activo, como quien sabe lo que hace, y no está dispuesto a oír palabras insensatas. La aguja, viendo que él no le respondía, también se calló y prosiguió su camino. Y era todo silencio en la salita de costura; no se oía más que el plicplic-plicplic de la aguja en la tela. Cuando ya caía el sol, la costurera dobló la prenda hasta el otro día; prosiguió en ése su tarea y aún en el siguiente, hasta que el cuarto día terminó su obra, y aguardó la velada del baile.

Llegó esa noche, y la baronesa se preparó. La costurera, que le ayudó a vestirse, llevaba la aguja prendida a su pechera, por si hacía falta dar algún punto. Y mientras terminaba el vestido de la bella dama, tirando de un lado y de otro, recogiendo de aquí o de allá, alisando, abotonando, abrochando, el hilo, para mofarse de la aguja, le preguntó:

—Y bien, dígame ahora quién irá al baile, en el cuerpo de la baronesa, haciendo parte del vestido y de la elegancia. ¿Quién va a bailar con ministros y diplomáticos, mientras usted vuelve al costurero, antes de terminar en la cesta de mimbre de las mucamas? ¿Eh? ¿Por qué no me lo dice?

Parece que la aguja no dijo nada; pero un alfiler, de cabeza grande y no menor experiencia, susurró a la pobre aguja:

—Espero que hayas aprendido, tonta. Te cansas abriéndole camino a él y es él quien se va a gozar la vida, mientras tú terminas ahí, en el costurero. Haz como yo, que no le abro camino a nadie. Donde me clavan, ahí me quedo.

Le conté esta historia a un profesor de melancolía, que me dijo, sacudiendo la cabeza: —¡Yo también he servido de aguja a mucho hilo ordinario!

EL CANONIGO O METAFISICA DEL ESTILO

“VEN DEL LÍBANO, esposa mía, ven del Líbano, ven. . . Las mandrágoras dieron su aroma. Tenemos ante nuestras puertas toda la casta de palomas. . .”.

—“Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, encontrad a mi amado y decidle que me consumo de amor. . .”.

Era así, con esa melodía del viejo drama de Judea, que un sustantivo y un adjetivo se buscaban uno al otro en la cabeza del Canónigo Matías. . . No me interrumpas, lector precipitado; sé que no crees en nada de lo que voy a decirte. Lo diré, sin embargo, a despecho de tu poca fe, porque el día de la conversión pública ha de llegar.

Ese día —presumo que por vuelta del 2.222—, la paradoja se quitará sus alas para vestir el chaquetón de una verdad común. Entonces esta página merecerá, más que favores, la apoteosis. Habrán de traducirla a todas las lenguas. Las academias e institutos harán con ella un pequeño libro, para uso de los siglos, en papel de bronce, corte dorado, letras de ópalo embutidas, y tapa ornada en plata imitación. Los gobiernos decretarán que se la enseñe en escuelas y colegios. Las filosofías quemarán todas las doctrinas anteriores, aun las más definitivas, y abrazarán esta psicología nueva, única verdadera, y todo habrá terminado. Hasta allí pasará por tonto, como bien se verá.

Matías, canónigo honorario y predicador efectivo, estaba componiendo un sermón cuando empezó el idilio psíquico. Tiene cuarenta años de edad y vive entre libros y libros hacia el lado de Gamboa. Vinieron a solicitarle el sermón para cierta fiesta próxima; él, que entonces se regodeaba con una gran obra espiritual, incluida en el último envío recibido, rechazó el encargo; pero insistieron tanto, que terminó aceptando.

—Usted, Reverendo, puede hacer eso jugando, —dijo el principal responsable del festejo.

Matías sonrió plácido y discreto, como deben sonreír los eclesiásticos y los diplomáticos. Los organizadores de la fiesta se despidieron con grandes gestos de veneración y fueron a anunciar la celebración en los diarios, incluyendo una declaración que decía que predicaría el Evangelio el Canónigo Matías, "uno de los oropel del clero brasileño". Este "oropel del clero" le quitó al canónigo las ganas de almorzar, cuando él lo leyó a la mañana siguiente; y fue sólo por haberse comprometido que se metió a escribir el sermón.

Comenzó sin ganas, pero al cabo de algunos minutos ya trabajaba con amor. La inspiración, con los ojos puestos en el cielo, y la meditación, con los ojos en el suelo, se ubican a uno y otro lado del respaldo de la silla, susurrando a los oídos del canónigo mil cosas místicas y graves. Matías va escribiendo, ya lentamente, ya de prisa. Las frases brotan de sus manos, animadas y pulidas. Algunas traen pocas emiendas o ninguna. De pronto, cuando estaba por escribir un adjetivo, se interrumpe; escribe otro y lo tacha; otro más, que no tiene mejor suerte. Aquí es el centro del idilio. Subamos a la cabeza del canónigo.

¡Upa! Acá estamos. Costó ¿verdad, lector amigo? Esto te enseñará a no creer en las personas que suben al Corcovado, y dicen que allí la impresión de la altura es tal, que un hombre termina siendo insignificante. Opinión asustadora y falsa, falsa como Judas y otros diamantes. No creas tú en eso, lector amado. Ni Corcovados ni Himalayas valen mucho comparados con tu cabeza, que los mide. Acá estamos. Fíjate bien en la cabeza del canónigo. Podemos elegir uno u otro de los hemisferios cerebrales; pero ven, vayamos por éste, que es donde nacen los sustantivos. Los adjetivos nacen en el de la izquierda. Es un descubrimiento mío que, aun así no es el principal, pero sí su base, como pronto se verá. Así es, señor mío, los adjetivos nacen de un lado y los sustantivos de otro, y todos los vocablos están así divididos a raíz de la diferencia sexual. . .

—¿Sexual?

Sí, señora, sexual. Las palabras tienen sexo. Estoy terminando mi gran monografía psicolexicológica en la que expongo y demuestro este descubrimiento. Las palabras tienen sexo.

—¿Pero cómo? ¿Se aman unas a otras?

Se aman unas a otras. Y se casan. El casamiento de las palabras es lo que llamamos estilo. Confíese, señora mía, que no ha entendido nada.

—Confieso que no.

Pues entre usted también a la cabeza del canónigo. Están justamente suspirando de este lado. ¿Sabe quién es el que sobre todo suspira? es el sustantivo de hace poco, ese que el canónigo escribió en el papel, cuando detuvo su pluma. Clama por cierto adjetivo, que no aparece: "Ven del Líbano, ven. . .". Y se expresa así porque está en la cabeza de un

cura; si fuese la de cualquier mortal del siglo, el lenguaje sería el de Romeo: "Julietta es el sol... asciende, hermosísimo sol". Pero en cerebro eclesiástico, el lenguaje es el de las Escrituras. Al fin y al cabo ¿qué importan las fórmulas? Enamorados de Verona o de Judea, todos hablan el mismo idioma, como ocurre con el thaler o el dólar, el florín o la libra, que todo es el mismo dinero.

Por lo tanto, internémonos en esas circunvoluciones del cerebro eclesiástico, atrás del sustantivo que busca al adjetivo. Silvio llama a Silvia. Escuchad; parece que a lo lejos también hay alguien que suspira; es Silvia que clama por Silvio.

Se oyen ahora y se buscan. ¡Difícil e intrincado, camino es el de un cerebro como éste tan lleno de cosas viejas y nuevas! Hay aquí un tumulto de ideas, que apenas deja oír el llamado de ambos; no perdamos de vista al ardiente Silvio, que allá va, que sube y baja, se desliza y salta; aquí, para no caer, se aferra a unas raíces latinas, allí orillea un salmo, más allá trepa a un pentámetro, siempre avanzando, llevado por una fuerza íntima, a la que no puede resistir.

De cuando en cuando, se le aparece alguna dama —también adjetivo— que le ofrece sus encantos añejos o nuevos; pero, por Dios, no es ella, no es la única, la destinada *ab eterno* a este consorcio. Y Silvio va marchando en busca de la única. Pasad, ojos de todo color, formas de todo tipo, cabellos cortados de la cabeza del Sol o de la Noche; morrid sin eco, tiernas cantilenas suspiradas en el eterno violín; Silvio no reclama un amor cualquiera, adventicio o anónimo; pide un cierto amor nombrado y predestinado.

No te asustes ahora, lector, no pasa nada; es el canónigo que se levanta, va hasta la ventana, y allí se deja estar, buscando distraerse de su esfuerzo. Mira y olvida el sermón y el resto. El loro, parado en el travesaño del gallinero, junto a la ventana, le repite las palabras de costumbre y, en el patio de tierra, el pavo se ensoberbece bajo el sol de la mañana; el sol, a su vez, reconociendo al canónigo, le envía uno de sus fieles rayos a modo de saludo. Y el rayo descende, y se detiene frente a la ventana: "Canónigo ilustre, aquí vengo a traerle los mensajes del sol, mi señor y padre". Toda la naturaleza parece así aplaudir el regreso de aquella galera del espíritu. El mismo se alegra, entorna los ojos bajo aquel aire puro, los deja vagar, colmarse de verdor y de frescura; oye el trino de un pájaro y el frasco de un piano; después le habla al loro, llama al jardinero, se suena la nariz, frota las manos, vuelve a acomodarse en el marco de la ventana. Ya no se acuerda de Silvio ni de Silvia.

Pero Silvio y Silvia sí se acuerdan uno del otro. Mientras el canónigo se ocupa de cosas extrañas, ellos siguen buscándose, sin que él sepa ni sospeche nada. Ahora, empero, el camino es oscuro. Pasamos de la conciencia a la inconciencia, donde tiene lugar la elaboración

confusa de las ideas, donde las reminiscencias duermen o dormitan. Aquí bulle la vida sin formas, los gérmenes y los detritos, los rudimentos y los sedimentos; es el desván inmenso del espíritu. Aquí cayeron ellos, en busca uno del otro, llamando y suspirando. Déme la lectora su mano, tómese de mí el lector, y deslicémonos también.

Vasto mundo incógnito. Silvio y Silvia irrumpen entre embriones y ruinas. Grupos de ideas, deduciéndose a la manera de silogismos, se pierden en el tumulto de reminiscencias de la infancia y del seminario. Más ideas, éstas grávidas de ideas, se arrastran pesadamente, amparadas por otras ideas vírgenes. Cosas y hombres se amalgaman; Platón luce los anteojos de un escribano de la cámara eclesiástica; mandarines de todas las clases distribuyen monedas etruscas y chilenas, libros ingleses y rosas pálidas; tan pálidas que no parecen las mismas que la madre del canónigo plantó cuando él era un niño. Memorias pías y familiares se entrecruzan y confunden. Acá están las voces remotas de la primera misa; acá están las coplas de la tierra que él oyó cantar a las negras, en su primera casa; retazos de sensaciones desvaídas, aquí un miedo, allí un gusto, más allá un haz de cosas que vinieron cada una por su lado, y que ahora yacen en la gran unidad impalpable y oscura.

—Ven del Líbano, esposa mía. . .

—Yo os conjuro, hijas de Jerusalén. . .

Se oyen cada vez más cerca. Ahí llegan ellos a las profundas napas de teología y filosofía, de liturgia, de geografía y de historia, lecciones antiguas, nociones modernas, todo mezclado, dogma y sintaxis. Aquí pasó, solapada, la mano panteísta de Spinoza: allí quedó estampada la uñada del Doctor Angélico; pero nada de eso es Silvio ni Silvia. Y ellos se abren camino, elevados por una fuerza íntima, afinidad secreta, a través de todos los obstáculos y por sobre todos los abismos. También los disgustos han de venir. Pesares sombríos, que no quedaron en el corazón del canónigo, acá están, a la manera de manchas morales, y a sus pies el reflejo amarillo o escarlata, o sea lo que fuere del dolor ajeno y universal. Todo eso van atravesando Silvio y Silvia, con la rapidez del amor y del deseo.

¿Tambaleas, lector? No es el mundo lo que se desmorona; es el canónigo que en este mismo instante acaba de sentarse. Tuvo el esparcimiento deseado, volvió a su mesa de trabajo, y releo lo que escribió para luego proseguir; toma la pluma, la moja, la baja hasta el papel, a ver qué adjetivo habrá de anexar al sustantivo.

Justamente ahora es que los dos anhelantes están más cerca uno del otro. Las voces crecen, el entusiasmo crece, todo el *Cántico* pasa por sus labios, arrebatados por la fiebre. Frases alegres, anécdotas de sacristía, caricaturas, bromas, disparates, imágenes extravagantes, nada los detiene, menos aún los hace sonreír. Van, van, el espacio se estrecha. Quedaos ahí, perfiles semiborrados de necios que hicieron reír al canó-

nigo, y que él enteramente olvidó; no os mováis riñas extintas, viejos acertijos, reglas de tresillo, y vosotras también, células de ideas nuevas, bosquejos de concepciones, polvo que tenéis que llegar a ser pirámide, aguardad, sofrenaos, esperad, desesperad, que ellos nada tienen con vosotros. Se aman y se buscan.

Se buscan y se encuentran. Por fin, Silvio encontró a Silvia. Se vieron, cayeron uno en los brazos del otro, jadeando de cansancio, pero compensados por la paga. Se unen, entrelazan sus brazos, y regresan palpitando de la inconsciencia a la conciencia. "¿Quién es ésta que sube desde el desierto, apoyada en su amado?" pregunta Silvio, como en el *Cántico*; y ella, con la misma locuacidad erudita, le responde que "es el sello de su corazón", y que "el amor es tan valiente como la propia muerte".

En ese momento, el canónigo se estremece. El rostro se le ilumina. La pluma, llena de devoción y respeto, completa el sustantivo con el adjetivo. Silvia caminará ahora junto a Silvio, en el sermón que el canónigo va a pronunciar uno de estos días, y ellos irán juntitos a la imprenta, si él decide reunir sus escritos, lo que en verdad no se sabe si ocurrirá.

PAGINAS RECOGIDAS

MISA DE GALLO

NUNCA PUDE entender la charla que mantuve con una señora, hace muchos años. Yo tenía diecisiete, ella treinta. Fue en la noche de Navidad. Como habíamos decidido, con un amigo, ir a la misa de gallo, yo resolví no dormir; acordamos que yo lo despertaría a medianoche.

La casa en la que yo me hospedaba era la del escribano Meneses, que había estado casado, en primeras nupcias, con una de mis primas. Su segunda mujer, Concepción, y la madre de ésta, me recibieron muy bien, cuando vine de Mangaratiba a Río de Janeiro, meses antes, para hacer el curso de ingreso a la facultad. Vivía tranquilo, en aquella casa penumbrosa de la *Rua do Senado*, con mis libros, pocas relaciones, algunas salidas. La familia era pequeña, el escribano, su mujer, la suegra y dos esclavas. Sus hábitos eran tradicionales. A las diez de la noche todos ya estaban acostados; a las diez y media la casa dormía. Nunca había ido al teatro, y más de una vez, oyéndole decir a Meneses que allí iba, le pedí que me permitiera acompañarlo. Cuando eso ocurría, la suegra torcía la boca, y las esclavas reían a las escondidas; él no me respondía, se vestía, salía y sólo regresaba a la mañana siguiente. Más tarde me enteré que lo del teatro era un eufemismo en acción. Meneses mantenía relaciones con una señora, separada del marido, y dormía una vez por semana fuera de su casa. Concepción había sufrido, al principio, por la existencia de la amante; pero, finalmente, se había resignado y acostumbrado, y terminó pensando que después de todo no era para tanto.

¡La buena de Concepción! Le decían "la santa", y se hacía acreedora al título, tan fácilmente soportaba los desplantes del marido. En verdad, era un temperamento moderado, sin extremos y reticente a las grandes lágrimas y las muchas risas. En el momento al que me refiero, bien podría habérsela confundido con una mahometana; aceptaría un harem, mientras se guardaran las apariencias. Dios me perdone, si la

juzgo injustamente. Todo en ella era atenuado y pasivo. Hasta el rostro era algo intermedio, ni lindo ni feo. Era lo que llamamos una persona simpática. No hablaba mal de nadie, perdonaba todo. No sabía odiar; puede ser, incluso, que no supiese amar.

En aquella noche de Navidad el escribano fue al teatro. Era allá por el año 1861 o 62. Yo ya debía estar en Mangaritaba, de vacaciones; pero me quedé hasta la Navidad para asistir a "la misa de gallo en la ciudad". La familia se recogió a la hora de siempre; yo entré en la habitación de enfrente, vestido y listo para salir. De allí pasaría al pasillo de entrada y saldría sin despertar a nadie. Había tres llaves de la puerta de calle; una la tenía el escribano, yo me llevaría otra y la tercera quedaba en la casa.

—¿Pero, señor Nogueira, qué hará usted durante tantas horas? —me preguntó la madre de Concepción.

—Leeré, doña Ignacia.

Yo tenía una novela, *Los Tres Mosqueteros*, en una vieja traducción, creo, del *Jornal do Comércio*. Me senté ante la mesa que había en el centro de la habitación, y a luz de un candelero de querosén y mientras la casa dormía, monté una vez más el caballo negro de D'Artagnan y partí en busca de aventuras. Al rato nomás ya estaba completamente ebrio de Dumas. Los minutos volaban, al contrario de lo que suele ocurrir cuando se trata de esperar; casi sin advertirlo, escuché el reloj cuando dieron las once. Sin embargo, un suave rumor que llegó hasta mí desde el interior de la casa vino a substraerme de la lectura. Eran unos pasos que iban del salón de visitas al comedor; alcé la cabeza; vi perfilarse en el marco de la puerta el cuerpo de Concepción.

—¿Todavía no te has ido?

—No. Aún no son las doce.

—¡Qué paciencia!

Concepción entró a la habitación, arrastrando sus chinelas. Vestía una bata blanca, mal anudada en la cintura. Delgada como era, semejava una aparición romántica, en nada disonante con mi libro de aventuras. Cerré el libro; ella fue a sentarse en la silla que estaba frente a mí, cerca del canapé. Como yo le pregunté si no la había despertado, sin querer, haciendo barullo, respondió de inmediato:

—¡De ninguna manera! Me desperté porque sí—. La miré fijamente y dudé de lo que me decía. Aquellos ojos no parecían los de una persona que se acababa de despertar; sino más bien los de alguien que aún no logró dormirse. Esta observación, empero, que con relación a otra persona bien podría haber sido cierta, en esta ocasión no ofrecía ninguna seguridad y la deseché, sin siquiera sospechar que tal vez no durmiese por mi causa, y que quizá había mentido para no afligirme o disgustarme. Ya dije yo que ella era buena, muy buena.

—Pero ya no debe faltar mucho, —afirmé.

—¡Qué paciencia la tuya de esperar despierto, mientras tu vecino duerme! ¡Y, además, esperar solo! ¿No le temes a las almas del otro mundo? Yo traté de asustarte cuando entré.

—Me extrañó oír los pasos; pero usted apareció en seguida.

—¿Qué estabas leyendo? No lo digas; ya lo sé: es la novela de los *Mosqueteros*.

—Exactamente. Es muy linda.

—¿Te gustan las novelas?

—Mucho.

—¿Ya leíste *A Moreninha*?¹

—¿El libro del Dr. Macedo? Lo tengo allá en Mangaritaba.

—A mí me gustan mucho las novelas, pero leo poco, por falta de tiempo. ¿Qué novelas has leído tú?

Empecé a nombrarle algunas. Concepción me oía con la cabeza reclinada en el respaldo, con los ojos entrecerrados y fijos en mí. De vez en cuando se pasaba la lengua por los labios para humedecérselos. Cuando terminé de hablar no me dijo nada; nos quedamos así unos segundos. Luego la vi enderezar la cabeza, cruzar los dedos y sobre ellos posar el mentón, manteniendo los codos en los brazos de la silla, todo ello sin desviar de mí sus grandes ojos vivaces.

“Tal vez esté enojada”, pensé yo.

Y luego, en voz alta, agregué:

—Bueno, doña Concepción, ya va siendo hora de que yo . . .

—No, no, todavía es temprano. Recién vi el reloj, son las once y media. Hay tiempo. ¿Tú puedes pasarte el día despierto si no has dormido de noche?

—Ya me ha ocurrido muchas veces.

—Yo no puedo; si pierdo una noche, al día siguiente estoy que me caigo, y aunque sea media hora necesito dormir. Claro que, además, ya me estoy poniendo vieja.

—¿Vieja? ¡Pero, por favor, doña Concepción!

Fue tal el calor de mis palabras que la hice sonreír. Era, habitualmente, una mujer de gestos lentos y actitudes tranquilas; ahora, sin embargo, se había incorporado rápidamente, e ido hasta el lado opuesto de la habitación; allí dio algunos pasos, entre la ventana que daba a la calle y la puerta del escritorio del marido. Así, con la pudorosa informalidad de sus ropas, me impresionaba de una manera singular. Si bien delgada, al moverse lo hacía con no sé qué cadencia, como alguien a quien le cuesta llevar su cuerpo; ese aspecto nunca me pareció tan notorio como aquella noche. Se detenía a ratos para examinar algún trozo de cortina o para reacomodar algún objeto sobre el aparador; finalmente, con la mesa de por medio, se detuvo ante mí. Era estrecho el

¹ *La Morenita*, de Joaquim Manuel de Macedo; texto clásico del romanticismo brasileño. (N. del T.).

círculo de sus ideas; volvió sobre el asombro de verme esperar despierto; yo le repetí lo que ya sabía, o sea, que nunca había oído misa de gallo en la ciudad, y que no quería perdérmela.

—Es igual que en el campo; todas las misas se parecen.

—Puede ser pero aquí habrá más lujo y también más gente. Mire lo que ocurre con la Semana Santa. En la ciudad es mucho más linda que en el campo. Ya no digo San Juan o San Antonio. . .

Poco a poco había vuelto a reclinarse, había afirmado los codos en el mármol de la mesa y había colocado la cara entre las palmas de sus manos unidas en ángulo. Al no estar abotonadas, las mangas cayeron naturalmente, y yo le vi la mitad de los brazos, muy claros, y menos delgados de lo que se podía suponer.

Verlos no era algo nuevo para mí, pero tampoco algo común; en aquel momento, sin embargo, me produjeron una honda impresión. Las venas eran tan azules que, pese a la poca claridad, podía contarlas desde mi lugar. La presencia de Concepción me había subyugado aún más que el libro. Proseguí diciendo lo que pensaba de las fiestas en el campo, y de otras cosas que se me iban ocurriendo. Hablaba enlazando unos asuntos con otros, sin saber por qué, saltando de unos a otros, volviendo a los primeros, y riendo para hacerla sonreír y verle los dientes que resplandecían de tan blancos y que eran muy parejos. Sus ojos no eran exactamente negros, sino más bien oscuros; la nariz, seca y larga, un poquito curva, le daba al rostro un aire interrogativo. Cuando yo alzaba un poco la voz, ella me reprendía:

—¡Más bajo! Mamá puede despertarse.

Y no abandonaba aquella posición, que me producía un enorme placer, tan cerca estaban nuestras caras. Realmente, no era necesario hablar en voz alta para ser escuchado: susurrábamos los dos, yo más que ella, porque hablaba más; ella, a veces, se ponía seria, muy seria, con el ceño un poco fruncido. Finalmente, se cansó; cambió de postura y de lugar. Contornó la mesa y vino a sentarse a mi lado, en el canapé. Me volví y pude ver, de reojo, la punta de las chinelas; pero fue sólo el segundo que ella tardó en sentarse, la bata era larga y las cubrió en seguida. Recuerdo que eran negras. Concepción dijo bajito:

—Mamá está lejos, pero tiene un sueño muy liviano; si llega a despertar ahora, a la pobre le costará volver a dormirse.

—Yo soy igual.

—¿Qué dices? —preguntó ella inclinando el cuerpo para oír mejor. Fui a sentarme en la silla que estaba al lado del canapé y le repetí lo que había dicho. Se rió de la coincidencia; también ella tenía sueño liviano; éramos tres sueños livianos.

—Hay ocasiones en las que soy como mamá; cuando me despierto me cuesta volverme a dormir, doy vueltas en la cama, de aquí para allá me levanto, enciendo una vela, camino, vuelvo a acostarme y nada.

—Fue lo que ocurrió hoy.

—No, no, —replicó ella.

No entendí la negativa; yo creo que tampoco ella lo entendió. Tomó la punta del cinto de su bata y se golpeó las rodillas, es decir, la rodilla derecha, porque acababa de cruzar las piernas. Después relató una historia de sueños, y me confesó que sólo una vez, siendo niña, había tenido una pesadilla. Quiso saber si yo las tenía. La charla se reanudó así lentamente, largamente, sin que yo me acordara de la hora ni de la misa. Cuando yo terminaba de relatarle o de explicarle algo, ella inventaba otra pregunta u otro asunto, y yo volvía a tomar la palabra. De vez en cuando me reprendía:

—Más bajo, más bajo. . .

Hubo también algunas pausas. Dos o tres veces, me pareció verla dormir; pero los ojos, cerrados por un instante, se abrían en seguida, sin sueño ni fatiga, como si ella los hubiese cerrado para ver mejor. En una de esas veces creo que me sorprendió embebido en su persona, y me acuerdo que los volvió a cerrar, no sé si apresurada o lentamente. Hay impresiones de aquella noche, que me parecen truncadas o confusas. Me contradigo, me enredo. Una de las que todavía tengo frescas es que ella, en un momento, ella que era apenas simpática, me pareció hermosa, hermosísima. Estaba de pie, con los brazos cruzados; yo, por respeto a ella, quise levantarme, no lo permitió, puso una de sus manos en mi hombro, y me obligó a permanecer sentado. Tuve la impresión de que iba a decirme algo; pero se estremeció como si la recorriese un escalofrío, se volvió de espaldas y fue a sentarse en la silla, donde me había encontrado leyendo. Desde allí dejó vagar los ojos sobre el espejo, que estaba colocado sobre el canapé, y habló de dos telas que colgaban de la pared.

—Estos cuadros se están poniendo viejos. Ya le pedí a Paquito que compre otros.

Paquito era el marido. Los cuadros aludían al principal interés de este hombre. Uno representaba a "Cleopatra"; no recuerdo el tema del otro, pero eran mujeres. Vulgares ambos; sin embargo, en aquel tiempo, no me parecían feos.

—Son lindos, —dije yo.

—Lindos son, pero están manchados. La verdad es que yo preferiría que allí hubiese dos imágenes, dos santas. Estas son más apropiadas para el cuarto de un muchacho o el salón de un peluquero.

—¿De un peluquero? Usted no estuvo nunca en el salón de un peluquero.

—Pero me imagino que los clientes, mientras esperan, hablan de muchachas y de noviazgos, y que el dueño de casa, naturalmente, debe alegrar la vista de todos ellos con imágenes atractivas. En cambio en una casa de familia no me parece que sean atractivas. Es lo que me

parece; pero yo pienso muchas cosas raras como ésta. Sea como fuere, los cuadros no me gustan. Yo tengo una Nuestra Señora de la Concepción, que es de mi madrina, muy linda; pero es una escultura, no se la puede colgar de la pared, ni me interesaría hacerlo. Está en mi oratorio.

La mención del oratorio me recordó la misa, pensé que era tarde y quise decírselo. Creo que llegué a abrir la boca, pero en seguida la cerré para oír lo que ella contaba, con dulzura, con gracia, con tal languidez que llenaba mi alma de pereza y me hacía olvidar la misa y la iglesia. Hablaba de sus devociones de niña y de muchacha. Luego refirió algunas anécdotas de baile, sucesos ocurridos durante paseos, recuerdos de Paquetá, todo mezclado, casi sin interrupción. Cuando se cansó del pasado, habló del presente, de los asuntos de la casa, de las fatigas del trabajo hogareño, que le habían dicho que eran muchas, antes de casarse, pero que no eran nada. No me lo contó, pero yo sabía que se había casado a los veintisiete años.

Ahora ya no cambiaba de lugar, como al principio, y casi no había modificado su postura. No tenía ya los grandes ojos entrecerrados, y se puso a mirar distraída las paredes.

—Tenemos que cambiar el empapelado del comedor, —dijo al cabo de un rato, como si hablase consigo misma.

Asentí, como para decir algo, para intentar salir de esa especie de sueño magnético, o sea lo que fuere, que me paralizaba la lengua y los sentidos. Quería y no quería terminar la charla; me empeñaba en apartar los ojos de ella, y los apartaba, de hecho, por un sentimiento de respeto; pero la posibilidad de que pudiera creer que yo estaba disgustado, cuando no era así, me hacía volver a fijar los ojos nuevamente en Concepción. La charla iba muriendo. En la calle, el silencio era total.

Llegamos a permanecer durante algún tiempo, —no puedo decir cuánto—, enteramente callados. El rumor único y escaso, no iba más allá del roer de un ratón en el escritorio, que me despertó de aquella especie de letargo; quise hablar de él, pero no supe cómo. Concepción parecía sumida en un devaneo. Súbitamente, oí un golpe de nudillos en la ventana, del lado de afuera, y una voz que gritaba: "¡Misa de gallo! ¡Misa de gallo!"

—Ahí está su compañero, —dijo ella incorporándose—. Qué gracioso: tú quedaste en ir a despertarlo, y es él quien viene a despertarte a ti. Ve, que ya debe ser la hora; adiós.

—¿Ya es hora? —pregunté.

—Así es.

—¡Misa de gallo! —repetieron afuera, golpeando.

—Ve, ve, no te hagas esperar. La culpa fue mía. Adiós, hasta mañana.

Y con el mismo vaivén de su cuerpo, Concepción avanzó por el pasillo, pisando suavemente. Salí a la calle, y me encontré con el vecino que me esperaba. Nos encaminamos hacia la iglesia. Durante la misa,

la figura de Concepción se interpuso más de una vez entre el cura y yo; quede esto a cuenta de mis diecisiete años. Al mediodía siguiente, durante el almuerzo, hablé de la misa de gallo y de la gente que había ido a la iglesia, sin despertar la curiosidad de Concepción. Durante el día, la encontré como siempre, natural, benigna, sin nada que hiciese recordar la conversación de la víspera. Hacia Año Nuevo viajé a Mangaritaba. Cuando volví a Rio de Janeiro en marzo, el escribano había muerto de apoplejía. Concepción vivía en *Engenho Novo*, nunca más la visité ni la encontré. Oí decir, tiempo después, que se había casado con el escribiente principal de su marido.

IDEAS DE CANARIO

UN HOMBRE dedicado a los estudios de ornitología, llamado Macedo, contó a un grupo de amigos un suceso tan extraordinario que nadie le creyó. Algunos llegan a suponer que Macedo perdió el juicio. He aquí el resumen del relato.

A principio del mes pasado —dijo él—, yendo por una calle, pasó un tífuri a toda carrera que casi me arrojó al suelo. Pude eludir la embestida saltando al interior de una tienda de baratillos. Ni el estrépito del caballo y del vehículo, ni mi entrada intempestiva hicieron que el dueño del local se incorporará: siguió durmiendo, allá en el fondo, cabeceando en una silla plegable. Era un guiñapo de hombre, barba de color paja sucia, la cabeza encasquetada en un gorro deshilachado, que probablemente no había encontrado comprador. No se adivinaba en él ninguna historia; sí se podía, en cambio, presumir la de algunos de los objetos que vendía; tampoco se sentía en él la tristeza austera y desengañada de las vidas que fueron vidas.

El local era oscuro, abarrotado de cosas viejas, retorcidas, rotas, ajadas, oxidadas como las que suelen encontrarse en tiendas de ese tipo, todo en ese semidesorden propio de un negocio de compraventa. Semcjante hibridez era, en su innegable banalidad, interesante. Ollas sin tapa, tapas sin olla, botones, zapatos, cerraduras, una pollera negra, sombreros de paja y de felpa, marcos, largavistas, sacones, un florete, un perro embalsamado, un par de chinelas, guantes, macetas, charreteras, una bolsa de terciopelo, dos perchas, una ballesta de bodoque, un termómetro, sillas, una litografía del finado Sisson, un juego de chaquete, dos máscaras de alambre para el próximo carnaval, todo eso y el resto que no vi o no recuerdo, colgado o expuesto en cajas de cristal, igualmente viejas. Allí dentro había más cosas y en cantidad, y con el mismo aspecto, predominando los objetos grandes, cómodas, sillas, camas, unos sobre otros, perdidos en la oscuridad.

Estaba por salir, cuando vi una jaula colgada de la puerta. Aunque era tan vieja como el resto, faltaba, para que tuviese el mismo aspecto desolador de todo lo demás, que estuviese vacía. No estaba vacía. Dentro de ella saltaba un canario. El color, la vivacidad y la gracia del pajarito infundían a aquel montón de destrozos una nota de vida y de juventud. Era el último pasajero de algún naufragio, que allí había ido a parar íntegro y alegre como antes de la catástrofe. Apenas lo miré, empezó a saltar hacia abajo y hacia arriba, de varilla en varilla, como si quisiera decir que en medio de aquel cementerio resplandecía un rayo de sol. No atribuyo esta imagen al canario, sino porque me dirijo a gente proclive a la retórica; a decir verdad, él no pensó ni en el cementerio ni en el sol, según me confesó después. Yo, subyugado por el placer que me produjo aquel paisaje, me sentí indignado con el destino del pájaro, y murmuré por lo bajo palabras de amargura.

—¿Quién sería el dueño execrable de este animalito, que tuvo el coraje de deshacerse de él por algunas monedas? ¿O qué mano indiferente, no queriendo retener a ese compañero del dueño difunto, lo dio de regalo a algún pequeño, que lo vendió para poder comprar golosinas?

Y el canario, deteniéndose en la varilla, trino lo siguiente:

—Seas tú quien fueres, ciertamente no estás en tu sano juicio. No tuve un dueño execrable, ni fui entregado a ningún niño que me vendiese. Sólo una imaginación enferma puede ser capaz de tales conjeturas; ve a tratarte, amigo. . .

—¿Cómo? —lo interrumpí yo, sin tiempo para asombrarme—. ¿Pretendes hacerme creer que tu dueño no te vendió a esta casa? ¿No fue la miseria o la indolencia quien te trajo a este cementerio, como un rayo de sol?

—No sé qué quiere decir sol o cementerio. Si los canarios que has visto suelen usar el primero de esos nombres, tanto mejor, porque es lindo, pero presumo que te confundes.

—Perdón, pero tú no estás aquí por propia iniciativa; alguien debió traerte, salvo que tu dueño haya sido desde siempre el hombre que está allí sentado.

—¿Dueño? El hombre que está allí sentado es mi criado, me da agua y comida todos los días, con tal regularidad que yo, si tuviese que pagarle sus servicios, debería contar con mucho; pero los canarios no pagan a sus criados. En verdad, si el mundo es propiedad de los canarios, sería extravagante que ellos pagasen por lo que hay en él.

Pasmado por las respuestas, no sabía qué admirar más, si el lenguaje o las ideas. El lenguaje, aunque me parecía humano, salía del ave en trinos graciosos. Miré a mi alrededor, para cerciorarme de que estaba despierto; la calle era la misma, el local era el mismo sitio oscuro, triste y húmedo. El canario, moviéndose de un lado a otro, esperaba que yo

le hablase. Le pregunté entonces si tenía nostalgia del espacio azul e infinito. . .

—Pero, mi querido amigo, —trino el canario—, ¿qué quiere decir espacio azul e infinito?

—Perdóname, pero. . . ¿qué piensas de este mundo? ¿Qué es el mundo?

—El mundo, —retrucó el canario con cierto aire profesoral—, el mundo es una tienda de baratillos, con una pequeña jaula de tacuara cuadrada que cuelga de un clavo; el canario es el señor de la jaula que habita y del negocio que la rodea. Todo lo demás, es ilusión y mentira.

En eso estábamos cuando el viejo se despertó y se acercó a mí arrastrando los pies. Me preguntó si quería comprar el canario. Indagué si lo había adquirido como el resto de los objetos que vendía, y supe que sí, que lo comprara a un peluquero, junto con una colección de navajas.

—Las navajas están en muy buen estado, —concluyó él.

—Lo que quiero es el canario.

Le pagué lo que me pedía, mandé a comprar una jaula más amplia, circular, de madera y alambre, pintada de blanco, y ordené que la ubicasen en el balcón de mi casa, de donde el pajarito podía ver el jardín, la fuente y un poco de cielo azul.

Yo tenía la intención de realizar un largo estudio del fenómeno, sin decir nada a nadie, hasta poder asombrar al siglo con mi extraordinario descubrimiento. Empecé por alfabetizar la lengua del canario, por estudiar su estructura, las relaciones con la música, los sentimientos estéticos del ave, sus ideas y reminiscencias. Tras este análisis filológico y psicológico, me introduje decididamente en la historia de los canarios, su origen, los primeros siglos, geología y flora de las islas Canarias; traté de saber si se trataba de un pájaro con sentido de la orientación marítima, etcétera. Conversábamos largas horas; mientras yo tomaba mis apuntes, él esperaba, saltando de aquí para allá, trinando.

No teniendo más familia que dos criados, les ordenaba que no me interrumpiesen, ni siquiera cuando el motivo fuese una carta o un telegrama urgente, o alguna visita de importancia. Dado que ambos estaban al par de mis ocupaciones científicas, la orden les pareció natural, y no sospecharon que el canario y yo nos entendíamos.

Demás está decir que dormía poco, me despertaba dos o tres veces en la noche, deambulaba, me sentía afiebrado. Finalmente, retornaba al trabajo, para releer, agregar, corregir. Rectifiqué más de una observación, —ya sea porque la entendí mal, o porque él no me la había expresado con claridad. La definición del mundo fue una de ellas. Tres semanas después de la entrada del canario a mi casa, le pedí que me repitiese esa definición.

—El mundo, —respondió él—, es un jardín muy vasto con una fuente en el medio, flores y arbustos, algo de césped, aire claro y un

poco de azul en lo alto; el canario, dueño del mundo, habita en una jaula amplia, blanca y circular, de donde contempla cuanto lo rodea. Todo lo demás es ilusión y mentira.

El lenguaje también sufrió algunas rectificaciones, y a ciertas conclusiones, que al principio me habían parecido simples, luego las vi como temerarias. Aún no podía escribir la monografía que habría de enviar al Museo Nacional, al Instituto Histórico y a las universidades alemanas, no porque me faltase información, sino porque deseaba, ante todo, acumular las observaciones necesarias y ratificarlas. En los últimos días, no salía de casa, no contestaba las cartas, no quise saber nada de amigos ni de parientes. Todo yo era un canario. De mañana, uno de los criados tenía a su cargo limpiar la jaula y ponerle agua y comida. El pajarito no le decía nada, como si supiese que a aquel hombre le faltaba formación científica. La atención que, por lo demás, le concedía el sirviente, era absolutamente sumaria: él no amaba a los pájaros.

Un sábado amanecí enfermo, la cabeza y la columna me dolían. El médico ordenó reposo total; estaba agotado por el exceso de estudio, no debía leer ni pensar; ni siquiera debía enterarme de lo que ocurría en la ciudad y en el mundo. Así estuve cinco días; al sexto me levanté y sólo entonces supe que el canario, mientras el criado se ocupaba de él, había huido de la jaula. Lo primero que sentí fueron ganas de estrangular al criado; la indignación me sofocó, caí en la silla, mudo, alhelado. El culpable se defendió, juró haber tomado todos los recaudos, el pajarito había logrado huir gracias a su astucia. . .

—¿Pero no lo buscaron?

—Sí, señor; al principio se trepó al tejado, yo lo seguí, él huyó, fue hacia un árbol, después se escondió no sé dónde. Desde ayer no hago más que averiguar, pregunté a los vecinos, a los jardineros de las quintas cercanas, nadie sabe nada.

Sufrió mucho; felizmente, el agotamiento estaba superado, y luego de algunas horas pude salir al balcón y al jardín. Ni rastros del canario. Pregunté, corrí de aquí para allá, pedí que me informaran y nada. Ya había organizado las notas para redactar la monografía, que de todas maneras quedaría trunca e incompleta, cuando fui a visitar a un amigo, dueño de una de las quintas más hermosas y grandes de los alrededores. Paseábamos por ella antes de cenar, cuando oí trinar esta pregunta:

—Hola, señor Macedo ¿por dónde andaba que hace tanto que no lo veo?

Era el canario; estaba en la rama de un árbol. Pueden imaginarse cómo me quedé, y lo que le dije. Mi amigo creyó que yo estaba loco; ¿pero qué me importaba lo que podía pensar? Le hablé al canario con ternura, le pedí que prosiguiéramos nuestra conversación, en nuestro

tan querido mundo, compuesto por un jardín y una fuente, un balcón y una jaula blanca y circular. . .

—¿Qué jardín? ¿Qué fuente?

—Nuestro mundo, mi querido pajarito.

—¿Qué mundo? Tú no pierdes tus malas costumbres de profesor. El mundo, concluyó solemnemente, es un espacio infinito y azul, con un sol en lo alto.

Indignado, le respondí que si tuviese que creerle, el mundo podía ser cualquier cosa; hasta una tienda de baratillos. . .

—¿Una tienda de baratillos? —trinó él a pulmón pleno—. ¿Es que acaso existen las tiendas de baratillos?

EL EPISODIO DE LA VARA

DAMIÁN huyó del seminario a las once de la mañana de un viernes de agosto. No sé bien en qué año; fue antes de 1850. Al cabo de algunos minutos se detuvo angustiado; no había tomado en cuenta el efecto que produciría ante los ojos de los demás aquel seminarista que corría des-pavorido, temeroso, huyendo. Desconocía las calles, iba y venía; finalmente se detuvo. ¿Adónde iba a ir? A su casa, no; allí estaba su padre que lo devolvería al seminario, después de un buen castigo. No había pensado en el lugar de refugio, porque la fuga había estado programada para más tarde; una circunstancia fortuita la precipitó. ¿Adónde iría? Se acordó de su padrino, Juan Carneiro, pero el padrino era un blando, hombre sin carácter, del que no podía esperar ninguna iniciativa útil. Fue él quien lo llevó al seminario y lo presentó al rector:

—Le traigo al gran hombre que será este muchacho, —le dijo él al rector.

—Bienvenido, —dijo éste—, bienvenido el gran hombre, mientras sea también humilde y bueno. La verdadera grandeza es llana. Venga usted, jovencito. . .

Así fue el ingreso. Poco después, el muchacho huyó del seminario. Aquí lo tenemos ahora en la calle, desorientado, inseguro, sin atinar en la búsqueda de refugio y de consejo; repasó en la memoria las casas de familiares y amigos, sin decidirse por ninguna. De pronto exclamó:

—¡Iré a la de la señora Rita! Ella mandará llamar a mi padrino y le dirá que quiere que yo abandone el seminario. . . Tal vez así. . .

La señora Rita era una viuda, querida de Juan Carneiro; Damían tenía alguna vaga idea sobre esa situación y trató de aprovecharla. ¿Dónde vivía? Estaba tan aturdido, que sólo recién después de algunos minutos recordó dónde quedaba la casa; era en el *Largo do Capim*.

—¡Santo Dios! ¿Qué es esto? —exclamó la señora Rita, sentándose en el canapé donde hasta ese momento había estado reclinada.

Damián acababa de entrar aterrorizado; en el preciso instante en que llegaba a la casa, vio pasar un cura, y le dio un empujón a la puerta, que por fortuna no estaba cerrada con llave ni con cerrojo. Después de entrar espizó por la mirilla, tratando de ver al cura. Este no había reparado en él y seguía su camino.

—¿Pero qué significa esto, señor Damián? —exclamó nuevamente la dueña de casa, que sólo ahora acababa de conocerlo—. ¿Qué hace usted aquí?

Damián, tembloroso, apenas podía hablar, le pidió que no tuviese miedo, que no era nada, que le explicaría todo.

—Seréne y explíquese.

—Se lo digo de inmediato; no cometí ningún crimen, eso se lo juro; pero espere—. La señora Rita lo miraba pasmada, y todas las *crias*¹, de la casa y del vecindario que allí se reunían y que estaban sentadas en la sala, ante sus almohadillas de encaje, detuvieron sus bolillos e inmovilizaron sus manos. La señora Rita vivía prácticamente, de sus clases de costura, cribado y bordado. Mientras el muchacho tomaba aliento, le ordenó a las niñas que prosiguieran su trabajo, y esperó. Finalmente, Damián le contó todo, el disgusto que le producía el seminario; estaba convencido de que nunca llegaría a ser un buen cura; habló con pasión, le pidió que lo salvase.

—¿Que lo salve? Yo no puedo hacer nada.

—Si quiere puede hacerlo.

—No, —replicó ella sacudiendo la cabeza—; yo no me meteré en los asuntos de su familia; ¡mucho menos con su padre que dicen que es muy malhumorado!

Damián se sintió perdido. Se arrodilló a los pies de la mujer, le besó las manos, suplicante.

—Usted puede hacerlo, señora Rita; se lo pido por el amor de Dios, por lo que para usted haya de más sagrado, por el alma de su marido, sálveme de la muerte, porque yo me mato si tengo que volver allí.

La señora Rita, halagada por las súplicas del joven, intentó hacerlo cambiar de opinión. La vida religiosa era santa y hermosa, le dijo ella; el tiempo le mostraría cuánto mejor era vencer el rechazo que hoy día sentía y un día... ¡No, nada, nunca! retrucaba Damián, sacudiendo la cabeza y besándole las manos; y repetía que era preferible morir. La señora Rita vaciló durante un largo rato; por fin le preguntó por qué no iba a hablar con su padrino.

—¿Mi padrino? ¡Mi padrino es peor que mi padre! No me escucharía, dudo que escuche a nadie...

¹ *Crias* se llamaban, en el Brasil del siglo XIX, a las personas pobres o de origen muy humilde que eran criadas en casa de otra de mayores recursos y sobre las que ésta ejercía un tutelaje muchas veces despótico. (N. del T.).

—¿Que no escucha? —lo interrumpió la señora Rita herida en su amor propio—. ¡Ah, no! Ya verá usted si escucha o no. . .

Llamó a un chiquillo negro y le ordenó a gritos que fuese a la casa del señor Juan Carneiro; que le dijese que venga en seguida; y que si no estaba en su casa, preguntase dónde podía encontrarlo, y corriese a decirle que ella necesitaba hablar urgentemente con él.

—¡Vamos, muévete!

Damián suspiró honda y tristemente. Ella, para disimular el autoritarismo que había revelado al dar aquellas órdenes, le explicó al muchacho que el señor Juan Carneiro había sido amigo de su marido y que le había conseguido algunas *crías* para enseñarle su oficio. Luego, como él siguiese abatido, apoyado en el marco de una puerta, le tiró la nariz riendo:

—¡Vamos, curita, vamos; despreocúpese que todo se habrá de solucionar!

La señora Rita tenía cuarenta años según el registro bautismal y veintisiete en los ojos. Era atractiva, vivaz, divertida, amiga de la risa; pero cuando llegaba el caso, sabía mostrarse explosiva como el diablo. Quiso alegrar al muchacho, y a pesar de la situación, no le costó mucho. Al rato, ambos estaban riéndose, ella le contaba chistes y le pedía a él que le hiciese conocer otros, que él, a su vez, le transmitía con noble gracia. Uno de ellos, extravagante, acompañado de muecas y gestos, hizo reír a una de las *crías* de la señora Rita, que había olvidado su bordado para mirar y escuchar al muchacho. La señora Rita tomó una vara que estaba junto al canapé, y la amenazó:

—¡Lucrecia, vuelve a tu trabajo!

La niña bajó la cabeza como para eludir el golpe, pero el golpe no cayó sobre ella. Era una advertencia; si al atardecer la labor no estuviese terminada, Lucrecia recibiría el castigo merecido. Damián miró a la niña; era una negrita, delgaducha, un montoncito de huesos, con una cicatriz en la frente y una quemadura en la mano izquierda. Tenía once años. Damián se dio cuenta que tosía, pero hacia adentro, sordamente, a fin de no interrumpir la conversación. Tuvo pena de la negrita, y resolvió protegerla, si no llegaba a terminar su tarea. La señora Rita no le negaría el perdón. . . Por lo demás, ella se había reído de lo que él dijera; la culpa era suya, si es que hay culpa en decir algo divertido.

En eso, llegó Juan Carneiro. Empalideció al ver allí a su ahijado, y miró a la señora Rita que no se anduvo con vueltas. Le dijo que había que sacar al muchacho del seminario, que él no tenía vocación para la vida eclesiástica, que más valía un cura de menos que un mal cura. Aquí afuera también se podía amar y servir a Nuestro Señor. Juan Carneiro, desconcertado, no supo qué replicar durante los primeros minutos; finalmente, abrió la boca y reprendió a su ahijado por haber ido a molestar a "gente extraña", y luego afirmó que lo castigaría.

—¡Usted no va a castigar a nadie! —lo interrumpió la señora Rita—. ¿Castigar por qué? ¡Vaya a hablar con su compadre, vamos!

—No garantizo nada, no creo que sea posible. . .

—Es posible, yo lo garantizo. Si usted quiere, prosiguió ella con cierto tono desafiante, todo se habrá de arreglar. Insístale y él cederá. Vamos, señor Juan Carneiro, su ahijado no volverá al seminario, yo se lo aseguro. . .

—Pero, señora. . .

—Vaya, vaya. Haga lo que le digo.

Juan Carneiro no se animaba a salir, ni podía quedarse. Se sentía tironeado por fuerzas opuestas. No le importaba, en suma, que el muchacho fuese clérigo, médico o abogado, o cualquier otra cosa, incluso un vago; pero lo que le afligía era que le encomendasen una lucha ingente con los sentimientos más íntimos de su compadre, sin ninguna seguridad en cuanto al resultado; y, si éste era negativo, otro enfrentamiento lo aguardaba con la señora Rita, cuyas últimas palabras habían sido amenazadoras: "No volverá al seminario; yo se lo aseguro". Algún escándalo iba a haber, forzosamente. Juan Carneiro tenía los ojos desorbitados, los párpados temblorosos, el pecho agitado. Las miradas que le dirigía a la señora Rita eran de súplica, mezcladas con un tenue rayo de censura. ¿No podría haberle pedido otra cosa? ¿Por qué no le ordenaba que fuese a pie, bajo la lluvia, a Tijuca, o a Jacarepaguá? Pero no: lo que quería, nada menos, era que persuadiera a su compadre de la necesidad de que su hijo cambiase de carrera. . . Conocía al viejo: era capaz de partirle una jarra en la cabeza. ¡Ah, qué bueno sería que el muchacho cayese en ese mismo instante, allí, de golpe, apoplético. muerto! Era una solución —cruel, es cierto, pero definitiva.

—¿Entonces? —insistió la señora Rita.

El le indicó con un gesto de su mano que esperase. Se acariciaba la barba, buscando una solución. ¡Dios del Cielo! Qué bien le vendría en ese momento un decreto del Papa disolviendo la Iglesia, o, por lo menos, eliminando los seminarios! Ayudaría tanto a que las cosas terminaran bien. Juan Carneiro podría volver a su casa e ir a jugar al *tres-setes*². Imaginad al barbero de Napoleón encargado de dirigir la batalla de Austerlitz. . . Pero la Iglesia proseguía, los seminarios proseguían, su ahijado ahí estaba, cosido a la pared, la mirada baja, esperando, sin solución apoplética.

—Vaya, decídase, —dijo la señora Rita extendiéndole el sombrero y el bastón.

No tuvo más remedio. El barbero guardó la navaja en el estuche, empuñó la espada y salió al campo de batalla. Damián respiró; exterior-

² *Tres-Setes*: *Tres-Sietes*, juego de naipes que se realiza con cartas españolas. (N. del T.).

mente no cambió de actitud, los ojos siguieron clavados en el suelo, el abatimiento no decreció. La señora Rita, presionó suavemente su mentón, obligándolo a alzar la mirada.

—Venga, vamos a almorzar. Basta ya de melancolía.

—¿Usted cree que él logrará hacer algo?

—Logrará todo lo que nos proponemos, —afirmó doña Rita, segura de sí—. Venga, que la sopa se enfría.

A pesar del temperamento bromista de la señora Rita, y de su propio espíritu chancero, Damián se mostró menos alegre durante el almuerzo que en la primera parte del día. No confiaba en el carácter blando de su padrino. Sin embargo, comió bien; y, hacia los postres, volvió a las bromas de la mañana. Cuando terminaban de comer, oyó voces en la habitación contigua, y preguntó si venían a detenerlo.

—Deben ser las muchachas.

Se levantaron y volvieron al salón. Las muchachas eran cinco vecinas que iban todas las tardes a tomar café con la señora Rita, y allí se quedaban hasta que caía la noche.

Las discípulas, una vez que terminaron su refrigerio, volvieron al trabajo. La señora Rita presidía a todo ese mujeriego de su casa y de los alrededores. El susurro de los bolsillos y el parloteo de las muchachas eran ecos tan mundanos, tan ajenos a la teología y al latín, que el muchacho se dejó envolver por ellos y se olvidó del resto. Durante los primeros minutos, hubo, todavía, por parte de las vecinas, cierta retracción; pero en seguida desapareció. Una de ellas cantó una romanza, al son de la guitarra, tocada por la señora Rita, y la tarde fue pasando rápidamente. Antes de terminar la jornada, la señora Rita le pidió a Damián que contara nuevamente un chiste que la había encantado. Era ése que la había hecho reír a Lucrecia.

—Vamos, señor Damián, no se haga rogar, que las muchachas quieren irse. Les va a gustar, ya verán.

Damián no tuvo más remedio que acceder. A pesar de la advertencia y la expectativa, que podían haber atenuado la broma y el efecto, el chiste terminó entre las carcajadas de las muchachas. Damián, satisfecho, no olvidó a Lucrecia y la miró, para ver si ella también se había reído. La vio con la cabeza hundida en la almohadilla, empeñada en acabar su tarea. No se había reído; o si se rió lo hizo hacia adentro, del mismo modo que tosía.

Se fueron las vecinas, y la noche cayó completamente. El alma de Damián se fue cubriendo de tinieblas, aún antes que la noche. ¿Qué estaría sucediendo? De rato en rato iba a mirar por la mirilla, y volvía cada vez más desalentado. Ni el menor rastro de su padrino. Lo más seguro era que el padre lo hubiese hecho callar, que hubiese mandado a llamar dos negros, hubiese ido a la policía a solicitar un agente, y estuviese yendo hacia allí para reducirlo por la fuerza y llevárselo de

vuelta al seminario. Damián le preguntó a la señora Rita si la casa tenía salida por los fondos; corrió a la huerta y comprobó que podía saltar el muro. Quiso saber, además, si habría posibilidad de huir hacia la *Rua da Vala*, o si lo mejor era hablar con algún vecino que le hiciese el favor de recibirlo. Lo peor era la sotana; si la señora Rita le pudiese conseguir un gabán en desuso o una levita vieja. . . La señora Rita disponía justamente de una levita, recuerdo u olvido de Juan Carneiro.

—Tengo una vieja levita de mi difunto, —dijo ella riendo—; ¿pero por qué tiene tanto miedo? Todo se va a solucionar, no se preocupe.

Por fin, cuando ya era noche cerrada, apareció un esclavo del padrino, con una carta para la señora Rita. Las cosas aún no se habían arreglado; el padre se había puesto furioso y quiso destrozar cuanto lo rodeaba; vociferó que no, que el haragán de su hijo iba a volver al seminario y que si no, lo iba a mandar al *Aljube*³ o al pontón. Juan Carneiro luchó mucho para lograr que su compadre no tomase la decisión de inmediato, persuadiéndolo a que descansara esa noche, y meditase bien si era conveniente ofrecer a la religión un hombre tan rebelde y pecador. . . Explicaba en la carta que empleó estas expresiones para tratar de ganar la causa. No la daba por ganada; pero al día siguiente volvería a ver al hombre y a insistir de nuevo. Finalizaba diciendo que lo mejor era que el muchacho fuera a hospedarse en su casa.

Damián terminó de leer la carta y miró a la señora Rita. No tengo otra tabla de salvación, pensó él. La señora Rita se hizo traer pluma y tintero y en la media página en blanco de la propia carta escribió esta respuesta: "juancito, o salvas al muchacho o nunca más nos vemos". Cerró la carta con oblea, y la entregó al esclavo, para que la llevase urgentemente. Volvió a reanimar al seminarista, sobre quien otra vez había caído la capucha de la humildad y la consternación. Le dijo que se tranquilizara, que el asunto ese lo iba a arreglar ella.

—¡Ya verán quién soy yo! ¡No, si conmigo no se juega!

Ya era hora de dar por terminados los trabajos del día. La señora Rita los examinó; todas las discípulas habían concluido la tarea. Sólo Lucrecia seguía todavía volcada sobre su almohadilla, meneando los bolillos, ya sin ver; la señora Rita se aproximó a ella, vio que su labor no estaba terminada, se puso furiosa, y la aferró de una oreja.

—¡Ah, sinvergüenza!

—¡Doña, doña! ¡Por el amor de Dios! ¡Por Nuestra Señora que está en el cielo!

—¡Desgraciada, Nuestra Señora no protege a vagas como tú!

Lucrecia hizo un esfuerzo, se zafó de las manos de la señora, y huyó hacia adentro; la señora corrió tras ella y volvió a atraparla.

—¡Ven aquí!

³ Así se llamaba en Río de Janeiro, por ese entonces, a la prisión donde solía encerrarse a los curas que cometían transgresiones consideradas graves. (N. del T.).

— ¡Señora, perdóneme! — tosía la negrita.

— Ya verás cuál va a ser mi perdón. ¿Dónde está la vara?

Y volvieron ambas a la sala, una aferrada de una oreja, debatiéndose, llorando y suplicando; la otra diciendo que no, que iba a castigarla.

— ¿Dónde está la vara?

La vara estaba junto a la cabecera del canapé, del otro lado de la sala. La señora Rita, no queriendo soltar a la pequeña, le gritó al seminarista.

— Señor Damián, déme aquella vara, por favor.

Damián se sintió paralizado. . . ¡Cruel instante! Una nube pasó ante sus ojos. Sí, juró proteger a la pequeña, que por su culpa, se había atrasado en el trabajo. . .

— ¡Déme la vara, señor Damián!

La señora Rita, con la cara encendida y los ojos desorbitados, exigía la vara, sin largar a la negrita, ahora atacada por un acceso de tos. Damián se sintió acongojado; ¡para él era tan importante no volver al seminario! Se acercó al canapé, tomó la vara y se la entregó a la señora Rita.

RELIQUIAS DE CASA VIEJA

PADRE CONTRA MADRE

CON LA ESCLAVITUD desaparecieron oficios e instrumentos, como habrá sucedido con otras instituciones sociales¹. No aludo a algunos de esos instrumentos, sino porque están vinculados a cierto oficio. Uno de ellos era la cadena del cuello, otro la cadena del pie; estaba también la llamada máscara de hoja de flandres. La máscara servía para arrancar a los esclavos del vicio de la embriaguez, ya que les tapaba la boca. Tenía sólo tres orificios, dos para ver, uno para respirar; y se cerraba por detrás de la cabeza con un candado. Con el vicio de la bebida, perdían la tentación de robar, porque generalmente era de los centavos del señor que se valían para aplacar la sed, y así se eliminaban dos pecados a un mismo tiempo, y la sobriedad y la honestidad quedaban resguardadas. Era grotesca esa máscara, pero el orden social y humano no siempre se alcanza sin lo grotesco, y a veces sin la crueldad. Los hojalateros las tenían colgadas, en venta, en la puerta de sus negocios. Pero olvidémonos de las máscaras.

La cadena de cuello era aplicada a los esclavos fugitivos. Imaginad un collar grueso, con un mango también grueso a la derecha o a la izquierda, hasta el tope de la cabeza, y cerrado atrás con llave. Pesaba, naturalmente, pero era menos un castigo que una señal. Esclavo que se escapase, estuviera donde estuviese, mostraba así quién era realmente, y al poco tiempo volvía a ser capturado.

Hace medio siglo, los esclavos huían con frecuencia². Eran muchos y no a todos les gustaba la esclavitud. Ocasionalmente, podía ocurrir que a alguno lo castigasen, y no a todos le agradaba recibir golpes. La mayoría de ellos era, apenas, reprendida; en tales casos, alguno de la casa hacía las veces de padrino, e incluso el mismo dueño no era malo; además, el sentimiento de la propiedad moderaba los impulsos

¹ La esclavitud fue abolida en Brasil en 1888. (N. del T.).

² Machado de Assis se refiere a la década de 1850, aproximadamente. (N. del T.).

represivos, porque el dinero malbaratado también duele. Las fugas se repetían, sin embargo. Hubo casos, si bien contados, en que el esclavo, apenas adquirido en el mercado, escapaba echándose a correr sin conocer las calles de la ciudad. Entre los que aceptaban acompañar a sus amos no era raro encontrar algunos que acordaban con sus señores pagar por su libertad, e iban a ganar el monto estipulado en las horas libres, trabajando en el comercio menudo. Cuando un esclavo se fugaba, se ofrecía dinero a quien lo restituyese. Aparecían avisos en los diarios, dando las señas del evadido, el nombre, la indumentaria, el defecto físico, si lo tenía, el barrio por donde solía andar y el monto de la gratificación. Cuando no constaba la cantidad, constaba la promesa: "se retribuirá generosamente", o "recibirá una buena gratificación". Muchas veces el aviso traía encima o al lado una viñeta que representaba a un negro, descalzo, corriendo, vara al hombro, y en la punta un lío, y advertía que sería reprimido con todo el rigor de la ley quien lo amparase.

Pues bien, capturar esclavos evadidos era un oficio de la época. No sería noble pero por ser un instrumento de la fuerza con la cual se preservaba el cumplimiento de la ley y la propiedad, poseía esa otra nobleza implícita de las acciones reivindicadoras. Nadie se metía a cazador de esclavos por puro gusto o interés; la pobreza, la necesidad de ganar el sustento, la ineptitud para otros trabajos, el azar, y alguna vez también, el gusto de ser útil, aunque fuera de aquel modo, constituían un impulso suficiente para el hombre que se sentía capaz de introducir orden en el desorden.

Cándido Neves —Candidito, en la intimidad—, es la persona con que se relaciona la historia de una fuga. Para contrarrestar la miseria decidió hacerse cazador de esclavos evadidos. Tenía un defecto grave ese hombre, no toleraba empleo ni oficio alguno, carecía de estabilidad; era lo que él llamaba su mala suerte. Empezó por querer aprender tipografía pero advirtió en seguida que era preciso algún tiempo para componer bien, y aun así tal vez no ganase lo bastante; eso fue, al menos, lo que se dijo. El comercio, entonces, le llamó la atención, era una buena carrera. Con algún esfuerzo logró entrar como cajero a una tienda. La obligación, empero, de atender y servir a todos lo hería en la cuerda del orgullo, y al cabo de cinco o seis semanas estaba en la calle por propia decisión. Empleado en una notaría, mandadero en una repartición anexa al Ministerio del Imperio, cartero y otros empleos fueron abandonados al poco tiempo de obtenidos.

Cuando nació el amor por la muchacha llamada Clara, él no tenía otra cosa que deudas, si bien eran pocas, ya que él vivía en casa de un primo, entallador de oficio. Después de varios intentos para obtener empleo, resolvió adoptar el oficio del primo, del que, por lo demás, ya había tomado algunas lecciones. Nada le costó recibir otras, pero, em-

pecinado en aprender rápidamente, aprendió mal. No hacía obras finas ni complicadas, tan sólo garras que servían de soportes a los sofás y relieves comunes para sillas. Quería tener en qué trabajar cuando se casase, y el casamiento no tardó en realizarse.

Tenía treinta años. Clara veintidós. Ella era huérfana, vivía con una tía, Mónica, y ambas cosían. No cosía tanto como para no tener tiempo de andar noviendo por ahí, pero sus festejantes sólo querían distraerse; no tenían otra aspiración. Pasaban las tardes, la miraban, ella a ellos, hasta que la noche la obligaba a replegarse sobre las tareas de costura. Lo que ella advertía era que ninguno de esos muchachos conmovía su corazón ni la encendía de deseo. Había muchos de los que ni siquiera sabía el nombre. Quería casarse, naturalmente. Era, como le decía la tía, una pesca con caña, a ver si el pez picaba, pero el pez pasaba lejos; si alguno se acercaba, era apenas para dar vueltas alrededor de la carnada, mirarla, olerla, dejarla e ir por otras.

Pero el amor tiene sus entrelíneas. Cuando la muchacha vio a Cándido Neves, sintió que estaba ante su posible marido, el marido verdadero y único. El encuentro se produjo en un baile; tal fue —para recordar el primer oficio del novio— tal fue la página inicial de aquel libro, que habría de salir mal compuesto y peor compaginado. El casamiento se realizó once meses después, y fue la fiesta más bella de todas las que tuvieron los novios. Amigas de Clara, menos por amistad que por envidia, intentaron disuadirla del paso que iba a dar. No negaban el encanto del novio, ni el amor que le tenía, ni tampoco el hecho de que poseyera algunas cualidades; decían, sin embargo, que era demasiado propenso a las bromas.

—Menos mal, —replicaba la novia—; no querrán que me case con un difunto.

—No, por supuesto, pero. . .

No decían lo que pensaban. Tía Mónica, después del casamiento, en la casa pobre donde ellos fueron a vivir, les habló una vez de los hijos posibles. Ellos querían uno, uno solo, aunque viniese a aumentar las dificultades económicas.

—Si ustedes tienen un hijo se van a morir de hambre, —dijo la tía a su sobrina.

—La Virgen Purísima nos dará de comer, —afirmó Clara.

Tía Mónica debía acabar de hacerle a Clara la advertencia o la amenaza, cuando él le fue a pedir la mano de la muchacha; el hecho es que ella también era amiga de las diversiones, y pensó que el casamiento sería una fiesta, como de hecho lo fue.

La alegría era común a los tres. La pareja se reía de todo. Hasta los nombres eran objeto de retruécanos, Clara, Neves³, Cándido; no te-

³ *Nieves* tiene en portugués, al igual que en castellano, la doble acepción: por un lado es patronímico y por el otro, sustantivo común. (N. del T.).

nían qué comer pero no perdían el buen humor y de él se alimentaban. Ahora ella cosía más, él salía rápidamente de un empleo para caer en otro y dejarlo por un tercero; no duraba en ningún lado.

Pero no por eso renunciaban a la idea de tener un hijo. Este, en cambio, no sabiendo nada sobre ese deseo específico, se dejaba estar oculto en la eternidad. Un día, sin embargo, el niño dio señales de vida; sea lo que fuere, varón o mujer, era el fruto bendecido que traía a la pareja la anhelada ventura. Tía Mónica se mostró inquieta, Cándido y Clara rieron de sus temores.

—Dios nos ha de ayudar, tía —insistía la futura madre.

La noticia se propagó entre las vecinas. Sólo restaba esperar la aurora del gran día. La esposa trabajaba ahora con más ahinco, y no podía ser de otro modo ya que, además de las tareas de costura, tenía que ir haciendo con retazos el ajuar del bebé. A fuerza de pensar en él, ya vivía con él, medía sus pañales, cosía sus ropitas. Los recursos eran pocos, los períodos de penuria largos. Tía Mónica ayudaba, es cierto, aunque de mala gana.

—Ya verán ustedes los problemas que tendrán, —suspiraba ella.

—¿Pero acaso no se las arreglan los padres de todos los demás niños que vienen al mundo? —preguntó Clara.

—Sí, siempre que tengan algo seguro para darles de comer, por poco que sea. . .

—¿Qué quieres decir?

Algo seguro, un empleo, una ocupación. ¿Me puedes decir en qué invierte el tiempo el padre de esta infeliz criatura que pronto llegará?

Cándido Neves, apenas se enteró del parecer de la tía de su mujer, fue a hablar con ella, sin aspereza, no mucho menos manso que de costumbre, y le preguntó si algún día había tenido que dejar de comer.

—Usted no dejó de comer sino en la semana santa, y eso porque no quiso cenar conmigo. Nunca nos faltó un plato de bacalao. . .

—Ya lo sé, pero somos tres.

—Seremos cuatro.

—No es lo mismo.

—¿Pero qué quiere que haga, además de lo que hago?

—Algo más seguro. Fíjate en el mueblero de la esquina, en el tendero, en el tipógrafo que se casó el sábado, todos tienen un empleo seguro. . . No te enojas; no digo que tú seas un vago, pero la ocupación que elegiste es inestable. Te pasas semanas sin tener un centavo.

—Sí, pero siempre llega el día en que nos recuperamos y tenemos incluso de sobra. Dios no me abandona, y los negros evadidos saben que conmigo no se juega; casi no hay ninguno que se resista, muchos se entregan en seguida.

Estaba orgulloso de ello, hablaba de la esperanza como de un capital seguro. Al rato andaba riéndose, y hacía reír a la tía, que era de natu-

raleza alegre, y que previa que alguna buena broma ocurriría durante el bautismo.

Cándido Neves había perdido ya el oficio de entallador, como le había ocurrido antes con muchos otros, mejores o peores. Capturar esclavos evadidos le deparó un placer nuevo. Era algo que no le obligaba a estar largas horas sentado. Sólo exigía fuerza, ojo atento, paciencia, coraje y un trozo de cuerda. Cándido Neves leía los avisos, los copiaba, se los metía en el bolsillo y salía a hacer sus averiguaciones. Tenía buena memoria. Fijadas las señas y los hábitos de un esclavo evadido, invertía poco tiempo en encontrarlo, reducirlo, maniatarlo y llevárselo. Fuerza tenía de sobra, agilidad también. Más de una vez, en una esquina, conversando sobre cosas ocasionales, veía pasar un esclavo que en nada parecía distinguirse de los demás, y se daba cuenta en seguida que era un prófugo, cómo se llamaba, quién era su dueño, cuál su dirección y a cuánto ascendía el monto de la gratificación; interrumpía entonces la charla y se iba detrás del malviviente. No lo apresaba en seguida, esperaba hasta encontrar el lugar apropiado y la circunstancia precisa, y de un salto tenía la gratificación en las manos. No siempre la alcanzaba sin sangre, las uñas y los dientes del otro sabían defenderse, pero generalmente él los vencía sin el menor arañazo.

Un día los ingresos empezaron a escascar. Los esclavos evadidos ya no venían, como hasta entonces, a meterse en las manos de Cándido Neves. Había manos nuevas y hábiles. Como el negocio se había vuelto rentable, más de un desocupado tomó la cuerda, consultó los diarios, copió los avisos y se lanzó a la cacería. En el mismo barrio había más de un competidor. Vale decir que las deudas de Cándido Neves comenzaron a crecer, sin aquella posibilidad de saldarlas en seguida o casi de inmediato que había tenido en los primeros tiempos. La vida se hizo difícil y dura. Comían de fiado y mal; comían sin horario, cuando tenían qué llevarse al estómago. El propietario de la casa, a través de un enviado, reclamó el alquiler.

Clara ni siquiera tenía tiempo de remendar la ropa del marido, tanta era la necesidad de coser para afuera. Naturalmente, tía Mónica ayudaba a la sobrina. Cuando él llegaba por la tarde, se le veía en la cara que no traía un centavo. Cenaba y volvía a salir en busca de algún fugitivo. Aunque en forma todavía esporádica, había empezado a confundirse de persona, y más de una vez capturaba a un esclavo fiel que iba a cumplir con las tareas que le encomendaba su señor; tal era la ceguera impuesta por la necesidad. Cierta vez atrapó a un negro liberto; se deshizo en disculpas, pero recibió una buena tunda propinada por los parientes del hombre.

—¡Es lo que le faltaba! —exclamó tía Mónica, al verlo entrar, y después de oírlo narrar el equívoco y sus consecuencias. Olvídate de ese trabajo, Candito; dedícate a otra cosa, eso no es vida.

Cándido hubiera querido, efectivamente, hacer otra cosa, no por los motivos expuestos por quien lo aconsejaba, sino por el simple gusto de cambiar de oficio; sería una manera de cambiar de piel o de persona. Lo peor es que no encontraba al alcance de la mano nada que pudiese aprender de inmediato.

La naturaleza siguió su camino, el feto creció, hasta hacer sentir a la madre el peso de su presencia, antes de nacer. Llegó el octavo mes, mes de angustias y de necesidades, menos aún que el noveno, de cuya narración también prescindo. Lo mejor es referir solamente sus efectos. No pudieron ser más amargos.

—¡No, tía Mónica! —exclamó Candido, rechazando un consejo que si a mí me cuesta transcribir, pueden imaginar cuánto más costó al padre oírlo—. ¡Eso nunca!

En la última semana del último mes, la tía Mónica le dio a la pareja un consejo de que el niño que naciera fuese entregado al orfanato. En verdad, no podía haber palabra más dura de tolerar para dos jóvenes padres que aguardaban ansiosos el momento de poder besar a su criatura, observarla, verla reír, crecer, engordar, saltar. . . ¿Cómo se le ocurría semejante cosa? Los ojos de Cándido se desorbitaron cuando miró a la tía, y terminó descargando un puñetazo en la mesa del comedor. La mesa, que era vieja y descoyuntada, estuvo a punto de deshacerse totalmente. Clara intervino apresuradamente.

—Candito, no tomes a mal lo que dice la tía.

—Claro que no, —agregó Mónica—. Les digo que eso es lo mejor que pueden hacer. Ustedes deben todo; la carne y los porotos empiezan a escasear. Si no aparece de algún lado un poco de dinero ¿me quieren decir cómo van a hacer si la familia aumenta? Y además tienen todo por delante. ¿Para qué apurarse? Cuando tu situación sea más llevadera, Candito, los hijos que vengan serán recibidos con el mismo cuidado que éste o más aún. En cuanto al que ahora va a llegar, estará bien criado y nada ha de faltarle. ¿O es que el orfanato es un páramo o un basural? Allí no matan a nadie ni nadie muere por abandono, mientras que aquí es seguro que morirá, si vive en esta indigencia. En fin. . .

Tía Mónica terminó la frase alzándose de hombros, les dio la espalda y fue a meterse en su habitación. Ya había insinuado aquella solución, pero era la primera vez que la expresaba con tal franqueza y calor —o crueldad, si prefieren. Clara extendió su mano al marido, como para levantarle el ánimo; Cándido Neves hizo una mueca, y llamó loca a la tía, en voz baja. Las caricias de los dos se vieron interrumpidas por alguien que golpeaba la puerta de calle.

—¿Quién es? —preguntó el marido.

—Soy yo.

Era el dueño de la casa, acreedor de tres meses de alquiler, que venía personalmente a amenazar a su inquilino. Este lo invitó a pasar.

—No es necesario. . .

—Hágame el favor.

El propietario entró y se negó a sentarse; echó una mirada al mobiliaje para ver qué saldo podía dejarle el embargo; le pareció que sería insignificante. Venía a reclamar los alquileres vencidos, no podía esperar más; si dentro de cinco días no le pagaba lo echaría a la calle. No había trabajado para beneficio de los otros. Viéndolo, nadie diría que era propietario; pero la palabra suplía lo que faltaba al porte, y el pobre Cândido Neves prefirió callar a responder. Hizo una reverencia, mezcla de promesa y súplica al mismo tiempo. El dueño de la casa no cedió en nada.

—¡Cinco días o a la calle! —repitió, engarfiando la mano en el cerrojo de la puerta y saliendo.

Cândido dejó la casa por los fondos. En esas ocasiones no llegaba nunca a la desesperación, contaba con algún préstamo, no sabía cómo ni de dónde, pero estaba seguro que lo obtendría. Por lo pronto, volvió a los avisos. Encontró varios, algunos ya viejos, pero en vano buscaba desde hacía tiempo a los esclavos en ellos aludidos. Invirtió algunas horas sin provecho, y volvió a su casa. Al cabo de cuatro días, no encontró recursos que le valieran; empeñó lo que pudo, fue a ver a personas amigas del propietario; lo único que logró de ellas fue que le repitiesen el ultimátum.

La situación era seria. No encontraba casa, ni tenían a quien recurrir para que les prestasen una; era estar al borde de la calle. No contaban, sin embargo, con lo que podía hacer la tía. Tía Mónica tuvo el talento de encontrar un techo para los tres en casa de una señora vieja y rica, que le prometió prestarles los cuartos bajos de la casa, al fondo de la cochera, hacia el lado del patio. Pero mayor aún fue su arte de callar ante todos para que Cândido Neves, en la desesperación de la crisis empezase por entregar al hijo al orfanato y terminase encontrando algún medio seguro y regular de subsistencia y pudiese, al fin, ordenar su vida. Escuchaba las quejas de Clara, sin repetir las, es cierto, pero tampoco sin amenguarlas. El día que tuviesen que dejar la casa, los sorprendería con la noticia del ofrecimiento y esa noche irían a dormir mejor de lo que esperaban.

Así fue. Echados de la casa, pasaron a la vivienda que les fuera ofrecida, y dos días después nació el niño. La alegría del padre fue enorme, y la tristeza también. Tía Mónica insistió en la necesidad de entregar el niño al orfanato. "Si no lo quieres llevar tú, lo haré yo; déjalo en mis manos, yo iré a la *Rua dos Barbonos*". Cândido Neves dijo que no, que esperase, que él mismo lo llevaría. Tengan en cuenta que era un niño, y que los dos padres deseaban justamente que ése fuera

el sexo del recién nacido. Apenas pudieron darle un poco de leche y, como esa noche llovió, el padre decidió llevarlo al orfanato a la siguiente.

Aprovechó la tormenta para releer todas sus notas sobre esclavos prófugos. En la mayoría de los casos, las gratificaciones eran promesas; muy pocos avisos daban constancia de la suma y ésta, en todos los casos, era baja. Una, sin embargo, llegaba a cien mil réis⁴. Se trataba de una mulata; acompañaban a la cifra las señas físicas y la descripción de la indumentaria. Cândido Neves había estado tratando de ubicarla sin mayor suerte, y finalmente decidió renunciar al asunto; concluyó que algún amante de la esclava le había dado amparo.

Ahora, empero, al leer nuevamente la cantidad, la necesidad acuciante de obtenerla estimuló a Cândido Neves a hacer un último esfuerzo. Salió de mañana a ver e indagar por la calle y el *Largo da Carioca*, *Rua do Parto* y *da Ajuda*, que eran las que ella parecía frecuentar, según el aviso. No la encontró; tan sólo un farmacéutico de la *Rua da Ajuda* recordaba haber vendido una onza de alguna droga, tres días antes, a una persona que se ajustaba a las señas dadas. Cândido Neves simulaba hablar como dueño de la esclava, y agradeció cortésmente la noticia. No tuvo mejor suerte con otros prófugos de gratificación incierta o barata.

Volvió a la triste casa donde vivían de prestado. Tía Mónica se las había arreglado para suministrarle una dieta a la flamante madre, con la regularidad necesaria, y ya había preparado al niño para que fuese llevado al orfanato. El padre, no obstante el acuerdo hecho, apenas pudo esconder el dolor ante ese espectáculo. No quiso comer lo que tía Mónica le había guardado; no tenía hambre, dijo, y era verdad. Pensó en mil maneras de quedarse con el hijo; ninguna le pareció convincente. No podía olvidarse del lugar dónde vivían. Consultó a su mujer, que se mostró resignada. Tía Mónica le había pintado la crianza del niño; la miseria sería cada vez mayor, pudiendo, incluso, ocurrir que el niño hallase la muerte por no tener cómo ampararlo de los imprevistos y las enfermedades. Cândido Neves fue obligado a cumplir la promesa; le pidió a la mujer que le diese al hijo el resto de leche que él bebería de su madre. Así se hizo; el pequeño se durmió, el padre lo tomó en brazos, y salió en dirección a la *Rua dos Barbons*. Que había pensado más de una vez en volver con él a su casa, era cierto; no menos cierto es que lo estrechaba contra su pecho, que lo besaba que le cubría el rostro para preservarlo del sereno. Al entrar en la *Rua da Guarda Velha*, Cândido Neves empezó a aflojar el paso.

—Lo entregaré lo más tarde que pueda, —murmuró.

⁴ Véase nota 3 de la pág. 4.

Pero no siendo la calle infinita o siquiera larga, tenía, irremediablemente, que acabar; fue entonces que se le ocurrió entrar por uno de los callejones que unían la de *Guarda Velha* a la *Rua da Ajuda*. Llegó al final del callejón y cuando iba a doblar a la derecha, en dirección al *Largo da Ajuda* vio sobre la acera opuesta un bulto de mujer; era la mulata prófuga. No quiero ni decir cuán profunda fue la conmoción de Cândido Neves, por no poder hacerlo con la intensidad real. Un adjetivo basta; digamos enorme. Yéndose la mujer calle abajo, se fue Cândido tras ella; a pocos pasos estaba la farmacia donde había obtenido la información, que referí líneas arriba. Entró, encontró al farmacéutico, le pidió encarecidamente que le tuviese al niño por unos instantes; en seguida volvería a buscarlo.

—Pero . . .

Cândido Neves no le dio tiempo de decir una palabra; salió rápidamente, atravesó la calle para poder atrapar a la mujer sin provocar demasiado alboroto. En el extremo de la calle, cuando ella iba a bajar por la de San José, Cândido Neves se le acercó. Era ella, ciertamente. la mulata prófuga.

—¡Arminda! —gritó, pues así se llamaba según el aviso.

Arminda se volvió sin sospechar lo que se avecinaba. Recién cuando él extrajo del bolsillo el trozo de cuerda y la tomó de los brazos, ella comprendió lo que ocurría y trató de huir. Ya era imposible. Cândido Neves, con sus manazas fuertes le ató los pulsos y le ordenó que marchase. La esclava quiso gritar, parece que llegó a levantar la voz más de lo que era su costumbre, pero en seguida se dio cuenta que nadie vendría en su ayuda, sino todo lo contrario. Le pidió entonces a Cândido Neves que por amor de Dios la soltase.

—¡Estoy embarazada, mi señor! —exclamó—. Si Su Señoría tiene algún hijo, le pido por el amor de él que me suelte; yo seré su esclava, lo serviré por el tiempo que quiera. ¡Suélteme, señor!

—Vamos, —repitió Cândido Neves.

—¡Suélteme!

—No quiero oírla más; ¡vamos!

Entonces lucharon, porque la esclava, gimiendo, se arrastraba, y con ella al hijo que llevaba en las entrañas. Quien pasaba por allí o quien, casualmente, estaba en la puerta de un negocio, comprendía lo que ocurría y, naturalmente, no intervenía. Arminda se defendía gritando que su amo era muy malo y que, probablemente, la castigaría con azotes, cosa que, en el estado en que ella se encontraba, sería mil veces peor. Seguramente él ordenaría que la azotaran.

—Tú tienes la culpa. ¿Quién te manda hacer hijos y huir después? —preguntó Cândido Neves.

No tenía ganas de reírse, como hacía habitualmente en esas circunstancias, porque lo inquietaba su hijo, que esperaba por él en la farma-

cia. También es verdad que nunca tenía demasiado que decir y menos aún en ocasiones como aquella. Arrastró a la esclava por la *Rua Dos Ourives* en dirección a la de la *Alfândega*, donde residía el amo de Arminda. En la esquina de esta última calle, la lucha arreció; la negra clavó los pies en la pared, retrocedió con gran esfuerzo e inútilmente. Todo lo que logró, pese a lo cercana que estaba la casa, fue retrasar su llegada a ella. Llegó, por fin, arrastrada, desesperada, jadeando. Una vez allí se arrodilló, pero en vano. El amo estaba en casa, el bullicio y las voces lo llevaron a la puerta.

—Aquí tiene a la prófuga, —dijo Cândido Neves.

—Es ella misma.

—¡Mi señor!

—Vamos, adentro. . .

Arminda cayó en el corredor. Allí mismo el propietario abrió la billetera y extrajo los cien mil *réis* prometidos como gratificación. Cândido Neves guardó los dos billetes de cincuenta mil *réis*, mientras el amo repetía a su esclava que entrase. En el suelo, donde yacía, abrumada por el miedo y el dolor, y tras algún tiempo de lucha, la esclava abortó.

Aquel fruto insuficiente de algún tiempo entró sin vida a este mundo, entre los gemidos de la madre y los gestos de desesperación de su amo. Cândido Neves presenció todo ese espectáculo. No sabía qué horas eran. Poco importaba, por lo demás. Debía correr a la *Rua da Ajuda*, y eso fue lo que hizo, sin querer conocer las consecuencias del desastre.

Cuando allí llegó, vio al farmacéutico solo, sin el hijo que le había entregado. Quiso estrangularlo. Felizmente, el farmacéutico explicó todo a tiempo: el niño estaba adentro, con la familia, y ambos entraron. El padre recibió al hijo con la misma furia con que atrapara a la esclava prófuga momentos antes, claro que distinta, ya que ésta era furia amorosa. Agradeció rápidamente y mal, y salió a la carrera, no en dirección al orfanato sino hacia la casa donde vivía, llevándose el hijo y los cien mil *réis* de la gratificación. Tía Mónica, oída la explicación, perdonó el retorno de la criatura, ya que con ella venían los cien mil *réis*. Dijo, es cierto, algunas palabras duras contra la esclava, a raíz del aborto, además de la fuga. Cândido Neves, besando al hijo, entre lágrimas sinceras bendecía la fuga y no se acordaba del aborto.

—No todos los niños traen disgustos, —le susurró su corazón.

PILADES Y ORESTES

QUINTANILHA engendró a Gonçalves. Tal era la impresión que se tenía al verlos juntos, y no porque se pareciesen. Al contrario, Quintanilha tenía el rostro redondeado, Gonçalves alargado, el primero era bajo y moreno, el segundo alto y de tez clara, y la expresión total divergía completamente. Agréguese a esto que tenían casi la misma edad. La idea de la paternidad era inspirada por la manera que el primero tenía de tratar al segundo, ni un padre pondría tamaña devoción en el cariño, los cuidados y los pensamientos.

Habían estudiado juntos, vivido juntos, y egresado juntos como bachilleres el mismo año. Quintanilha no siguió derecho ni la magistratura, sino que se metió en política; pero electo diputado en 187... cumplió el plazo estipulado por la legislatura y abandonó la carrera. Heredó los bienes de un tío, que le dejaban una renta cercana a los treinta *contos de réis*¹ y fue en busca de Gonçalves, que ejercía como abogado en Río de Janeiro.

Pese a que era hombre de fortuna, joven, amigo de su único amigo, no se podría decir que Quintanilha fuese enteramente feliz, como ya veréis. Dejo a un lado el disgusto que le trajo la herencia al hacerlo víctima del odio de los parientes; ese odio estuvo a punto de inducirlo a desprenderse de la herencia, y si no llegó a hacerlo fue porque su amigo Gonçalves, que le daba ideas y consejos, lo convenció de que semejante medida sería una verdadera locura.

—¿Qué culpa tienes tú de haber merecido más de tu tío que el resto de tus parientes? No fuiste tú quien redactó el testamento ni te dedicaste a alabar servilmente al difunto, como los otros. Si él te dejó todo, es porque te consideró mejor que ellos; quédate con la fortuna, que tal es la voluntad del muerto y no seas tonto.

¹ Véase nota 6 de la pág. 16.

Quintanilha terminó por estar de acuerdo. De los parientes, hubo algunos que trataron de reconciliarse con él, pero su amigo le mostró cual era la intención solapada que los movía, y Quintanilha no les abrió la puerta. Uno de ellos al verlo tan unido a su viejo compañero, vociferaba por todas partes:

—Vean ustedes, se aleja de sus parientes para meterse con extraños; ya tendrá el escarmiento debido.

Al enterarse de lo que decía, Quintanilha corrió a contárselo a Gonçalves, indignado. Gonçalves sonrió, le dijo que era un tonto y lo serenó; no valía la pena disgustarse por charlatanerías.

—Una sola cosa deseo, —prosiguió— y es que nos separemos, para que no se diga. . .

—¿Que no se diga qué? ¡Esa es buena! Lo único que falta es que yo elija mis amistades de conformidad con el capricho de algunos descarados sin vergüenza.

—No hables así Quintanilha. Eres injusto con tus parientes.

—¡Que se los lleve el diablo! ¿Crees tú que yo he de vivir con las personas que me fueron designadas por media docena de bellacos que lo único que quieren es comerme el dinero? No, Gonçalves: quien elige mis amigos soy yo, es mi corazón. ¿O es que estás. . . estás aburrido de mí?

—¿Yo? No digas pavadas.

—¿Entonces?

—Bueno, es que. . .

—¡Tonterías!

La vida que llevaban los dos era un ejemplo de unión. Quintanilha se despertaba, pensaba en el otro, almorzaba e iba a encontrarse con él. Cenaban juntos, realizaban alguna visita, paseaban o terminaban la noche en algún teatro. Si Gonçalves tenía que hacer algún trabajo por la noche, Quintanilha iba a ayudarlo siempre, buscaba en los textos de leyes lo que su amigo eventualmente necesitaba, subrayaba las cuestiones de interés, copiaba lo que fuera necesario, volvía a ubicar los libros en los estantes. Gonçalves olvidaba con facilidad, ya se tratara de un mensaje, de una carta, zapatos, cigarros, papeles. Quintanilha suplía los déficits de su memoria. A veces, en la *Rua do Ouvidor*, viendo pasar las muchachas, Gonçalves recordaba que se había olvidado unos legajos en la oficina. Quintanilha volaba a buscarlos y regresaba con ellos, tan contento que era imposible saber si lo que traía eran legajos o la mayor suerte del mundo; lo buscaba ansiosamente con los ojos, corría, sonreía, agotado por el esfuerzo.

—¿Son éstos?

—Sí, a ver, sí son éstos. Dámelos.

—No te molestes, yo los llevo.

Al principio Gonçalves se lamentaba:

—¡Qué trabajo te di!

Quintanilha reía de aquel lamento con tan buen humor que el otro, para no molestarlo, no se acusó de nada más y estuvo de acuerdo en recibir toda clase de atenciones. Con el tiempo, las atenciones se hicieron habituales, Gonçalves decía a su amigo: "Te pido que me hagas acordar de esto y de aquello". Y Quintanilha memorizaba las recomendaciones o las escribía, si eran muchas. Algunas dependían de ciertas horas; era de verse cómo el buen Quintanilha suspiraba afligido esperando que llegase tal o cual hora para tener la satisfacción de recordar al amigo sus compromisos. Y le llevaba las cartas y papeles, iba a buscar las respuestas, entrevistaba a las personas, las esperaba en la estación del ferrocarril, viajaba al interior. Por su parte le ofrecía buenos cigarros, buenas cenas, buenos espectáculos. Bastaba que Gonçalves mencionase un libro nuevo, o solamente caro, para que poco después encontrase en su casa un ejemplar.

—Eres un derrochador, —le decía reprendiéndolo.

—¿Así que gastar en letras y ciencia es despilfarrar? ¡Esa es buena! —concluía el otro.

Al fin de año Quintanilha quiso convencerlo que pasaran las vacaciones fuera de Río. Gonçalves terminó accediendo, y el placer que le dio con esto fue enorme. Fueron hasta Petrópolis. De regreso, sierra abajo, como habían hablado de pintura, Quintanilha advirtió que no tenían todavía una tela con el retrato de los dos, y mandó a hacerla. Cuando se la llevó a su amigo, éste no pudo ocultarle que el retrato era espantoso. Quintanilha enmudeció.

—Es una porquería, —insistió Gonçalves.

—Pero el pintor me dijo...

—Tú no entiendes de pintura, Quintanilha, y el pintor aprovechó la oportunidad para hacer su negocio. ¿Te parece que ésta es una cara reconocible? ¿Yo tengo este brazo torcido?

—¡Qué ladrón!

—No, él no tiene la culpa, hizo su trabajo; tú eres en cambio, quien no tiene el sentimiento del arte, ni tampoco práctica; te estafaron redondamente. La intención fue buena, creo...

—Sí, la intención fue buena.

—Seguro que ya lo pagaste...

—Así es.

Gonçalves meneó la cabeza, lo llamó ignorante y terminó riéndose. Quintanilha humillado y disgustado, miraba la tela, hasta que sacó un cortapluma y la cortó de arriba hacia abajo. Como si no bastara ese gesto de venganza, devolvió la pintura al artista con una nota en la que le transmitió algunos de los calificativos a que se hiciera acreedor y

a los que él por su cuenta agregó el de asno. En la vida suelen abundar tales retribuciones.

Por si eso fuera poco, un pagaré de Gonçalves que venció días después y que éste no pudo cubrir provocó entre ellos una discusión. Casi se pelearon; la idea de Gonçalves era reformularlo; Quintanilha, que lo había endosado, sostenía que no valía la pena pedir ese favor por tan escasa cantidad (un *conto* quinientos), él le prestaría el importe del documento, y que Gonçalves le pagase, cuando pudiese. Gonçalves no estuvo de acuerdo y se hizo la reformulación. Cuando la situación volvió a repetirse lo único que admitió fue aceptar un pagaré de Quintanilha, con el mismo interés.

—¿No te das cuenta que me ofendes, Gonçalves? ¿Cómo puedes creer que aceptaré cobrarte intereses...?

—O lo aceptas o no hacemos nada.

—Pero, mi querido...

Tuvo que aceptar las condiciones. La unión de los dos era tal que una señora los llamaba "la parejita", y un letrado, Píldes y Orestes. Ellos se reían, naturalmente, pero en la risa de Quintanilha había algo parecido al llanto: era, en los ojos, una ternura húmeda. Otra diferencia era que el sentimiento de Quintanilha dejaba transparecer un matiz de alegría que absolutamente faltaba al de Gonçalves: pero la alegría no se inventa. Es cierto que el segundo era más capaz de inspirarlo al primero que éste a aquél. En verdad, Quintanilha era muy sensible a cualquier distinción; una palabra, una mirada, bastaban para encenderle el cerebro. Una palmadita en el hombro o en el vientre, con el fin de estimularlo o expresar intimidación eran capaces de derretirlo de placer. Solía referirse a gestos y circunstancias como esos durante dos o tres días.

No era infrecuente verlo irritarse, empecinarse, denigrar a los demás. También era común verlo reírse; algunas veces la risa era universal, ganaba su boca, sus ojos, su cabeza, sus brazos, sus piernas, todo él era una risa única. Sin ser un hombre de pasiones, estaba lejos de ser apático.

El pagaré emitido contra Gonçalves vencía en seis meses. El día del vencimiento no sólo no pensó en cobrarlo sino que resolvió ir a cenar a algún lugar alejado para no ver al amigo. Gonçalves desbarató todos sus planes; todavía era temprano cuando fue a llevarle el dinero. El primer gesto de Quintanilha fue rechazarlo, diciéndole que se lo guardase, podía llegar a necesitarlo, arguyó; el deudor se empecinó en pagar y pagó.

Quintanilha observaba atentamente el comportamiento de Gonçalves; veía la constancia de su trabajo, el celo con que encaraba la defensa de las demandas, y vivía lleno de admiración hacia él. Realmente, no

era un gran abogado pero hasta donde se lo permitían sus dotes personales era capaz.

—¿Por qué no te casas Gonçalves? —le preguntó un día—; un abogado debe casarse.

Gonçalves respondía riendo. Tuvo una tía, su única pariente, a quien él quería mucho, y que había fallecido, cuando ellos dos andaban por los treinta años. Días más tarde decía a su amigo:

—Ahora sólo me quedas tú.

Quintanilha sintió sus ojos húmedos, y no supo qué contestarle. Cuando se acordó de decir que “seguiría hasta la muerte” junto a él, ya era tarde. Redobló entonces las expresiones de cariño, y un día se despertó con la idea de hacer testamento. Sin notificar nada al otro, lo nombró testamentario y heredero universal.

—Guárdame este papel Gonçalves, —le dijo entregándole el testamento—. Me siento fuerte, pero la muerte es ladina, y no quiero confiar a cualquiera mis últimas voluntades.

Fue por entonces cuando ocurrió lo que ahora voy a narrar. Quintanilha tenía una prima segunda Camila, muchacha de veintidós años, modesta, educada y bonita. No era rica; el padre, João Bastos, llevaba los libros de una casa de café. Se habían peleado en ocasión de la herencia; pero Quintanilha fue al entierro de la mujer de João Bastos, y este acto de piedad nuevamente los acercó. João Bastos olvidó fácilmente algunos epítetos crudos que lanzara a la cara de su primo, y lo calificó con palabras dulces, y le pidió que fuese a cenar con él. Quintanilha fue y volvió a ir. Oyó al primo elogiar a su finada mujer; en una ocasión en que Camila los dejó solos, João Bastos enalteció las excepcionales virtudes de su hija, que, según afirmaba, había recibido integralmente la herencia moral de la madre.

—Nunca se lo diré a Camila, ni tú debes decírselo. Es modesta, y si empezamos a elogiarla, puede perderse. De igual modo, nunca le diré que es tan bonita como su madre, cuando, tenía su edad; puede llegar a sentirse vanidosa. Pero la verdad, es que aun es más bella, ¿no te parece? Como si fuera poco, tiene un talento para tocar el piano del que su madre carecía.

Cuando Camila volvió al comedor, Quintanilha sintió ganas de decírselo todo, se contuvo empero, y le guiñó un ojo al primo. Quiso oírla al piano; ella respondió, llena de melancolía:

—Todavía no, hace apenas un mes que mamá falleció, creo que corresponde esperar todavía algún tiempo. Además, yo toco mal.

—¿Mal?

—Sí, muy mal.

Quintanilha volvió a guiñar el ojo a su primo, y dijo a la muchacha que sólo si ejecutaba algo podría darse cuenta si tocaba bien o mal. En cuanto al plazo, era cierto que recién había transcurrido un mes;

sin embargo no era menos cierto que la música era una distracción natural y elevada. Además, bastaba tocar un fragmento triste. João Bastos aprobó este modo de ver y recordó una composición elegíaca. Camila meneó la cabeza.

—No; de ninguna manera. Sea lo que fuere, siempre es tocar el piano; los vecinos son capaces de decir que yo toqué una polca.

Quintanilha encontró gracioso este recaudo de Camila y rió. Después expresó su acuerdo y esperó que transcurrieran los tres meses. Hasta entonces, volvió a ver a su prima algunas veces, de las cuales las tres últimas visitas fueron más cercanas entre sí y más largas. Pudo, por fin, oírle tocar el piano, y le gustó. El padre confesó que, al principio, no le agradaban demasiado aquellas melodías alemanas; con el tiempo y el acostumbamiento terminó encontrándoles el gusto. Llamaba a su hija "mi alemancita", apodo que fue adoptado por Quintanilha quien, para hacerlo, se limitó a colocarlo en plural: "nuestra alemancita". Los pronombres posesivos dan intimidación; poco después ella imperaba entre los tres, —o cuatro, si incluimos a Gonçalves, que allí fue presentado por su amigo; pero quedémonos con los tres.

Obviamente, sagaz lector, tú ya has olfateado lo que voy a decir. Quintanilha terminó por enamorarse de la muchacha. Y no era para menos, ya que Camila tenía unos ojos cautivantes. No que los posase muchas veces en él, o, si lo hacía era con tal retracción al principio, que su actitud recordaba a la de los niños que obedecen sin ganas las órdenes del maestro o del padre; pero abierta o veladamente, el hecho es que los posaba en él, y ellos tenían tal poder que aun sin proponerse seducirlo, lo hechizaban. También sonreía con frecuencia y se expresaba con gracia. Sentada al piano, y por más aburrida que tocase, lo hacía bien. En suma, Camila, sin proponerse nada intencional, no era por eso menos seductora. Quintanilha descubrió un día de mañana que había soñado con ella toda la noche, y a la noche, que había pensado en ella todo el día y concluyó, de ese descubrimiento, que amaba y era amado. Tan conmocionado se sintió que estuvo a punto de divulgarlo en los diarios. Lo que no quiso ni pudo evitar, fue correr a la oficina de su amigo Gonçalves y contárselo todo. Los sentimientos de Quintanilha se entremezclaban con respeto y temor. Estaba a punto de abrir la boca cuando volvió a tragarse el secreto. No osó comunicarlo ni ese día ni al siguiente. Postergó la revelación una semana. Un día fue a cenar con su amigo, y tras muchas vacilaciones, le dijo todo; amaba a a prima y era correspondido.

—¿Te parece bien, Gonçalves?

Gonçalves empalideció, —o, por lo menos, se puso serio; en él la seriedad se confundía con la palidez. Pero no, en aquella ocasión, realmente se puso pálido.

—¿Te parece bien? —repitió Quintanilha.

Al cabo de algunos segundos, Gonçalves abrió la boca para responder, pero la cerró de nuevo, y fijó los ojos "en el ayer", como él mismo decía cada vez que los dejaba perderse en la distancia. En vano Quintanilha se empeñó en saber qué le pasaba, qué pensaba, si consideraba a aquel amor una torpeza más. Estaba tan acostumbrado a oír en boca de Gonçalves esta palabra que ya no le dolía ni lo irritaba, incluso aplicada a un asunto tan delicado y personal. Gonçalves resurgió de aquella meditación en la que se había sumergido, sacudió los hombros, con aire desengañado, y murmuró estas palabras tan sordamente que el otro apenas las pudo oír:

—No me preguntes nada; haz lo que te plazca.

—Gonçalves, ¿qué dices? —preguntó Quintanilha, tomándolo de las manos asustado.

Gonçalves dejó escapar un gran suspiro, que si hubiese tenido alas, todavía estaría volando. Tal fue, claro que sin esta forma paradójica, la impresión de Quintanilha. Las campanas del reloj del comedor dieron las ocho, Gonçalves alegó que tenía que ir a visitar a un magistrado, y el otro se despidió de él.

En la calle, Quintanilha se detuvo aturdido. No terminaba de entender aquellas actitudes, aquel suspiro, aquella palidez, el efecto misterioso que había producido la noticia de sus amores. Había entrado y había hablado, dispuesto a escuchar en boca del otro uno o más de aquellos epítetos habituales y cordiales, *idiota*, *crédulo*, *necio*, y no escuchó ninguno. Al contrario, había en los gestos de Gonçalves algo que lindaba con el respeto. No recordaba nada de todo lo ocurrido durante la cena que pudiese haberlo ofendido; fue recién después de confiarle el sentimiento nuevo que alentaba con respecto a la prima que su amigo se mostró abatido.

"Pero no puede ser", pensaba él; "¿qué puede ver en Camila que le impida ser una buena esposa?"

En estas cavilaciones invirtió, parado frente a la casa, más de media hora. Advirtió entonces que Gonçalves no había salido. Esperó media hora más, nada. Quiso entrar otra vez, abrazarlo, interrogarlo. . . No tuvo fuerzas; se perdió calle adentro, desesperado. Llegó a casa de João Bastos, y no vio a Camila; se había retirado a sus aposentos, algo resfriada. Quería, justamente, contarle todo; y aquí cabe aclarar que él, aún no se había declarado a la prima. Las miradas de la muchacha no escapaban a las suyas; eso era todo, y bien podía ser que sólo se tratara de coquetería. Pero la oportunidad era inmejorable para clarificar la situación. Contándole lo que le había ocurrido con su amigo, tenía la intención de hacerle saber que la amaba e iba a pedirla en matrimonio a su padre. Era un consuelo en medio de aquella agonía; la casualidad se lo negó y Quintanilha salió de la casa peor de lo que había entrado. De allí fue a encerrarse a la suya.

No logró dormirse antes de las dos de la mañana, y no fue para reposar sino para quedar a merced de una agitación nueva y más intensa. Soñó que iba cruzando un puente viejo y largo, entre dos montañas, y a mitad de camino vio surgir ante sí una sombra que clavó los pies frente a él. Era Gonçalves. "Infame", dijo éste con los ojos llenos de ira, "¿por qué vienes a quitarme la novia de mi corazón, la mujer que yo amo y es mía? Toma, toma, apodérate ya de mi corazón, así lo tendrás todo". Y con un gesto rápido abrió su pecho, se arrancó el corazón y lo metió en boca de Quintanilha. Este intentó tomar la viscera entrañable y recolocarla en el pecho de Gonçalves; fue imposible. Sus mandíbulas terminaron por encerrarla. Quiso escupirla, y fue peor; los dientes se clavaron en el corazón. Intentó hablar, pero vaya alguien a hablar con la boca llena de aquel modo. Finalmente, su amigo alzó los brazos y extendió las manos hacia él con ese gesto de maldición que él había visto en los melodramas, cuando era muchacho; luego le brotaron de los ojos dos inmensas lágrimas, que inundaron el valle, se arrojó a las aguas y desapareció. Quintanilha despertó sofocado.

La ilusión de la pesadilla era tal que él se llevó las manos a la boca para arrancarse de allí el corazón del amigo. Sólo encontró su lengua, refregó los ojos y se sentó. ¿Dónde estaba? ¿Qué ocurría? ¿Y el puente? ¿Y Gonçalves? Se deshabilitó completamente, comprendió lo ocurrido y nuevamente se acostó, claro que para permanecer insomne, aunque no tan demoradamente como la primera vez; se durmió a las cuatro de la mañana .

Ya de día, recordando toda la víspera, realidad y sueño, llegó a la conclusión de que su tan querido Gonçalves era su rival, amaba a su prima, y tal vez era amado por ella. . . Sí, sí, podía ser. Quintanilha vivió dos horas crueles. Finalmente, volvió en sí y fue a la oficina de Gonçalves para enterarse de todo de una buena vez; y si fuese verdad, bueno, si fuese verdad. . .

Gonçalves se hallaba redactando unas órdenes de embargo. Se interrumpió para mirarlo un instante, incorporarse, abrir la caja de hierro, donde guardaba los papeles fundamentales, sacó de allí el testamento de Quintanilha, y se lo entregó al testador.

—¿Qué haces?

—Va a cambiar tu estado civil, —respondió Gonçalves sentándose a la mesa.

Quintanilha sintió que su voz estaba embargada por el llanto; así le pareció, al menos. Le pidió que guardase el testamento; era su depositario natural. Insistió varias veces; sólo le respondía el sonido áspero de la pluma deslizándose sobre el papel. No corría bien la pluma, la letra era temblorosa, las enmiendas más numerosas que de costumbre, probablemente las fechas estaban equivocadas. La consulta de los libros era afectada con tal melancolía que entristecía al otro. A veces, sus-

pendía todo, pluma y consulta, para dejar apenas la mirada fija “en el ayer”.

—Entiendo, —dijo Quintanilha súbitamente—; ella será tuya.

—¿Ella quién? —quiso preguntar Gonçalves, pero ya su amigo volaba, escaleras abajo, como una flecha, y él prosiguió redactando sus órdenes de embargo.

Poco puede decirse del resto; baste, con todo, saber el final. El resto no sólo es difícil de adivinar sino incluso de creer; pero el alma humana es capaz de grandes sacrificios, tanto en el bien como en el mal. Quintanilha redactó otro testamento, legando todo a su prima a condición de que ésta desposara a su amigo. Camila no aceptó el testamento, pero se puso tan contenta cuando su primo le habló de las lágrimas de Gonçalves, que aceptó a Gonçalves y a su llanto. Entonces Quintanilha no encontró mejor solución que hacer un tercer testamento legando todo al amigo.

El final de la historia fue dicho en latín. Quintanilha sirvió de testigo al novio, y de padrino a los dos primeros hijos. Un día en que, llevándole unas golosinas a sus ahijadas, cruzaba la plaza Quince de Noviembre, recibió una bala rebelde (1893)² que lo mató casi instantáneamente. Está enterrado en el cementerio de San Juan Bautista; la sepultura es simple, y sobre el mármol de la lápida hay un epitafio que termina con esta frase pía: “¡Orad por él!” Ella es también el cierre de mi relato. Orestes vive todavía sin los remordimientos del modelo griego. Píades es ahora el personaje mudo de Sófocles. ¡Orad por él!

² Véase nota 1 de la pág. 239.

OTROS CUENTOS

LA BANDURRIA

IGNACIO RAMOS tenía apenas diez años cuando manifestó una decidida vocación musical. Su padre, músico de la capilla imperial, le enseñó los primeros rudimentos de su arte, junto con los de la gramática de la que poco sabía. Era un pobre artista cuyo único mérito estaba en la voz de tenor y en el arte con que ejecutaba la música sacra. Ignacio, en consecuencia, aprendió mejor la música que la lengua, y a los quince años sabía más de bemoles que de verbos. Aun así había aprendido lo suficiente para leer la historia de la música y de los grandes maestros. La lectura lo sedujo todavía más; el muchacho se zambulló con todas las fuerzas de su alma en el arte de su corazón, y en muy poco tiempo se convirtió en un violinista de primer orden.

El violín fue el primer instrumento elegido por él como el que más se adecuaba a las sensaciones de su alma. No lo satisfacía sin embargo, y él soñaba con algo mejor. Un día llegó a Río de Janeiro un viejo alemán, que arrebató al público tocando violoncelo. Ignacio fue a oírlo. Su entusiasmo fue inmenso; no solamente el alma del artista se comunicaba con la suya sino que, además, le había dado la llave del secreto que él buscara.

Ignacio había nacido para el violoncelo.

A partir de aquel día, el violoncelo fue el sueño del artista fluminense. Aprovechando la estadía del maestro germánico, Ignacio tomó con él algunas clases, que más tarde aprovechó cuando, mediante ahorros pacientemente acumulados, consiguió obtener el preciado instrumento.

Ya por entonces su padre había muerto. Le quedaba su madre, buena y santa señora, cuya alma parecía superior a la condición en que había nacido, tan elevada era en ella la concepción de lo bello. Ignacio tenía veinte años, un porte artístico, ojos llenos de vida y de futuro. Se ganaba la vida dando algunas lecciones particulares y con otros recursos

que le proveían ocasionalmente las circunstancias, tocando a veces en un teatro, a veces en un salón, a veces en una iglesia. Las pocas horas que le quedaban libres las dedicaba al estudio del violoncelo.

Había en el violoncelo una poesía austera y pura, un rasgo melancólico y severo que comulgaban con el alma de Ignacio Ramos. El violín, al que él amaba como el primer vehículo de sus sentimientos de artista, ya no le inspiraba el fervor de otros tiempos. Había pasado a ser un simple medio de vida; no lo tocaba con el alma, sino con las manos; no era su arte sino su oficio. El violoncelo sí; para él guardaba Ignacio lo mejor de sus aspiraciones íntimas, los sentimientos más puros, la imaginación, el fervor, el entusiasmo. Tocaba el violín para los demás, el violoncelo para sí mismo, a lo sumo para su vieja madre.

Vivían ambos en un lugar alejado, en uno de los rincones de la ciudad, ajenos a la sociedad que los rodeaba y que no los entendía. En sus horas libres, Ignacio se ocupaba de su querido instrumento y hacía vibrar todas las cuerdas del corazón, derramando sus armonías interiores y haciendo llorar a la buena vieja de melancolía y gusto, tales eran los sentimientos que le inspiraba la música del hijo. Las veladas caseras, cuando Ignacio no tenía que cumplir con ninguna obligación fuera de su hogar, transcurrían de esa manera; los dos solos, con el instrumento y el ciclo de por medio.

La buena viejita enfermó y murió. Ignacio sintió el vacío que inundaba su vida. Cuando el cajón, llevado por seis colegas suyos, salió de la casa, Ignacio vio que allí dentro se iba todo el pasado, el presente y no sabía si también el futuro. Creyó que así era. La noche del entierro fue poca para el reposo que el cuerpo le pedía después de la profunda conmoción; la siguiente, en cambio, fue la fecha de su primera composición musical. Escribió para el violoncelo una elegía que no sería sublime como perfección artística, pero que lo era sin duda como inspiración musical. La compuso para sí mismo; durante dos años nadie la oyó ni supo que existía.

El recién dejó oír por primera vez aquel lamento fúnebre ocho días después de casado, mientras se encontraba a solas con su mujer, en la misma casa donde había muerto su madre y en la misma habitación donde ellos solían pasar algunas horas de la noche. Era la primera vez que la mujer lo escuchaba tocar el violoncelo. El quiso que el recuerdo de su madre se fundiera en aquella revelación que él le hacía a la esposa de su corazón: vinculaba de alguna manera el pasado al presente.

—¿Por qué no tocas el violoncelo? —le había dicho la mujer dos veces después del casamiento—. ¡Tu madre me decía que tocabas tan bien!

—Bien, no sé, —respondía Ignacio—; pero me agrada tocarlo.

—¡Por eso, déjame oírte!

—Por ahora no, quiero contemplarte primero.

Al cabo de ocho días, Ignacio satisfizo el deseo de Carlota. Era de tarde —una tarde fría y deliciosa. El artista tomó el instrumento, empuñó el arco y las cuerdas gimieron bajo el impulso de la mano inspirada. No veía a la mujer, ni el lugar, ni siquiera el instrumento; veía la imagen de la madre y se sumergía entero en un mundo de armonías celestiales. La ejecución duró veinte minutos. Cuando la última nota expiró en las cuerdas del violoncelo, el brazo del artista cayó, no de fatiga, sino porque todo el cuerpo cedía bajo el sacudimiento moral que el recuerdo y la obra le producían.

—¡Oh, qué lindo! ¡qué lindo! —exclamó Carlota incorporándose y yendo al encuentro de su marido.

Ignacio se estremeció y miró pasmado a su mujer. Aquella exclamación de entusiasmo lo chocaba, en primer lugar porque el fragmento que acababa de ejecutar no era lindo, como ella decía, sino severo y melancólico y después porque, en vez de un aplauso ruidoso, él hubiera preferido oír otro más adecuado a la naturaleza de la obra —aunque sólo fueran dos lágrimas—, dos, pero expresadas por el corazón, como las que en aquel momento le surcaban el rostro.

Su primer movimiento fue de despecho —despecho del artista, que en él dominaba todo. Tomó en silencio el instrumento y lo acomodó en un rincón. La muchacha le vio entonces las lágrimas; se conmovió y le abrió los brazos.

Ignacio la estrechó contra su corazón.

Carlota se sentó entonces, con él, junto a la ventana, desde donde vieron resplandecer en el cielo las primeras estrellas. Era una muchachita de diecisiete años, que parecía tener diecinueve, más baja que alta, rostro de piel morena, ojos negros y traviosos. Aquellos ojos, expresión fiel del alma de Carlota, contrastaban con la mirada blanda y velada del marido. Los movimientos de la muchacha eran vivos y rápidos, la voz argentina, la palabra fácil y fluida, toda ella de una sola pieza, mundana y jovial. A Ignacio le gustaba oírla y verla; la amaba mucho y, además, era como si necesitara a veces de aquella expresión de vida exterior para entregarse entero a las especulaciones de su espíritu.

Carlota era hija de un comerciante de pequeña escala, un hombre que trabajó toda la vida como moro para morir pobre, porque los pocos bienes que dejó, apenas alcanzaron para saldar algunas deudas. Toda la riqueza de la hija era la belleza, que sin duda la tenía, aunque sin poesía ni ideal. Ignacio la había conocido en vida del padre, cuando ella lo acompañaba a visitar a su vieja madre; pero sólo la amó de veras después que ella quedó huérfana y cuando el alma le pidió un afecto para suplir el que la muerte le llevara.

La muchacha aceptó con placer la mano que Ignacio le ofrecía. Se casaron con la complacencia de los familiares de la muchacha y de las personas que los conocían. El vacío había sido llenado.

Pese al episodio antes narrado, los días, las semanas y los meses corrieron tejidos en oro para el esposo artista. Carlota era naturalmente desenvuelta y amiga de los lucimientos; pero se contentaba con poco, y no se mostraba exigente ni extravagante. Los recursos de Ignacio Ramos eran escasos, pese a lo cual, él sabía organizar su vida de manera que no les faltaba lo necesario ni se veía impedido de poder satisfacer algunos de los deseos más modestos de la muchacha. El grupo social que frecuentaban no era precisamente dispendioso ni vivía de la ostentación; pero sea cual fuere el medio social hay siempre exigencias que no pueden ser satisfechas por todos los bolsillos. Carlota había vivido en medio de fiestas y diversiones; la vida conyugal exigía de ella hábitos menos frívolos; y ella supo acatar la ley que de corazón había aceptado.

Por lo demás ¿qué impedimento puede haber capaz de ofrecer resistencia al amor? Los dos se amaban; por mayor que fuera el contraste entre la índole de uno y otro, los unía y hermanaba el afecto verdadero que los había aproximado. El primer milagro de amor había sido la aceptación por parte de la muchacha del famoso violoncelo. Carlota no sentía ciertamente las sensaciones que el violoncelo producía en el marido y estaba lejos de aquella pasión silenciosa y profunda que vinculaba a Ignacio Ramos con su instrumento; pero se había acostumbrado a oírlo, lo apreciaba, y había llegado a entenderlo alguna vez.

La esposa quedó encinta. El día que su marido oyó esta noticia sintió un estremecimiento profundo; su amor creció en intensidad.

—Cuando nazca nuestro hijo, —dijo él—, yo compondré mi segundo canto.

—El tercero lo harás cuando yo muera ¿no es cierto?, —preguntó la muchacha con un leve tono de despecho.

—¡Oh, no digas eso!

Ignacio Ramos comprendió el reproche de la mujer; se encerró durante algunas horas, y trajo una composición nueva, la segunda que le brotaba del alma, dedicada a su esposa. La melodía llenó de júbilo a Carlota, más por vanidad satisfecha que porque verdaderamente la penetrase. Carlota abrazó a su marido con todas las fuerzas de que era capaz, y premió con un beso su inspiración. La felicidad de Ignacio no podía ser mayor; tenía todo lo que ambicionaba: una vida consagrada al arte, paz y ventura doméstica, y ahora las esperanzas de la paternidad.

—Si llega a ser varón—, le decía él a la mujer—, aprenderá violoncelo; si es niña, aprenderá arpa. Son los únicos instrumentos capaces de traducir las impresiones más sublimes del espíritu.

Nació un niño. Esta nueva criatura infundió nuevas formas a la vida doméstica. La felicidad del artista era inmensa; se sintió con más fuerza para el trabajo, y al mismo tiempo fue como si se aquilatase su inspiración.

La prometida composición al nacimiento del hijo fue realizada y ejecutada, ya no en presencia exclusiva de él y su mujer, sino ante un grupo de personas amigas. Ignacio Ramos se opuso en un comienzo a hacerlo de esa manera, pero la mujer insistió pidiéndole que compartiera con extraños aquella nueva producción de su talento. Ignacio sabía que la sociedad tal vez no llegaría a comprenderlo como él deseaba ser comprendido; pese a ello, cedió. Si habían sido o no acertados sus recelos, él no lo supo, porque en esa oportunidad, como en todas las anteriores, no vio a nadie; se vio y se oyó a sí mismo, y cada nota fue un eco de las armonías santas y elevadas que la paternidad había despertado en él.

La vida correría así monótonamente bella, y no valdría la pena escribirla, a no ser por un incidente, ocurrido en aquella misma oportunidad.

La casa en que ellos vivían era baja, aunque amplia y aireada. Dos transeúntes, atraídos por los sonidos del violoncelo, se acercaron a las ventanas entrecerradas, y oyeron desde la calle casi la mitad de la composición. Uno de ellos, conmovido por la composición y la ejecución, rompió en sonoros aplausos cuando Ignacio terminó, abrió violentamente las celosías de la ventana y se curvó hacia adentro gritando.

—¡Bravo, artista divino!

La exclamación inesperada llamó la atención de quienes estaban en el salón; se volvieron todos los ojos y vieron dos figuras de hombre, uno tranquilo, otro alborozado de placer. La puerta fue abierta a los dos extraños. El más fervoroso de ellos corrió a abrazar al artista.

—¡Oh, alma de ángel! —exclamaba él. —¿Cómo puede ser que un artista de esta magnitud esté aquí oculto a los ojos del mundo?

El otro personaje felicitó igualmente al maestro de violoncelo; pero, como quedó dicho, sus aplausos eran menos entusiastas; y no era difícil encontrar la explicación de la frialdad en la vulgaridad de la expresión del rostro.

Estos dos personajes que así habían entrado al salón eran dos amigos que la casualidad había conducido hasta allí. Ambos eran estudiantes de derecho, en vacaciones; el entusiasta, todo arte y literatura, tenía el alma llena de música alemana y poesía romántica, y era nada menos que un ejemplar de aquella falange académica fervorosa y juvenil animada por todas las pasiones, sueños, delirios y efusiones de la generación moderna; el compañero era, tan sólo, un espíritu mediocre, contrario a todas esas cosas, no menos que al derecho que por lo demás se empeñaba inútilmente en meter en su cabeza.

Aquél se llamaba Amaral, éste Barbosa.

Amaral le solicitó a Ignacio Ramos que le permitiera volver a su casa. Volvió; el artista de corazón pasaba sus horas oyendo cómo el de profesión hacía hablar las cuerdas de su instrumento. Eran cinco personas: ellos, Barbosa, Carlota, y el niño, el futuro violoncelista. Un día,

menos de una semana después, Amaral informó a Ignacio que su compañero era músico.

—¡El también! —exclamó el artista.

—Así es; pero un poco menos sublime que usted, —agregó él sonriendo.

—¿Qué instrumento toca?

—Adivine. . .

—El piano, quizá. . .

—No.

—¿La flauta?

—¡En absoluto!

—¿Es un instrumento de cuerdas?

—Así es. . .

—Será violín, entonces. . . dijo Ignacio mirando a su interlocutor como esperando una confirmación.

—No es el violín sino la bandurria.

Ignacio sonrió; y estas últimas palabras llegaron a los oídos de Barbosa, que confirmó las palabras de su amigo.

—Ya verás, —dijo éste en voz baja a Ignacio—, yo haré que toque uno de estos días. Es otro género, claro. . .

—Cuando él lo desee. Me encantaría.

Era efectivamente otro género, como el lector fácilmente comprenderá. Allí los cuatro, una noche de la semana siguiente, Barbosa se sentó en el centro del salón, afinó la bandurria e hizo un despliegue de toda su pericia. La pericia era, en verdad, grande; el instrumento, en cambio, era pequeño. Lo que él tocaba no era Weber ni Mozart; era una canción popular de moda, obra circunstancial; Barbosa la tocó, no vamos a decir con alma, pero sí con nervio. Todo él acompañaba la guarduación y las variaciones de las notas; se volcaba sobre el instrumento, extendía el cuerpo, inclinaba la cabeza hacia uno y otro lado, levantaba la pierna, sonreía, entrecerraba los ojos o los cerraba en los momentos que le parecían poéticos. Oírlo tocar era lo de menos; verlo era lo principal. Quien solamente lo oyese no podía comprenderlo.

Fue un suceso; un suceso de otro género, más peligroso, porque tan pronto como Barbosa recibió las felicitaciones de Carlota e Ignacio, dio inicio a una nueva ejecución, y estaba a punto de empezar una tercera cuando Amaral intervino, diciendo:

—Ahora el violoncelo.

La bandurria de Barbosa no permaneció escondida entre las cuatro paredes del salón de la casa de Ignacio Ramos; poco tiempo después todos la conocían en el barrio donde vivía el artista, y estaban ansiosos por oírla.

Carlota se encargó de difundir la noticia; ella había encontrado infinita gracia y vida en aquella otra música, y no cesaba de elogiar a

Barbosa en todas partes. Las familias del lugar sentían todavía nostalgia de una célebre bandurria que allí había tocado años atrás el actual subcomisario, cuyas funciones elevadas le impedían cultivar el arte. Oír la bandurria de Barbosa era revivir una página del pasado.

—Yo me encargaré de que la escuchen, —decía la muchacha.
No fue difícil.

Hubo poco después una reunión en casa de una familia del vecindario. Barbosa accedió a la invitación que le fue formulada y allí se presentó con su instrumento. Amaral lo acompañó.

—Te pido comprensión, mi divino artista —decía él a Ignacio— y ayúdame a que tenga éxito la bandurria.

Los dos se reían, y más que ellos se reía Barbosa, risa de triunfo y satisfacción, porque el éxito no podía ser más completo.

—¡Magnífico!

—¡Bravo!

—¡Soberbio!

—¡Bravísimo!

La bandurria fue la estrella de la noche. Carlota repetía a las personas que la rodeaban:

—¿No les decía yo? Es un portento.

—Realmente, —decía un crítico del lugar—, ni siquiera Fagundes se le puede comparar. . .

Fagundes era el subcomisario.

Puede decirse que Ignacio y Amaral fueron los únicos ajenos a la euforia despertada por la bandurria. Junto a una ventana, ellos conversaban sobre los grandes maestros y las grandes obras de arte.

—¿Y tú, por qué no das un concierto? —le preguntó Amaral al artista.

—Oh, no.

—¿Por qué?

—Tengo miedo. . .

—¿Miedo?

—Miedo de no gustar. . .

—¿Quién puede dudar de que vas a gustar?

—No sé, además el violoncelo está tan unido a los hechos más íntimos de mi vida, que yo más bien lo considero como mi arte privado. . .

Amaral rechazaba las objeciones de Ignacio Ramos; y éste se empecinaba cada vez con más fuerza en ellas. La charla fue prolongada; se repitió dos días después, hasta que un fin de semana, Ignacio se dejó convencer.

—Ya vas a ver, —le decía el estudiante—, todo el público te ovacionará.

Se decidió que el concierto sería de allí a dos meses. Ignacio tocaría una de las piezas ya compuestas por él, y dos de dos maestros que eligió entre muchas.

Barbosa no fue de los que mostraron menos entusiasmo ante la idea del concierto. El parecía ahora más interesado en los sucesos del artista, asistía con placer, al menos aparente, a las veladas de violoncelo, que eran dos veces por semana. Carlota propuso que las reuniones fueran tres; pero Ignacio no quiso que fueran más de dos. Aquellas noches transcurrían en un ambiente familiar; y la bandurria terminaba muchas veces lo que el violoncelo empezaba. ¡Era una condescendencia para con la dueña de casa y el artista! — el artista de la bandurria.

Un día vio Amaral a Ignacio preocupado y triste. No quiso preguntarle nada; pero como la preocupación continuó en los días subsiguientes, no pudo contenerse y lo interrogó. Ignacio le respondió con evasivas.

—No, —decía el estudiante—; a ti te ocurre algo que realmente te mortifica.

—¡No es nada!

Y luego de un instante de silencio:

—Lo que ocurre es que estoy arrepentido de haberme dedicado al violoncelo; ¡ojalá hubiera estudiado la bandurria!

Amaral oyó con asombro estas palabras; después sonrió y sacudió la cabeza. Su admiración había sido profundamente conmocionada. ¿A qué venían aquellos celos debidos al efecto diferente que los dos instrumentos habían producido? ¿Qué rivalidad era aquella entre el arte y el pasatiempo?

—No podías ser perfecto, —dijo Amaral más bien para sí mismo—; tenías que tener algún punto débil; desgraciadamente para ti el punto es ridículo.

De allí en adelante las veladas fueron menos frecuentes. La preocupación de Ignacio Ramos proseguía; Amaral sentía que su fervor decrecía cada vez más, el fervor con respecto al hombre porque bastaba oírlo tocar para que renacieran en él las impresiones de un comienzo.

La melancolía de Ignacio era cada vez mayor. Su mujer sólo la percibió cuando sus ojos se enfrentaron rotundamente con ella.

—¿Qué te ocurre? —le preguntaba Carlota.

—Nada, —respondía Ignacio.

—Apuesto a que estás pensando en alguna composición nueva, —decía Barbosa, que en esas ocasiones estaba presente.

—Tal vez, —respondió Ignacio—; pienso hacer algo enteramente nuevo; un concierto para violoncelo y bandurria.

—¿Por qué no? —dijo Barbosa con sencillez—. Hazlo, y estoy seguro que el efecto será notable.

—Yo creo que sí, —murmuró Ignacio.

No hubo concierto en el teatro, como se había resuelto; porque Ignacio Ramos se opuso terminantemente. Las vacaciones terminaron y los dos estudiantes regresaron a San Pablo.

—Vendré a verte dentro de poco—, dijo Amaral—. Vendré hasta aquí sólo para oírte.

Efectivamente, volvieron los dos, tras anunciar el viaje por carta.

Ignacio dio la noticia a la mujer, que la recibió con alegría

—¿Se van a quedar muchos días? —dijo ella.

—No más de tres.

—¡Tres!

—Es poco—, dijo Ignacio—; pero en las próximas vacaciones quisiera aprender a tocar la bandurria.

Carlota sonrió, pero fue una sonrisa disimulada de la que su marido se percató y que guardó dentro de sí.

Los dos estudiantes fueron recibidos como si fuesen de la familia. Ignacio y Carlota se deshacían en atenciones. En la noche de ese mismo día, hubo una velada musical; sólo violoncelo, a instancias de Amaral, que decía:

—¡No profanemos el arte!

Tres días habían decidido quedarse, pero cuando terminó el último, aún no se habían ido.

—Nos iremos dentro de dos días.

—Ya que están, quédense hasta completar una semana, —propuso Carlota.

—Puede ser.

Al cabo de una semana, Amaral se despidió y regresó a San Pablo; Barbosa no volvió con él; se había enfermado. La enfermedad sólo duró dos días, al cabo de los cuales, fue a visitar al violoncelista.

—¿Ya partes? —le preguntó éste.

—No, —dijo el estudiante—; recibí una carta que me obliga a permanecer aquí algún tiempo más.

Carlota había oído con alegría la noticia; el rostro de Ignacio no tenía ninguna expresión.

Ignacio no quiso que continuaran las veladas musicales, a pesar de que Barbosa se lo pidiera varias veces, y no quiso porque, según decía él, no quería quedar mal con Amaral, del mismo modo que le disgustaría quedar mal con Barbosa, si éste se encontrara ausente.

—Nada impide, sin embargo, —concluyó el artista—, que escuchemos su bandurria.

¿Cuánto tiempo duraron aquellas veladas de bandurria? No llegó tal noticia al escritor de estas líneas. Lo que éste sabe, apenas, es que la bandurria debe ser un instrumento triste, porque la melancolía de Ignacio se hizo cada vez más profunda. Sus amigos nunca lo habían visto excesivamente contento; pero la diferencia entre lo que había sido y lo que era ahora resultaba más que evidente. El cambio se advertía hasta en la forma de vestirse, que era desaliñada, al contrario de lo que hasta entonces había sido. Ignacio se hundía en largos silencios, durante los cuales era inútil hablarle, porque él a nada respondía, o respondía sin comprender.

—El violoncelo lo llevará al hospicio, decía un vecino compadecido y filósofo.

En las vacaciones siguientes, Amaral fue a visitar a su amigo Ignacio, un día después de haber desembarcado. Llegó alborozado a su casa; una negra salió a abrirle.

—¿Dónde está él? ¿Dónde está él? —preguntó alegre y en voz alta el estudiante.

La negra prorrumpió en llanto.

Amaral la interrogó, pero al no obtener respuesta, u obteniéndola entrecortada por los sollozos, corrió hacia el interior de la casa con la familiaridad del amigo y la libertad que la ocasión le daba.

En el salón de los conciertos, que estaba al fondo, vio a Ignacio Ramos, de pie, con el violoncelo en las manos, preparándose para tocar. Junto a él jugaba un niño de algunos meses.

Amaral se detuvo sin entender nada. Ignacio no lo vio entrar; había empuñado el arco y empezó a tocar —tocó como nunca—, una elegía conmovedora, que el estudiante oyó con lágrimas en los ojos. El niño, subyugado al parecer por la música, miraba inmóvil el instrumento. La escena debió prolongarse unos veinte minutos.

Cuando el músico terminó, Amaral corrió hacia Ignacio.

—¡Oh, mi divino artista! —exclamó él.

Ignacio lo estrechó en su brazos; pero luego lo dejó y fue a sentarse en una silla con los ojos fijos en el suelo. Amaral nada comprendía; sentía, empero, que alguna catástrofe moral pesaba sobre Ignacio.

—¿Qué tienes? —dijo.

—Nada, —respondió Ignacio.

Y se incorporó y tocó de nuevo el violoncelo. No terminó sin embargo; en mitad de un acorde, interrumpió la música, y dijo a Amaral:

—¿Es hermoso, no?

—¡Sublime! —respondió el otro.

—No; la bandurria es mejor.

Y dejó el violoncelo y corrió a abrazar al hijo.

—Sí, hijo mío, —exclamaba él—, aprenderás a tocar la bandurria; la bandurria es mucho mejor.

—¿Pero qué pasa? —balbuceó el estudiante.

—¡Oh! Nada, —dijo Ignacio—, *ella* se fue de casa; se fue con la bandurria. No quiso el violoncelo, le pareció demasiado grave. Tiene razón; la bandurria es mejor.

El alma del marido lloraba pero los ojos estaban secos. Una hora después enloqueció.